
RECUERDOS
Y
REFLEXIONES
DE UNA ARIA
Savitri Devi

RECUERDOS
Y
REFLEXIONES
DE UNA ARIA
Savitri Devi

"Après le deluge, nous!"
"Gott mit uns!"
Calcuta, 1970

Título original:
“SOUVENIRS ET REFLEXIONS D’UNE ARYENNE”

Lausanne, Suiza

Traducción al español: S.G.M. - Madrid año 99 (1989)
RECUERDOS Y REFLEXIONES DE UNA ARIA



La sacerdotisa de Hitler

Es pues interesante conocer cuales fueron las motivaciones y las circunstancias que contribuyeran a tal orientación, que provocaran tal militancia, fuerte activa, si bien casi sin medios, hasta su fin el 22 de octubre de 1982 a las 0 h 25. Diversos factores intervinieron en su formación, de diferente importancia, pero todos convergentes, sin que lo pareciera abiertamente.

Hoy en Francia, la educación oficial promueve el aprendizaje de una lengua extranjera desde primaria (cuando ya no se está en maternal). Ahora bien, cuando tu padre te habla en griego, tu madre en inglés y el resto de la gente en francés, la vivacidad de tu mente es aguijoneada muy pronto por la necesidad, y tu apertura al mundo se manifiesta entonces desde la primera infancia. Esa fue la educación familiar de Maximiani Portas que, adolescente, aprendería alemán durante el curso de su ciclo secundario; desde antes de su mayoría de edad ella era

cuatrilingüe. Más tarde en la India ella estudiaría el hindú y el bengalí por sí misma y por gusto. Aquello que fue su edad, su vivacidad, su curiosidad, su apertura de espíritu, su dinamismo, la poseerían entonces y siempre.

En el verdadero culto que Savitri Devi rinde a su ídolo, se puede discernir una cierta propensión al misticismo, presente ya en casa de la joven Maximinani. Ahora bien, es difícil dedicar a un ser humano, tal devoción sin que haya, en el origen, un substrato psíquico y una confluencia de acontecimientos que concurren, incluso desde lejos.

Muy pequeña todavía, su padre la llevaba a la misa del domingo en la iglesia ortodoxa; el perfume del incienso y la mayor intimidad del rito oriental, con sus cantos y sus oraciones, despertarían su sensibilidad. Por otra parte, desde los cinco años, ella rechaza comer carne, la vista de la sangre le era repulsiva; su madre le preparaba platos vegetarianos. En el seno de su comunidad, ella se sentía más griega que francesa, y organizó con el pope, una clase de escuela griega para los más pequeños, con paseos a lo largo del Ródano, bellas historias que les contaba, meriendas en casa de sus padres (chocolate humeante y brioches perfumados).

Fue durante sus años de educación religiosa cuando estudió seriamente la Biblia, y cuando todos los horrores complacientemente descritos en el Antiguo Testamento (Libro de Josué), la indispondrán profundamente respecto a los Hebreos y sus descendientes, y dejaran en ella una indeleble impronta de disgusto.

La colonia griega de Lyon estaba muy atenta a la política extranjera de Francia, y se discutía de ella con pasión. En 1914 la guerra estalla y, en los Balcanes, nuestros fieles aliados Serbios están en peligro. La Gran Idea (Megali Idea) de los griegos, era el retorno a la patria helena de las tierras griegas conquistadas por el Imperio otomano. Después del desembarco de los franceses en Salónica (1915), las tropas anglo-francesas entran en Atenas

(1916). El rey es destituido, Venizélos está en el poder y el bloqueo de las provincias fieles al rey provoca disturbios. Profundamente afectada por las múltiples traiciones de los Aliados, la colonia de Lyon estaba desesperada cuando, en 1922, la ofensiva de Mustafá Kémal en Asia Menor reocupa Esmirna: 30.000 cristianos, Armenios, Griegos y “Francos” fueron salvajemente masacrados, la ciudad arde por entero, un millón de personas desplazadas pedirían asilo. Maximiani, impresionada, no sentiría mas que desprecio por Francia e Inglaterra.

Ese fue precisamente el comienzo de su evolución, pues ella veía en ello el fin del Helenismo, “una civilización de hierro arraigada en la verdad, una civilización poseedora de todas las virtudes del mundo antiguo y alguna de sus debilidades, y todos los logros técnicos de la edad moderna sin la hipocresía moderna, la mezquindad y la miseria moral” como ella lo escribió en Pilgrimage.

Pero volvamos a la joven chica que prosiguió sus estudios secundarios, lo que no le impidió, en 1919 con su familia (tiene 14 años), tener una primera visión de la guerra: visita un campo de prisioneros alemanes y simpatiza con ellos.

La literatura la apasiona. No puede sustraerse a Victor Hugo quien, en les Orientales y con el Enfant grec, le comunica el espíritu de resistencia que ella conservará mientras viva. También habría podido decir: *"Quiero pólvora y balas"* (“Je veux de la poudre et des balles”).

Y después tiene sobretodo Leconte de Lisle que reforzará su amor por Grecia con sus Poèmes antiques y le inclinará ya, con L´Arc de Civa hacia el conocimiento de los esplendores de la India y, con sus Poèmes Barbares, al de los pueblos escandinavos, germanos y celtas, su paganismo y su resistencia heroica al cristianismo invasor. Es verosímil, que, inconscientemente, dentro de esta joven ortodoxa, se produjera entonces un giro de su experiencia intelectual, ya considerable, que le hizo aborrecer el cristianismo y el judaísmo; su joven misticismo bien parece

haberse transferido entonces hacia el paganismo en general, y más concretamente sobre el hinduismo.

De todos modos en 1922 pasa con éxito su bachillerato. Para recompensarla, se le ofrece su primer viaje a Grecia donde, en 1923 y como muchacha independiente, se hospeda en la Residencia Internacional de Atenas. La visita de la ciudad, la exploración del país, exaltan su admiración.

De vuelta en Lyon en diciembre, se inscribe en la universidad desde enero de 1924 y comienza los estudios de filosofía. En junio ella pasa su examen de psicología. En Febrero de 1925, pasa el de lógica, En junio es el examen de ética y de sociología, Y, en 1926 ella obtiene su licenciatura en Letras. En Febrero de 1928, en el consulado de Grecia en Lyon, obtiene la nacionalidad griega, con pasaporte. Es un acto capital que materializa su ruptura con todo lo que caracteriza la civilización “occidental”, en especial sus hipocresías.

Obtiene el doctorado en Letras. De acuerdo con el profesor Edmond Goblot, su tesis se titula: Ensayo crítico sobre el pensamiento de Théopphile Kaïris (1784-1853), educador, reformador, filósofo. Para sus investigaciones hace entonces su segundo viaje a Grecia (Universidad, Academia, biblioteca de Atenas) que durará dos años, desde marzo de 1928 a noviembre de 1929. Siempre como estudiante recorre el Peloponeso a pie y a caballo.

En el transcurso de esta estancia de estudios, albergada por su amiga Marika Kaloyérikou, participa en un peregrinaje ortodoxo a Palestina durante la cuaresma. Ve y comprende bien cosas que desarrollan en ella una verdadera hostilidad (que reprime aun) tanto para con el cristianismo como para con el judaísmo, y su retorno a Atenas, después de Pascua, entre los esplendores del pasado, es propicio a su orientación hacia un paganismo, un panteísmo biocentrista. Termina allí su tesis de doctorado en Letras.

Hitler, un simple nacionalista

En noviembre de 1929, vuelve a Lyon y se inscribe allí en la facultad de Ciencias. Y 1930 será para ella un año “cargado” desde todos los puntos de vista. No olvidemos que domina ya la lengua alemana. Hasta entonces gracias a la prensa, consideraba a Hitler como un simple nacionalista luchando por la revisión de los tratados de Versalles y de París. Pero lee una edición alemana de Mein Kampf (cuando tiene 25 años) y decide paralelamente a sus estudios universitarios, tratar de saber lo más posible sobre los Arios y su paganismo politeísta, a los cuales ella enlaza ya la “religión” mitológica griega, que conoce bien debido a su joven nacionalismo heleno. Y es esta curiosidad determinada que finalmente, decidirá su orientación. (Punto de reseña: en 1930 Alfred Rosenberg publica el Mito del siglo XX).

Volvemos a los estudios. Desde Enero de 1930, aconsejada por el profesor Etienne Souriau, eligió el objeto de su tesis de doctorado en Ciencias: la Simplicité mathématique. Para realizarla (admiremos la hazaña) supera en Julio sus exámenes de química, física y de mineralogía, en Noviembre, de química general. En Julio de 1931, examen de química biológica. En septiembre, breve estancia en Atenas para revisar su tesis doctoral en Letras sobre Kaïris. En Diciembre, conclusión de su tesis doctoral en Ciencias.

Ya en 1903 (Lokamanya) BÂl Gangâdhar Tilak publicaba su obra principal escrita en prisión: “The Arctic Home in the Vedas, being also New Key to the interpretation of early Vedic Texts and legends” (El Hogar Artico en los Vedas, Nueva Clave para la interpretación de los primeros Textos y Leyendas Védicas.).

Él probaba allí el origen polar de lo que se llamará más tarde la civilización indoeuropea. Durante sus estudios, Maximiani Portas tomó conocimiento de ello. Sin embargo el precursor de Gandhi se pone en el index por los bien-pensantes de hoy en día por haber transgredido el dogma Ex Oriente lux.

Llegada a la India

Su padre muere en Febrero de 1932 y lega su herencia a su hija: este dinero le da su independencia. Es necesario retener esta fecha, pues es a partir de ella que Maximiani comienza a convertirse en Savitri Devi sin saberlo. La primera parte de su vida, la del estudio, ha terminado. En Abril se embarca en Marsella hacia Colombo (Ceylan) y, en Mayo, atraviesa el "Pont de Rama" para asistir al festival de primavera en Râmeshvaram, que la emociona profundamente como una transposición de los sueños de dominación mundial de los Arios (y de los nazis). Durante este año, una célula del NSDAP se crea en la India que, en 1937, se convertirá en un grupo territorial.

Un paréntesis: en la primavera de 1934, vuelve a Lyon para defender allí su tesis doctoral en Ciencias que ella obtiene.

De nuevo, en Mayo de 1935, está en Râmeshavaram para volver a ver allí el festival de primavera. En 1935 enseña historia de Inglaterra y de la India en Jerandan College de Delhi, después en Mathurâ. Al fin se presenta, por sí misma, a Shrimat Swâmi Satyânanda, presidente de la Misión hinduista de Calcuta (contra el islam y el cristianismo), que la asigna como conferenciante itinerante para Bihar, Bengala y Assam. Cuando ella le pregunta si puede hacer referencia a Hitler y a Mein Kampf en sus conferencias, él le responde que "Hitler es para ellos una encarnación de Vishnú, el dios que impide a las cosas correr a su destrucción, que las conserva y va contra el tiempo". Esto da una idea de la opinión de las castas superiores en un país bajo ocupación colonial inglesa.

Entonces ella viaja "en trenes indios siempre abarrotados" y pasa por Benarés, Lahore, Peshâwar, Vrindâvan, Mathurâ, los templos de Udaïpur y de Purî, el Ganges, El cónsul de Italia en Calcuta dice ya de ella que se ha convertido " la misionera del paganismo ario".

Por la Misión contacta con los grupos nacionalista hindús: el movimiento de juventud del doctor Balakrishna Shivaram

Moonje, la Rashtriya Svayamsevak Sang (RSS) del doctor Hedgewar, la Hindu Mahâsabhâ de Vinayak Damodar Savarkar; es este último que en 1923 en la prisión de Ratnagiri, escribió Hindutva, historia de la India desde el punto de vista hindú y definición de la hinduidad y del hinduismo.

La RSS la rama del doctor Golwalkar estaba constituida en organización paramilitar, medio apropiado de educar a los Hindús y de formarlos en unidades de defensa contra los musulmanes, en darles conciencia de su pertenencia racial. Savitri Devi, no solamente aprobaba el método, sino que impulsaba a la militarización dentro de un cuadro fascista deliberado, en vista de la independencia del gran subcontinente.

Es en 1937 cuando ella se encuentra con Subbas Chandra Bose que, de julio de 1933 a Abril de 1936, después en Septiembre de 1937, estuvo en a Alemania en vista de una alianza germano-india. El fundador de la Legión india, el "Duce de Bengala", fracasa: En cuanto a Chandra Bose, fue sacado de Alemania en 1943, por Kiel con el submarino U-180, relevado por el I-29 japonés al Este de Madagascar (25ºS-60ºE) en pleno océano Índico.

El 9 de enero de1938, una relación griega de Calcuta la presenta a Sri Asit Krishna Mukherji, doctor en Historia (Londres) editor y brahman, fundador de The New Mercury, bimensual que se le podría calificar de nacionalsocialista, sostenido por el consulado alemán de Calcuta desde 1935 hasta su prohibición en 1937. El era rubio de tez clara, perfectamente anglófono, resistente al colonialismo británico y combatiente para la independencia de su pueblo, que trata en el seno de los acontecimientos al punto de provocarlo. Ellos se hicieron una profunda impresión recíproca.

Este encuentro marca la confirmación de la conversión de Maximiani, que deviene entonces en Savitri Devi, del nombre de la diosa solar del hinduismo. En efecto, ella acaba de encontrar al que tiene la misma concepción del mundo que ella, un mundo

pan-ario; pues, para A. K. Mukherji, los Estados y los pueblos nacen y mueren en función del vigor de su substrato racial: la mezcla les lleva a su ruina. Los conocimientos de A. K. Mukherji, en historia europea la sorprenden; ella está encantada de discutir con él sobre la política del Oriente bizantino, ella, la Griega. Y reconoció en él un maestro en el nazismo. Es la comunión en un mismo ideal que ha reunido estos dos seres, y sus vidas militantes se desarrollarán al unísono hasta el fin.

Defender la civilización hindú

En 1939 ella publica, en Calcuta por la Misión Hindú, "A warning to the Hindus", que participa del programa de reconquista de la vasta zona de civilización hindú de antes de la colonización, de la renovación del paganismo olvidado, de los cultos de la Naturaleza, de la juventud y de la fuerza racial, en una palabra, un estimulante del nacionalismo hindú. Está "Dedicado al Divino Juliano, emperador de los Griegos y de los Romanos. Puede la India futura hacer de su sueño imposible una realidad viviente, de un Océano al Otro."

En esta ocasión, Ganesh D. Savarkar la presenta así: "Ella presenta una ventaja con relación al trabajador habitual perteneciente a la multitud hindú: ella era de nacionalidad griega. Es en parte por eso que era sensible al arte, al pensamiento y al dharma hindús, y en parte por razones más profundas, ha sido atraída por nuestra sociedad y ha adoptado lo que nosotros llamamos la hindutva para el resto de su vida." Es su helenismo pagano lo que le ha permitido impregnarse profundamente del sistema socio-religioso hindú y, por transposición mental basada sobre las analogías, de considerar a Hitler como una clase de avatar moderno de Visnú.

En 1940 ella publica al fin el "Ëtang aux lotus" (el Estanque de los lotos) que había escrito en 1935 y 1936. Pero, con la guerra, su situación cambia: ella es extranjera, sospechosa pues, y corre el riesgo de la expulsión o el internamiento preventivo. Entonces, A. K. Mukherji, su amigo, le propone el

matrimonio para permitirle tener un pasaporte británico y así la libertad de viajar. Ella reconoce que no fue un matrimonio romántico, sino fundado sobre una amistad profunda e ideales comunes. El 9 de Junio de 1941 Savitri Devi en sari rojo y oro, se convierte en la señora Mukherji para el estado civil y según el rito hinduista.

De nuevo para la Misión Hindú, Savitri visita el sur de la India en 1940, predicando allí el olvido de los prejuicios raciales, los rencores religiosos, para que el subcontinente se una al fin y pueda acceder a la independencia. Ella publica, en Julio, The Non-Hindus Indians and Indian Unity, editado por la Misión.

Es la guerra en Europa y también en Asia: el compromiso político de la pareja Mukherji es importante... y peligroso. En efecto, "con un sentido agudo de los manejos diplomáticos y políticos", estando el consulado de Alemania evidentemente cerrado, Mukherji publica una revista en inglés, The Eastern Economist, sostenida secretamente por la legación Japonesa en Calcuta (que será cerrada, también, en 1941 tras Pearl Harbour).

Ayudar al Japón

Cambiando de táctica, en 1941 son las recepciones cordiales, a las cuales son invitados, los oficiales aliados que, jactándose con orgullo (y ayudando las botellas de excelente whisky) abastecen, sin saberlo ellos, de preciosas informaciones a sus invitados, que las transmiten a los Japoneses: en Birmania, los aeródromos secretos son bombardeados y dejados inutilizables, se montan emboscadas, las unidades aliadas rodeadas y llevadas a las duros caminos de la cautividad. En 1942, los Japoneses son dueños de Birmania y de sus pozos de petróleo, la "ruta de Birmania" hacia el Yunnan está cortada. Pero la rueda del Destino gira. En 1945 se produce la derrota de Alemania y el desplome del sueño ario. Se produce también el bombardeo atómico de Hiroshima y Nagasaki, y el Japón se rinde. Desesperada, Savitri Devi Mukherji decide dejar la India. En Noviembre, con tristeza, ella se separa de Asit Krishna su marido

y, después de tantos años de militancia abierta y activa, ella se compromete en una verdadera carrera de propaganda neonazi clandestina que durará hasta el final. Es el segundo cambio de su existencia, la tercera parte de su vida que empieza.

En noviembre de 1945 embarca en Bombay para Londres, trata de hacer contacto con los antiguos camisas negras de Oswald Mosley. Pero no encuentra más que pequeños burgueses atemorizados y retirados de la política. Entonces va a Francia, en Lyon visita a su madre, activa resistente; se da cuenta de que una gran barrera ideológica las separa. Lo que no la impide acabar en marzo 1946 su libro 'Impeachment of man' que será publicado en Calcuta por Mukherji.

De vuelta a Europa

De nuevo en Londres, hace publicar su 'A Son of God' por la Sociedad Teosófica de Inglaterra, y su fiel amiga Muriel Gantry la encuentra un empleo. Pues su recursos son reducidos y se alquila en una pequeña pensión familiar.

Todo el mundo habla de las atrocidades nazis, lo que la exaspera y desespera. Cambia de pensión y, una noche, sueña que está en la celda de Goering en Nuremberg, y que ella le da una pequeña cosa, de la que ella ignora su naturaleza, diciéndole: "*Tomad esto, no deje a estas gente que lo maten como a un criminal*", y su sueño se acaba. La mañana siguiente, el 16 de octubre 46, se entera por la prensa que Goering acaba de suicidarse con cianuro. Su sueño había sido lo que ella llama un viaje astral.

El 28 de noviembre de 1946 se embarca en Hull hacia Reykjavik en Islandia, la isla de Thule de los antiguos griegos, para dar unas conferencias sobre el faraón Akhenaton. Solo le quedan cinco libras esterlinas en el bolsillo. Trabaja de criada en una granja y empieza a aprender el islandés. Se apercibe que los habitantes (arios puros) son alérgicos al nazismo. Más tarde es profesora de una austriaca, esposa de un islandés. En la noche del 5 de abril de 1947 observa la fantástica erupción del volcán Hekla, y ve en ello un signo. En diciembre del 47 vuelve a

Londres y encuentra un empleo de costurera en la Compañía de Baile Randoopa que da espectáculos de danza india por todos sitios. Mientras está preparando su libro 'El Rayo y el Sol' que es, en realidad, una exposición de la doctrina aria y un homenaje a Hitler. Con la compañía de danza recorre Escocia y llega a Suecia, a Estocolmo.

Allí, por casualidad, encuentra un viejo amigo inglés, simpatizante nazi, que le presenta a nazis suecos, entre ellos a Sven Hedin, el célebre explorador de Asia y el Tibet, entonces ya con 83 años. El 6 de junio discuten durante cuatro horas sobre el estado de Alemania y las posibilidades de renacimiento ario. Muy optimista, el viejo explorador le levanta la moral. Entonces decide ir a Alemania 'en misión'.

Fabrica ella misma hojas de propaganda, como el la resistencia bajo la ocupación. Después toma el tren en Estocolomo el 15 de junio y pasa por Flensburg, Hamburgo, Bremen, Duisburg, Dusseldorf, Colonia ... hasta París (15 horas de viaje). En cada parada ella distribuía propaganda disimulada en paquetes de cigarrillo, cajas de bombones o azúcar. Esta travesía por la Alemania en ruinas la marca profundamente.

Los folletos en Alemania

Para volver a Alemania 'en misión' para más tiempo necesita una autorización militar que obtiene por medio de un antiguo condiscípulo que trabaja en el Despacho de Asuntos Alemanes y que no sospecha nada. Durante tres meses distribuye seis mil folletos pro nazis en las tres zonas de ocupación occidental, del 7 de septiembre al 6 de diciembre del 1948. Después vuelve a Londres a pasar la Navidad con sus amigos y se prepara para una tercera 'misión' haciendo imprimir folletos con la cruz gamada.

Ha empezado a escribir 'Oro en el crisol' (La resistencia nazi en la Alemania Ocupada), en 1948 en el curso de su segunda misión de propaganda. Continua su relato de la Alemania en ruinas y en la miseria hasta su arresto en febrero 1949. lo termina

en secreto en su celda de Werl. Después se encuentra con el nazi Friedrich Horn y su compañera, que se alojan en una pensión en Colonia. Allí debaten largamente y en el momento de marcharse Horn la da su ejemplar del Mi Lucha como un evangelio.

Es pues en febrero de 1949 en Colonia cuando ella empieza la difusión de su propaganda, se encuentra con Gerhard Wassmer, antiguo SS, que la ayuda en la distribución de 11.500 folletos. Pero Wassmer es arrestado en la misión católica donde se alojaba, cuando Savitri Devi llega es detenida por la policía y llevada a la prisión militar de mujeres, en Werl, en la zona británica. En el curso de los numerosos interrogatorios a la que la someten, donde se mezcla hinduismo y nazismo, cada vez que alguno protestaba contra la inhumanidad del nazismo, ella respondía con el desdén altivo contra ello y contra los infravalores de la democracia occidental y del liberalismo. Su visión reposaba en el espectáculo biocéntrico de la Naturaleza, la gran obra de la creación y la destrucción.

La prisión como liberación

Condenada a 3 años de prisión o a su expulsión hacia la India (Asit Krishna había escrito desde Calcuta al Tribunal Militar de Dusseldorf), ella escoge la prisión pero solo estará ocho meses. Ello será suficiente para conocer allí a otras detenidas, antiguas guardias de prisiones y campos, que la reciben como una de las suyas y la dan contactos exteriores.

Desde entonces fue considerada como una camarada y pudo así, más tarde, encontrar ayuda en la red de camaradas más o menos clandestinos. Pues fue por esas prisioneras políticas que sus concepciones ideológicas y su comportamiento militante se extendió entre los medios neonazis alemanes, y más tarde entre los ingleses y americanos. Al fin fue expulsada.

Para poder volver a Alemania, y durante muchos años, tuvo que entrar con otra identidad. Savitri Devi marcha a Atenas, en 1953, donde se encuentra con Maximiani Portas, su matrimonio hindú no tiene ningún valor legal en Grecia. Ella

inicia un verdadero peregrinaje de visita a los lugares donde se desarrolló la vida de su ídolo, Hitler: Braunau, Lambach, Linz, Steyr, Viena, Munich y la Feldeherrenhalle, Berchstesgaden (donde sobre el muro de las ruinas del Berghof ella escribe ‘Un día será el de la venganza’), la Zeppelin Wiese de los Congresos de Nuremberg, la Luitpoldarena, etc... y alarga las visitas hasta los lugares esenciales de la historia de los antiguos germanos.

Los contactos nazis

Los contactos se le abren y así durante su peregrinaje puede visitar a los antiguos camaradas nazis salidos de los tribunales de desnazificación. Entre ellos el fundador de la ‘Kameradenwerk’, el piloto de Stukas Hans Ulrich Rudel, con 2.500 vuelos de combate y caballero de la Cruz de Hierro con palmas de Oro y diamantes. Pasa también en 1954 por los camaradas de lo que se llamará Odessa y es en 1958 cuando sale, en la editorial Mukherji de Calcuta, su libro ‘Peregrinación’ con las notas tomadas en 1953 y 1954.

En la primavera de 1957 Maximiani Portas decide volver a la India y llama a Savitri a su lado. Pero ésta, teniendo sus medios económicos agotados, hará el viaje del modo más económico, por tierra, salvo hasta Egipto. Llevando calurosas cartas de presentación de Rudel, se encuentra con el Dr. Omar Amin von Leers en el Cairo, especialista de las emisiones anti israelíes en la radio. Este vivía en El Maadi, a la orilla del Nilo, era rico y la alberga así como la ayuda.

Visita las ruinas del Palacio Solar de Tell-el-Amarna, construido por Akhenaton, uno de los héroes de su libro ‘El Resplandor y el Sol’. Por fin se despide de los von Leers y toma un barco griego en Alejandría para desembarcar en Beirut. Va en coche hasta Damasco, donde trata de contactar con las personas que le indica von Leers pero éstas han marchado de la ciudad durante el verano caluroso. Sigue su ruta hasta Bagdad y toma otro coche hasta Teherán y luego Mashad y la frontera con Pakistán. Debe esperar una semana el tren que la llevara a Lahore,

llegando a Delhi el 30 de julio de 1957. Dos días más tarde se encuentra con su marido en Calcuta. Asit Krishna ha vivido modestamente tras el fin de la guerra, pero siempre ha pagado las ediciones de los libros de su esposa y enviarla ayuda bastante regularmente. Ella encuentra un trabajo como interprete de tres ingenieros de Alemania del Este que construyen un funicular en Orissa. Después vuelve a Calcuta donde es profesora en la Escuela Francesa desde septiembre 1958.

En marzo de 1960 muere su madre en Lyon, y tiene que arreglar los asuntos familiares. Se debe separar de Krishna por segunda vez en septiembre 1960 y se embarca para Marsella. Pero una vez llegada allí se marcha primero a Madrid pues Rudel la ha recomendado de encontrarse al célebre coronel SS Otto Skorzeny, que ha montado una empresa muy práctica de exportación-importación cuya actividad financiera y comercial a salvaguardado intereses financieros y comerciales alemanes de la postguerra.

Se dice que él organizó una red de evasión desde Alemania, así mismo le conectó con Leon Degrelle, ex comandante de la División Waffen SS Wallonie y con otros alemanes instalados en España, así como con Horia Sima de la Guardia de Hierro rumana, oficiales de la antigua Legión Condor, supervivientes de los Ustachi croatas de Ante Pavelic.

Tras haber establecido estos contactos vuelve a Francia y encuentra un trabajo de profesora interina en enero 1961 en el colegio Montbrison a 60 km. de Lyon, pues Maximiani Porta ha mantenido siempre los contactos con su Alma Mater, la Universidad donde hizo todos sus estudios.

En primavera Savitri Devi se va de vacaciones de Pascuas a Inglaterra a casa de su vieja amiga Muriel Gantry. Ser fija en la propaganda del British National Party (BNP) de Colin Jordan y John Tyndall, con los cuales había tenido correspondencia cuando estaba en España con Skorzeny.

Vuelta a Francia, Savitri Devi, continua escribiendo "Duro como el acero Krupp" en alemán, después termina un texto en inglés que ella había empezado en 1957 ("La verdadera historia de un muy discutible nazi y ... una media docena de gatos"), publicado en Calcuta por Mukherji en 1961. Tiene ya 56 años pero conserva aun toda su energía.

En Inglaterra, Colin Jordan se separa del BNP y funda el National Socialist Movement. Un campo de verano con un Congreso Internacional se prevee para agosto 1962. El Ministro del Interior inglés reacciona prohibiéndolo y vigilando los aeropuertos y puertos para interceptar a los participantes del evento. Pero Savitri Devi está ya en casa de su amiga Muriel Gantry, Lincoln Rockell (del American Nazi Party) pasa por Irlanda, y llegados los que pudieron se celebró el campamento en un lugar secreto de Pinnock Cliffs. La policía acabó haciendo evacuar el campamento pero ya tarde, cuando ya estaba todo acabado.

Una nueva internacional NS había nacido, la WUNS o Unión Mundial NS

Más tarde en 1966, Colin Jordan funda la revista 'National Socialist World' en Arlington, que publica la versión 'dévica' de la ideología nazi, y las relaciones de Savitri Devi se amplían. Sus ideas personales sobre el nacionalsocialismo, en tanto que religión de la Naturaleza, el sistema hindú de ciclos temporales, las tres clases de hombres, 'con, contra y bajo' el Tiempo, el personaje de Hitler como avatar de Vishnu, se expanden entonces por el mundo por los canales de los grupos neonazis.

Recuerdos y reflexiones

Siempre como maestra, ejerce en el colegio de Firminy entre 1955 y 1967, pero viviendo en Montbrison. En cada periodo de vacaciones retoma contacto con sus amigos de Alemania, especialmente en Baviera. Se le prohibe su estancia en Inglaterra, por lo que no puede ir a enseñar a Irlanda y vuelve entonces a Grecia, donde da lecciones particulares de francés.

Vuelta a Francia, con la ayuda de sus amigos puede tomar el avión a Bombay en junio 1967. Tiene entonces 66 años y acaba su obra ‘Recuerdos y reflexiones de una aria’, especie de biografía y al mismo tiempo muestra de su religión ario-racista, en forma de testamento.

Empieza entonces a escribir ‘Ironías y paradojas en la Historia y la leyenda’, llena de anécdotas curiosas; al mismo tiempo continua la correspondencia con sus numerosos amigos. Vive en Nueva Delhi con su marido hasta 1973, después se trasladan a las afueras; Savitri tiene una pequeña pensión como profesora de francés que fue hasta 1977. Y en este año su marido, el querido Asit Krishna, enfermo, muere el 21 de marzo. Es también el año en que en los EEUU es asesinado Lincoln Rockwell. En Inglaterra, en 1968, Colin Jordan reorganiza el NS Movement con el nombre de British Movement (BM) y se desencadenan las peleas raciales, skins contra inmigrantes.

En Parma, en 1979, las ediciones del Veltro habían publicado ‘La India y el Nazismo’ (que sale con el título Recuerdos y Reflexiones de una Aria), y en 1980 las Ediciones di Ar, en Roma, publican la traducción alemana de ‘Oro en el crisol’, y Savitri Devi entra en el mundo del neofascismo italiano. Se entera del plan de paz que Alemania propuso a Inglaterra y que no fue aceptado, y entonces profetiza que el castigo para la pérfida Albion será su desaparición en un caos racial y vicio. ¿No es lo que ha pasado hoy en día?.

Pero a causa de las muchas pruebas que ha tenido que soportar, la salud de Savitri empeora, en 1978 sus dos ojos son atacados por cataratas. Una carta de la Sra Myriam Hirn a su corresponsal en Lyon dice: *“Apreciado Sr., os escribo de parte de Savitri Devi que ha sufrido un ataque de parálisis del lado derecho, y que no tiene noticias suyas desde hace tiempo. Está inquieta por usted y desearía recibir una pequeña nota suya. Ella sufre una prueba más dolorosa para su alma que para su cuerpo, pues físicamente no sufre, pero mentalmente la es difícil de aceptar su situación. Está habituándose a su estado y vive ahora con*

una anciana inglesa y una alemana. Yo la grabo en cassette los libros que ella gusta de leer, pues no puede ver casi nada y en modo alguno leer. Yo escribo sus cartas y recibo las respuesta que se las leo y ella aprecia mucho tener noticias de sus amigos....".

Gracias a la ayuda económica de muchos de sus amigos puede volver a Baviera, alojada en un asilo para ancianos y luego en casa de su amiga Elisabeth en Traunstein. Recibe numerosas visitas pues entre los camaradas las noticias corren rápidamente.

Vuelve a Francia en 1982 donde se aloja en un asilo de Lozanne, pero no le gusta y vuelve a Alemania, en casa de Georg Schrader, su fotógrafo, en junio y julio, y desde allí, con Schrader y su mujer visitan a Rudel en Kufstein, que quiere pagarla su vuelta a la India. Se encuentra con otros amigos en Munich. Se entera que Matt Koehl, dirigente del ANP en Virginia, la ha conseguido un visado para entrar en USA y dinero para el viaje.

Con gran ilusión se va a casa de su vieja amiga apolítica, Muriel Gantry, alegre pensando en volver a Virginia, pero esta enferma y se debe llamar al médico. Se acuesta y duerme. Muriel que la vela recalca que respiraba profundamente, y después silencio. A medianoche del miércoles 22 de octubre 1982 la encuentra muerta.

Es incinerada en el crematorio de Colchester el 7 de diciembre 1982. Numerosos periodistas estuvieron en los funerales de rito hindú. Las cenizas fueron enviadas a Matt Koehl, en la sede de Virginia del ANP, donde reposan en la sala de honor junto a las de Lincoln Rockwell, el jefe asesinado.

(Texto basado en el número de L'Autre Histoire de Henry Durrant sobre este tema. Tomado y extractado de 'BLT'- nov.2003)

Otras obras de la autora:

- Peregrinación
- El rayo y el sol
- Recuerdos y reflexiones de una aria
- Duro como el acero Krupp
- Desconfianza
- Acusación contra la humanidad
- Un hijo de Dios
- Oro en el crisol

"...unsere neue Auffassung, die dem Ursinn der Dinge entspricht"
Adolf Hitler, Mi Lucha

"Qu'est-ce que tout cela, qui n'est pas éternel? "
Leconte de Lisle, "L'illusion suprême", Poémes Tragiques

PREFACIO

Escritas durante los años 1968 a 1971, en Montbrison, Atenas, Ducey (Normandía) y finalmente en Delhi, e impresas por cuenta propia en medio de las mayores dificultades económicas, estas páginas reflejan las experiencias de una larga vida dominada por un estado de alma —la nostalgia de la Perfección Original— y consagrada a un único combate: la lucha contra todas las formas de decadencia. Esta lucha —en el espíritu de la Tradición eterna y consecuentemente sobrehumana— no podía, en nuestra época, sino identificarse con la lucha que ha llevado, en una escala inconmensurablemente más vasta, un hombre inconmensurablemente más grande (más cerca de lo eterno) que yo, su discípulo sincero, aunque insignificante.

Estas páginas están escritas a la gloria de este hombre y del orden del cual él fue su fundador y alma. Estas páginas tratan de poner en evidencia que su doctrina no expresa sino nada menos que la Tradición, única y sobrehumana, y por ende justificar, en nombre de principios inmutables —absolutamente verdaderos—, todo lo que se ha hecho (o hará) en su nombre.

Entrego estas páginas a los camaradas, hermanos de raza y de fe, dondequiera que estén con el antiguo saludo ritual de los leales y las dos palabras actualmente prohibidas.

Doy las gracias a todos los que me han ayudado, directa o indirectamente a editar este libro: en primer lugar a mi esposo, Sri Asit Krisna Mukherji, que me ha estimulado en este trabajo; después a Madame Françoise Dior, cuya generosa hospitalidad en Ducey, de Octubre de 1970 a Mayo de 1971, me ha permitido escribir, en una atmósfera de compasión y simpatía, y libre de toda preocupación material, una parte de estos “Recuerdos y Reflexiones”; a Fräulein Marianne Singer, quien ha hecho posible mi regreso a las Indias, país donde cualquiera que sea la posición ideológica de sus gobernantes, la persona que tiene buena fe

puede, sin prohibiciones ni restricciones, expresarla públicamente, -feliz tolerancia sin la cual este libro no habría visto la luz; finalmente, agradezco a los señores Owen Loveless, S.G. Dickson, Sajer, Saint-Loup y sus camaradas su contribución económica para la impresión de este libro. Me satisface expresar a todos ellos, cuánto me ha afectado su testimonio y solidaridad.

New Delhi, 28 de Julio de 1976.

CAPÍTULO I

LA RELIGIÓN DE LOS FUERTES

"Hénokia, Cité monstreuse des Mâles, Antre des Violents, Citadelle des Forts,
Qui ne connus jamais la peur ni le remords..."
Leconte de Lisle, Qaïn; Poèmes Barbares

Si tuviera que elegir un lema, sería este: “Puro, duro, seguro”, —en otras palabras: inalterable. Este sería el ideal de los fuertes, a quien nadie abate, nada corrompe, nada hace cambiar; de los que se puede esperar la unión con lo eterno, porque su vida es *orden* y *fidelidad*.

¡Oh, tú que exaltas la lucha sin fin, aunque sea sin esperanza, únete a lo que es eterno! Lo único que existe es lo eterno; lo demás no es más que sombra y humo. Ningún individuo, hombre o bestia, ningún grupo de individuos, ningún pueblo merece que te inquietes por él en sí; cada uno de ellos, por el contrario, en tanto que reflejen lo eterno, merecen que te consagres a ellos hasta el límite de tu capacidad. Todos los seres y grupos naturales de seres reflejan lo eterno más o menos. Lo reflejan en la medida que se aproximen, en todos los planos, al arquetipo de su especie; en la medida en que lo representen de una manera viva. Quienes no representan más que sí mismos, aunque sean de los que hacen o deshacen la historia y cuyos nombres relumbran a lo lejos, no son más que sombra y humo.

Tú que exaltas la imagen del peñasco solitario expuesto a todos los asaltos del océano —batido por los vientos, batido por las olas, golpeado por el rayo y las tempestades, siempre cubierto de furiosa espuma, pero siempre enhiesto, milenio tras milenio—; tú que querrías poder identificarte con los hermanos en la fe, con el símbolo tangible de los fuertes, hasta el punto de exclamar:

“¡Somos nosotros! ¡Soy yo!”, libérate de estas dos mortales supersticiones: de la búsqueda del “bienestar” y de la inquietud por la “humanidad” -o guárdate de caer en ellas si los dioses te han dado el privilegio de ser desde tu niñez puro y libre.

El bienestar -que, para ellos consiste en su expansión natural, sin obstáculos; en no tener hambre, ni sed, ni frío, ni demasiado calor; en poder vivir libremente la vida para la que han sido hechos; y en ocasiones, para algunos de entre ellos, también en ser amados-, debería ser otorgado a los seres vivos que no poseen el don de la palabra, padre del pensamiento. Es una compensación que les es debida. Contribuye con todo tu poder a asegurársela. Ayuda a la bestia y al árbol, -y defiéndelos contra el hombre egoísta y cobarde.

Da una brazada de hierba al caballo o al asno extenuado, un balde de agua al búfalo que se muere de sed, uncido como está desde el despertar del día a la pesada carreta, bajo el cielo ardiente de los trópicos; da una caricia amistosa a la bestia de carga, cualquiera que sea, a la que su amo trata como si fuera una cosa; alimenta al perro o al gato abandonado que vagabundea en la ciudad hostil o indiferente, no encontrando jamás un amo; coloca para él un plato de leche en el borde del camino, y acaríciale con la mano si te lo permite. Lleva la verde rama, arrancada y arrojada a la polvareda, a tu casa, a fin de que nadie la aplaste, y ponla en un vaso de agua; está viva y también tiene derecho a tus cuidados. No tiene otra cosa que la vida silenciosa.

Ayúdales a gozar de la vida. Vivir es para todos los seres a los que la palabra no ha sido dada, la forma de estar en armonía con lo eterno. Y vivir, para estas criaturas, es la felicidad.

Pero los que poseen el don de la palabra, padre del pensamiento, y, entre ellos, los fuertes sobre todo, tienen otra cosa que hacer que buscar ser “felices”. Su tarea suprema consiste en reencontrar esta armonía, ese acuerdo con lo eterno del cual la palabra parece haberles privado; consiste en ocupar su lugar en el concierto universal de los seres vivientes con todo el

enriquecimiento, con todo el conocimiento que la palabra puede aportarles o ayudarles a adquirir; consiste en vivir, como los seres que no hablan, según las leyes santas que rigen la existencia de las razas, pero, en su caso, consciente y voluntariamente. El placer o el desagrado, la felicidad o la inquietud del individuo no cuentan. El bienestar —más allá del minimum que necesita cada uno para cumplir su tarea—, no cuenta. Sólo cuenta una tarea: la búsqueda de lo esencial, de lo eterno, a través de la vida y del pensamiento.

Únete a lo esencial, a lo eterno. Y no te preocupes jamás de la felicidad (ni de la tuya ni de la de los demás); cumple tu tarea, y ayuda a los otros a cumplir la suya, siempre que la de ellos no contradiga a la tuya.

Aquel que posee el don de la palabra, padre del pensamiento, y que, lejos de ponerla al servicio de lo esencial, la derrocha en satisfacciones personales; el que posee la técnica, fruto del pensamiento, y la utiliza sobre todo para acrecentar su bienestar y el de otros hombres, antes que para la tarea mayor, es indigno de estos privilegios. Él no vale lo que los seres bellos y silenciosos, el animal, el árbol, los cuales sí siguen su vía. Quien se sirve de los poderes que le confiere la palabra y el pensamiento para matar y para hacer sufrir a los bellos seres que no hablan, por su propio bienestar o el de otros hombres; quien se sirve de los privilegios de ser hombre contra la naturaleza viviente, peca contra la madre universal —contra la vida— y contra el orden, que exige el principio de "nobleza, obliga". Quien así actúa no es uno de los fuertes; no es un aristócrata en el sentido profundo del término, sino un mezquino, un egoísta y un cobarde que repugna a la elite natural.

Toda sociedad, toda "civilización" que obra con la misma aspiración hacia el bienestar humano ante todo, al bienestar o a la "felicidad" humana no importa a qué precio, está marcada por el sello de las potencias inferiores, enemigas del orden cósmico en el juego sin fin de las fuerzas. Es una civilización de la Edad Oscura. Si estás obligado a sufrirla, súfrela oponiéndote sin cesar,

denunciándola, combatiéndola en cada instante de tu vida. Hónrate apresurando su final —o al menos coopera con tu poder de acción natural de las fuerzas que la conducen a su final. Porque ella está maldita. Es la fealdad y la cobardía organizadas.

Rechaza no solamente la superstición de la "felicidad", si alguna vez te ha seducido, sino también opónte a la superstición del "hombre". Guárdate de la actitud, tan vana como necia, de tratar de "amar a todos los hombres" simplemente porque sean hombres. Y si esta actitud jamás ha sido la tuya, si desde la infancia, has sido inmune a la propaganda de los devotos de "la humanidad", da gracias a los dioses inmortales a los cuales debes esta sabiduría innata. Nada te prohibe, ciertamente, tender la mano a un hombre que necesita socorro, aunque él esté desprovisto de todo valor. Los fuertes son generosos. Pero en tal caso, ayúdale por ser carne viviente, no por ser hombre. Y si se trata de elegir entre este hombre sin valor y una criatura privada del don de hablar, pero más cerca del arquetipo de su especie que dicho hombre respecto del hombre ideal, es decir, del hombre superior, da tu preferencia y tu solicitud a la criatura, pues es, más que dicho hombre sin valía, una obra de arte del eterno artista.

Porque "el hombre", del que tanto caso se hace, no es más que una construcción del intelecto a partir de elementos vivientes de una desconcertante variedad. Sin duda toda "especie" es una construcción del intelecto: su nombre corresponde a una idea general. Pero hay una diferencia enorme: estas realidades vivientes, que son los individuos de cada especie, se parecen. La especie *existe* en cada uno de ellos. Todos los especímenes de una misma especie reflejan lo eterno en el mismo grado, o poco más o menos. Los individuos de una misma raza, de los que no poseen el don de la palabra, son casi intercambiables entre sí. Sus posibilidades son precisas. Se sabe lo que gana el mundo de los vivos cada vez que nace un gato; se sabe lo que pierde cada vez que muere un gato, joven o viejo. Pero no se sabe lo que gana o

pierde - cada vez que nace un hombre. Porque, ¿qué es un hombre?

El más perfecto espécimen de hombre nórdico, de alma noble y juicio firme y recto, y cuyos trazos y porte son como los de las estatuas griegas de la más bella época, es “un hombre”. Un hotentote, un pigmeo, un papúa, un judío, un levantino mestizado de judío, son “hombres”. “El hombre” no existe. No existen más que muy diversas variedades de primates que se han convenido en llamar “humanos”, porque tienen en común la posición erguida y el don de la palabra: y este último don en grados muy desiguales. Dentro de una misma raza -mejor aún, dentro de un mismo *pueblo*- cuán innumerables divergencias, tanto psíquicas como físicas; divergencias que se querría poder atribuir, aunque la morbidez las explica en parte, a lejanos mestizajes; tan distante es la separación entre individuos de la misma sangre, que parece contra-natura. Es sorprendente constatar, tan a menudo, las oposiciones ideológicas (o religiosas) tan violentas, entre hermanos de raza. Bien es sabido que, mientras que San Vicente de Paul era francés, existen torturadores de niños que también lo son; sabemos que la bella y virtuosa Laure de Noves, condesa de Sade, tuvo, cuatro siglos después de su muerte, entre sus descendientes, al marqués de triste memoria que lleva el mismo nombre.

Lo repito pues: no se sabe, no se puede saber, lo que el mundo de los vivos gana o pierde, cada vez que nace un joven ser, llamado *humano*. Cuanto menos pura es la raza, es decir, cuanto menores son las posibilidades de cada hombre, al comienzo de su vida, y en general, menor es la probabilidad de adivinar lo que el mundo gana o pierde con el nacimiento o muerte de un niño. Así, cuanto menos pura es la raza, menor es la tendencia de la sociedad a fundir a los individuos de un mismo grupo en un mismo molde, es decir, menor es la tendencia de la sociedad a estimular siempre el desarrollo de posibilidades homogéneas, dicho sea esto en general. Y, entonces, la excepción

—el individuo inclasificable— será frecuente en el seno de un grupo (humano) determinado con un mismo nombre, pero este nombre no corresponderá a ninguna realidad. Será relativamente posible, e igualmente fácil, prever, en circunstancias precisas, las reacciones de un ario (sea alemán o no) que es al mismo tiempo un hitleriano ortodoxo. Será más difícil de prever las reacciones de cualquier europeo occidental no-comprometido o alineado.

También es verdad que, más allá de un cierto grado de mezcolanza de razas y de ambientes, y de condicionamientos en vasta escala, debido a todos los medios modernos de difusión, las gentes terminan por parecerse extrañamente, psíquica si no físicamente; tienden a parecerse en su nulidad. Ellos creen dar prueba de independencia y originalidad, y, de hecho, sus reacciones frente a circunstancias semejantes son tan idénticas como pueden serlo las de los individuos de la misma tribu de negros o de pieles rojas, o... las de gentes de la misma raza y unidas por una misma fe. *Los extremos se tocan.* El caos étnico que representan las masas de una metrópoli o gran ciudad, en la vanguardia de todas las técnicas, tiende a adquirir una uniformidad grisácea, una suerte de homogeneidad ficticia —querida por quienes controlan a estas masas—, siniestra caricatura de la relativa unidad natural de las gentes de una misma sangre, unidas por una escala de valores y unas prácticas comunes; se trata de una uniformidad que, lejos de revelar un "alma colectiva", en cualquier grado de despertar que sea, descubre la delicuescencia de una sociedad que, definitivamente, ha vuelto la espalda a lo eterno —en otros términos: una sociedad condenada.

Pero se puede, sin embargo, encontrar a veces un individuo excepcional en el seno de una sociedad enferma; se puede hallar un individuo que desprecia el caos étnico que ve a su alrededor y del cual quizás él mismo es un producto, y que, para salir de tal caos se adhiere a cualquier doctrina que lleve a la extinción de la especie, o bien, se entrega por entero al servicio de una verdadera raza, con todo el renunciamiento que esto

comporta para él. El mecanismo de la herencia (biológica) es tan complejo, y el juego de las influencias exteriores está tan sometido al azar, que no es posible prever quién, entre los niños de una sociedad decadente, devendrá o será un individuo excepcional —como tampoco es previsible saber qué miembro recién nacido de una tribu aspirará un día a otra cosa que a los valores e ideas recibidas, o, cuál niño, educado en una fe determinada, se apresurará a abandonarla en cuanto pueda.

La excepción es algunas veces probable y siempre *posible* en un grupo humano, por homogéneo que sea —lo que no significa que, *en la práctica*, se pueda o incluso se la deba tener en cuenta: esto complicaría hasta el infinito las relaciones entre grupos. Además, la excepción, si representa algo más que a sí misma, cambia de grupo, cada vez que se puede. Si existió un azteca al que escandalizaban los sacrificios ofrecidos a los dioses de su pueblo, es presumible que este hombre fuera de los primeros que adoptaron la religión de los conquistadores españoles; y, si un ario europeo, en nuestra época, no muestra más que desprecio los valores “cristianos y democráticos” de Occidente, y añora una sociedad inspirada en la Esparta antigua, es de prever que, si es de espíritu combativo, sea adicto a la fe hitleriana.

* * *

Resulta de estas observaciones que el concepto de “humanidad” no corresponde a ninguna realidad concreta, separable del conjunto de la de los seres vivientes. El don de la palabra y la posición erguida, los únicos trazos comunes a *todos* los hombres, no son suficientes para convertir en “hermanos” a todos los hombres, sin tener en cuenta que algunos de ellos son más semejantes a seres de otra especie y sin tener en consideración las diferencias que separan a los hombres entre sí. No existe, pues, ninguna obligación moral de amar a todos los

hombres, a menos que se postule la obligación de amar a todos los seres vivientes, incluyendo los insectos más dañinos, porque un hombre (o un grupo de hombres) que, por naturaleza o por opción, expande fealdad, mentira y sufrimiento, es más dañino que cualquier insecto maligno. Sería absurdo combatir a uno, menos potente, y por tanto menos peligroso, mientras se tolera —y a fortiori, se ama— al otro.

Ama, pues, al hombre superior, al ario digno de este nombre: bello, bueno y bravo; responsable; capaz de todos los sacrificios a fin de cumplir con su tarea; ama pues al ario sano y fuerte. Es tu hermano y tu compañero de armas en la lucha de tu raza contra las fuerzas de la desintegración; sus hijos continuarán esta lucha sagrada al lado de los tuyos, cuando tu cuerpo haya retornado a sus elementos.

Respeta al hombre de raza noble, distinta que la tuya, que lleva, en un marco diferente, un combate paralelo al tuyo —al nuestro. Es tu aliado. Es nuestro aliado, aunque esté en el otro extremo del mundo.

Ama a todos los seres vivientes, cuya humilde tarea no se oponga de ninguna manera a la tuya, a la nuestra: —los hombres de corazón sencillo, honestos, sin vanidad y sin malicia, y a todas las bestias, porque ellas son bellas, sin excepción, y sin excepción indiferentes a cualquier "idea". Ama a los animales y sentirás lo eterno en la mirada de sus ojos de azabache, de ámbar o de esmeralda. Ama también a los árboles, las plantas, el agua que corre en la yerba y va al mar; ama la montaña, el desierto, la selva, el cielo inmenso, pleno de luz o de nubes; porque todo esto sobrepasa al hombre y te revela lo eterno.

Pero desprecia a la masa humana de corazón vacío, de espíritu superficial; a la masa egoísta, cobarde y pretenciosa, que no vive más que para su propio bienestar, y para lo que el dinero puede comprar. Despréciala, a la vez que te sirves de ella siempre que puedas. Si esa masa humana es de nuestra raza, y suficientemente pura, de ella pueden nacer niños que, educados

por nosotros cuando llegue la época en que podamos expresarnos nuevamente, valdrán infinitamente más que sus padres. Este es el mejor servicio, si no el único que dicha masa humana puede rendir. Cada vez que un hombre de buena raza, alegremente integrado el la “sociedad de consumo” te decepcione, piensa que no cuenta como individuo consciente; sabe que sólo su sangre cuenta. Ved en él lo que únicamente considera un ganadero en la crianza de caballos o perros de raza: su pédigree. Y déjale hablar: —lo que diga, lo que crea pensar, no tienen ninguna importancia.

En cuanto al enemigo de los valores inmutables, el enemigo de la naturaleza y de la vida —el que querría sacrificar el más bello al menos bello o *al* francamente feo; el fuerte *al* débil; el sano *al* sufriente, al enfermo y *al* deficiente—; en cuanto a aquel que se erige, solo o en grupo, contra lo eterno, *combátele* con todo el ardor de tu corazón, toda la fuerza de tu brazo, toda la eficiencia de tu inteligencia. No es necesario odiarle. Él sigue a su naturaleza y cumple su destino oponiéndose a los valores eternos. Él juega su papel en esta danza cósmica sin comienzo ni fin. Pero —precisamente por esta razón— es necesario e incluso urgente combatirle, por todos los medios, sin tregua ni debilidad. Porque él es un contrario absoluto —*nuestro* contrario y, consecuentemente nuestro enemigo natural— en el implacable juego de las fuerzas.

Combátele con desapego y con todo tu poder: los fuertes conservan un equilibrio sereno incluso en el fanatismo más exaltante. Combátele mediante la violencia, combátele sin violencia, según los casos. Combátele pensando día y noche en la oposición que existe entre tu misión y la suya.

* * *

No subestimes nunca los ritos. En todas partes donde existen reina un cierto orden. Y todo orden implica sumisión de

la voluntad individual, disciplina, renunciamiento; —preparación en la búsqueda de lo eterno.

Toda religión verdadera es una vía abierta para quienes, conscientemente o no, tienden hacia lo eterno. No hay verdadera religión sin ritos. Habiendo ritos, por simples que sean, hay ya un esbozo de religión. Digo "esbozo", porque si el rito es necesario, esencial incluso, para toda verdadera religión, es insuficiente para crearla. Es necesario que al rito se añada una doctrina que sea una expresión de la Tradición, es decir que ayude al fiel a vivir en las *verdades eternas*. Es obvio decir —salta a la vista— que, entre las gentes que se reclaman nominalmente de una religión determinada, cada uno la vive más o menos, y la gran mayoría (al menos en las épocas de decadencia, tales como la actual) no la vive en absoluto. Casi se podría definir que una época de decadencia es una época en la que las doctrinas tradicionales, es decir las que elevan a sus fieles a la contemplación de lo eterno, cesan de interesar a los hombres, con excepción de una ínfima minoría.

En los siglos en que la degeneración se afirma y se acentúa, las doctrinas propiamente políticas toman, en el espíritu de la mayor parte de las gentes, la delantera sobre las doctrinas tradicionales, generalmente llamadas "religiosas", y —lo que, quizás, es peor— los hombres se sirven del hombre de diferentes religiones para llevar a cabo combates que no tienen, como fin, más que sus ventajas personales y materiales.

Las doctrinas propiamente políticas están, contrariamente a las que derivan de la Tradición, centradas sobre preocupaciones inmediatas y consideraciones, todo lo más, "históricas", es decir, temporales; sobre lo que no se reproduce nunca —lo que no se verá dos veces. Una doctrina que ayuda a sus adherentes a resolver problemas inmediatos de orden político, económico, enseñándoles verdades que trascienden a esos problemas inmediatos, e inculcándoles una escala de valores correspondiente, no es una doctrina política. Es una

Weltanschauung, una “visión del universo”. Bastaría añadirle ritos para hacer de tal doctrina la base de una religión. Y, los adherentes que tienen el sentido del rito, la necesidad del rito —que expresan como pueden marcando los días fastos o nefastos, los aniversarios gozosos o dolorosos, ligados a la historia de su comunidad; visitando, en ciertos días, los lugares ricos en significación, para ellos— son ya fieles.

Pero, repito: para que una Weltanschauung, una visión del universo, una “filosofía”, pueda, una vez penetrada de la magia del rito, devenir la base de una verdadera religión, es necesario no solamente que no contenga ninguna contradicción interna, sino también que sus proposiciones fundamentales sean *verdaderas*, no relativamente, sino absolutamente; verdaderas en todo tiempo y lugar; verdaderas en el tiempo y fuera del tiempo; eternamente. Es necesario, en otras palabras, que repose sobre nada menos que las leyes del cosmos; sobre las leyes de la vida sin comienzo ni fin; sobre leyes que se aplican al hombre, pero que sobrepasan al hombre lo mismo que a todos los seres finitos. Es necesario, en una palabra, que se trate de una filosofía cósmica capaz de integrarse en la eterna Tradición.

Extremadamente raras son las doctrinas que pretenden ser “liberadoras”, y más raras aún las doctrinas políticas (aún teniendo base “filosófica”) que cumplen con la condición de poder integrarse en la Tradición. Si alguna de las doctrinas que no cumplen dicha condición, bajo la presión del alma humana, una presión tan vieja como el hombre, se deja asociar a unos ritos, esa doctrina dará lugar al nacimiento de una *falsa* religión —al nacimiento de una organización sacrílega, en otras palabras, a una *contra*-Tradición. Este es, en nuestra época, el caso del marxismo, en la medida en que un simulacro de vida ritual se le ha introducido. El humilde y sincero campesino eslavo que, entre muchos otros, espera, ante el mausoleo de Lenin, el momento en que al fin le sea permitido recogerse en presencia del cuerpo, artificialmente incorrupto, del hombre que hizo de las ideas del

judío Marx la base de una revolución mundial, *es un fiel*. Ese campesino ha ido más allá, en peregrinación, para alimentar su alma devota, del mismo modo que sus padres iban, en otro tiempo, a postrarse de rodillas ante un icono milagroso, en alguna iglesia célebre. El alimento del alma es, para él, más importante que el del estómago. El permanecería, si fuere necesario, dos días sin comer ni beber, para vivir el instante de pasar en silencio ante el cadáver momificado de Lenin. Pero el alma vive de la verdad; del contacto con lo que es, en todas partes y siempre. Las contraverdades en las que el alma cree la desvían de ese contacto y la dejan, temprano o tarde, con su hambre de lo absoluto, sin saciar. Ahora bien, toda la filosofía de Marx, adoptada por Lenin como fundamento del Estado proletario, está basada sobre contraverdades flagrantes; sobre la aserción de que el hombre no es otra cosa que lo que su medio económico hace de él; sobre la negación del papel de la herencia, y por tanto de la raza; sobre la negación del papel de las personalidades (y de las razas) superiores en el desenvolvimiento de la historia. El hombre sincero, religiosamente entregado a los maestros que han erigido el error en principio, y desarrollado a partir de ese error una revolución mundial, sirve sin saberlo a las fuerzas de la desintegración; a las fuerzas que, en la terminología más o menos dualista de más de una enseñanza tradicional, son llamadas "las potencias del abismo".

Entre las doctrinas llamadas políticas del siglo veinte, no conozco más que una que, siendo, de hecho, infinitamente *más* que "política", cumple la condición *sine qua non*, sin la cual no es posible que una Weltanschuung, incluso con la ayuda del rito, sirva de base a una *verdadera* religión, a saber, que repose sobre verdades eternas, sobrepasando de lejos al hombre y a sus problemas inmediatos, sin hablar ya del pueblo particular al que fue (dicha doctrina) primeramente predicada, y de los problemas propios de este pueblo. Una sola doctrina, he dicho: el verdadero racismo ario, en otros términos, el Hitlerismo.

En un pasaje de su novela “Les Sept Coleurs”, Robert Brasillach describe la ceremonia de consagración de las nuevas banderas del Reich, en una de las grandes reuniones anuales de Nuremberg, la cual él presenció. Después del grandioso desfile de todas las organizaciones vinculadas al Partido Nacionalsocialista, el Führer avanzaba solemnemente ante quinientos mil espectadores que abarrotaban las gradas del inmenso estadio en medio de un silencio absoluto. Alzando uno tras otro los pendones nuevos, los ponía en contacto con la “Bandera de la Sangre”, el estandarte que habían portado sus camaradas de la primera hora, con ocasión del Putsch del 9 de Noviembre de 1923, y al cual, la sangre de los dieciséis caídos aquel día, había conferido un carácter sagrado. A través de la “Bandera de la Sangre” cada nueva bandera se hacía semejante a ésta; “cargándose” del fluido místico al participar del sacrificio de los caídos. El escritor Robert Brasillach señala, muy justamente, a este propósito, que el hombre al cual escapa el sentido religioso de este gesto, “no comprende nada del Hitlerismo”. Subraya, en otras palabras, que este *gesto es un rito*.

Mas este rito, junto a otros muchos, no habría sido suficiente para dar al Hitlerismo el carácter de una religión, si no hubiera sido ya una doctrina metapolítica: una Weltanschauung. Y sobre todo, el rito no habría podido hacer del Hitlerismo una *verdadera* religión, si en la base de esta Weltanschauung no hubiera habido verdades eternas, y toda una actitud que no era (y no es), en último análisis, más que la búsqueda misma de lo eterno —la actitud tradicional por excelencia.

Estas palabras pueden parecer extrañas en 1969, más de veinticuatro años después de la derrota militar de la Alemania hitleriana, y del hundimiento de su estructura política. Estas palabras pueden parecer extrañas, ahora cuando se busca en vano, en todo el espacio geográfico que cubría el Tercer Reich, un signo visible del resurgimiento del nacionalsocialismo tal como lo concebía el Führer, y cuando la mayor parte de las organizaciones

que, fuera de las antiguas fronteras del Tercer Reich, pretenden evocar al movimiento condenado, no son más que pálidas imitaciones sin alma, o lamentables caricaturas, tal vez al servicio de fines ajenos al nacionalsocialismo. Pero el valor de una doctrina —su verdad—, nada tiene que ver con el éxito o derrota de sus adictos en el plano material. Este triunfo o esta derrota dependen del acuerdo o desacuerdo de la doctrina con las aspiraciones de las gentes, en un momento dado de la historia; dependen también del hecho de que sus adherentes sean o no capaces —desde el punto de vista militar, diplomático y de la propaganda— de imponerse y consiguientemente, de imponer la doctrina a sus adversarios. El hecho de que la doctrina sea o no una expresión de la verdad cósmica no tiene que tenerse en cuenta aquí. Pero ese hecho hará —a la larga— recta o errónea una doctrina; porque una sociedad que rehusa aceptar una enseñanza que está en armonía con las leyes eternas, y prefiere las contra-verdades, trabaja para su propia desintegración; en otras palabras, se condena a sí misma.

Es verdad que en 1945 los hitlerianos fueron vencidos en todos los frentes; es cierto que el Tercer Reich fue desmembrado; que el Partido Nacionalsocialista ya no existe; que ya no hay, ni en Alemania ni en ningún otro sitio, ni banderas con la cruz gamada en las ventanas, ni calles que lleven el nombre del Führer, ni publicaciones de ninguna clase que exalten su recuerdo. Es exacto que muchos millones de alemanes se han apresurado a despreciar o a desterrar a quien sus padres habían aclamado, y que no se interesan por él ni por su enseñanza, tal como si nunca hubiera existido. Pero no es menos verdad que la esencia de la doctrina hitleriana es la expresión misma de leyes eternas; de leyes que rigen no solamente al hombre, sino a la vida; no es menos cierto que esa esencia representa, como he escrito en un libro en lengua alemana, “la sabiduría del espacio estrellado” [1] y que la opción

1 "Die Weisheit des sternhellen Weltraumes", en "Hart wie Kruppstahl", acabado en 1963 (Capítulo III).

que se presenta ante el mundo es, en consecuencia, la misma antes o después de 1945. La aceptación de esta sabiduría sobrehumana, el acuerdo con el espíritu de la naturaleza, es lo que probó la alternativa: el Hitlerismo o... la desintegración, el caos étnico, la delicuescencia del hombre; la desvinculación con el alma del cosmos; la *condenación*. Es —y la frase es también mía— “Hitler o... el infierno” [1].

Las gentes de nuestro planeta parecen haber elegido el infierno. Esto es lo que hace una humanidad decadente invariablemente. Es el signo mismo de que estamos de lleno en lo que la tradición hindú llama el *Kali Yuga*: la Edad Oscura.

Pero las edades pasan, se suceden. Las leyes que las regulan permanecen.

Es igualmente exacto que numerosos actos de violencia fueron realizados en nombre del Hitlerismo, y que esto es lo que le reprochan tan obstinadamente el rebaño de gentes bienpensantes, de “honestas gentes”, profundamente vinculadas (en teoría al menos) a los valores humanitarios.

Hay, en todo caso, dos suertes de actos de violencia —o de actos que conducen a la violencia—, “realizados en nombre de una doctrina”. Están los actos que, *en el espíritu de la doctrina*, son necesarios o, al menos justificables, en las circunstancias en las cuales dichos actos tienen lugar. Hay, también, actos innecesarios e injustificables, cuyos autores, lejos de ser verdaderos fieles de la doctrina, de la cual ellos exhiben sus símbolos externos, sólo se representan a sí mismos, y *se sirven* del prestigio de la doctrina y de la autoridad que ese prestigio les confiere, para promover sus propios intereses, para saciar sus venganzas personales, o simplemente para dar libre curso a sus pasiones. En el Tercer Reich se dio el caso del hombre que denunciaba a un judío porque, muy sinceramente, él lo consideraba un peligro para el régimen que representaba la salvación de su pueblo. Había también el hombre que denunciaba a un judío —aprovechándose

---

1 "Hitler or Hell", en "Gold in the furnace"; escrito entre 1948-49.

de la oportunidad que el régimen le daba para denunciarlo— ... porque él codiciaba poseer su apartamento. Había el soldado —o el funcionario— que obedecía órdenes. Y había también el hombre que, cubierto por la autoridad que le daba su uniforme, cometía, o hacía cometer, bajo el influjo de la cólera, de la envidia, o simplemente por su brutalidad natural —persiguiendo un malsano placer— actos *inútiles* de violencia, incluso de crueldad, *sin haber recibido órdenes*. Siempre ha habido, entre los adherentes nominales de toda doctrina, y con más razón si se trata de una doctrina que no repudia, en principio, la violencia, combatientes sinceros y oportunistas; gentes que sirven a la causa a la cual se han entregado en cuerpo y alma, y gentes que fingen entregarse a una causa para servirse de ella. (Digo bien de "la causa", y no de "la doctrina". Porque uno puede servir a una *causa*, es decir la aplicación de una doctrina, la materialización de un sueño en el tiempo, ya sea en el sentido —o dirección— de los tiempos, o contra-corriente. Una doctrina, en sí, nada tiene que ver con el "servicio". Una doctrina es verdadera o falsa; está de acuerdo con las leyes del cosmos, o en desacuerdo. Toda la devoción del mundo, unida al sacrificio de millones de mártires, no conseguiría volverla verdadera, si ella es falsa. Y la negación resonante de sus proposiciones básicas por todos los "sabios" y todos los sacerdotes del mundo, unida al odio de todos los pueblos, en todos los tiempos, no conseguiría volverla falsa, si ella es verdadera.)

Los actos violentos e injustificados cometidos, bajo la cobertura de la "razón de Estado", por oportunistas disfrazados de hitlerianos, no afectan para nada a la causa del Reich: —la aplicación del Hitlerismo a los problemas de Alemania, en una época dada; causa que, por otra parte, ellos perjudicaban en lugar de servirla. Esos actos de violencia ejecutados *en el espíritu* del Hitlerismo —según su lógica profunda— lejos de poner en cuestión la verdad del Hitlerismo, la potencian, por el contrario. Porque la aplicación de una doctrina *verdadera* —es decir que

expresa las mismas leyes de la vida— en una sociedad, aunque sea privilegiada, dentro de la Edad Oscura —en otras palabras, en una sociedad que, como toda la humanidad, está, a pesar de sus progresos en el plano técnico, y quizá a causa de éstos, en regresión desde el punto de vista de la Naturaleza— no puede hacerse más que “contra el tiempo”; contra la corriente universal de decadencia que caracteriza a la Edad Oscura. Y esto es materialmente imposible sin violencia.

Entre las religiones internacionales proselitistas, según mi conocimiento, apenas solamente el budismo se ha expandido prácticamente sin violencia. Y es de notar que el budismo es la religión del renunciamiento, la religión de “la extinción” por excelencia; la que, aplicada, absolutamente, debía, exaltando el estado monástico —como el jainismo, su contemporáneo, confinado en las Indias, y como el catarismo, siglos más tarde—, incitar al hombre a abandonar la vida terrenal.

El cristianismo, centrado sobre el amor al hombre, único ser viviente creado (según él) “a imagen de Dios”, se ha propagado ampliamente por la prédica o por la violencia, bajo el patrocinio de reyes o de emperadores que han creído servir a su propio interés proclamándolo religión del Estado, e imponiéndolo a los pueblos conquistados. Innumerables crímenes contra el hombre —y, en general, contra el hombre *superior*— han marcado la expansión del cristianismo, desde la matanza, en el año 782, por orden de Carlomagno, en Verdún sur l’Aller, de cuatro mil quinientos jefes germanos, fieles a los dioses de sus padres, hasta las hogueras de la Santa Inquisición —crímenes que no impiden que permanezca inquebrantable todo lo que el cristianismo ha podido retener en la eterna Tradición. Y se trata aquí, de una religión cuyo fundador declaró que su reino “no es de este mundo”; de una religión para la cual la violencia es extraña, en principio. Si es verdad que los actos de violencia de los cristianos no disminuían en nada el valor de su religión, con más razón los actos de violencia de los fieles de una doctrina,

centrada, no sobre el hombre, considerado como un ser “aparte”, sino centrada sobre la vida y la lucha sin fin que la vida implica —de una doctrina como el Hitlerismo, cuyo espíritu y aplicación en este mundo no puede ir más que contra la corriente de nuestra época—, no alteran de ninguna manera la excelencia de la doctrina, en tanto que es expresión de leyes inmutables.

Una doctrina estrictamente política se juzga por su éxito. Una doctrina susceptible de recibir la consagración del rito —o habiéndolo ya recibido— se juzga a tenor de la eternidad, cualesquiera que hayan podido ser las consecuencias felices o desgraciadas de los esfuerzos realizados para aplicarla en el plano político.

El 28 de Octubre de 1953, ante algunos camaradas reunidos en Holzminden an der Weser, el hiteriano Felix F. me dijo: “Hasta 1945, nosotros éramos un partido; después de 1945, somos el núcleo de una gran fe internacional”. Él creía sin duda que, incluso en una época de delicuescencia universal, tal como la nuestra, los fuertes de sangre aria eran aún bastante numerosos y bastante conscientes como para unirse en una “gran fe internacional”, en torno a la única doctrina digna de ellos.

Sólo el porvenir dirá si él tenía razón o no. Pero yo afirmo desde ahora que, si incluso, desprovisto de todo lo que pueda tener de contingente —de temporal—, en su primera expresión, en tanto que doctrina política, el Hitlerismo no llegara nunca a imponerse en la elite aria, en todas partes donde esta elite exista, el Hitlerismo no dejaría de ser la vía de los fuertes, abierta hacia lo eterno; la ascesis de los fuertes, y esto, en todas las épocas de decadencia acelerada; en todos los “finales de ciclo”.

* * *

Todas las *verdaderas* religiones, todas las que pueden integrarse en la Tradición, conducen a lo eterno, ciertamente. Pero esas religiones no se dirigen a las mismas gentes. Las

religiones que yo he llamado "de extinción" —tales como el budismo, el jainismo, y más tarde el catarismo— se dirigen a los desesperados para quienes la ausencia de esperanza es su sufrimiento; se dirigen a gentes que la lucha sin fin ha rechazado o ha quebrado, y que aspiran a "salir". Las doctrinas que predican *la acción* en el desprendimiento y el entusiasmo sin esperanza, se dirigen a los fuertes; a los que la lucha, incluso "inútil", no fatiga nunca; y que no tienen necesidad ni de la visión anticipada de un paraíso después de la muerte, ni de la visión de un "mundo mejor" para sus hijos y nietos, para actuar con celo y hasta el final, según lo que es, para ellos —los fuertes— el deber.

El *Varnashramdharma* de los hindúes —religión basada sobre la jerarquía natural de las castas (y por lo tanto de las razas, ya que la casta hindú era hereditaria y no tenía nada que ver con los bienes materiales que se pueden poseer) y sobre la sucesión natural de los deberes en el curso de una misma vida del hombre— es una religión de los fuertes. El Varnashramdharma está dominado por la enseñanza de la acción desinteresada, tal como nos ha llegado en el Bhagavad-Gîta. Fue concebido como base de una sociedad tradicional, ya decadente, sin duda —la flexión comienza, en cada ciclo temporal, desde el final de la primera Edad, llamada la Edad de la verdad, *Satya Yuga*, o Edad de Oro—, pero sin parangón como nuestra sociedad actual e infinitamente más cerca del orden ideal o divino.

El Hitlerismo considerado en su esencia, es decir despojado de todo lo que lo une a las contingencias políticas y económicas de una época, es la religión de los fuertes de la raza aria, frente a un mundo en delicuescencia, un mundo de caos étnico, de menosprecio de la naturaleza viviente, de necia exaltación del "hombre" en todo lo que tiene de débil, de malsano, de caprichosamente "individual", de diferente de los otros seres; frente a un mundo de egoísmo humano (individual y colectivo), de fealdad y de cobardía. Esta es la reacción de algunos fuertes de esta raza, noble desde su origen, ante un tal

mundo. Esta es la reacción que los fuertes ponen a todos sus hermanos de raza.

Hay, paralelamente al Hitlerismo, religiones que exaltan las mismas virtudes, la misma ascesis de desprendimiento; religiones que reposan sobre la misma glorificación del combate permanente y sobre el mismo culto a la sangre y al suelo, pero que se dirigen a otras razas —religiones tal vez muy viejas, pero continuamente rejuvenecidas, repensadas, gracias a la vitalidad de sus fieles. El shintoismo, basado sobre la deificación de los héroes, de los ancestros, del sol, e incluso del suelo mismo de Japón, es una de esas religiones. Un japonés me decía en 1940: "Vuestro nacionalsocialismo es, a nuestros ojos, un shintoismo de Occidente; es nuestra propia filosofía del mundo, pensada por arios, y predicada a los arios." En Gamagori, no lejos de Hiroshima, los japoneses han elevado un templo a Tojo y a los que los vencedores —en la guerra— mataron en 1945 como "criminales de guerra". ¿Cuándo se verán en Alemania monumentos si no "templos" dedicados a la gloria de todos los alemanes ahorcados el 16 de Octubre de 1946 y después, hasta el 7 de Junio de 1951, por haber sido fieles a su fe —fe que también es la nuestra—, por haber cumplido con su deber?

Pero esto es otra cuestión.

Retornemos a lo que es eterno en el Hitlerismo, es decir al carácter no solamente metapolítico sino sobrehumano —cósmico— de sus verdades de base, en particular a las verdades que conciernen a la raza, realidad biológica, y al pueblo, realidad histórica y social.

El Führer dijo dirigiéndose a sus compatriotas y, por extensión, a cada uno de sus hermanos de raza europea, de buena raza: "Tú no eres nada; tu pueblo lo es todo". Además, fue indicado en el punto 4 de los famosos 25 puntos que constituyen el programa del NSDAP, lo que es *esencial* en el concepto de "pueblo". "No puede ser miembro del pueblo (alemán) más que

el que es de sangre germánica. De aquí se deduce que ningún judío puede ser ciudadano del Estado (alemán)".

Esto es el retorno puro y simple a la concepción antigua de pueblo: a la de los germanos, ciertamente, mas también a la de los griegos, a la de los romanos antes del Imperio; a la de casi todas las naciones. Es la negación de la actitud romana de los siglos de decadencia, que admitía que todo habitante del imperio, todo súbdito del emperador, podía devenir "ciudadano romano", aunque fuera judío, como Pablo de Tarso, o Flavio Josefo, o árabe, como el emperador Filipo —y, más tarde, bastaba para ser "ciudadano" de Bizancio el hecho de ser "cristiano", y de pertenecer a la misma iglesia que el emperador. Y ser "ciudadano" bizantino daba derecho a ocupar los más altos cargos, como ocurrió con León "el Armenio", que accedió al trono de Bizancio. La concepción *antigua* de pueblo es también la negación de la idea de "pueblo" y de "ciudadano" tal como la presentó la Revolución Francesa, desde el momento en que, bajo la sugestión del abad Grégoire y de otros más, la Asamblea Constituyente proclama "francés" a todos los judíos que vivan en Francia y hablen el idioma francés.

En otras palabras, si un pueblo es una realidad histórica y social, si los recuerdos comunes, gloriosos y dolorosos, costumbres comunes y, en general una lengua común, son factores de cohesión entre sus miembros, esto es porque ese pueblo pertenece a una raza. Puede ser un pueblo ario o mongólico, australoide, negro o semítico. Sin dejar de ser un verdadero pueblo, éste puede contener una proporción más o menos grande de sub-razas diferentes, puesto que estas sub-razas forman parte de la gran raza a la cual este pueblo pertenece (El Führer mismo era, físicamente, tan "alpino" o más que nórdico. El brillante y fiel Goebbels era mediterráneo casi puro. Y estos no son los únicos grandes alemanes ni los únicos personajes de primera fila del Tercer Reich que no eran nórdicos en un cien por cien).

Es la raza en el sentido amplio del concepto lo que da al pueblo su homogeneidad en el tiempo; lo que hace que el pueblo permanezca, pese a los trastornos políticos y económicos, siendo el mismo pueblo, y es, también la raza lo que hace que el individuo, renunciando a sí mismo para ponerse totalmente a su servicio, se vincule a lo eterno.

Sin duda, se podría decir que ni el pueblo ni la raza ni el hombre —ni incluso la vida sobre un planeta dado— duran siempre. Además, la "duración", que es "tiempo", no tiene nada que ver con la eternidad intemporal. No es la sucesión indefinida de generaciones, física y moralmente más o menos parecidas las unas a las otras, sino el arquetipo ideal del cual estas generaciones hacen referencia en cierta medida; es éste el tipo perfecto de la raza, hacia el cual cada espécimen de esta raza tiende más o menos, lo que nosotros consideramos cuando hablamos de la "eternidad de la raza". El pueblo que, solo en medio del caos étnico que se extiende más y más, en todas partes, sobre la Tierra, "consagra toda su energía" en salvarse del mestizaje y "en promover sus mejores elementos raciales", escribe el Führer, "está seguro de llegar tarde o temprano al dominio del mundo" [1] (siempre que, naturalmente, se trate de un pueblo dinámico y creador). En efecto, un pueblo dinámico y creador vivirá; permanecerá siendo un verdadero pueblo, mientras que los pueblos rivales serán invadidos, sumergidos por elementos heterogéneos, y cesarán de ser un pueblo —y por eso mismo, cesarán de merecer (y de suscitar) el sacrificio de los individuos de valor.

El hombre sincero que, en acuerdo con el espíritu del racismo ario, es decir con el Hitlerismo, o de acuerdo con otro racismo noble, se anula ante un verdadero pueblo que es el suyo; el hombre sincero que, a fin de servir a su pueblo, ante todo, supera el interés personal, el dinero, el placer, la gloria de su

---

[1] Adolf Hitler: "Mi Lucha"

propio nombre, se aproxima a lo eterno. Su civismo es devoción y ascesis.

Pero es necesario, para que esto ocurra, que sea un verdadero pueblo al que sirva. Porque si se consagra a un “pueblo” mestizado —o dicho de otra manera, a una colectividad humana sin raza y sin caracteres definidos, que no tiene de “pueblo” más que el nombre— pierde su tiempo inútilmente. Su dedicación hacia un “pueblo” mestizado es una actitud un poco más chocante que la de las gentes que se consagran al servicio de los disminuidos o impedidos, de los retardados, de los deficientes, de los desechos humanos de toda clase, porque el mestizo, si es sano de cuerpo, es a pesar de todo utilizable. Más valdría para el individuo de valor, surgido excepcionalmente de un “pueblo” que no lo es, que se dedique con toda humildad a un verdadero pueblo de raza superior, o bien, que se contente con servir a la vida inocente, a la bella vida no humana; que él defienda a la bestia y al árbol de los ataques del hombre, o, si puede, que combine las dos actividades. Quizás, entonces —si la creencia expandida en las Indias corresponde a la realidad desconocida—, él renacerá algún día en una comunidad humana digna de él... a condición de que no actúe con vistas a tal honor; que no lo desee jamás.

No hay que olvidar que la raza —el arquetipo racial hacia el cual tienden (con más o menos éxito) todas las generaciones de la misma sangre— es, en alguna suerte, la eternidad visible y tangible, concreta; es la única eternidad que está al alcance de todos los seres vivientes como resultado de vivir simplemente —continuando fiel e inmutablemente (también inconscientemente) su especie— y por medio de la cual los seres vivientes escapan del tiempo, a través del renunciamiento individual.

Es curioso que, cuanto los seres son más extraños al don de la palabra y al pensamiento, más inquebrantablemente fieles son a su raza.

Si se admite, como yo lo haría de buena gana, que "lo divino duerme en la piedra, se despierta en la planta, siente en el animal y piensa en el hombre" (al menos en ciertos hombres) se admitirá desde luego, que entre todos los cuerpos de una misma familia química, es decir de una estructura atómica análoga, existe un acuerdo perfecto con el "tipo" que representan y que no pueden negar, acuerdo que nosotros llamamos su función común. Se admitirá también, y no menos, la fidelidad de los vegetales —de la encina, del cedro (...)-, cada uno a su raza. No hay aquí posibilidad de mestizajes espontáneos. Tampoco se da esa posibilidad entre los animales en tanto que permanecen "en el *estado natural*", es decir fuera del contacto con el hombre, ni tampoco entre los llamados hombres más "primitivos" —lo que están o van camino de descender (con la pobreza de su lenguaje y la creciente ausencia del pensamiento) al nivel de los primates carentes de lenguaje articulado, o a un nivel más bajo aún. El mestizaje ha comenzado con el maldito orgullo nacido del hecho de poseer el don de la palabra; orgullo que ha empujado al hombre a creerse un ser aparte (distinto a la naturaleza) y a rebelarse contra las leyes que le atan a la tierra y a la vida; orgullo que le ha hecho cavar un foso imaginario entre él mismo y el resto de los seres vivientes; que le ha incitado a encaramar a toda la especie humana sobre un pedestal; que le ha abocado a menospreciar, en nombre de la falsa fraternidad de los seres parlantes, las flagrantes desigualdades raciales que existen evidentemente, y que le ha llevado a pensar que él podría impunemente burlar la prohibición de unir lo que la naturaleza ha separado; que le ha conducido a creerse que él era el ser "superior", por encima de esta prohibición, por encima de las leyes divinas.

El Hitlerismo representa, en pleno caos étnico, en plena época de decadencia física y moral del mundo, el supremo esfuerzo tendiente a volver a llevar al ario consciente a respetar el orden cósmico tal cual ese orden se afirma en las leyes del

desarrollo, de la conservación y de la desintegración de las razas; el supremo esfuerzo para volver a conducir al ario consciente a su pleno grado en la sumisión a la naturaleza, nuestra madre, y, también, el supremo esfuerzo para llevar, de grado o por la fuerza, al ario no consciente —pero al menos precioso en sus posibilidades de su descendencia— hacia la misma armonía con la naturaleza. El culto del "pueblo" —el culto a la sangre y al suelo, a la vez— lleva al culto de la raza común de los pueblos de la misma sangre, y al culto de las leyes eternas que rigen la conservación de la raza.

CAPÍTULO II

FALSAS NACIONES Y VERDADERO RACISMO

"Wir haben schärfstens zu unterscheiden zwischen dem Staat als einem Gefüß und der Rasse als dem Inhalt. Dieses Gefüß hat nur dann einem Sinn, wenn es den Inhalt zu erhalten und zu schützen vermag; im anderen Falle ist es wertlos".

Adolf Hitler: "Mi Lucha": edic. 1935, pág. 434.

No hay que olvidar que son consideraciones de raza lo que distingue a un verdadero pueblo de una colectividad de hombres que no merece el nombre de "pueblo".

Dichas consideraciones humanas son variadas y muy diferentes unas de las otras. Hay Estados cuya población es una masa profundamente mestizada, en la que los especímenes de apariencia "pura", si los hay, tienen hijos que no se parecen a sus padres; en la que los hijos de una misma pareja que parece étnicamente homogénea, son de razas diferentes: uno negroide, otro mediterráneo, o casi, el tercero, marcado con fuertes características amerindias. Estos son Estados, no pueblos. Hay, por ejemplo, un Estado brasileño. Hay una población (multirracial, y sin leyes de segregación) que habita en Brasil. No hay *pueblo* brasileño —ni, en consecuencia, tampoco existe una "nación" brasileña. Los "recuerdos comunes" y la "voluntad común de vivir juntos" no pueden, contra lo que haya podido pensar Ernest Renan, suplir la ausencia casi total de homogeneidad racial.

Hay, por otra parte, Estados cuya población se compone de varios pueblos yuxtapuestos, pero no mezclados. Es el caso de los Estados Unidos de América, de la Unión Sudafricana, de Rhodesia, de la Unión Soviética, de las Indias. Es por abuso del lenguaje por lo que se ha dado, a la población global de uno

cualquiera de estos Estados, el nombre de “pueblo” o de “nación”. En efecto, no hay ningún lazo natural, ninguna ligazón biológica, entre un “ciudadano norteamericano” de origen anglosajón, irlandés o mediterráneo, y otro “ciudadano norteamericano” negro o mestizo, o judío. Lo que les aproxima artificialmente, es una administración (el gobierno federal) común y un modo de vida que la vulgarización de las técnicas tiende a hacer exteriormente semejantes. Arios, negros, judíos, votan juntos, pagan los impuestos en las mismas oficinas; reciben, en caso de enfermedad, los mismos socorros; escuchan o ven las mismas emisiones de radio o televisión, las mismas películas; comen todos las mismas conservas, beben todos Coca-cola. Aún más, en Estados Unidos, como en los Estados mal llamados “racistas” de Rhodesia [1] y Sudáfrica (más todavía en América que en África), arios y negros pertenecen a las mismas iglesias cristianas; son metodistas, anglicanos, luteranos, católicos o “Testigos de Jehová”, según los casos, pero siempre sin distinción de raza. No siendo de este mundo el reino del verdadero cristianismo, las consideraciones biológicas no podrían tenerse en cuenta. Lo que en estos países aproxima a los pueblos englobados dentro de la población total, pese a ser absolutamente diferentes de sangre, es el esfuerzo (aparentemente en manos de arios, pero en la práctica, bajo control de judíos) para dotar a las distintas razas de una civilización común. Asimismo, es evidente que el esfuerzo hecho para dotar a los distintos pueblos de una base intelectual común —para iniciarlos, en la medida de lo posible, en las mismas ciencias, en las mismas técnicas y en la misma “cultura” —, se ejerce con el mismo sentido masificador.

Este mismo sentido masificador también está presente entre los pueblos que habitan dentro de las fronteras de la URSS. La única diferencia es que en la URSS es la fe marxista, una e indivisible, y no la multiplicidad de las sectas cristianas del mundo

1 Hasta 1979, en Rhodesia (hoy Zimbawe) nunca existió la política del "apartheid" o "Desarrollo separado de razas" como en Sudáfrica.

anglosajón, la que sirve, o trata de servir de engarce entre los pueblos distintos, extraños entre sí por la sangre, a los que ha sido impuesta una administración (política y económica) semejante y una lengua común (el idioma ruso tiene preferencia oficial sobre las lenguas indígenas).

Así pues, en todos estos países, en los que, además la generalización más o menos rápida de un modo de vida material uniforme, combinado con la difusión de ideas y valores comunes, pretende imponer, a las comunidades humanas de razas diferentes, una civilización común, hay ya, a más o menos largo plazo, un peligro de mestizaje y, por tanto, de desaparición de todas las razas en presencia. Mientras que entre los seres vivientes privados de la palabra y, por tanto, del pensamiento discursivo, la infalible y todopoderosa voz de la sangre regula el acoplamiento de las parejas, su reproducción sexual, por el contrario, entre los hombres, la voz de la sangre es cada vez más reprimida, dominada, neutralizada por falaces consideraciones concernientes a la "cultura común", los "gustos comunes", las "ideas comunes" y, en general, por todo lo que puede ser de primera importancia con vistas a la "felicidad" de los dos individuos que se acoplan, y, también, de sus respectivas familias, consideraciones que no cuentan para la supervivencia de la raza. Es de notar que los matrimonios mixtos (entre cónyuges de distinta raza) son, proporcionalmente, más frecuentes entre los llamados "intelectuales" que entre los trabajadores manuales.

La voz de la sangre —el sano instinto de separación sexual con toda persona biológicamente diferente de uno mismo— es más difícil de ser reprimida en la medida en que las razas en presencia son más visiblemente extrañas las unas a las otras. Por esta razón el mestizaje entre arios y negros no ha hecho (todavía), en Estados Unidos, todos los estragos que se podría podido temer. Por esta misma razón se explica por qué el apartheid es, de hecho (aunque no legalmente), prácticamente total entre arios y negros, tanto en la Unión Sudafricana como en

Rhodesia (donde los negros son sin embargo invitados a participar en la civilización blanca), y asimismo, se explica por qué, no sólo en Sudáfrica y Rhodesia, sino también en los Estados Unidos de América y en Europa occidental el apartheid entre arios y judíos es mucho menos perceptible que el existente entre arios y negros en África, dado que los judíos, aunque no arios, son también “blancos”. Y esto ocurre debido a la confusión, frecuentemente desastrosa en consecuencias, que existe entre los conceptos “ario” y “blanco”.

Hay, pues, en toda población compuesta por grupos raciales todavía separados aunque habiten el mismo suelo, un perpetuo conflicto entre la tendencia general de la historia humana hacia la uniformidad en el seno del caos étnico, y la reacción que opone a esa uniformidad el instinto de conservación de cada raza —la tendencia sana de cada grupo viviente netamente caracterizado, que se manifiesta también entre los hombres. De entre estas dos tendencias, cualquiera que sea la corriente que obtenga ventaja, la población en cuestión no devendrá nunca un verdadero pueblo. Si favorecida por la difusión de un modo de vida uniforme así como de un “saber” común, y sobre todo de los llamados “valores” antirracistas comunes, la gangrena del mestizaje gana, poco a poco, a toda la población, la decadencia de esta población se hace irremediable: es el ocaso de toda cultura, de toda creación desinteresada, es decir de toda actividad que no sea la de “producir” siempre más y más, a fin de adquirir más bienestar material. Si, por el contrario, en dicho conflicto de tendencias logra ventaja la de permanecer cada raza separada de las otras, como consecuencia de esta sana tendencia “racista”, la población, en conjunto, conservará su heterogeneidad. Esta población heterogénea, sin embargo, nunca devendrá un “pueblo” —y aún menos una “nación”. Se conservará tal cual es, a saber una yuxtaposición de dos o varias razas viviendo en armonía unas con las otras en la medida misma en que su diversidad primordial sea reconocida y aceptada.

En una tal sociedad, el “pueblo” ante el cual cada individuo debe anularse —el pueblo que es “todo”, para él, mientras que el individuo es “nada”— no puede ser otro que su propio grupo racial.

La Unión Sudafricana (tan difamada por los antihitlerianos del mundo entero con motivo de supuesto y así llamado “racismo” del apartheid) no es un Estado multirracial del tipo auténticamente racista (o lo es muy incompletamente), a pesar de su programa oficial de “desarrollo separado de las razas”. Tanto en Sudáfrica como en Rhodesia se prohibe la exaltación del racismo, mientras en Estados Unidos el racismo es combatido (furiosamente) sin que cese la resistencia continua de los segregacionistas; y, como ya he dicho, también en Sudáfrica se confunde “ario” y “blanco”. Y, como consecuencia de esta confusión, la Unión Sudafricana, lejos de apartar a los judíos de los puestos clave del país y, de una manera general, de toda profesión que les permita adquirir una influencia política o cultural considerable, entrega a los judíos todas las ventajas (o más) de las que pueden gozar los “blancos”, mientras que se les rehusa a los arios de Asia, por ilógico que esto sea, más si se tiene en cuenta que son de tez clara (como la mayor parte de los brahmanes y numerosos de los khattris del Punjab). El mestizaje entre arios y judíos no está prohibido en la Unión Sudafricana, mal llamada racista, del mismo modo que no lo está en ningún otro país [1].

Es verdad que, en todas partes donde están en presencia dos o varias razas humanas, cuyos súbditos se adhieren todos o casi todos a una religión, como el cristianismo, centrada en “el

---

1 Este tipo de mestizaje sólo fue posible en los países cristianos... cuando el judío o judía que pretendía matrimoniar, ingresaba, mediante el bautismo, en la Iglesia del futuro consorte. Por el contrario, estuvo totalmente prohibido en el III Reich, Estado cuya verdadera religión era la de la sangre y el suelo (Blut und Boden). También está absolutamente prohibido el matrimonio entre judío y gentil en el Estado de Israel, cuyo pueblo se cree —exclusivamente— “el pueblo elegido”... de Jehovah.

hombre”, se manifiesta, a la larga, una tendencia al mestizaje. Todo verdadero racismo implica la negación del dogma del valor inmenso del “hombre” en cuanto tal; la negación del carácter “aparte” del hombre, y su integración en el seno del conjunto de todas las especies vivientes; la negación de la igualdad de derecho de las “almas” tanto como la de los cuerpos.

De aquí resulta que sólo está a resguardo del mestizaje —y esto es ya algo— (o que sólo es capaz de combatirlo con bastante vigor y perseverancia para preservar al menos su elite racial), una población de varias razas unida en la aceptación natural de una doctrina fundada sobre la jerarquía natural de las razas, es decir sobre su desigualdad, y por tanto, sobre la completa integración del hombre, él mismo diverso, en el mundo de la Vida, mundo único en su esencia, aunque infinitamente variado en sus manifestaciones. Sólo puede triunfar sobre esta fuerza de desintegración, particularmente activa en la Edad Oscura, que tiende al nivelación por lo bajo, *una población unida en la aceptación común* de una doctrina según la cual ni los deberes ni los derechos son los mismos para todos los hombres (tal es —al menos desde las primeras invasiones de los arios, hace sesenta siglos— la enorme población de las Indias).

Para comprender la historia de los pueblos que habitan esta vasta porción de Asia —que engloba, además de la “república india” actual, los dos “Pakistanes” [1] y la isla de Ceilán; una superficie similar a la de Europa entera, salvo Rusia— hay que retroceder a los lejanos tiempos en que las primeras tribus arias, venidas del norte, descendían en oleadas sucesivas hacia el “país de los siete ríos” (el Sapta Sindhu en las escrituras sánscritas) a través del famoso paso de Khaib, el Camino de los Conquistadores).

---

[1] Esto fue escrito antes de que Bengala oriental dejara de llamarse “Pakistán”, para convertirse en “Bangladesh”, que sólo quiere decir “Bengala”.

Según Bal Gangadhar Tilak, comúnmente conocido por Lokamanya [1] Tilak —brahmán del Maharatra, erudito y matemático, que lo demostró mediante consideraciones astronómicas—, estas invasiones tuvieron lugar hace más de cuatro mil años entes de la era cristiana, es decir cuando las primeras dinastías egipcias, varios siglos antes de la construcción de la pirámide de Gizeh; cuando en Mesopotamia florecía la civilización sumeria en sus centros más antiguos: en Erech, Nippur, Eridu, mil quinientos años antes de Sargón de Agade. Y los *Aryas* —que en sánscrito quiere decir "los que mandan", dicho de otra manera, los hombres de la raza de los señores que venían, siempre según Tilak, del norte lejano. Eran hermanos de los que, más cerca de la cuna común de la raza se llamarían un día germanos, helenos, latinos, cuyas lenguas presentaban también similitudes profundas. Sus antepasados habían vivido más allá del círculo polar, en el tiempo en que esta región gozaba de un clima templado —es decir, antes de que el eje de nuestro planeta se inclinara más de veintitrés grados. Ellos habían esperado con adoración el retorno del sol —la victoria del día tras las largas noches salpicadas con auroras boreales— y habían cantado el esplendor del cielo y venerado los astros (los "brillantes" o Devâs) que nunca se ocultaban, en himnos de una poesía más que humana.

En el transcurso de los siglos durante los cuales recorrieron por etapas la inmensa distancia que los separaba de la divina patria ártica, los Aryas conservaron algunos de esos himnos. Sus bardos compusieron otros, y pronto, en el curso de la conquista gradual de las tierras calientes, deberían improvisar muchos más. Transmitidos oralmente durante mucho tiempo —y finalmente, escritos— 1009 de dichos poemas han llegado hasta nosotros. Este conjunto constituye el Rig Veda —el texto sagrado más antiguo de las Indias, que aún hoy salmodian piadosos brahmanes.

---

[1] "Honrado por los hombres".

Tratemos de imaginar aquellos antiguos guerreros y aquellos sacerdotes de *nuestra* raza, avanzando paso a paso, como máximo algunos kilómetros por día. En el centro de la cohorte invasora, que se alarga como un río, están agrupadas las carretas de ruedas de madera, en las que se amontonan las mujeres, los niños, los equipajes. Con un paso lento y regular tiran de ellas los bueyes. A ambos lados van los hombres, a pie o a caballo, fuertemente armados. Los combatientes más seguros —que han dado prueba ya de su fuerza y valentía en otras peregrinaciones— abren y cierran la marcha. Por la tarde, se paran. Se da de comer a los animales; se disponen las carretas alrededor del campo; y tras el sacrificio a los Devâs, se come y se bebe. Los guerreros montan guardia en torno al campamento. Los que tienen tiempo libre se reúnen alrededor del fuego, y escuchan, hasta muy tarde, los relatos de los más viejos de la tribu y los cantos de los bardos. Por primera vez, las armoniosas sílabas de una lengua aria —"indoeuropea"— resuenan bajo el cielo de las Indias. ¿Quién hubiera podido prever que sesenta siglos después, resonarían en todas las lenguas al norte de los montes Vindhyas, en Bengala, en Assam, incluso en las fronteras del mundo amarillo?

Por la mañana, tras la purificación en el agua clara de alguna fuente o en la del Indus o alguno de sus afluentes y tras recitar las alabanzas prescritas a Surya, luz victoriosa, calor fecundador, alma e inteligencia del mundo, se emprende la marcha predestinada.

La India de entonces —mucho menos poblada y mucho más bella que la de ahora; cubierta en gran parte de interminables bosques llenos de nobles felinos, cérvidos y elefantes— había dado nacimiento sobre todo en el Sindh y en el Punjab, a una brillante civilización, técnicamente superior a la de los Aryas: la civilización del "Valle del Indus". Fue obra de una raza de piel roji-oscura, cabellos flexibles y negros, raza inteligente, industriosa, comerciante, mística también en ocasiones, y *pacífica*, los dravidianos, a los que se ha relacionado, no sin razón, con los

sumerios [1]. Habían construido altas ciudades, con un buen número de casas (dicen los arqueólogos) que alcanzaban siete u ocho pisos. Producían en serie artículos de uso corriente —entre otros, vasos pintados— de uniformidad impresionante. Rendían culto a las diosas madres, y conocían, aparentemente, ñas difíciles técnicas del *yoga*. Casi no tenían armas, y eran inferiores a los Aryas no sólo en lo concerniente a la guerra, sino en la organización, disciplina colectiva y sentido cívico. Los dravidianos fueron, en la India del tiempo de la conquista aria que fue lenta, y durante los siglos que le siguieron, lo que los minoicos y egeos prehelénicos fueron en Grecia, mientras la conquista del país por los helenos y después de dicha conquista: maestros en ciertos ámbitos, pero, a pesar de todo, “ciudadanos de segunda clase”, sometidos a sus vencedores.

Pero ellos no fueron el único obstáculo (sin duda, no muy fuerte) para la instalación de los recién llegados. Tras ellos, en el fondo de los bosques en sus cabañas de hojas y ramas, o en abrigos naturales, vivían los antepasados inmemoriales de los negroides, mongoloides y de los hombres de tipo Munda que forman aún hoy una parte numéricamente importante de la población de las Indias: los veddas de Ceilán; los khashias, lushais, mikirs, miris, nagas, kukis, etc..., de Assam; los santals de Bihar y de Bengala; los gunds y los bhils de la India central.

Los Aryas eran solamente algunos miles —quizás, con el tiempo, algunas decenas de millares— frente a todos estos pueblos y tribus hostiles, a los que llamaban *Dasyus* (habitantes de los bosques) o... *Rakshasas* (demonios). Es posible que encontraran, en la sociedad de Harappa y de Mohenjo-Daro, un sistema hereditario de división del trabajo. Pero fueron *ellos* los que dieron a tal sistema, si es que existía, *una significación racial*, y diversificaron la población de las Indias en *castas* inmutables. Y no podían hacer otra cosa si querían conservar para su raza aria sus características físicas y morales, es decir, si querían *sobrevivir.*

---

1 H.R.Hall: “Ancient History of the Near East”.

Comenzaron sin duda a mezclarse libremente con los dravidianos, técnicamente más avanzados que ellos... hasta que comprendieron, en todo su trágico horror, el peligro del mestizaje. Fue entonces cuando se formó el sistema de las castas: la división de la población de las Indias en una minoría de Aryas dwijas o "nacidos dos veces" (pues debían conocer ese "segundo nacimiento" que representa la iniciación espiritual), y una inmensa mayoría de sub-gentes de piel oscura, destinados a los trabajos serviles. Los negroides, negro-mongoloides y gentes de tipo Munda, los más antiguos habitantes del suelo indio, fueron relegados a lo más bajo de la escala —fuera de toda casta. Los "nacidos dos veces" se repartían el poder. En adelante la autoridad espiritual sería privilegio de los brahmanes; el poder temporal, de los kshattriyas; y el poder que entonces —en una sociedad mucho menos ligada a los bienes materiales que la nuestra— ya daba la riqueza, nacida del comercio sería patrimonio de los vaishyas.

El conocimiento científico *desinteresado*, y sobre todo el conocimiento espiritual estaba reservado a los Aryas y especialmente sólo a los brahmanes y kshattriyas. Era impensable la idea de enseñar a un joven sudra, incluso excepcionalmente dotado —y con más razón a un chandala, por debajo de toda casta—, las verdades supremas, o la de enseñarle a recitar las más bellas invocaciones a los dêvas o las más poderosas fórmulas rituales, e incluso recitarlas delante de él. Tanto los transgresores de esta prohibición, como aquellos a favor de los cuales hubiera sido transgredida, eran castigados a penas terribles.

Desde entonces han pasado muchas cosas, muchas transformaciones han cambiado la sociedad india, como a todas las sociedades. A pesar de todo, tuvieron lugar matrimonios prohibidos; nacieron hijos cuyos padres no pertenecían a la misma casta. Pero en lugar de relegar a esos niños (con sus padres) a la oscuridad exterior, se consideró *al principio* a cada resultado de un cruce como el origen de una nueva casta, y que se

podía casar con el resultado de otro cruce similar. En las "Leyes de Manú" hay toda una clasificación de estas subcastas cuyo número ya en la época de la redacción del código era considerable. Hoy, las subdivisiones de la población hindú que merecen el nombre de castas, es decir aquella en cuyo interior, las gentes, teniéndose por iguales en dignidad, pueden sentarse a la misma mesa, y casarse entre sí, no son ya "cuatro", como en el origen, sino más de dos mil. Ya no se distinguen físicamente los miembros de dos castas próximas, por ejemplo, un kayastha bengalí (de la casta de los escribas) de un boidya (de la casta de los médicos), o un teli (de la casta de los comerciantes de aceite) de un tantí (sastre). Pero todavía se distinguen, y muy claramente, un hindú de casta muy alta, brahman o kshattriya, en otras palabras un hindú *indoeuropeo*, de un hindú que no lo es, o que lo es *menos*, y esto, sobre todo, en el norte de la península, la región más antiguamente arianizada. Se podrían fotografiar especímenes de *todos* los grupos, raciales y profesionales al mismo tiempo, de las Indias, y clasificarlos. Se obtendría así una enorme colección de tipos que van *gradualmente* desde el negroide o incluso desde el australoide hasta el ario puro —a menudo *más* puro que la mayoría de sus hermanos de Europa (al menos de Europa del sur). Entre los más de novecientos millones del conjunto de la república india, los dos Pakistanes y Ceilán, hay quizás, unos veinte millones de arios casi puros: de tez clara (a veces *muy* clara), ojos pardos o grises (en casos raros azules, o azul-verdosos), cabellos que van del negro al castaño rojizo, y de trazos perfectamente indoeuropeos. Se dirá que es poco. Es mucho si se piensa que sesenta siglos separan los tiempos actuales del momento en que las primeras tribus arias atravesaban el paso de Khyber. Y si no es mucho, es en todo caso suficiente para que ningún ario del mundo pueda, si es racialmente consciente, desear "la unidad de la India" mediante la supresión pura y simple de los "tabúes" de casta, y el mestizaje intensivo que de ello se derivaría.

De todas formas, los hechos que acabo de recordar aquí muestran claramente que las Indias no son "un pueblo" como no lo son los Estados Unidos de América, la Unión Soviética o la Unión Sudafricana.

Pero hay una diferencia: mientras que en estos países una fe dogmática común, cuya difusión se estimula —una fe claramente antirracista, como el marxismo, o una fe que concierne al más allá, y que es indiferente a los problemas de la raza, como el cristianismo— tiende, a pesar de todo, a aproximar a las razas, o por lo menos, constituye un freno permanente al instinto de segregación, sin embargo en la Indias se produce el fenómeno contrario. Aquí, *la tradición religiosa proclama tanto la desigualdad congénita de las "almas" como la de los cuerpos, y la jerarquía natural de las razas, dominada por la raza aria* —lo mismo que en el Hitlerismo— *estimulando* así la segregación. En el transcurso de los siglos, ya sea en nombre de una filosofía negadora de la vida, sea en nombre de "necesidades prácticas", se ha intentado acabar con esta tradición racista. Todavía no se ha conseguido. El budismo llamaba a sus fieles a la vida monástica, pero *en la práctica* tenía como resultado la mezcla de castas *sin* llegar a la extinción de la especie humana. Ha terminado por ser barrido de las Indias. Goru Govinda Singh, el fundador de la secta guerrera de los sikhs, quiso reclutar a sus discípulos de entre todas las castas, pretendiendo no tener en cuenta más que el valor individual de cada hombre. Pero este interés por la eficiencia combativa, esta exigencia de cualidades esencialmente arias tales como el espíritu de sacrificio, sentido de la responsabilidad, aceptación alegre de la disciplina, incluso muy dura, etc..., tuvo como resultado que fueron *sobre todo* hindúes de castas arias los que fueron con él. No hay más que mirar a los sikhs para darse cuenta de ello. Ningún gobierno de la "República India" actual tendrá éxito, allí donde Goru Govinda Singh y, siglos antes, el Buda mismo, fracasaron. Las Indias seguirán siendo el país de las castas, por oposición a las "clases"; el país de razas y subrazas jerarquizadas, en el que el

ario puro (o supuesto tal) sin dinero, sin posición —el brahmán mendigo, que duerme sobre un banco, o sobre el césped de una plaza pública— *es honrado*, y será conducido al mejor puesto, entre sus iguales por la sangre, en un banquete de bodas por ejemplo, al que siempre será invitado. Y las Indias seguirán siendo el país en que, por el contrario, el hombre de raza inferior —el sudra y, con más razón, el intocable, incluso millonario (porque en nuestros días *hay* intocables millonarios)— continuará siendo relegado, al menos en los medios ortodoxos, al lugar asignado a los del mismo origen que él... a algún sitio *fuera* de la sala del festín, y esto, a pesar de su riqueza y, lo que es más, a pesar de su saber, si es que lo tiene —pues riqueza y saber se adquieren; sólo la sangre es don de los dioses.

En otras palabras, las Indias no serán nunca "una nación". Tampoco serán —esperémoslo, al menos— un caos étnico sin elite racial: el sistema de castas, incluso con sus debilidades actuales, preservará a las Indias de tal destino. Seguirán siendo una asociación de pueblos y razas, unidos por la única civilización común que está de acuerdo con su jerarquía *natural*. Pues el hinduismo es más que una religión, en el sentido que hoy se da a esta palabra en Occidente. Es una civilización; civilización dominada por el racismo ario, aceptado para las numerosas razas no arias, gracias al dogma del *karma* y de la transmigración de las almas.

Si un día el Hitlerismo llegara a conquistar Europa creo con seguridad que en el transcurso de los siglos siguientes, la mentalidad del europeo medio se parecería cada vez más a la del hindú ortodoxo de cualquier casta.

Como ilustración de esto, voy a contar un episodio de mi vida en las Indias.

Fue durante el año glorioso de 1940, poco después del comienzo de la campaña de Francia. Yo vivía en Calcuta y a pesar de todos mis esfuerzos, no había logrado volver a Europa *a tiempo.* Y tenía un criado joven llamado Khudiram, un adolescente

de quince años, sudra, de la sub-casta de los maheshas (comunidad de labradores de Bengala occidental), muy oscuro de piel, ojos ligeramente cerrados, figura plana —¡de ninguna manera un ario!— y perfectamente analfabeto. Una mañana, al volver del mercado del pescado (a donde él iba todos los días a comprar comida para los gatos) ese muchacho me dijo triunfalmente: "¡*Mém Saheb*, venero a vuestro Führer y deseo con todo mi corazón que gane la guerra!".

Me quedé con la boca abierta. "Khudiram", dije, "¿no es cierto que le veneras porque sabes, como todo el mundo, que es victorioso? No conoces nada de la historia de su vida ni de su obra."

"Puede", me respondió el adolescente, "que sea un ignorante. Pero he conocido esta mañana, en el mercado, a uno que tiene por lo menos veinte años y sabe leer. Y me ha dicho que vuestro Führer combate, en Europa, con el fin de extirpar la Biblia, a la que quiere sustituir por el Bagavad-Gîta."

Me quedé nuevamente boquiabierta. Pensé por un momento: "¡El Führer se sorprendería mucho si supiera cómo se interpreta su doctrina en los mercados de Calcuta!". Después recordé un pasaje del Canto I del Bagavad-Gîta, que conocía según la bella traducción de Eugène Burnouf: "De la corrupción de las mujeres procede la confusión de las castas" —por tanto de las razas. "De la confusión de las castas procede la pérdida de la memoria; de la pérdida de la memoria procede la pérdida del entendimiento, y de ésta, todos los males". [1]

Le dije a Khudiram: "Ese que te has encontrado en el mercado, tiene razón. Repite lo que te ha dicho a todos los que quieran escucharte. Para ello te doy un día libre —y una rupia para pagar una taza de té a tus amigos. ¡Vé, y utiliza tu libertad para la buena causa!".

El rapaz, completamente feliz, se apresuró a abandonar la cocina donde había tenido lugar la charla. Pero no pude remediar

[1] Bhagawad-Gîta, I, vers. 41 y siguientes.

el retenerle un momento, y preguntarle por qué quería con tanto entusiasmo ese "orden nuevo" que no iba a favorecer en nada a las gentes de su raza. "¿Sabes, Khudiram —le dije—, que reemplazar la Biblia, por el Bagavad-Gîta en toda Europa y en los países que caen bajo su influencia, equivaldría a extender prácticamente a la tierra entera, un sistema de castas semejante al de las Indias? ¿Y sabes que tú, como sudra que eres, no tendrías en el "orden nuevo" de mi Führer, ninguna posibilidad de promoción? ¿Lo deseas, *a pesar de todo*?".

Nunca olvidaré la respuesta del adolescente —la respuesta de las masas no arias de las Indias, fieles a una Tradición racista que las rebasa, por medio de un joven analfabeto. "Sí, lo sé. Quiero la victoria de vuestro Führer porque el orden que trata de establecer *es conforme al espíritu de los Shastras*; porque es el orden divino; el orden *verdadero*. ¡Poco importa el lugar que a mí se me asigne! *Yo soy nada, yo no cuento. Sólo la verdad cuenta.* Si estoy en una casta muy humilde, es que lo he merecido. Habré faltado, y gravemente, en mis vidas anteriores. Si en esta vida permanezco fiel a las reglas de mi casta: si no como alimentos prohibidos, si me caso con una muchacha de las que me están permitidas, y no deseo a ninguna de las otras, renaceré más alto en la escala de los seres. Y si persevero de vida en vida en la vía de la pureza, ¿quién sabe? Un día —dentro de muchos siglos quizá renazca como brahmán. O entre esos nuevos Aryas de Europa que veneran también a vuestro Führer".

Pensé en los hombres de mi raza que en otro tiempo, y en oleadas sucesivas, habían cruzado el paso de Khyber. El hijo de los trópicos, después de sesenta siglos, les rendía su homenaje. Y pensé en mis camaradas alemanes —mis hermanos en la fe hitleriana— cuyas divisiones blindadas atravesaban las carreteras de Francia. El hijo de los trópicos también les rendía homenaje a ellos, puesto que su fe, la fe hitleriana, es la expresión moderna de la Tradición aria de siempre.

Se me dirá: "Si las Indias no son una nación y no podrían convertirse en una nación, ¿a qué se debe exaltar la "nación india" en escritos, que en su época armaron un cierto revuelo? [1] ¿Por qué, haber puesto en la primera página de uno de tales libros, una frase tan falsa como ésta: "Hacer de todo hindú un nacionalista indio, y de todo indio nacionalista, un hindú?" [2]. Ahora explicaré esta aparente contradicción.

Para comprenderla —y justificarla— hay que recordar que el colonialismo británico en las Indias fue esencialmente diferente del de los primeros Aryas, y del de sus lejanos sucesores, los griegos de *después* de la invasión de Alejandro. Los antiguos Aryas adoraban a los Dêvas pero no despreciaban a los dioses de los otros pueblos, e incluso les rendían homenaje ocasionalmente: los griegos adoraban a sus múltiples divinidades —los doce olímpicos, y a una multitud más de dioses— pero cuando podían, no desdeñaban los sacrificios a los dioses extranjeros, a los que, por otra parte, identificaban con los suyos propios. Tanto los Aryas como los griegos estaban orgullosos de su raza, y querían conservarla pura. Pero ninguno de los dos creía que las instituciones políticas o sociales, buenas para su pueblo, lo fueran también para *todos* los demás. No eran víctimas de la superstición de "el hombre", ni del deseo abstracto de "felicidad" humana, ligada a la concepción de un "progreso" universal, lineal e indefinido. Y aunque también explotaban a los colonizados por derecho de conquista, utilizando a veces sus propias instituciones con el fin de explotarlos mejor, por lo demás les dejaban tranquilos. El racismo ario —de hecho, *todo* verdadero racismo— *es por naturaleza tolerante*, por extraño que esto pueda parecer a la mayoría de nuestros contemporáneos. No hay más intolerante *por naturaleza* que aquellos, a los que una suave locura (alimentada por

1 "Warning to the Hindus" (1938) y "Non-Hindu Indians and Indian Unity" (1940). "Warning to the Hindus" (1938) y "Non-Hindu Indians and Indian Unity" (1940).
2 "Warning to the Hindus" (1938).

la fe en un cierto número de fatales contra-verdades), empuja a "amar a todos los hombres" (excluidos los animales); y sólo son intolerantes *por necesidad* quienes, presionados por los anteriores, se ven obligados a defenderse con todos los medios a su alcance.

Los ingleses que, en los siglos dieciocho y diecinueve, arrancaron las Indias, trozo a trozo, a la dominación de los Grandes Mongoles (y de algunos príncipes hindúes) eran como los fundadores de los reinos de Bactras y Sangala, veinte siglos antes, arios de raza, es decir, en general, dispuestos a la tolerancia. Tampoco trataron de cambiar a la fuerza las costumbres de los hindúes o de los musulmanes, al no oponerse éstos a su explotación del país. Pero eran cristianos, o al menos de formación cristiana, y habían heredado del cristianismo (aunque fuera sólo en teoría) el "amor a todos los hombres" y la creencia, base de las democracias modernas, de que "todos los hombres" tienen los mismos derechos y los mismos deberes. Además, habían conservado del cristianismo esa intolerancia típicamente judía, heredada de sus primeros fieles, educados en la fe del "dios celoso". Los ingleses también estimularon la acción de los misioneros cristianos en las Indias, y con el tiempo suprimieron ciertas costumbres que les sorprendían; en particular el sacrificio (en principio voluntario) de las viudas en la hoguera fúnebre de sus esposos, y *sobre todo*, introdujeron poco a poco en el país, por la enseñanza de sus escuelas y por una serie de reformas políticas, los dogmas de la democracia y el espíritu de la Declaración de los Derechos del Hombre.

El verdadero crimen de Inglaterra contra la India no es haber explotado su suelo y a sus gentes en una escala sin precedentes, sino el haber inculcado a millones de hindúes de castas superiores principios democráticos antirracistas, antitradicionales, así como un humanitarismo de mala ley, si no un verdadero antropocentrismo; y por fin, el haber introducido en esta vasta tierra de Asia, medidas tendientes a favorecer los elementos raciales *menos* valiosos de la población. Una de las

medidas más sorprendentes, objeto de una inmensa y larga agitación, pero finalmente aplicada desde antes de la guerra de 1939-1945, es la conocida por el nombre de communal award. Se trataba de que cada comunidad religiosa estuviera representada proporcionalmente al número de sus fieles en las asambleas legislativas provinciales —verdaderos parlamentos indígenas compuestos (en teoría) por "representantes del pueblo" de regiones, la mayoría de las cuales son más extensas que Francia o Gran Bretaña y que contienen millones de habitantes (¡todos electores, naturalmente! ¿Dónde estaría si no la democracia?).

Por ejemplo, el número de diputados musulmanes *tenía* que ser el cincuenta y cinco por ciento del total de los representantes en la Asamblea de Bengala, puesto que el cincuenta y cinco por ciento de los habitantes de la provincia eran musulmanes. La Asamblea Legislativa de Assam *tenía* que contar con un número de diputados cristianos proporcional al número de cristianos —aborígenes casi todos, convertidos por la diligencia de los misioneros— dentro de la población total de Assam. Los intocables tenían que estar representados, en cada provincia, proporcionalmente a su número. Así, en cada provincia, había regiones (en inglés *"constituencies"*) donde las listas electorales de cualquier partido político contenían *exclusivamente* cristianos, o musulmanes, o intocables. Los electores —es decir *todos* los habitantes con mayoría de edad— no tenían otra elección, cualquiera que fuera su propia casta o religión, que votar a una de tales candidaturas o... depositar en la urna una papeleta en blanco. Era un sistema concebido y elaborado para arrebatar el poder político a los hindúes en general, pero sobre todo a los hindúes de castas altas —es decir, la elite *aria* de las Indias— y traspasarlo a una administración cada vez más "indianizada" que los ingleses mismos habían puesto en pie antes de su salida, la cual consideraban ineluctable. Era un sistema impuesto por la autoridad sin apelación del poder colonial. Nada se podía cambiar. Desde el punto de vista racista ario, no se podía hacer

nada, salvo *intentar limitar el mal* que con seguridad se derivaría de su aplicación. Y por esto, había que actuar como si se aceptara el absurdo principio del derecho de la mayoría al poder, independientemente de su *valor*, simplemente porque representa al gran número, y... *esforzarse en convertir a los hindúes en mayoritarios, con relación a las otras comunidades.*

Era preciso pues trabajar para dar a los aborígenes más atrasados o más degenerados —a los semisalvajes de las montañas de Assam— una (falsa) conciencia de hindú. Había que llevarlos a que ellos mismos se proclamaran "hindúes", sinceramente, diciéndoles que el hinduismo es tolerante, pero olvidando hablarles del sistema de castas. También se trataba de conducir (o más bien reconducir) al hinduismo, al indio cristiano o musulmán (en general, hindúes de baja casta, convertidos a una u otra religión extranjera). Y para esto había que superar la repugnancia de un gran número de hindúes a aceptarlos, pues hasta entonces *nunca* el hinduismo había admitido en su seno a nadie que lo hubiera abandonado, o que hubiera sido expulsado. Uno podía *salir* de su casta... y caer en la intocabilidad. Ya no podía volver a *entrar.* Ahora bien, para que el poder no cayera *totalmente* en manos de la mayoría no aria de la población de las Indias, era preciso cambiar todo eso. Pues sólo un (falso) nacionalismo —un nacionalismo a la europea, necesariamente falso en el caso de una sociedad *multirracial*— podía unir a los hindúes, tanto para bien como para mal (más para mal que para bien, pero ¡mejor mal que nada!) bajo un no menos falso sistema parlamentario, impuesto a ellos contra su tradición y contra la Tradición aria, de la cual la elite del hinduismo era aún depositaria.

Yo trabajaba entonces como conferenciante y "misionera del hinduismo" para la "Misión Hindú", organización mitad religiosa y mitad política que, durante más de treinta años, se había esforzado en recuperar para el hinduismo a todos aquellos que bien ellos o bien sus padres habían salido de él por las

razones que fueran. Llena de amargura contra el cristianismo por el papel que éste desempeñó en Occidente —ardiente admiradora del emperador Juliano y de Hypatia, no menos que de Widukind, ya antes de darme cuenta que era, de hecho, hitleriana— me presenté un día al presidente de la Misión, Swami Satyananda. Le ofrecí mis servicios. Me preguntó qué era lo que me había llevado a las Indias, y le cité, traduciéndole al bengalí, los versos del poeta Laconte de L'Isle pone en boca de un héroe de la India antigua:

Rama, Deçarathide honoré des Brahmanes,
Toi dont le sang est pur, toi dont le corps est blanc,
Dit Lakshmana, salut, Dompteur étincelant
De toutes les races profanes! [1]

También le declaré que era hitleriana y pagana, y que habiendo siempre lamentado la conversión, por el engaño o la fuerza, de mi Europa natal, a la religión de Pablo de Tarso, quería trabajar para impedir que el único y último país que había guardado fidelidad (en parte al menos) a los dioses arios —la India— siguiera el mal ejemplo de Occidente y cayera también bajo la influencia espiritual de los judíos. Le dije que quería contribuir a que la India fuese *nuestra* aliada, en el combate contra los falsos "valores". Swami Satyananda me aceptó, y concedió completa libertad de expresión dado que, me dijo, en mis discursos a las masas, me ponía "desde el punto de vista hindú" y que "tenía en cuenta las circunstancias particulares del país". "Considero", añadió, "a vuestro maestro como una encarnación de Vhisnú, una expresión de la fuerza divina, que preserva lo que merece ser preservado. Y sus discípulos son, a mis ojos, nuestros

---

[1] "Rama, Deçarathide honrado por los brahmanes,
Tú, cuya sangre es pura; tú, cuyo cuerpo es blanco,
Dice Lakshmana, salud, donador rutilante
De todas las razas profanas!"
Leconte de Lisle (L'Arc de Çiva: Poèmes Antiques).

hermanos espirituales. Pero aquí usted tendrá que hacer ciertas concesiones, por lo menos mientras estén los ingleses; si no, no podrá competir con la propaganda de los misioneros cristianos que predican al "hombre", independientemente de la raza. ¡Piense en ello!"

¡Y he tenido que pensar mucho en ello! No es posible dirigirse a una masa, y sobre todo a una masa multirracial, sin ciertos compromisos. No se podía pedir a los sudras (o a los intocables) convertidos a religiones que predicaban la igualdad, que salieran de ellas y se reintegraran al hinduismo, dándoles la *impresión* de que iban a perder alguno de los "derechos" adquiridos. Y *era necesario* que se reintegraran al hinduismo no para la salvación de su alma, de la que nadie se preocupaba (y menos que nadie yo) y que, por otra parte, el hindú más ortodoxo creía posible en el seno de toda (o incluso fuera de toda) religión... sino para que pudiera haber una mayoría hindú en la Asamblea de Bengala, Assam o Bihar (las tres provincias que recorrí predicando la solidaridad hindú y el frente común contra las "religiones extranjeras, invasoras e intolerantes"). Era necesario que se reintegrasen en el hinduismo *de buen grado*, para que la *elite racial* de las Indias, hindú también, pudiera conservar el poder, allí donde lo tuviera, y tomar el poder en el caso contrario. Ahora bien, estas gentes no tenían frente al racismo ario, la actitud desinteresada de Khudiram —si no, nunca hubieran abandonado el hinduismo. No había que hablarles pues, de racismo ario, sino de "nacionalismo indio". Había que utilizar el "nacionalismo indio" tanto para atraer a las castas bajas y a los aborígenes convertidos al cristianismo, como para que los hindúes de casta alta no se abstuvieran —sin contar así con sus votos para las elecciones legislativas, puesto que las había desgraciadamente, y puesto que todos eran electores.

La administración inglesa, *antirracista* por principio (a pesar de una segregación racial que se limitaba a las relaciones mundanas, y que por otra parte, no se aplicaba *a los judíos*) no

establecía ninguna diferencia entre un brahmán, indoeuropeo de sangre y de mentalidad, y el último de los nagas o de los kukis del Assam, sobre todo si éste era representante de los cristianos o de las schedule castes, es decir de los intocables, en la asamblea de su provincia. No era culpa mía, si la actitud de la administración tendía a “indianizar” cuanto podía los cuerpos legislativos y los servicios públicos, con un espíritu que era el de la Europa decadente; de esa Europa que muy pronto, con una estúpida vehemencia, iba a rechazar el renacimiento hitleriano.

Si hubiéramos ganado la guerra, la India —tanto si hubiera seguido siendo “británica”, lo que era poco probable, pese al deseo del Führer (antes de la guerra) de no tocar al imperio colonial inglés como si hubiera devenido independiente— rápidamente se habría desembarazado de las reformas democráticas introducidas por los ingleses, y habría retornado a su tradición inmemorial: la Tradición de los aryas. La India habría sido gobernada sin duda, aunque nominalmente, por el famoso Subhas Chandra Bose, el colaborador oficial de las potencias del Eje Berlín-Tokio, conocido de todos, y de hecho, habría sido gobernada por el hombre que presentó a Subhas Chandra Bose a los japoneses y a los que persuadió, a pesar de sus dudas, a que lo aceptasen como aliado. Este hombre —al que me atrevo a citar sin jactancia, pero con legítimo orgullo— no es otro que el que, al principio de la guerra me dio su nombre y su protección: Sri Asit Krishna Mukherji, antiguo director de la revista New Mercury (el único periódico netamente hitleriano que apareció en las Indias —de 1935 a 1937) y el hombre del que Herr von Selsam, cónsul general de Alemania en Calcuta en esta época, escribió en una carta que yo pude leer: “Nadie, en Asia, ha servido al Reich alemán con tanto celo y eficiencia como él”.

He tenido el honor de conocer personalmente a Subhas Chandra Bose, tiempo antes de hallar a Sri. A. K. Mukherji.

Subhas Chandra Bose, bengalí de la casta muy cultivada de los escribas o kayasthas, era, ante todo, un nacionalista indio,

es decir un hombre que, en su ardiente deseo de ver a la India convertida en una nación, y en su incomprensión de las razones profundas, expuestas más arriba, por las cuales no puede ser una nación, trataba y consideraba a la India como si ya lo fuera. Sri A. K. Mukherji era, y es aún, un brahmán consciente de sus lejanos vínculos nórdicos, y un hombre de tradición. La filosofía hitleriana le atrajo porque está de acuerdo con la verdad eterna, expresada en las escrituras sánscritas. Subhas Chandra Bose combatía la dominación inglesa; Sri A. K. Mukherji, la aplicación errónea de la democracia (que no tiene sentido más que entre *iguales*) en una inmensa población multirracial. Ambos colaboraron con el Tercer Reich alemán y con su aliado, el Japón de Tojo: Subhas Chandra Bose, "por accidente", Sri A. K. Mukherji, por principio. Me explico. Si, después de 1936, Adolf Hitler hubiera podido realizar su sueño de entendimiento con Inglaterra, estando, como estaba, dispuesto a "respetar el imperio colonial", y si, de acuerdo con Inglaterra, hubiera ido al asalto de la Rusia soviética, Subhas Chandra Bose (y, con él, la gran mayoría de los nacionalistas de la India) habría sido aliado de Rusia contra Inglaterra y contra Hitler. La colaboración, pues, de Subhas Chandra Bose con Hitler, tuvo un carácter puramente político. El mismo precisó, en 1938, en un discurso resonante en el que yo estaba presente, que en el caso de una segunda guerra mundial, la alianza india con "las potencias del Eje Berlín-Roma-Tokio" y, en particular con la Alemania nacionalsocialista, sería equivalente a la que, durante la guerra de 1914-18, el patriota irlandés sir Roger Casement, había intentado establecer con la Alemania de Guillermo II, contra Inglaterra. Los enemigos de nuestros enemigos son en principio nuestros amigos, cualquiera que sea la fe que ellos profesen.

En cambio, en el hipotético caso citado, Sri A. K. Mukherji habría sido —indirectamente— aliado de Inglaterra. Los amigos de nuestros amigos, y *a fortiori* de los que tenemos por hermanos en la fe, son nuestros amigos. Sri A. K. Mukherji

quería, ciertamente, la autonomía de las Indias, pero no cualquier "autonomía" ni a cualquier precio. Él no quería una India "independiente" en la que dominaran ya sea la influencia marxista, ya la influencia del parlamentarismo tal como los ingleses lo habían predicado: "One man, one vote", es decir, todo mamífero de dos patas, desde el ario más puro hasta el kuki de las montañas de Assam, es considerado como "a man", "un hombre". Pues después de la guerra en la cual la Alemania nacionalsocialista, aliada de Inglaterra contra el bolchevismo, hubiera salido victoriosa, ni en la India ni en ninguna parte, se plantearían los "principios humanitarios y democráticos", ni la igualdad de las razas u otras monsergas. En tal caso, pues, también Inglaterra habría emergido, profundamente transformada, tras una guerra dichosa, en la que habría combatido al lado de la "nación hermana", a favor de todo el mundo ario (en lugar de combatir, como lo hizo, contra el mundo ario).

Frecuentemente me he preguntado hasta qué medida algunos ingleses que querían seriamente la colaboración de su país con el Reich alemán —los cuales fueron, en su mayoría, encarcelados e internados, desde el comienzo de la guerra, "preventivamente" en nombre de la Ley 18 B— se darían cuenta de la amplitud de la transformación que dicha colaboración habría entrañado, así como de las repercusiones que habría tenido, sobre el futuro de su pueblo y del mundo. Yo he conocido muy bien a uno de estos ingleses que sí se dieron cuenta de ello y que precisamente por esto, querían la colaboración entre Inglaterra y Alemania: Elwyn Wright, física y moralmente, uno de los más bellos especímenes de ario que yo he encontrado. Pero, ¿cuántos arios conscientes había como Elwyn Wright? Bien pocos, ciertamente. Y, ¿cuántos hindúes de castas arias se daban cuenta de la significación profunda del Hitlerismo y cuántos le acogerían precisamente por conocer su significación? Tal es el caso de Sri A. K. Mukherji o de un ario de los tiempos védicos, exiliado en la India de nuestra época: Pandit Rajwade, de Poona.

Evidentemente, muy pocos fueron los hombres o mujeres que se dieron cuenta de cuál era (es) la verdadera naturaleza del Hitlerismo.

Ciertamente, muy pocos arios no alemanes, en las Indias (pero, proporcionalmente, más que entre los arios no alemanes de Occidente), eran conscientes del significado del hitlerismo y, a la vez colaboradores del Tercer Reich. La gran mayoría, la casi totalidad de los amigos europeos de Alemania en la época hitleriana, tenían un punto de vista puramente político; no veían en el hitlerismo más que una doctrina política, capaz de dar solución adecuada a los problemas de sus países respectivos.

Una de las tragedias de nuestro tiempo es que, tomados en conjunto, son los *enemigos* del Hitlerismo, y en particular los judíos y los cristianos inteligentes, quienes mejor lo han comprendido. Ellos detestaban al Hitlerismo, sin duda; pero lo detestaban precisamente por lo que le ha dado grandeza y eternidad: por su escala de valores, centrados, no sobre "el hombre", sino sobre la vida; por su posibilidad de devenir muy pronto —una vez asociado a los ritos— una verdadera religión. Sus enemigos lo odiaban porque sentían, más o menos confusamente —y a veces muy claramente— que la victoria del Hitlerismo significaría el final de todo lo que, desde hace dos mil años al menos (si no dos mil cuatrocientos), el mundo occidental ha conocido y amado; significaría la negación de los valores que desde hace tan largo tiempo han ayudado a dar vida al mundo occidental.

Es digno de anotar el hecho de que uno al menos de los colaboradores más brillantes del nacionalsocialismo —y uno de los que han pagado con su vida su amistad hacia la Alemania regenerada— Robert Brasillach, ha sido consciente del carácter esencialmente "pagano" de la mística hitleriana. Brasillach colaboró con Alemania a pesar y no a causa de dicho carácter "pagano". En varios pasajes, en particular en su novela "Les Sept Couleurs", Brasillach subraya la impresión de extrañeza un poco

asustante, que él sentía entre sus vecinos de la ribera alemana del Rhin, entre los alemanes todos, *a pesar* de la admiración que él tenía por su renacimiento a la vez político y social. Refiriéndose a la Alemania de Adolf Hitler, escribía: “Es un país extraño, más lejano de nosotros que la más distante India o China”, un país pagano.

En 1935, cuando el Reich regenerado está en plena gloria, Brasillach se pregunta si “todo esto va a durar”, como si supiera que el combate del Führer era un combate “contra el tiempo” —un combate a contracorriente— y como si él sintiera la inutilidad, al menos en el plano material, de ese combate. Pero hay más. En sus Poèmes de Fresnes —sus últimos poemas, escritos algunas semanas, quizás algunos días antes de caer bajo las balas de un pelotón de ejecución— él no trata para nada de la Alemania vencida, pero elevada al rango de Tierra Santa de Occidente por su papel de campeón de un ideal pan-ario; no se trata tampoco de la fe hitleriana, sino de Francia, así como de su familia y amigos más queridos, de su fe cristiana. En un poema fechado el 9 de Noviembre, no hay ni una sola palabra que recuerde lo que este día (aniversario del Putsch de 1923, en el que cayeron dieciséis luchadores por el nacionalsocialismo) significa en la historia del movimiento nacionalsocialista. Y durante su corto proceso, Robert Brasillach declarará que ha sido “en primer lugar francés”, y después solamente nacionalsocialista. Él habría podido decir que había sido “nacionalsocialista, puesto que ante todo soy francés”; porque la oposición a la democracia parlamentaria, y la lucha contra la influencia judía en la política de todos los países le parecían excelentes actitudes (sobre todo aplicadas a Francia), a pesar de la mística hitleriana, a la que él nunca se adhirió.

Tanto entre los colaboradores franceses (luchadores por el nuevo orden europeo) como entre los ingleses sancionados por la Ley 18 B, encontré muy pocos hombres sinceramente hitlerianos en cuanto conscientes de las implicaciones filosóficas del Hitlerismo. Yo diría más: incluso en la época de mayor gloria

del Tercer Reich, eran bien pocos los *verdaderos* hitlerianos que había entre los millones de alemanes que aclamaban al Führer. Uno de los más puros hitlerianos que he tenido la alegría y el honor de conocer —el Oberregierungs- und Schulrat Heinrich Blume— me decía en 1953 que el número de alemanes que se habían dado por completo al movimiento sabiendo plenamente lo que hacían, nunca habría sobrepasado la cifra de trescientos mil. Cifra bien lejana del noventa y cinco y medio por ciento de los electores del Reich, que habían llevado al Führer al poder. La inmensa mayoría de los electores habían votado por la reconstrucción de la economía alemana y por la regeneración del cuerpo social, no por el retorno a las verdades fundamentales de la vida y por el "combate contra el tiempo" que implicaba el Hitlerismo, de lo cual ni siquiera se habían apercibido.

Es más: hubo alemanes que —tal como Hermann Rauschning, el autor del libro "Hitler m'a dit" [1]— tan pronto como se apercibieron del carácter pagano de la Weltanschauung hitleriana, se apartaron del movimiento nacionalsocialista. Es de notar que ellos sólo se dieron cuenta de dicho carácter pagano cuando se hubieron ganado suficientemente la confianza del Führer como para que fueran admitidos en su pequeño círculo de iniciados o parcialmente iniciados. Porque había una diferencia entre la enseñanza dada al pueblo en general, y la que recibían los discípulos; una diferencia, no de contenido, sino de claridad. Por ejemplo, el Punto 24 de los famosos "Veinticinco Puntos" especifica que el Partido, proclamando la más alta tolerancia religiosa, se atiene a un "cristianismo positivo" —en otras palabras, a lo que hay de "positivo", es decir de verdadero, en conformidad con la Tradición, en el cristianismo histórico—, pero condena y combate toda religión o filosofía "que repugna al sentido moral de la raza germánica, o que sea peligrosa para el

[1] En 1939 ya se habían publicado trece ediciones en Francia (Nota del T.)

Estado”[1]. El punto 24 omite (adrede sin duda) recordar que *toda* religión que vuelve la espalda a las realidades de este mundo, y en particular a las realidades biológicas, hasta el punto de permitir el matrimonio entre gentes de *razas* diferentes, siempre que los cónyuges sean miembros de la misma “iglesia”, lo mismo que toda religión o filosofía que exalte al “hombre”, aunque sea deficiente o incluso esté en el último grado de la decadencia física o moral (o física y moral), no pueden ser más que un peligro público, en el Estado nacionalsocialista.

El Führer se abstiene por completo en Mein Kampf de insinuar una reforma religiosa. “Es criminal”, escribe, intentar destruir la fe aceptada por el pueblo, “en tanto no exista nada que la pueda reemplazar”[2]. Él escribe también que la misión del movimiento nacionalsocialista “no consiste en una reforma religiosa, sino en la reorganización política del pueblo alemán”[3]. Pero lo que él no escribe —lo que no podía escribir en un libro destinado a la gran masa de un pueblo cristianizado desde el siglo nueve, y que se creía, al menos en su gran mayoría, cristiano— es que todo régimen basado, como lo estaba el régimen nacionalsocialista, sobre la negación del valor intrínseco de *todo* hombre, independientemente de su raza y de su valor individual, es forzosamente la antítesis de un orden social cristiano. Porque toda sociedad cristiana tiene por principio el respeto al “ser humano” creado, cualquiera que sea, “a imagen y semejanza” de un dios trascendente y personal, esencialmente amigo del hombre. Lo que Adolf Hitler no podía decir a la gran masa es que todo régimen político fundado sobre una doctrina centrada sobre la vida y sus leyes eternas, tiene necesariamente una significación más-que-política. De los votos de la gran masa del pueblo alemán,

---

1 “Wir fordern die Freiheit aller religiösen Bekentnissen im Staat, solang sie nicht dessen Bestand gefährden oder gegen das Sittlichkeits und Moralgefühl der germanischen Rasse verstoßen”.

2 Adolf Hitler: “Mi Lucha”

3 Adolf Hitler: “Mi Lucha”

dependía en efecto su propio éxito, porque no hay que olvidar que Hitler tomó el poder "legalmente", es decir, "democráticamente".

Esta significación metapolítica de la mística dominante entonces en Alemania, solamente la captaban plenamente el Führer y la elite nacionalsocialista: los iniciados de la *Thulegesellschaft*; los maestros y los mejores alumnos de los *Ordenburgen*, en la que se formaban los miembros de las SS. La masa del pueblo no captó dicha significación y se habría asombrado y sentido muy aturdido si alguien se la hubiera descubierto, con todas sus implicaciones; si, por ejemplo, alguien le hubiera hecho comprender que el Cristianismo y el Hitlerismo son dos vías diferentes e *incompatibles*, abiertas sobre lo eterno, y que una misma persona no puede seguir una y otra vía, sino que debe elegir entre ambas. Fuera de Alemania —y fuera de la India, de tradición aria— una elite pensante amaba o temía u odiaba al Hitlerismo a causa de su verdadera naturaleza. La elite judía lo maldecía por razones tan profundas como es la sorda hostilidad secular que opone a Israel contra el mundo germánico. La enorme masa de los hombres de todos los países —indiferente a "la política" — temía al Hitlerismo sin saber exactamente el por qué, y lo temía en realidad porque sentía vagamente en el Hitlerismo la negación de todo antropocentrismo; la "sabiduría del espacio estrellado" (como yo lo he llamado) por oposición al "amor al hombre" y el afán de su felicidad, es este mundo o en otro mundo.

CAPÍTULO III

ANTROPOCENTRISMO E INTOLERANCIA

"Gloire au Christ! Les bûchers luisent, flambeaux hurlants;
La chair se fend, m'embrasse aus os des hérétiques,
Et de rouges ruisseaux sur les charbons brûlants
Fument sous les cieux noirs su bruit des saints celtiques!"

(L'Agonie d'un saint; Poèmes Barbares.) Leconte de Lisle

Como ya he dicho —y es necesario repetir—: "Rechaza la superstición del "hombre", de da gracias a los dioses inmortales si estás liberado, por naturaleza, de tal superstición; si "el hombre", como tal, no te interesa; si sólo la perfección te atrae y si no amas al hombre más que en la medida en que se aproxima —individual y colectivamente— al tipo ideal de la raza; en la medida en que, ser de un día, refleja lo que es eterno".

¿Has meditado sobre la historia del mundo hasta el punto de haber notado un hecho desconcertante: a saber, que pocas gentes han pecado más odiosamente contra los hombres que quienes les *amaban* más, y querían, con la mayor obstinación "hacer su felicidad" (incluso contra su voluntad), sea en este mundo, sea en un Más-Allá en el que creían firmemente? Nietzsche, quizás el único gran maestro del pensamiento que Occidente haya producido al margen del cristianismo, lo ha enseñado. "Los cristianos nos aman lo bastante", dice, "como para quemarnos vivos en las hogueras de las plazas públicas" [1].

En efecto, se ha hablado mucho de los horrores cometidos por la Iglesia de Roma, en nombre de la defensa de la

---

1 En "Jenseits von Gut und Böse" ("Más allá del Bien y del Mal": Nietzsche)

ortodoxia cristiana. Lo que casi siempre se ha olvidado decir, es que la Santa Inquisición, órgano de la Iglesia de Roma, actuaba por *amor*. La Inquisición creía —como todos los buenos católicos de los siglos doce, trece, o incluso del diecisiete— que fuera de la de la Iglesia, no había salvación; que el individuo que abandonaba la vía rígida del dogma, y cesaba por ello de ser fiel a la Iglesia, iría, a su muerte, derecho al infierno. El Santo Oficio sabía que los hombres, inclinados al pecado, desde la desobediencia de Adán, siguen los malos ejemplos con más prontitud que los buenos; que el hereje era, pues, un peligro público —un despreciable— que en caso de que rechazara la curación ofrecida, es decir la abjuración de sus errores, la penitencia y el retorno al seno del rebaño bendito, era necesario separar a toda costa del conjunto de la población. Y cuanto más espectacular fuera la secuela del proceso de herejía, cuanto más terrible, tanto menos las almas simples, que son la mayoría, intentarían rebelarse contra la autoridad de la Iglesia; tanto menos se arriesgarían a ser separadas de Dios. El temor de Dios, que es, se decía, el comienzo de la sabiduría, se confunde con el temor al fuego visible, con el temor al dolor físico, entre las personas que, al menos una vez, hubieran asistido a la "quema" de un hereje y le hubieran visto debatirse entre sus ataduras y oído sus alaridos en medio de las llamas.

Creo sinceramente que los padres inquisidores no eran unos monstruos, y que les disgustaba tener que entregar a un ser humano al "brazo secular", sabiendo el suplicio que se reservaba al hereje que rehusaba formalmente abjurar. Esta decisión, que a tantas gentes de hoy les parece "contraria al amor cristiano", les era inspirada, no obstante, por el amor cristiano tal y como lo entendían, teniendo en cuenta su interpretación de pasajes de las escrituras concernientes al Más-Allá. Amaban demasiado a los hombres, es decir a las almas humanas, como para aceptar el riesgo de saberlas en peligro de perdición, por influencia o contacto con los "sembradores del error". Si hay algo que pueda

sublevar al pensar en los horrores de la Santa Inquisición (a menos que se esté enteramente de acuerdo con ella —y después de todo, ¿por qué no si se tiene la misma fe?) no es ciertamente la “maldad” de los padres inquisidores, sino más bien, su amor incondicional a *todos* los hombres, incluidos los herejes y los incrédulos (a los que hay que devolver o llevar a Jesucristo); ese amor a todos los hombres por la sola razón de ser considerados los únicos seres vivientes que “tienen un alma inmortal creada a imagen de Dios”, amor del que eran las primeras víctimas los miembros del Santo Oficio, con todos, o casi todos los cristianos de su época.

A quienes no aman particularmente a los hombres, les es del todo indiferente su destino: salvación o perdición, en un hipotético Más-Allá. La así llamada “tolerancia” de las gentes de nuestra época no es, en realidad, más que una ausencia total de interés por las cuestiones de dogma, en particular, y por las cuestiones metafísicas en general; un escepticismo profundo en lo que concierne al Más-Allá, y una indiferencia cada vez más extendida (aunque gradualmente menos confesada) hacia los hombres. En todo caso, los hombres ya no sufren la Inquisición: no solamente ya no hay hogueras en las plazas públicas, en los países de civilización cristiana, católicos o protestantes (en los países cristianos sometidos a la Iglesia Ortodoxa de Oriente no ha habido nunca tales hogueras), sino que la máxima excomunión, lanzada a un individuo por alguna iglesia, no tendría, en Occidente, ninguna consecuencia social: el excomulgado continuaría viviendo al día siguiente tal cual lo hacía la víspera. Nadie se daría cuenta de que había sido excomulgado (salvo quizás los feligreses de su parroquia).

Si, en una fecha tan reciente como 1853 —hace poco más de un siglo— un monje excomulgado, Theophilo Kairis, pudo ser encarcelado por orden del gobierno griego, muriendo en prisión, no es porque en esta época los helenos fueran “menos tolerantes” que sus hermanos de Francia o Alemania. Esto ocurrió solamente

porque Grecia no era entonces (como no lo es hoy) el *Occidente*, y porque la doctrina de la Iglesia Ortodoxa de Oriente era (como ha sido siempre) tenida como "religión *nacional*" —intangible en cuanto "nacional"— lo cual es una contradicción viviente, dado el carácter ampliamente humano y "no de este mundo" de todo verdadero cristianismo [1]

* * *

Ciertamente, dondequiera que se afirma el amor a *todos* los hombres, hay intolerancia tanto hacia aquellos que conciben la "felicidad del hombre" de modo distinto al filántropo que les juzga, como hacía los que declaran abiertamente no preocuparse por dicha felicidad.

Y esta intolerancia no se da solamente con respecto a la búsqueda de la beatitud en un Más-Allá sobre el cual, a falta de un conocimiento preciso, estaría permitido discutir indefinidamente. Se da también en cuanto a la consecución de la felicidad en este mundo. Se podría creer que, al menos, esta búsqueda de la felicidad terrena es una cuestión bastante clara. ¿Acaso no es una experiencia que se puede obtener de la vida cotidiana? Ahora bien, precisamente la experiencia diaria, incluso cuando parezca idéntica para todos los hombres, no sugiere a todos las mismas conclusiones. Un beduino hambriento y un obrero desempleado europeo (o un anciano que apenas puede vivir con su paga de jubilación) no reaccionarán de la misma forma ante sus respectivas miserias. El beduino se resignará sin murmurar. "Es la voluntad de Allah", pensará. El europeo dirá que su miseria es "por culpa del gobierno", y no se resignará. La soledad completa, que a tantas gentes parecería una tortura, parece a otras personas un estado muy soportable, y a algunos, una verdadera bendición.

---

[1] En cierto modo, ese carácter "nacional" de la Iglesia también se ha dado en España, en Irlanda y... en Polonia, aún hoy, a pesar del comunismo (ateo) impuesto al pueblo.

No existe ningún “mínimum universal” de bienestar físico, y sobre todo moral, por debajo del cual *algún* hombre no pueda ser dichoso. Se han visto gentes —raramente, es verdad— que en medio de suplicios han guardado una serenidad que parecía imposible. En contraposición, observamos que en las llamadas “sociedades de consumo” más prósperas, los suicidios de hombres y mujeres jóvenes son, estadísticamente, los más numerosos —más de trece mil por año, por ejemplo, en Alemania Federal, donde nada falta... materialmente.

Los devotos (o adictos) de la felicidad humana en la tierra —que, a pesar de estos hechos, son legión— son tan intolerantes como los amigos de los hombres, preocupados, ante todo, por la salvación de sus almas. ¡Desgraciado del que no piense como ellos! ¡Desgraciado del que piense que el individuo es nada, si ellos piensan que el individuo lo es todo y que su “felicidad” o su placer está ante todo! ¡Desgraciado del que piense que el progreso técnico, aplicado a la vida cotidiana, no es un criterio de valor colectivo, si ellos lo admiten como única base de discriminación entre los pueblos! Y sobre todo, ¡desgraciado del que proclame que ciertos individuos —incluso él mismo— y hasta ciertos pueblos tienen más necesidad de fe, de entusiasmo, de fanatismo, que de comodidad material, que del “minimum necesario” de alimentación corporal, si resulta que los defensores del hombre sienten horror por todo fanatismo, sobre todo por el fanatismo *guerrero*! [1] Para comprender esto no hay más que considerar de qué forma tratan los marxistas (que teóricamente elevan tan alto a los “trabajadores todos”) a los obreros y a los campesinos, así como a los intelectuales que no están de su lado —a fortiori a los que se oponen activamente a su sistema de “valores”, o se oponen, aunque sea en nombre de los mismos “valores”, a la administración (o modo de gobernar) de los marxistas situados en el poder. No hay más que ver cómo tantos cristianos,

[1] Es decir, fanatismo activamente beligerante, combativo y "no pacifista" (Nota del T.)

teóricamente humanitarios, tratan, tan pronto se afianzan en el poder, a los comunistas, sus hermanos. No hay más que recordar, sobre todo, cómo los combatientes por la causa del "hombre", ya sean marxistas como cristianos o deístas, y francmasones de todo pelaje, nos han tratado cada vez que han podido, a nosotros, los detractores confesos de toda filosofía centrada en el hombre y no en la vida, a nosotros a quienes ellos acusan de "crímenes contra la humanidad", como si tuviéramos el monopolio de la violencia (Estas gentes no tienen, al parecer, sentido de la ironía).

Si se acepta dar el nombre de tolerancia a toda no-intervención en los asuntos de otro, podemos distinguir dos actitudes que merecen tan denominación: la tolerancia del indiferente, extraño a los problemas que preocupan a otros hombres; es decir, la tolerancia de quienes están literalmente cerrados ante ciertos dominios de la experiencia humana, del sentimiento o del pensamiento, y que no aman bastante a ningún individuo o grupo de individuos como para intentar colocarse en su lugar y comprenderlos; muy distinta es la tolerancia del hombre que cree en la diversidad infinita de las razas humanas, de los pueblos, y de las personas (aunque sean frecuentemente de la misma raza) y que se esfuerzan en comprender *todas* las culturas, *todas* las religiones y, en la medida de lo posible, todas las psicologías individuales, porque toda esta diversidad es manifestación de la vida. La primera forma de tolerancia es la actitud de un número creciente de ciudadanos de nuestras "sociedades de consumo", a quienes la metafísica no interesa, la política les deja "fríos", a los que las actividades de su vecino no conciernen... a menos que dichas actividades interfieran su modo de vida o supriman algunos de sus pequeños placeres. Se trata aquí de una mal llamada tolerancia debido a un abuso del lenguaje. Es, en suma, la actitud de los que dicen: "A mí... me importa un bledo" [1] La segunda forma de tolerancia —la *verdadera*— es la que manifiestan, por ejemplo, Ramakrishna y

[1] Es lo que en Francia se denomina, en lenguaje popular: "je-n' enfoutisme".

todos los hindúes en materia religiosa. Es la tolerancia existente en la Antigüedad, tanto aria como semítica, tanto amerindia como extremo-oriental y, también en Oceanía. Es la tolerancia de todos los pueblos de antes de la era cristiana, excepto uno solo: el pueblo judío (excepción trágica que parece haberse afirmado bastante *tarde* en la historia de este pueblo, por otra parte insignificante). Es la tolerancia que persiste más o menos, casi en todas partes, hasta la segunda mitad, aproximadamente, de la última edad —la que la tradición hindú llama Kali Yuga, o Edad Oscura—, a pesar del cambio gradual de mentalidad que acontece dentro de un mismo ciclo temporal, al pasar de una edad a la siguiente y no obstante la degradación humana desde el comienzo al final de cada edad.

Ciertamente, la exaltación del hombre, cualquiera que sea su raza y su valor personal, por encima de todo lo viviente, se remonta a la noche de los tiempos. Pero en tanto que persista, entre la vasta mayoría de los pueblos, suficiente sabiduría antigua para que cada raza admita que hay diferencias fundamentales entre ellas y para que, lejos de odiar esas diferencias, las observe con simpatía o al menos con curiosidad, se puede decir que nuestro ciclo todavía no ha entrado en su fase última —la que conducirá inexorablemente al caos. O, para expresar mi idea en una fórmula breve y suficientemente vigorosa que pueda retenerse, yo diría que la superstición del "hombre" arrastra a la decadencia; y que la superstición de la uniformidad humana —uniformidad en las "necesidades primordiales", en los "deberes", etc... — la precipita. Es además cierto que la segunda superstición procede de la primera; que es impensable sin ella. Para convencerse de ello bastaría darse cuenta de que las religiones (y las filosofías) más tolerantes son precisamente las que no están centradas en el hombre, sino que le consideran como una manifestación de la vida, un producto de la naturaleza entre tantos otros.

El hinduismo (si se exceptúan algunas sectas) tiene esta actitud. El budismo también. La leyenda quiere que el Budha, en su infancia todavía, haya resucitado a un cisne, matado por el malvado Dêvadatta. La leyenda cuenta también que, "en una de sus vidas anteriores", siendo asceta en el bosque, el Budha se despojó voluntariamente de las radiaciones que le daban protección y hacían invulnerable a los ataques de las bestias feroces, a fin de ofrecer su propio cuerpo como pasto a una tigresa hambrienta y a sus crías. La leyenda añade además, que, mientras las garras y los dientes ávidos le desgarraban, su corazón desbordaba de amor hacia la enorme y bella tigresa y sus cachorros.

Es notable que ningún milagro, incluso ninguna buena acción —y con más razón ningún acto de abnegación tal como el atribuido al Budha— a favor de una bestia haya sido atribuido por la tradición cristiana a Jesús de Nazareth. Es también de notar que, todas las grandes religiones internacionales, exceptuando el budismo, se han propagado mediante el empleo de la violencia (el hinduismo tampoco ha utilizado la violencia, siendo profesado por tantas razas diferentes. Pero, como ya he dicho, el hinduismo no es una "religión", sino una civilización). El cristianismo se expandió, mediante la violencia en los países germánicos y eslavos; mediante sermones, en la cuenca del Mediterráneo, donde el número de cristianos súbitamente aumentó cuando la doctrina cristiana, hasta entonces depreciada, fue proclamada "religión del Estado" por el emperador Constantino y, en consecuencia, muchos se adhirieron al cristianismo para servir su propio interés personal, para "hacer carrera".

* * * *

Nunca se repetirá bastante: la intolerancia, religiosa o filosófica, es propia de los devotos del "hombre", considerado

independientemente de su calidad racial y personal, es decir, de su raza o personalidad. En consecuencia de esto, son los verdaderos racistas los que dan prueba de un mayor grado de tolerancia.

Sin duda, los racistas exigen de sus compañeros de armas, de sus correligionarios, una fidelidad absoluta a la fe común. Esto no es "intolerancia"; es una cuestión de *orden*. Cada uno debe saber qué es lo que quiere y no adherirse a una doctrina para hacerle objeciones. Quien tiene objeciones que hacer —y, sobre todo, si son objeciones concernientes a los valores básicos de la doctrina— debe mantenerse fuera de la comunidad de fieles y no ser el camarada de los fieles de una fe que no comparte enteramente. Sin duda también el racista está presto a combatir a los hombres que actúan, hasta incluso *piensan*, en tanto que enemigos de su raza. Pero los racistas no les combaten con vistas a cambiarlos, a *convertirlos*. Si los enemigos se mantienen en su lugar, y cesan de oponerse a él y a sus hermanos de sangre, el racista les deja tranquilos —porque ellos no le interesan lo suficiente como para preocuparse por su suerte, en este mundo o en otro.

En el tercer libro de sus "Essais", Montaigne deplora que las Américas hayan sido conquistadas por los españoles y portugueses y no "por los griegos o los romanos". Piensa que las Américas no habrían debido conocer los horrores cometidos para convertir a los indígenas a una religión considerada —por los conquistadores— como la "única" buena, la única verdadera. Tal cosa no habría ocurrido si griegos o romanos se hubieran adelantado en la conquista y civilización del llamado Nuevo Mundo. Lo que Montaigne no dice, quizás porque no lo había captado, es que la *raíz* de esos horrores está precisamente en la ausencia de racismo y en el amor por "el hombre". Los griegos y los romanos, como todos los pueblos de la Antigüedad, eran racistas, al menos en su época de grandeza. En tanto que racistas, ellos encontraban natural que los pueblos diferentes sean diferentes, tengan dioses y costumbres diferentes. Ellos no se

comprometían en imponer a los vencidos sus propios dioses y sus propias costumbres —no les interesaba pues respetaban las particularidades de cada raza—, bajo pena de exterminio. Incluso los judíos no trataban de imponer a otros pueblos su religión o costumbres: ellos se contentaban con exterminar a sus enemigos sin intentar convertirlos. Despreciaban de tal modo a todos los pueblos que hacían sacrificios a dioses distintos a Yaveh, que ellos se limitaban —por orden de Yaveh, dice la Biblia judía— a exterminarlos; su religión no es proselitista fuera del pueblo "elegido". Los judíos les imponían el terror de la guerra [1].

¿Qué habrían hecho, en lugar de los conquistadores de las Américas, los griegos de la antigua Grecia, o los romanos u otras gentes, también de raza aria, que hubieran tenido en el siglo dieciséis, el *espíritu* de nuestros racistas del siglo veinte? Habrían, sin ninguna duda, conquistado territorios; ellos los habrían explotado económicamente. Pero ellos habrían respetado los dioses y costumbres de los aztecas, tlaxcaltecas, mayas, etc., así como los de los incas. Es más: ellos habrían aprovechado a fondo la creencia de estos pueblos en un dios "blanco y barbudo", civilizador de sus países, que después de haber abandonado a sus ancestros siglos antes, debería regresar del oriente y reinar sobre ellos —sus descendientes—, con sus compañeros, como el dios, también de tez clara. Sus jefes habrían actuado, y ordenado a sus soldados a actuar, de tal manera que los indígenas les tomasen efectivamente por el dios Quetzalcóatl y su ejército [2]. Ellos habrían respetado los templos —en lugar de destruirlos y de construir sobre sus ruinas monumentos a un culto extraño para los indígenas. Habrían sido duros, ciertamente —como lo son

---

[1] Como escribe Adolf Hitler, en la p. 507 de "Mi Lucha" (edic. alemana de 1935): El 'terror espiritual' "entra por vez primera en el mundo antiguo, hasta entonces más libre que el nuestro, con la aparición del cristianismo". Y es así que —añado yo— siendo cristianos los conquistadores de las Américas, ellos impusieron (más que) el terror de la guerra, el terror espiritual.

[2] O, en Perú, por el dios Viracocha y su ejército. Al comienzo de la conquista, los indígenas del Perú llamaban a los españoles los "viracochas".

todos los conquistadores. Pero no habrían sido sacrílegos. No habrían destruido civilizaciones que, pese a sus debilidades, valían lo suyo.

Los romanos, tan tolerantes en materia de religión, en algunas ocasiones persiguieron a los fieles de ciertos cultos. El emperador Claudio, por ejemplo, prohibió en las Galias la religión de los druidas. Se ha hablado demasiado, siempre sin saber bien lo que se decía, sobre las persecuciones contra los primeros cristianos. Pero todas estas medidas de represión eran de orden puramente *político*, no doctrinal ni ético. Los druidas fueron despojados de sus privilegios (en particular, de su monopolio en la enseñanza de los jóvenes), y perseguidos, no tanto como sacerdotes de un culto que podía parecer insólito a los romanos, sino como jefes de la resistencia clandestina de los celtas contra la dominación romana. Asimismo, los cristianos fueron perseguidos, no por ser devotos de un dios particular, sino por ser malos ciudadanos, que rehusaban rendir homenaje al emperador-dios, encarnación del Estado. Si en el siglo dieciséis, conquistadores indoeuropeos, fieles al espíritu de tolerancia que siempre ha caracterizado a su raza, se hubieran hecho dueños de las Américas explotando la creencia indígena en el retorno del dios blanco, Quetzalcóatl (o Viracocha), no habría habido ninguna resistencia a su dominación, y por tanto, ninguna ocasión ni motivo de persecuciones. Los pueblos del Nuevo Mundo no habrían conocido jamás las atrocidades de la Santa Inquisición; sus escritos (como los de los mayas y los aztecas) y sus monumentos se habrían conservado. En Tenochtitlán, convertida con el transcurso de los siglos en una de las grandes ciudades del mundo, las imponentes pirámides de varias plantas —intactas— resaltarían hoy junto a los edificios modernos. Los palacios y las fortalezas de Cuzco serían hoy la admiración de los visitantes. Y las religiones solares y guerreras de los pueblos de México y del Perú, habiendo evolucionado, probablemente, al menos en sus formas exteriores, con el contacto de la religión de los

vencedores, habrían conservado sus principios básicos —transmitiendo, de generación en generación, las verdades esotéricas eternas bajo su simbolismo particular. Dicho en otros términos, se habrían instalado en América central y en el antiguo imperio de los incas, dinastías arias, cuyas relaciones con los países conquistados hubieran sido más o menos semejantes a las que, en otro tiempo tuvieron con la aristocracia y los pueblos de la India, las dinastías griegas que, desde el tercer siglo antes de la era cristiana hasta el primer siglo de después, reinaron sobre lo que es hoy Afganistán, el Sindh y el Punjab.

Desgraciadamente, en el siglo dieciséis, incluso Europa, desde hacía largo tiempo, había sucumbido al espíritu de intolerancia que, a través del cristianismo, había recibido de los judíos. Las guerras de religión fueron un hecho en Alemania como en Francia. Y en cuanto a la antigua sangre heleno-egea -la sangre misma del “Mundo Antiguo”, en otra época, tan tolerante- había sido ganada para el servicio de la Iglesia romana [1].

Se me dirá que las crueldades cometidas por los españoles en sus colonias americanas en nombre de la salvación de las almas no son imputables al verdadero cristianismo [2]. Se me dirá que ni Hernán Cortés, ni Pizarro, ni sus compañeros, ni los inquisidores de Goa [3] o de Europa, ni los que aprobaban sus acciones, amaban al hombre como el Cristo hubiera querido que sus discípulos le amasen.

Esto es verdad. Aquellos hombres no eran humanitarios. Nunca he pretendido afirmar tal cosa. Pero ellos sí eran *humanistas*, no en el sentido estrecho del término, es decir “eruditos”, sino en su sentido amplio, como hombres para

---

1 Uno de los compañeros más despiadados de Francisco Pizarro fue el aventurero cretense, de sangre heleno-egea, Pedro de Candia.

2 Como tampoco son imputables al racismo ario los actos de violencia inútiles realizados (sin recibir órdenes) por ciertos individuos que vestían el uniforme de soldado alemán.

3 En Goa la Inquisición fue peor aún que en México.

quienes el hombre era, al menos en el mundo visible, el *valor* supremo. Eran, en todo caso, gentes inmersas en el ambiente de una civilización centrada en el culto al “hombre”, culto que no denunciaban ni combatían, sino todo lo contrario. Ellos no eran forzosamente —o lo eran muy raramente— buenos hacia los seres humanos de otras razas (o incluso de la suya misma) como Jesús quería. Pero incluso en sus peores excesos, ellos veneraban en el ser humano, aunque fuera sin amarlo, al hombre, único ser viviente creado, según su fe, “a imagen de Dios”, y dotado de un alma inmortal, o al menos, único ser viviente “dotado de razón”, según el punto de vista de los *humanistas* que, de corazón, se habían separado de la Iglesia ya en el siglo dieciséis, o también, según el criterio de tantos colonialistas de los siglos dieciocho y diecinueve.

Ellos veneraban al hombre, a pesar de las atrocidades que pudieran cometer contra él, individual o colectivamente. Pero, incluso si algunos de ellos, en lo profundo de su mente, ni le veneraban ni le amaban (ni tan siquiera le atribuían la posesión de alma o de razón, si se trataba de un “salvaje”; —después de todo, han existido cristianos que negaban a las mujeres un alma parecida a la suya), esto no altera en absoluto el hecho de que ellos reivindicaban como suya, a la vez que eran sus agentes, una “civilización” que proclamaba el amor y el respeto a *todo* hombre, y el deber de ayudarle a acceder a la “felicidad”, si no en esta vida terrestre, al menos en el Más-Allá.

Algunas veces se ha sostenido que toda acción emprendida en las colonias, incluida la acción misionera cristiana, estaba —aún sin saberlo quienes la realizaban— teledirigida por hombres de negocios que no tenían otra mira que el lucro o provecho material. Se ha insinuado que la Iglesia misma no hacía sino seguir los planes y ejecutar las órdenes de dichos negociantes; —lo que explicaría en parte por qué la Iglesia parece haberse interesado más por las almas de los indígenas que por las de los conquistadores y su soldadesca, los cuales, sin embargo,

contravenían tan escandalosamente “el” grande, “el” único mandamiento de Cristo: la ley del amor. Suponiendo que todas estas alegaciones reposaran sobre hechos históricos susceptibles de ser probados, se estaría a pesar de todo forzado a admitir que las guerras coloniales habrían sido imposibles, desde el siglo dieciséis al diecinueve (y sobre todo quizás en el diecinueve), sin la creencia, entonces generalizada en Europa, de que dichas guerras procuraban la ocasión de “salvar” las almas, y de “civilizar” a los “salvajes”.

La creencia de que el cristianismo era la “verdadera” fe para “todos” los hombres, y que las normas de conducta impuestas en Europa por el cristianismo eran, también, para “todos” los hombres, el criterio de la “civilización”, no era, abiertamente al menos, puesta en cuestión por nadie. Esta creencia también la compartían los jefes que dirigían las guerras coloniales, los aventureros, soldados y bandidos de dichas guerras, los colonos que se beneficiaban de ellas, aunque a los ojos de la mayor parte de ellos, la perspectiva de un provecho material era al menos tan importante, si no más, que la salvación eterna de los indígenas. Es más, tanto si ellos compartían o no dicha creencia, al menos estaban respaldados, en su acción, por la creencia colectiva de su lejana Europa; de toda la cristiandad.

Esta creencia —oficialmente— justificaba sus guerras que, habrían aparecido como “inhumanas” [1] si, hechas dichas guerras en las condiciones en las que se realizaron, hubieran sido justificadas únicamente en nombre del beneficio, o hasta incluso de la seguridad. Dicha creencia era la que, siempre, oficialmente, definía el *espíritu* de su conducta hacia el indígena. De aquí la prisa en convertir al indígena, de grado o por fuerza, a la fe cristiana, o a hacerle (más tarde) compartir los “tesoros” de la cultura occidental, en particular los “tesoros” científicos, haciéndole perder al indígena todo contacto con sus propios conocimientos.

---

[1] Como, en el siglo trece, fueron consideradas las guerras de los conquistadores mongoles.

* * *

Esta pretensión del cristianismo histórico, como también del Islam, de ser "la única fe verdadera", es una herencia del judaísmo, cuya tradición sirve (en parte) de base tanto al cristianismo como al Islam.

El mundo antiguo [1] era, como ha escrito Adolf Hitler [2], un mundo de tolerancia. Recine, sin duda sin darse cuenta del homenaje que rendía a los enemigos del "pueblo de Dios", ha subrayado este hecho, cuando en la primera escena del tercer acto de "Athalie", pone en boca de esta reina, adoradora de los dioses y diosas de Siria, las palabras que ella dirige a Joad, gran sacerdote de los judíos:

Je sais, sur ma conduite, et contra me puissance,
Jusqu'oú de vos discours vous poussez la licence;
Vous vivez, cependant; votre temple est debout...

La hija de Acab quería decir que si, en su lugar, los judíos hubieran tenido el poder, *ellos* no habrían dejado en pie los santuarios de los baalim, ni habrían dejado vivos a sus fieles, ni con mayor razón a sus sacerdotes. El final de la tragedia —en que se ve a la reina traidoramente encerrada en el templo de Yavéh, y masacrada sin piedad por orden de Joad— y toda la historia de los judíos tal como la narra el Antiguo Testamento, confirma por otra parte la clarividencia de la reina.

¿Qué dice la Biblia, acerca de los judíos, sobre este tema?[3] "Cuando el Señor vuestro Dios os conduzca a la tierra que debéis

---

1 Incluyendo a pueblos emparentados con los judíos, tales como los cananeos, los amoritas, los jebusitas, los moabitas, los fenicios y más tarde los cartagineses.
2 "Mi Lucha"; edic. alemana, 1935, pág.507.
3 Deuteronomio, capítulo 7, versículos 1 a 7.

recibir en herencia, caerán ante vosotros pueblos numerosos: los hititas y los jerjesitas, los amoritas y los cananeos, los perezitas y los hevitas y los jebuseos, siete pueblos más importantes y más fuertes que vosotros. Cuando os los haya entregado en vuestras manos, debéis aplastarlos y destruirlos con violencia; no debéis hacer con ellos tratados, ni mostrar piedad, ni os uniréis a ellos. No daréis vuestras hijas para sus hijos, ni tomaréis sus hijas como esposas de vuestros hijos, pues ellas alejarían a vuestros hijos de mí y les incitarían a adorar a otros dioses (y la ira de Yavéh, vuestro Dios, se encendería contra vosotros y os destruiría bien pronto). He aquí cómo debéis comportaros con estos pueblos: derribaréis sus altares, abatiréis sus estatuas y las reduciréis a pedazos; talaréis sus bosques sagrados, y quemaréis sus ídolos o imágenes. Porque sois el pueblo santo a los ojos del Señor, vuestro Dios. Yavéh os ha elegido como pueblo suyo, entre todos los que hay en la Tierra."

Una vez que los judíos se establecieron firmemente en Palestina, después de la conquista que sobrepasó (con mucho) en atrocidades a las cometidas por otros pueblos, tanto de la Antigüedad como más cercanos a nosotros en el tiempo; una vez que hubo dos reinos judíos más o menos estables: uno en Judea, otro en la parte norte del país. ¿Cómo caracteriza la Escritura judía [1] a cada uno de los reyes que se suceden en el trono, sea el de Jerusalén, sea de Samaria? ¡Oh, es muy simple! La "santa" Escritura le declara "bueno" o "malo", sin matizaciones de juicio, e incluso sin hacer ninguna referencia a su comportamiento político en tanto que rey; es "bueno" si adora a Yavéh, el dios de los judíos, sin inclinar jamás la frente ante otras divinidades; es más, si ha perseguido a los fieles de todos los cultos no judíos; si ha arrasado los bosques sagrados de los "falsos" dioses, destruido sus imágenes, prohibido la celebración de sus misterios, matado a

[1] Escritura convertida en "santa" para tantos pueblos, por la única razón de que su religión se apoya sobre la tradición e historia de Israel.

sus sacerdotes [1]; es “malo” si, al contrario, el rey ha dado prueba de un espíritu de benévola tolerancia y sobre todo si él mismo ha hecho sacrificios a los baalim o a las diosas-madres, según la costumbre de los pueblos que los judíos habían derrotado, durante la conquista de la “tierra prometida”, en los siglos trece a once antes de Jesucristo. La sucesión de reyes, alternativamente, “buenos” y “malos” es impresionante por su monotonía. Cada historia de un reinado comienza de la misma forma —por las mismas frases— según que la Escritura alabe o vitupere al rey. “Y él hizo lo que era justo a los ojos del Señor, y siguió los pasos de David, su antepasado. Suprimió el culto a Baal en los altares y destruyó las estatuas y taló los bosques sagrados...” [2]. Esta cita se refiere a Ezequías, hijo de Ahaz, rey de Judea. Pero podría referirse a cualquier otro “buen” rey, en el sentido que la Escritura judía da a esta palabra. Y he aquí la descripción del reinado de Manassé, el hijo y sucesor de Ezequías, que tenía doce años al acceder al trono, y que gobernó Judea durante cincuenta y cinco años. “Él hizo lo que era malo a los ojos del Señor, y siguió las abominaciones de los pueblos que el Señor había humillado ante los hijos de Israel. Restauró los altares que su padre, Ezequías, había devastado, y elevó aras a Baal, y plantó un bosque sagrado como había hecho Achab, rey de Israel; y se postró ante todo el ejército de los cuerpos celestes, y los adoró” [3]. Esta descripción se repite al comienzo de los relatos de los “malos” reinados que se hallan en el Antiguo Testamento —considerados “malos” porque durante estos reinados se practicó la tolerancia según el espíritu de todos los pueblos de la Antigüedad.

Es de notar que la masa de los judíos antiguos no parecen haber tenido, por naturaleza, esta intolerancia que ha jugado en la

---

1 Ver en el final del capítulo 12 del Segundo Libro de Samuel, el tratamiento infligido por el “buen” rey David a los prisioneros después de la captura de la ciudad de Rabbah, capital de los ammonitas.

2 Reyes II, Capítulo 18, versículos 3 y siguientes.

3 Reyes II, Capítulo 21, versículos 2 y siguientes.

historia de Israel, un papel de tan duras consecuencias. El "judío medio" de antes, y más aún quizás de después de la conquista de Palestina, tenía tendencia a considerar a todos los dioses de los pueblos vecinos como dioses. Las similitudes que estas divinidades presentaban con Yavéh, su dios, aparentemente le llamaban más la atención que las diferencias que los separaban. Y fueron necesarias todas las maldiciones de los profetas y toda la severidad (próxima a la crueldad) de los "buenos" reyes, para impedir a la masa judía ofrecer, en ocasión oportuna, sacrificios a estos dioses extranjeros. Fueron Moisés, los profetas y algunos reyes judíos —tales como David, o Ezequías— quienes marcaron con el signo de la intolerancia religiosa al pueblo judío y cercenaron a Israel de la comunidad de los pueblos del desierto —de los pueblos "semíticos", como se les llama—, cultivando entre los judíos el mito del "pueblo elegido", indisolublemente ligado al culto del "dios celoso", preparándolos así para desempeñar el papel único que vienen jugando en el mundo desde el cuarto siglo antes de Jesucristo. Son ellos, pues, en último análisis, responsables de todas las violencias cometidas en el curso de los siglos, en nombre de la "verdad" exclusiva de las religiones procedentes del judaísmo, en particular, de todas las atrocidades perpetradas en nombre del cristianismo, desde el espantoso asesinato de Hypatia [1] en el año 415, hasta la masacre de los cuatro mil quinientos jefes germanos fieles al paganismo de su raza, en Verden, en el año 782, y hasta las hogueras de la Europa medieval y de la América conquistada.

* * * *

Se ha hablado del "racismo" judío. Y se ha hecho de la doctrina del "pueblo elegido" una expresión de ese así llamado

---

1 Hypatia: filósofa y matemática griega, comentadora de Platón y de Aristóteles. Nació en Alejandría en el año 370 y murió en el 415.

“racismo”. En realidad, a los ojos de los judíos de la Antigüedad —por tales entiendo, naturalmente, los judíos ortodoxos—, la pertenencia a su raza, es decir a la “familia de Abraham” sólo tenía valor si dicha pertenencia racial estaba unida al servicio exclusivo del “dios celoso”, Yavéh, protector exclusivo de Israel. Según la Biblia, los moabitas y los ammonitas eran, racialmente, muy cercanos a los judíos. Los moabitas, ¿acaso no descendían de Moab, hijo de Lot y de su propia hija primogénita? Y, los ammonitas, ¿no descendían de Ben Ammi, hijo de Lot y de su propia hija menor? [1]. Ahora bien, Lot, hijo de Haran, era sobrino de Abraham [2]. No parece que estos lazos de parentesco hayan facilitado las relaciones entre los hijos de Israel y estos pueblos. Si la sangre los unía, sus respectivos cultos los separaban. Chemosh, el dios de los moabitas, y Milcom, el dios de los ammonitas eran, a los ojos de los judíos, “abominaciones” —como todos los dioses de la Tierra, salvo el suyo propio— y los adoradores de estos dioses, eran, para los judíos, enemigos que deben ser exterminados. El llamado “racismo” [3] judío, considerado como la actitud, independientemente de toda religión, de aceptar como judío y tratar en consecuencia a todo hombre *nacido* como tal, cualesquiera que puedan ser luego sus creencias, es un fenómeno reciente que data, como mucho, de los siglos dieciocho o diecisiete, es decir de la época en que las masonerías de inspiración israelita han comenzado a jugar un papel determinante en la política de las naciones de Occidente. Ese “racismo” es quizás un producto de la influencia del racionalismo occidental sobre los judíos, a pesar de los judíos mismos, y ha encontrado su expresión más espectacular, al final del siglo

---

1 Génesis, Capítulo 19, versículos 36, 37 y 38.
2 Génesis, Capítulo 2, versículo 27.
3 El verdadero racismo es, según se deriva de su propio nombre, solamente defensa y orgullo de la propia raza. No es el caso del “racismo judío”, que careciendo de consciencia de raza, menosprecia e incluso odia a los no judíos, los goyim (N. del T.).

diecinueve y en el veinte, en el sionismo, el cual puede considerarse como un nacionalismo judío de vanguardia. El sionismo respeta, ciertamente, la tradición religiosa del Talmud y de la Biblia, pero sin identificarse con esta tradición religiosa en ninguna forma. Su fe política es “nacional”, pero no comparable a la fe “nacional” de España o de la Irlanda católica, ni tampoco a la de la Grecia moderna, también inseparable de la religión del Estado. La fe política del sionismo es más bien un nacionalismo que un “racismo”, porque esa fe política implica la exaltación del *pueblo* judío en tanto que tal, sin la conciencia entusiasta de una solidaridad de *sangre* entre todos los pueblos del desierto llamados “semíticos”.

Aunque moderno en su expresión, este nacionalismo judío no es, no obstante, en su esencia, diferente de la solidaridad que, después de la introducción de la ley mosaica, existía entre todos los hijos de Israel, desde el siglo trece antes de la era cristiana. La religión de Yavéh jugaba entonces un papel primordial. Pero este papel consistía exactamente en hacer sentir a todos los judíos, desde el más poderoso al más humilde, que ellos eran el pueblo elegido, el pueblo privilegiado, diferente de los otros pueblos —comprendidos los más cercanos por la sangre— y exaltado por encima de todos los demás pueblos. Este sentimiento, en los Tiempos Modernos, se ha acrecentado aún más entre los judíos, sin ayuda de una religión nacional; de aquí que la religión haya decrecido en importancia entre ellos (excepto en algunos focos permanentes de ortodoxia judía).

En otras palabras, los judíos, que durante siglos habían sido un pueblo insignificante del Próximo Oriente, entre tantos otros —y muy próximos a otros pueblos, en cuanto a lenguaje y religión, antes de Abraham y sobre todo antes de la reforma mosaica— se convirtieron, poco a poco, bajo la influencia de los profetas, en un pueblo completamente poseído por la idea que se había hecho de sí mismo; no teniendo más que desprecio hacia los hombres próximos a su raza, y sobre todo, hacia las gentes de

distinta raza a la suya; no viendo en los dioses de dichos pueblos más que “abominaciones”, e incluso llegando a repudiar —por orden del profeta Ezra, al regreso de su cautividad en Babilonia— a los hijos de Israel que, habiendo permanecido en Palestina, habían tomado esposas cananeas, pues estas esposas no podían más que relajar el vínculo que les unía, a ellos y su familia, a Yavéh y, por consiguiente, debilitar en ellos la conciencia de ser el “pueblo elegido”, un pueblo no “como los otros”.

Los judíos habrían podido permanecer así indefinidamente, separados del resto del mundo por un orgullo nacional tan inconmensurable como injustificado —pues ellos estaban, ya en la Antigüedad, relativamente mestizados, como consecuencia de su prolongada residencia en Egipto (si hubieran permanecido aislados, el mundo, ciertamente, habría marchado mucho mejor). Pero, los judíos no permanecieron aislados porque a la idea del “dios único” y del “dios viviente” —del “verdadero” dios, opuesto a los “falsos” dioses, a los dioses locales y a la potencia limitada de los otros pueblos— no podía menos de unirse, tarde o temprano, a las ideas de la verdad universal y la de la comunidad *humana.* Un dios que es el único que “vive”, mientras que todos los otros no son más que insensible materia, todo lo más habitada por fuerzas impuras, no puede ser, lógicamente, más que el verdadero dios de todos los adoradores posibles, es decir de todos los hombres. Para rechazar esto, sería necesario atribuir a los dioses de los otros pueblos *también*, vida, verdad y beneficencia, en otros términos, habría sido necesario no ver a los “dioses” como “abominaciones”. Los judíos, a causa de los sermones y de las amenazas de sus profetas, no cesaron en su actitud. El dios único podía, pues, tener preferencia por un solo pueblo. Pero era necesario que ese dios único fuera, por necesidad, el dios de todos los pueblos —los cuales, en su locura le ignoraban mientras que sólo el “pueblo elegido” le rendía homenaje.

La primera actitud de los judíos, conquistadores de Palestina, hacia los pueblos que adoraban a otros dioses distintos de Yavéh, fue odiarlos y exterminarlos. Su segunda actitud [1] fue la de lanzar, como pasto espiritual, a un mundo en plena decadencia, al mismo tiempo que la idea de la inanidad de todos los dioses (excepto Yavéh, el dios judío), la concepción falsa del “hombre”, al margen de los pueblos; del “hombre” ciudadano del mundo (y pronto “creado a imagen de Dios”), al cual, Israel, pueblo elegido, pueblo de la Revolución, tenía la misión de instruir y guiar hacia la verdadera “felicidad”. Esta fue la actitud de los judíos, más o menos ostensiblemente embadurnados de helenismo, que desde el siglo cuarto antes de Jesucristo hasta la dominación árabe en el siglo séptimo después de él, formaban una minoría cada vez más influyente entre la población de Alejandría, así como en todas las capitales del mundo helenizado y después, romanizado. Esta es la actitud de los judíos de nuestros días —actitud, precisamente, que *hace* de ellos un pueblo distinto a los otros, y un pueblo peligroso: el “fermento de descomposición” de los demás pueblos.

Esa actitud merece un bosquejo histórico por mi parte.

Ya lo he dicho: esa actitud estaba en germen ya en el fanatismo de estos servidores del dios "único” y “viviente”, cuales eran los profetas judíos, desde Samuel hasta los redactores de la Kabbala. Una cosa que sobre todo no hay que olvidar, si se quiere tratar de comprender, es que el “dios único” de los judíos es un dios trascendente, pero no *inmanente*. Iaweh está fuera de la naturaleza, que él ha sacado de la nada mediante un acto de voluntad, y es (Yavéh) diferente de la naturaleza en su esencia;

[1] Esta segunda actitud aparece cuando en Palestina la resistencia cananea hacía largo tiempo que había cesado de existir, y sobre todo, mientras los judíos iban perdiendo cada vez más la poca importancia que ellos habían tenido en el plano internacional, para terminar siendo súbditos de reyes griegos, sucesores de Alejandro, y más tarde, súbditos de los emperadores romanos.

diferente, no solamente de las manifestaciones sensibles de la naturaleza, sino también de todo lo que podría sostenerlas, de una forma permanente. Yavéh no es esa Alma del Universo en la cual creían los griegos y todos los pueblos indoeuropeos —y en la cual el brahmanismo ve todavía la realidad suprema. Yavéh ha hecho el mundo tal como un artesano fabrica una maravillosa máquina: desde el exterior. Y el dios judío ha impuesto al mundo las leyes que él ha querido, y que habrían podido ser otras, si él las hubiera querido diferentes. Yavéh ha dado al hombre dominio sobre los otros seres creados. Y él ha "elegido" al pueblo judío entre los hombres, no por su valor intrínseco —esto está claramente especificado en la Biblia— sino arbitrariamente, a causa de la promesa, hecha de una vez por todas, a Abraham.

Desde una tal óptica metafísica, era imposible considerar a los dioses de los otros pueblos —y esto, tanto menos en cuanto que los dioses representaban, en su mayor parte, a las fuerzas naturales o a los cuerpos celestes— como "aspectos" o "expresiones" del dios único. Desde tal óptica metafísica, era asimismo imposible señalar la indefinida variedad de los hombres y la desigualdad irrefutable que siempre ha existido entre las razas humanas, e incluso entre los pueblos más o menos de la misma raza. El "hombre", cualquiera que fuera, debía tener en sí, y él solo entre los seres creados, un valor inmenso, puesto que el creador lo había hecho "a su imagen" y, a causa de esto, lo había situado por encima de todos los seres vivientes. La Kabbala lo dice muy netamente: "Existe el Ser increado, que crea: Dios; el ser creado, que crea: el hombre; y... el resto: el conjunto de seres creados —animales, plantas, minerales— que no crean". Esto es el antropocentrismo más absoluto —y una filosofía falsa desde su base, puesto que es evidente que "todos los hombres" no son creadores y que ciertos animales pueden serlo [1].

---

[1] La inteligencia práctica de los animales no se cuestiona; ahora bien, dicha inteligencia puede ser creadora, como lo demuestran, en particular, las experiencias de Köhler. Piénsese sobre todo en las pinturas —eminentemente

Pero esto no es todo. En esta nueva perspectiva humanista, el judío no sólo se reserva el puesto de “pueblo elegido” —de “pueblo santo”, como le llama la Biblia— destinado a llevar la revelación única al mundo, sino que, además, según dice dicha perspectiva humanista, todo lo que los demás pueblos habrían producido o pensado sólo tendría valor en la medida en que pudiera interpretarse en ese sentido. Al no poder negar la enorme contribución de los griegos a la ciencia y a la filosofía, los judíos de Alejandría, de cultura griega [2], no han dudado en escribir que todo lo que el pensamiento griego había creado de más sólido —la obra de Pitágoras, de Platón, de Aristóteles— no era debido, en último análisis, más que a la influencia... ¡del pensamiento judío! Y tenía —según ellos— su fuente en Moisés y los profetas judíos. Otros, tal como el famoso Philon de Alejandría, cuya influencia sobre la apologética cristiana ha sido tan considerable, no han osado negar la evidente originalidad del genio helénico, pero no han conservado de él, más que las ideas que ya alterándolas, ya deformándolas, podían hacer “concordar” con la concepción mosaica de “Dios” y del mundo [3]. El resultado de esta manipulación es ese producto híbrido que en la historia del pensamiento lleva el nombre de “filosofía judeo-alejandrina” —conjunto de mezcolanzas ingeniosas de conceptos sacados más o menos directamente de Platón (no necesariamente de acuerdo con el espíritu de Platón) y de viejas ideas judías (tales como la trascendencia del dios único y la creación del hombre “a su imagen”)— tinglado superfluo, sin duda, a los ojos del judío ortodoxo, a quien la ley mosaica

---

“abstractas”— ejecutadas por varios chimpancés de Desmond Morris, creaciones que podrían tomar y que, en efecto han sido, actualmente, tomadas como obras humanas de su mismo estilo.

En cuanto al hecho de que “todos los hombres” no son creadores, es tan evidente que huelga todo comentario; aparte de que quizás sea así mejor.

[2] Y, a veces, también de nombres griegos, tal como Aristóbulo, en el siglo tercero antes de Jesus-Cristo.

[3] Edouard Herriot: "Philon le Juif", edic. 1898.

bastaba, pero maravilloso instrumento de manipulación espiritual sobre los gentiles, al servicio de los judíos (ortodoxos o no) que deseaban ardientemente arrebatar a otros pueblos la dirección del pensamiento occidental (y más tarde, mundial).

La filosofía judeo-alejandrina y la religión, crecientemente impregnada de simbolismo egipcio, sirio, anatolio, etc., que profesaba el pueblo, de raza cada vez más bastardeada, del mundo helenístico, constituían el telón de fondo sobre el cual se dibuja poco a poco (en los escritos de Pablo de Tarso y de los primeros apologistas, y se precisa en el curso de los Concilios sucesivos) la ortodoxia cristiana tal como nosotros la conocemos. Como señala Gilbert Murray, “es una extraña experiencia (...) la de estudiar estas congregaciones oscuras, cuyos miembros, salidos del proletariado del Levante, supersticiosos, dominados por los charlatanes, y desesperadamente ignorantes, creían todavía que Dios puede procrear niños en el seno de sus madres mortales, consideraban al ‘Verbo’, al ‘Espíritu’ y a la ‘Sabiduría divina’ como personas que llevaban estos nombres, y transformaban la noción de inmortalidad del alma en la noción de la ‘resurrección de los muertos’, y (también resulta extraño) pensar que fueron estas gentes las que representaban la vía principal que condujo a la mayor religión del mundo occidental” [1].

Sin duda, en el cristianismo de los primeros siglos, predicado en el idioma griego [2] por misioneros judíos y después, griegos, a masas humanas sin raza, había netamente más elementos no judíos que judíos. Lo que dominaba era el elemento que no se puede llamar —sin osadía— “griego”, o más bien “mediterráneo pre-helénico”, o quizás “próximo oriental pre-helénico”, pues los pueblos del Asia Menor, de Siria y de

1 Gilbert Murray: “Five stages of Greek religion”, New York, 1955; p. 158.

2 El griego era la lengua internacional del Próximo Oriente en esta época. Por otra parte, los destinatarios de las predicaciones cristianas eran masas urbanas sin raza, tan inferiores, desde todo punto de vista, a los hombres libres de las antiguas poleis helenas.

Mesopotamia ilustraban dicho elemento dominante en el cristianismo, en mayor o menor medida, en sus cultos procedentes del fondo de las edades. Estaba dicho elemento representado en el mito del joven dios cruelmente llevado a la muerte —Osiris, Adonis, Tammuz, Attys, Dionysos— cuya carne (el trigo) y cuya sangre (jugo de uva) devinieron alimento y bebida de los hombres, y que resucita gloriosamente, todos los años en primavera. Este elemento nunca había dejado de estar presente en los misterios de Grecia, tanto en la época clásica como anteriormente. Transfigurado, "espiritualizado" por el sentido de la alegoría inherente a los ritos más primitivos, dicho elemento es manifiesto en las religiones internacionales "de salvación", rivales del cristianismo en el imperio romano: —en la religión de Mithra; en la de Cybeles y de Attya. Como muy bien ha visto Nietzsche, el genio de Pablo de Tarso ha consistido en "dar un sentido nuevo a los misterios antiguos" —ha consistido en apoderarse del viejo mito prehistórico, revivificarlo, interpretarlo de tal manera que, para siempre, todos los hombres que aceptaran esta interpretación, aceptarían también el papel profético y el carácter de "pueblo elegido" del pueblo judío, portador de la única revelación.

Históricamente, se sabe tan poco o casi nada de la persona de Jesús de Nazaret, de sus orígenes, de su vida antes de la edad de 30 años, que autores serios han podido poner en duda incluso la existencia misma de Jesús. Según los evangelios canónicos Jesús fue educado en la religión judía. Pero, ¿fue él judío de *sangre*? Más de una de las palabras que se le han atribuido tenderían a hacer creer que no lo era. Se ha dicho, además, de los galileos formaban en Palestina un islote de población indoeuropea. De todas formas, lo que es importante —lo que está en la raíz y el origen del giro de la historia que representa el cristianismo— es que, haya sido o no judío, Jesús ha sido representado como tal, y, lo que es más, como el Mesías esperado por el pueblo judío, tanto por Pablo de Tarso, el *verdadero*

fundador del cristianismo, como por todos los apologistas que se han sucedido en el curso de los siglos. Lo que es importante, es que Jesucristo es, gracias a estos apologistas, integrado en la tradición judía y en el antiguo mito mediterráneo del joven dios de la vegetación, muerto y resucitado, que dicha tradición judía nunca había aceptado: el Mesías al que se prestan los atributos esenciales de Osiris, de Tammuz, de Adonis, de Dionysos, y de todos los otros dioses muertos y vencedores de la muerte, a los cuales ese Mesías posterga en la sombra, para su provecho y el de su pueblo, con una intransigencia que ninguno de los citados dioses conocían, una intransigencia típicamente judía: la intransigencia de Pablo de Tarso, de su maestro Gamaliel y de todos los servidores del "dios celoso", Yavéh. Es más, a los misterios antiguos no solamente se les dio "un sentido nuevo", sino que este sentido fue proclamado el *único* bueno, el único verdadero; los ritos y mitos de la Antigüedad pagana, desde los tiempos más lejanos, no habían hecho más que "preparar" y "prefigurar" dicho "nuevo sentido", del mismo modo que la filosofía antigua no había hecho más que sensibilizar a las almas para la recepción de la revelación suprema. Y esta revelación, para Pablo como para los judíos de la escuela judeo-alejandrina antes de él, y para todos los apologistas [1] cristianos que le siguieron, era una revelación dada a los judíos por el "dios de todos los hombres".

La intolerancia judía, confinada hasta entonces en un pueblo (en un pueblo despreciado, al que nadie soñaba imitar) se extendió a la mitad del globo terrestre a través del cristianismo, y más tarde, con el Islam —este último, como reacción contra la helenización de la teología cristiana. Y, lo que es más, es esta intolerancia misma, la que hizo posible el éxito de las religiones vinculadas a la tradición de Israel.

---

[1] Los justinos, los clementes de Alejandría, los ireneos, los orígenes.

Ya he mencionado las religiones de salvación —en particular la de Mithra y la de Cybeles— que florecían en el imperio romano en el tiempo en que el cristianismo estaba en sus comienzos. A primera vista, tanto la religión de Mithra como la de Cybeles tenían tantas probabilidades como el cristianismo de atraer hacia sí a unas masas inquietas a las que el orden romano no satisfacía, o no satisfacía ya, y a las cuales, cada vez más bastardeadas, todo culto *nacional*, cualquiera que fuera, les parecía extraño, les era extranjero. Cada una de estas religiones ofrecía al individuo mediano todo lo que le prometía la religión de Jesús crucificado —y esto, con ritos tanto más capaces de atraer su adhesión, cuanto más bárbaros eran.

En el siglo tercero después de Jesucristo, era el culto de Mithra —ese viejo dios solar indoeuropeo, contemplado a través de mil espejos deformantes que representaban las razas y las tradiciones de sus nuevos adoradores— el que parecía que iba a imponerse... dado que ningún factor decisivo intervenía a favor de alguno de sus rivales. El dios Mithra era popular entre las legiones y entre sus oficiales. Algunos emperadores habían incluso recibido la iniciación a sus misterios, bajo la ducha de sangre caliente del toro redentor. Un número creciente de gentes del pueblo seguía el movimiento de adoración a Mithra. Se puede decir con toda seguridad que faltó poco para que el mundo dominado por Roma no hubiera devenido mithraico —en lugar de cristiano— para una duración de más o menos veinte siglos. Se puede decir con no menos certeza que, si el mundo no llegó a ser mithraico no fue debido a "superioridad" alguna de la doctrina cristiana sobre la enseñanza de los sacerdotes de Mithra (en lo que se refiere, en ambas religiones, a la doctrina respectiva de salvación), ni tampoco se debió a la ausencia de ritos sangrientos en el cristianismo, sino, más bien, se debió a la protección del emperador Constantino sobre la religión del crucificado, y no a otro factor. Ahora bien, fue precisamente la intolerancia del cristianismo —la intolerancia sobre todo, si no

ella sola— lo que le valió al cristianismo la preferencia del señor del mundo romano.

En efecto, lo que el emperador quería ante todo era dar a un mundo inmenso, poblado de gentes de razas y tradiciones tan diversas, una unidad tan sólida como fuera posible, sin la cual sería difícil resistir durante largo tiempo el empuje de los pueblos llamados bárbaros. La unidad de culto era la única que el emperador podía imponer, pero a condición de que él actuara rápidamente. Entre las religiones de salvación, tan populares, la religión de Mithra contaba, sin ninguna duda, con el mayor número de fieles. Pero esta religión no prometía extenderse con bastante rapidez, y esto, sobre todo, porque la religión de Mithra no pretendía ser la única vía ni la única verdad. Arriesgaría dejar durante largo tiempo subsistir a las religiones rivales, y la unidad tan deseada no se realizaría —o necesitaría siglos para lograrse— mientras que el interés del imperio exigía que dicha unidad se hiciera en algunas décadas.

Otro tanto se podría decir del viejo culto de Cybeles y de Attys: sus sacerdotes no proclamaban, a la manera de los judíos, que solamente ellos poseían la verdad. Por el contrario, estos sacerdotes, como todos los hombres de la Antigüedad (excepto los judíos), creían que la verdad tiene innumerables facetas, y que cada culto ayuda a sus fieles a captar un aspecto de la verdad. Ellos también habrían dejado florecer con toda libertad a las religiones rivales.

El cristianismo, aunque ya en el siglo cuarto había sido penetrado por ideas y símbolos prestados por el neoplatonismo, ya por la vieja mística egea, ya por las formas más lejanas todavía de la eterna Tradición, había, sin embargo, heredado del judaísmo el espíritu de intolerancia. Incluso los apologistas más esclarecidos del cristianismo, los que en mayor medida habían recibido la cultura griega clásica como alimento enriquecedor —tales como un San Clemente de Alejandría o un Orígenes que, lejos de rechazar la sabiduría antigua, la consideraban como una

preparación de la sabiduría de los Evangelios— no ponían en un mismo plano de jerarquía a la sabiduría antigua y a los Evangelios. En opinión de estos apologistas cristianos había un “progreso” desde la sabiduría antigua al cristianismo, y la “revelación” judía conservaba su prioridad sobre las filosofías paganas, que sólo eran un eco lejano de la voz del dios único. En cuanto a la gran masa de los cristianos, ella consideraba como “abominaciones” —o “demonios”— a todos los dioses de la Tierra, salvo el que se había revelado a los hombres de todas las razas a través de los profetas del Antiguo Testamento —los profetas judíos— y a través de Jesús y de su discípulo póstumo, Pablo de Tarso [1].

El lazo profundo que une el cristianismo (y, en particular, el “santo sacrificio de la misa”) a los misterios antiguos es lo que ha asegurado la supervivencia del cristianismo hasta nuestros días. Pablo de Tarso dio una muestra de genio (político) al haber dado a los más antiguos mitos del mundo mediterráneo una interpretación tal que ha asegurado a su pueblo una dominación indefinida sobre el mundo romano y, después, en el transcurso de los siglos, sobre todos los pueblos influenciados por el cristianismo. El emperador Constantino también dio prueba de genio (igualmente político) al haber elegido animar la difusión de la religión que, al ser la más rápida en extenderse, iba a dar al caos étnico que era entonces el mundo romano, la única unidad a la que todavía podía aspirar. También fue un rasgo de genio (político, también) la acción del jefe germano Clodwig [2], que sabiendo que nada le aseguraría mejor el dominio permanente sobre sus rivales, otros jefes germanos, se adhirió (junto a sus guerreros) al cristianismo, en un mundo ya en sus tres cuartas partes cristiano, en el que los obispos representaban un poder

1 Pablo de Tarso, judío cien por cien; Jesús ha sido considerado, generalmente, por la Iglesia, como “judío”, “hijo de David”, aunque se ignora completamente, con certeza, su origen, hasta el punto de que ha podido ser puesta en duda su existencia histórica.

2 Conocido con el nombre de Clovis en la historia de Francia.

digno de buscar como aliado. En todos estos casos, se trataba de genio político, y no religioso —y aún menos filosófico—; porque en todos estos casos se trataba de *poder* personal o nacional; de estabilidad material; de éxito, no de la verdad en el pleno sentido de la palabra, es decir de acuerdo con lo eterno. Se trataba de ambiciones en el plano humano, no de sed de conocimiento de las leyes del ser, o sed de unión con la esencia de todas las cosas —alma, a la vez trascendente e inmanente, del cosmos. Porque si hubiera sido de otra manera, no habría habido ninguna razón para que la religión del nazareno triunfara durante tantos siglos: sus rivales la superaban en valor. La religión cristiana no tenía más que una única "ventaja" práctica sobre las otras religiones: su fanatismo, su intolerancia infantil heredada de los judíos —fanatismo, intolerancia que podía hacer sonreír al romano o al griego cultivado de los primeros tiempos de la Iglesia y que el germano, nutrido de su bella religión a la vez cósmica y guerrera, podía con razón encontrar absurda; pero que iba a dar al cristianismo un carácter militante, carácter militante que sólo poseía el cristianismo, ya que el judaísmo ortodoxo continuaba siendo (y debía continuar siendo) la fe de un pueblo, del pueblo judío.

Por otra parte, el cristianismo sólo podía ser combatido por otra religión con pretensión igualmente universal y tan intolerante como él. Es un hecho que, hasta aquí, el cristianismo sólo ha retrocedido en gran escala ante el Islam y, en nuestros días, ante esa falsa religión llamada comunismo.

El Islam, tanto como el cristianismo, se vinculaba al Antiguo Testamento. El Islam, como el cristianismo, había salido del desierto pero estaba despojado de todo el simbolismo que une el culto del Cristo a los viejos mitos mediterráneos, egipcios, caldeos, etc., de la muerte y resurrección del trigo salvador, y de los ritos prehistóricos que hacían tangibles dichos mitos a los fieles (para el musulmán, Jesús —Issa— es "un profeta", no un dios, y sobre todo no es "Dios"). Siria, Egipto, todo el África del

Norte, cristianos desde hacía tres o cuatro siglos, fueron islamizados de la noche a la mañana. Europa también habría sido islamizada si el azar de la guerra un hubiera querido que Charles Martel y sus francos hubieran vencido a los musulmanes entre Tours y Poitiers, en el año 732; a no ser que Europa hubiera resistido, durante siglos, como lo hizo España.

Ciertamente, una victoria árabe, seguida de la conquista de toda Europa, según el plan que había concebido veinte años antes el genial Mussa al-Kebir, habría sido, desde el punto de vista racial, una catástrofe de primera magnitud. La raza aria habría perdido, en todo el continente europeo, la pureza que conservaba todavía en el siglo octavo. Todo lo más habrían permanecido en Europa islotes más o menos importantes de población de mayoría aria, como permanecieron en África del Norte regiones pobladas sobre todo por bereberes, o como todavía se encuentran en España, lugares donde el tipo (nórdico) de los visigodos ha dejado más trazos raciales que en otras partes. En su conjunto, Europa habría devenido, en cuanto a la sangre, menos pura de lo que es hoy mismo. Y, desde el estricto punto de vista de la evolución de las ideas y de las costumbres de cada uno de los pueblos europeos, más particularmente, desde el punto de vista de su psicología religiosa, la historia de Europa habría sido muy diferente.

El idioma árabe habría suplantado, sin duda, al latín y, probablemente, no hubiera existido un “Renacimiento” en el siglo décimo. O, los ilustrados griegos de Constantinopla (¿quizá islamizados?) presionados por el acoso de los turcos, ¿habrían podido emigrar a Occidente, como hicieron los letrados de las capitales moriscas de España, y a pesar de todo, despertado la nostalgia de la Antigüedad clásica? No olvidemos que “Aristu” (Aristóteles) y “Aflatu” (Platón) eran conocidos y admirados por los letrados árabes. Ciertamente, no habría podido reproducir la forma humana mediante la pintura o la escultura: esto es contrario a las leyes del Islam. Los artistas de Italia, Alemania, de

los Países Bajos —los Leonardo da Vinci, los Miguel Ángel, los Durero, los Rembrandt habrían nacido. Quizás hubiera subsistido la suficiente sangre aria para que ellos pudieran dado a su genio una expresión fuerte y bella, hubiera sido, en todo caso, muy diferente. De cualquier modo, hay dos rasgos de la civilización cristiana en Europa que habrían permanecido trágicamente: el antropocentrismo, y la intolerancia —intolerancia en todos los planos, prolongación normal de la intolerancia religiosa, y consecuencia de lo que yo he llamado la superstición del "hombre".

El espíritu de controversia, herencia del helenismo decadente, no habría dejado de engendrar sectas. El espíritu de exclusividad religiosa, heredado de los judíos —la manía de cada cual de creerse, con sus hermanos en la fe, el único detentador de los secretos de lo incognoscible— habría hecho de estas sectas partidos que se detestaban mutuamente, militando salvajemente los unos contra los otros, porque era entonces, y ahora, temperamento de los europeos batirse salvajemente, desde el momento en que aceptan la lucha. Habría habido sin duda guerras de religión, y una Inquisición que no habría tenido, en cuanto al horror, nada que envidiar a la que realmente existió. Las Américas habrían sido descubiertas y conquistadas, y explotadas. Las carabelas habrían llevado la fe del Profeta vencedor en lugar de la fe de Jesús crucificado, y el estandarte de los califas habría reemplazado al de los reyes muy católicos. Pero la conquista y la explotación y el *proselitismo* habrían sido igualmente despiadados. Los viejos cultos habrían sido rigurosamente abolidos —como lo fueron, veinte siglos antes, el culto de los Baalim y de las diosas-madres, en todas las partes donde los "buenos" reyes judíos extendieron su dominación [1].

---

[1] Los "téocalli" y los "huaca-huasi" habrían sido eliminados. Sobre sus fundaciones habrían surgido mezquitas en vez de catedrales cristianas. Desde el punto de vista de Cuautémoc y de Atahualpa, y de las poblaciones de México y de Perú, esto habría significado la misma cosa: la opción entre la

* * * *

Me parece ver alzarse por doquier la objeción que sin cesar se nos ha hecho desde el comienzo del movimiento, desde los primeros discursos del Führer, desde la primera edición de "Mein Kampf" [2]. Se me citan, textualmente, las palabras que yo tantas veces he recordado, en público y en las reuniones privadas, antes, durante y después de la segunda guerra mundial: "Los partidos políticos tienden al compromiso; las Weltanschaunngen nunca. Los partidos políticos toman en consideración la oposición de los adversarios posibles; las Weltanschaunngen proclaman su propia infalibilidad" [3]. Se me dice: "Si esto no es la glorificación más cínica de la intolerancia, ¿qué es? Y yo recuerdo —¡y cómo no!— la respuesta de todos los enemigos del nacionalsocialismo, los entusiastas de la buena democracia parlamentaria y hasta los más rabiosos comunistas, también defensores teóricos de los "derechos del hombre", dan a la

---

conversión (al Islam o al cristianismo) o la muerte. Es cierto que los judíos de la Antigüedad ni siquiera permitieron esta opción a los adoradores de Baal y de Astarté y que en América del Norte los arios, moralmente judaizados al máximo (dando una importancia enorme al Antiguo Testamento) apenas dejaron dicha opción a los indios que fueron diezmados hasta casi su completa extinción, mediante las bebidas alcohólicas, no permitiéndoles incluso ni el honor de morir con las armas en la mano, por sus dioses. Los españoles —y los portugueses— se preocuparon, aparentemente, de la suerte de las almas inmortales de "todos los hombres". Ellos estaban más cerca de los judíos, discípulos de Jesús, y sobre todo de Pablo de Tarso, que los judíos compañeros de armas de Joshua, hijo de Nunn, o del rey David... o de Jéhu. Esto no impide que ellos fueran, de todas formas, lo que son —o deben ser— según el papa Pío XII, todos los buenos cristianos: "Semitas espirituales", ya que la intolerancia religiosa es un producto judío; el producto judío, por excelencia.

2 En la versión original, Savitri Devi escribe 'Maestro' y 'Libro' al referirse a Adolf Hitler y a su "Mein Kampf".

3 "Mi Lucha"; edic. alemana de 1935, pág. 507.

menor sugerencia de pedir el mismo trato que a todos los "comprometidos" ("engagés"), incluidos los hitlerianos: "No se puede tolerar a los intolerantes".

Pero, ¿somos verdaderamente "intolerantes"? ¿Ha exaltado el Führer, en el pasaje citado o en otros, la intolerancia? Sí, ciertamente. Pero no se trata de la misma intolerancia que la que he intentado describir a lo largo de las páginas precedentes. Se trata de la respuesta a la intolerancia, de la reacción contra la intolerancia, lo que es muy diferente.

En la lejana Antigüedad, antes de que se extendiera por el mundo el virus de la intolerancia judía, nosotros éramos tan tolerantes como racistas, como lo eran todos los indoeuropeos, y todos los pueblos de la Tierra, comprendidos los mismos judíos de antes de la gran reforma mosaica. Yo diría más: nuestro movimiento, con su intransigencia y su agresividad, no habría existido —no habría tenido justificación. Porque este movimiento sólo se explica en una época de decadencia acelerada. Es la reacción suprema, desesperada —la reacción de gentes que no tienen nada que perder dado que cualquiera que sea la suerte de su revolución, su resultado no puede ser peor que lo que ellos ven a su alrededor— contra esa decadencia. Ahora bien, esta decadencia es, como yo he intentado mostrar, inherente a dos actitudes que se complementan entre sí: la superstición del "hombre" y la superstición de la "felicidad". Estas son las dos supersticiones que engendran la intolerancia del tipo que he descrito en el curso de este capítulo —no exactamente la intolerancia "de los judíos" (aunque sí de los profetas judíos), sino la intolerancia de todas las doctrinas que tienen sus raíces en el judaísmo; de la cual se sirven los judíos, después de haberla suscitado entre otros pueblos, para incitar a estos pueblos a luchar, a combatir por los intereses judíos y para servicio de los judíos, incluso sin que estos pueblos sean conscientes de ello. No se puede atacar a la intolerancia más que con la ayuda de *otra* intolerancia, basada sobre otra fe muy distinta, del mismo modo

que no se puede combatir “el terror más que mediante el terror” [1] —un terror ejercido en nombre de una idea muy diferente.

Nosotros combatimos la intolerancia de los devotos del “hombre”, la de los sedientos de “felicidad” —así como también la intolerancia de las filosofías o de las religiones directamente nacidas del judaísmo, En la intolerancia de los racionalistas humanitarios con pretensiones científicas, influenciados por las mismas dos supersticiones. Combatimos dicha intolerancia mediante *nuestra* intolerancia, surgida no, ciertamente, del ingenuo deseo de hacer a todos los hombres felices en este mundo o en otro mundo, sino de la voluntad de conservar pura y fuerte a la *minoría* humana que representa la elite biológica de nuestra raza aria, a fin de que pueda salir de esta elite, un día (sin duda después del final del presente ciclo temporal), una colectividad tan cercana a la idea que tenemos del superhombre —sin taras ni debilidades— como los tigres de la idea del perfecto felino. ¡Poco nos importa que los individuos que compongan esa elite biológica sean “felices” o “desgraciados”! Los fuertes —ellos pertenecen o deben pertenecer a la elite biológica— no pretenden como misión su felicidad personal. Su función consiste en asegurar, generación tras generación, la continuidad de la raza en su belleza y sus virtudes —en su “salud”— a la vez que la continuidad de la fe en sus valores naturales. El desafiar a quienes querrían atraerlos a otras tareas, debe bastar para su “felicidad”. La felicidad tal como la entiende la inmensa mayoría de las gentes de las sociedades “de consumo”, es decir, el confort material, además de las satisfacciones de los sentidos y del “corazón”, es buena para las bestias, privadas de la palabra, es decir de la posibilidad de pensar en sí mismas, y que no se ufanan particularmente de cumplir sus funciones, no tienen adversarios ideológicos a los que hostigar ni “reeducadores” a los que desafiar. Como ya he dicho al comienzo, las bestias tienen *derecho* a este tipo de felicidad. Incluso el hombre de razas inferiores debería desdeñar esta clase

[1] “Mi Lucha”; edic. alemana de 1935, pág. 507.

de felicidad y no buscarla —con más razón debe desdeñarla el ario medio, y sobre todo los fuertes.

Más aún, nuestra intolerancia se manifiesta, como la de los hindúes ortodoxos, sobre el plano de la vida, de la *acción*, no sobre el plano del pensamiento puro, porque nosotros no "creemos" que las proposiciones básicas de nuestra Weltanschuung sean verdaderas: nosotros *lo sabemos*. Las gentes mal informadas que persisten en negar nuestras proposiciones de base —los que, por ejemplo, proclaman a coro y a gritos que "la raza no existe"— nos irritan, sin duda. Pero no sentimos hacia ellos, en el fondo, más hostilidad que hacia los locos que fueran repitiendo que dos y dos son cinco. Nosotros *vemos* que si juntamos dos guijarros a otros dos guijarros, al contarlos en su totalidad, encontraremos siempre cuatro guijarros. Y aunque se trate de otro orden de ideas, del dominio de las ciencias naturales, y no del dominio de la matemática —nosotros vemos también, muy claramente, que entre todas las gentes que se llaman indoeuropeos o arios, hay trazos comunes, bien definidos. Que los locos —o los papagayos que repiten lo que la propaganda antirracista les ha suministrado mediante la televisión— lo nieguen, esto no cambia en nada la realidad de los hechos. Si nosotros estuviéramos en el poder actuaríamos contra estos imbéciles, o estos papagayos, no para "salvarlos" del error, en interés de su alma o por respeto hacia su "razón", sino que les perseguiríamos únicamente para prevenir las repercusiones que sus discursos podrían tener en la sociedad, y en particular entre los jóvenes. Su "razón" es tan poco razonable —¡y es tan poco "suya" propia!— que esa tal "razón" no nos inspira ningún respeto. Y la suerte de su alma, si es que la tienen, no nos interesa. Pero la supervivencia de nuestra raza —todavía tan bella, en todas partes donde permanece apenas casi pura— y las posibilidades de ascensión y de acción que el futuro (un avenir), por amenazador que parezca, pueda, a pesar de todo, todavía reservar a nuestra raza, nos interesa profundamente. Es en

nombre de estas posibilidades de futuro por las que nosotros, si tuviéramos el poder, tomaríamos medidas despiadadas. En una sociedad penetrada durante largo tiempo por nuestro espíritu, en la cual toda declaración antirracista, igualitaria, pacifista, contraria a la divina sabiduría de la naturaleza —toda expresión de la superstición del "hombre"— sería recibida con irresistibles estallidos de risa, como una tosca broma de jarana, o con una indiferencia total, más mortificante todavía, posiblemente nosotros no actuaríamos contra nuestros adversarios, sino que les dejaríamos vomitar toda su borrachera. Ellos no serían peligrosos y además acabarían, rápidamente, cansados.

* * * *

He comparado —aproximado— nuestra "intolerancia" con la de los hindúes ortodoxos, una "intolerancia" muy diferente a la de los cristianos y de los musulmanes. Veamos cuáles son estas diferencias.

Si algún joven brahmán dice a su padre que él siente una cierta devoción particular hacia una determinada expresión, visible o invisible, del Divino, fuera del panteón del hinduismo, sea Jesús, o Apolonius de Tyane, a algún caudillo europeo de nuestra época, en la cual él cree descubrir la marca o señal del Avatar o encarnación divina, el padre, generalmente, no tendrá nada que oponer. El padre propondrá posiblemente a su hijo colocar la imagen de su dios —incluso si se trata de un hombre, todavía viviente— sobre el altar doméstico, al lado de las imágenes de las divinidades tradicionales que ya figuran en dicho altar. Sin duda alguna, el joven brahmán aceptará. Y nadie en la familia tendrá inconveniente alguno que oponer —porque nada cambiará, *en la práctica*, en el ritmo de la vida del hogar [1].

---

[1] La vida cotidiana sería la misma; los ritos diarios tampoco cambiarían; las fiestas serán celebradas del mismo modo. Nada habrá cambiado en este hogar, salvo que habrá una imagen más, entre las numerosas imágenes, en el rincón

Pero si otro hijo del mismo padre brahmán, sin reivindicarse a ningún maestro o jefe, sin adscribirse a ninguna enseñanza, a algún dios extranjero, viene a declarar a su padre que en compañía de gente de baja casta ha comido alimentos prohibidos (la tradición prohibe comer en compañía de gentes de baja casta, dado el valor ritual que tiene dicho acto como manifestación de la vida); o peor aún, si confiesa a su padre que él convive con una mujer que no es de las que la santa tradición permite tomar por esposa, y que además, ha tenido un hijo de ella... Este hijo será, entonces, expulsado de la familia y de la casta; será excomulgado; rechazado al nivel de intocable por todos los hindúes ortodoxos [2].

Esto no ocurre, ciertamente, hoy, en todos los medios hindúes. En las Indias, como en todas partes del mundo, bajo la acción violenta o sutil de las fuerzas de la desintegración, la mentalidad tradicional se pierde. Sin embargo, esta mentalidad tradicional ha resistido, en los medios hindúes ortodoxos, a la influencia del extranjero y a la propaganda de un gobierno penetrado por ideas extranjeras. Esta actitud tradicional que corresponde al espíritu del hinduismo, corresponde también al espíritu indoeuropeo, en incluso, al espíritu antiguo. Esta actitud podría ser expresada en esta frase: "¡Piensa lo que tú quieras! Pero no *hagas* nada que pueda destruir la pureza de tu raza, o su salud,

---

consagrado a los dioses, y... un pensamiento un poco diferente al de otros hindúes dentro de la cabeza de uno de los miembros de la familia. Pero los pensamientos no se ven. Sólo empiezan a ser molestos cuando se traducen en actos chocantes. Hasta entonces son tolerados y el que los sustente, sea en el fondo de su corazón, cristiano, e incluso comunista, es considerado como un hijo más de la casa y de la *casta.*

2 Este hijo será expulsado de la familia y de la casta, excomulgado, cualquiera que pueda ser su devoción hacia las divinidades hindúes; cualquiera que sea la justificación que pueda inventar para relacionar sus actos con algún episodio conocido del pasado hindú. Además, el excomulgado deberá dejar su aldea e irse a vivir dos o tres kilómetros más lejos, entre la aglomeración de los aborígenes (hombres de *raza* inferior) y... entre los descendientes de otros excomulgados.

o que pueda contribuir a hacer despreciar o abandonar las costumbres que son salvaguardia de la raza". Mientras que la sentencia que podría traducir la intolerancia de las religiones surgidas por la tradición judía pero destinadas a los pueblos no judíos, sería poco más o menos así: "Haz lo que tú quieras —o casi. Pero *no pienses* nada que pueda llevarte a poner en duda los "artículos de la fe" —las proposiciones de base— de la *doctrina* cristiana o musulmana, o (en nuestros días) de la doctrina liberal-humanitaria, marxista". *Pensar*, sentir, aunque sea acerca de un tema indemostrable o quizás incognoscible, de otra forma de cómo debe pensar un "fiel", es el peor de los crímenes. Centenas de millares de europeos han sufrido la tortura y finalmente la muerte mediante el fuego en los tiempos en que el Santo Oficio era omnipotente, por haber cometido el "crimen" de "pensar", no por haber *actuado* de cualquier forma que fuera. Es por haber "pensado" por lo que millones de personas han perecido, en Europa y en otros continentes: por haber rechazado el mensaje del cristianismo, del Islam o, más tarde, del marxismo triunfante.

Contrasta con esto la actitud que se afirma en el Punto 24, ya citado, de los célebres "Veinticinco Puntos" del programa del Partido Nacionalsocialista, proclamado en Munich, el 24 de Febrero de 1920: "Nosotros exigimos la libertad de toda confesión religiosa en el Estado, en la medida en que la confesión religiosa no ponga en peligro la existencia del Estado, y no esté en contradicción con el sentido de la honradez y del discernimiento moral de la raza germánica..." [1]. Esto es, evidentemente, una puerta abierta a una cierta forma de intolerancia, pero no a la intolerancia de los asesinos de Hypatia, ni a la de los jueces de Giordano Bruno —o de Galileo. Se trata de la justificación de la única "intolerancia" que el mundo antiguo ha practicado —la intolerancia de las autoridades romanas que perseguían a los

---

1 "Wir fordern die Freiheit aller religiösen Bekenntnisse im Staat, soweit sie nicht dessen Bestand gefärden, oder gegen die Sittlichkeitsund Moralgeführl der germanischen Rasse verstoßen..." ("Das Programm der NSDAP").

primeros cristianos, no como adherentes de alguna "superstición"[2], sino como sediciosos que rechazaban adorar las imágenes del emperador-dios con granos del incienso tradicional; como *enemigos del Estado*. Se trata, en suma, de la condena de toda otra forma de intolerancia, tanto de la intolerancia de los profetas y de los "buenos" reyes judíos del Antiguo Testamento, como de la intolerancia de los padres inquisidores.

* * * *

En todo caso, se plantea una cuestión: la cuestión de la frontera entre las dos intolerancias, o más bien, entre los hechos y gestos hostiles al orden soñado por el legislador, y los "pensamientos", las convicciones profundas, la vinculación a los *valores* en contradicción con las proposiciones básicas sobre las cuales reposa dicho orden. Es cierto que los gestos, a menos que estos gestos sean puramente mecánicos, presuponen pensamientos, convicciones, la aceptación de valores bien definidos. Es igualmente cierto que toda vinculación ardiente de valores acabará tarde o temprano por expresarse por medio de gestos —acabará creando "hechos". Esto ocurrirá desde el momento en que se pueda, es decir desde que la presión de las fuerzas hostiles que hasta entonces han impedido tal expresión, se relaje. En espera de este relajamiento, si toda manifestación pública le está prohibida —si incluso, en tanto que sentimiento, es tenido por "subversivo" y hasta "criminal", por las gentes que están en el poder—, dicha vinculación ardiente a los valores acabará expresándose, de una forma u otra, clandestinamente: mediante la palabra y mediante el gesto, a puerta cerrada, entre "hermanos" (es exactamente así como se expresa, desde 1945, nuestro compromiso con los valores del racismo ario en su forma contemporánea, es decir en el Hitlerismo. Solamente somos

[2] Según los sabios de la época, una superstición ni más ni menos estúpida que tantas otras, entre el pueblo menudo y... las ociosas mujeres de los ricos.

tolerados en la medida en que permanecemos invisibles y el inmenso mundo en medio del cual estamos dispersos, habituado como está a fiarse sólo de los sentidos, nos cree inexistentes. Todo pensamiento clandestino es forzosamente “tolerado” —o más bien ignorado.).

La tolerancia de la expresión del pensamiento o de la fe de otros, en una sociedad basada sobre normas que la misma sociedad parece menospreciar, no se justifica lógicamente más que en dos casos. O bien se considera a este pensamiento o esta fe, por su propio tenor, como susceptible de no tener ninguna influencia sobre la vida *social* del individuo, y aún menos sobre la vida social de sus hermanos de raza o simplemente de sus conciudadanos; o bien se admite su nocividad —su carácter subversivo, su peligro *potencial* sobre el plano práctico— pero no se admite su peligrosidad *real*, sea porque no se estima a sus representantes lo bastante como para juzgarles capaces de una lucha sostenida, sea porque no se cree en la eficacia del pensamiento y de la fe, incluso expresados, si la acción a la que llaman es imposible durante demasiado tiempo.

El hindú que no pone objeciones a que uno de sus hijos adore a Jesús, antes que a las encarnaciones divinas conocidas y veneradas por sus padres, sólo tiene en consideración una función de la religión: la función que consiste en conducir al fiel a la experiencia vivida de “Dios”; a la realización del ser universal en el trasfondo de sí mismo. Él presupone que su hijo, tendiendo a esta experiencia suprema (la de todos los iniciados) a través de su devoción hacia el Cristo, no romperá ninguno de los lazos que le unen a la *sociedad* brahmánica. Él habría sido menos tolerante si él hubiera supuesto, por ejemplo, que su hijo no tendría el mismo respeto hacia las leyes tradicionales concernientes a la alimentación y al matrimonio; si él hubiera creído a su hijo capaz, además, de comer carne (sobre todo carne de ganado bovino) o capaz de procrear niños fuera de su casta, y esto porque su nueva fe le hubiera dado una mentalidad nueva.

Se rechaza la entrada de un europeo en un templo hindú, no a causa de su metafísica, considerada falsa, aún menos a causa de su raza, si se trata de un ario, sino a causa de los hábitos culinarios que se le atribuye (a veces equivocadamente; pero ningún reglamento tiene en cuenta la excepción. A mí misma, a pesar de que desde hacía largo tiempo la sociedad hindú en general me había aceptado, me fue rehusada la entrada en uno de los templos de Srineri— la patria de Sankaracharya, en la India del Sudoeste— bajo el pretexto de que yo había sido, antes de abrazar el hinduismo, una “comedora de buey”. Cuando, con vehemencia, protesté contra esta acusación, recordando que yo había sido siempre vegetariana, tanto antes como después de mi venida a las Indias, el sacerdote me respondió que “mis padres, sin duda” no lo habían sido y continuó teniéndome alejada del umbral. Debo declarar, para ser justa, que se me ha admitido en casi todos los otros templos de las Indias, incluido el templo de Pandharpur, en país mahratta).

La “intolerancia” hindú es, como la nuestra, esencialmente *defensiva*, y por tanto se manifiesta —y no puede por menos que manifestarse— frente a toda idea o creencia, o actitud metafísica o moral, considerada como *tendente a socavar el orden social tradicional*. Pero nunca esta “intolerancia” se ejercerá con relación a un orden tradicional *diferente*, con vistas a cambiarlo mediante la fuerza o incluso mediante la persuasión. Se trata aquí, lo repito —y no me cansaría de repetirlo— de la “intolerancia” de todos los pueblos de la Antigüedad, excepto de los judíos. Los jueces que condenaron a Sócrates a beber la cicuta porque él “no creía en los dioses en los que creía la ciudad” jamás habrían pretendido imponer los dioses de Atenas a un egipcio o a un persa. Si ellos hubieran podido saber en qué sentido iban a evolucionar las ideas e iba a desarrollarse la historia, el proselitismo cristiano (o musulmán), las Cruzadas, la Santa Inquisición, la supresión de las religiones indígenas de América, les habría parecido todo esto tan monstruoso como a nosotros,

los “intolerantes” tan detestados hoy. Y nosotros que estaríamos dispuestos a utilizar la máxima violencia contra todas las gentes que, por naturaleza o por elección, se opusieran al resurgimiento de un orden social y político basado en los valores raciales arios y entre los *pueblos arios*, consideraríamos absurda toda veleidad de predicar nuestros valores a los negros o, de manera general, a los pueblos de sangre distinta a la nuestra. Incluso entre los europeos, distinguimos entre “el Norte” y “el Sur” —el elemento germánico y el elemento mediterráneo (aunque si ya en la Antigüedad, este elemento mediterráneo estaba bastante mezclado con la sangre de los conquistadores nórdicos, después de toda conquista se da un retorno gradual a la raza de los pueblos conquistados, cuando un “sistema de castas” o, al menos, una legislación concerniente al matrimonio, no garantiza la supervivencia de los conquistadores).

Si en lugar de los españoles y portugueses, hubieran conquistado las Américas arios con nuestra mentalidad, éstos habrían dejado intactos los templos y el culto de los dioses indígenas. Es más, viendo, desde el primer momento, que se les tomaba como dioses, se hubieran dejado adorar... tratando, por todos los medios, de permanecer dignos de tal consideración. Y habrían castigado, con severidad ejemplar, toda intimidad entre sus propios soldados y las mujeres del país, o al menos, habrían impedido el nacimiento de hijos de uniones mixtas, preservando así la pureza de cada una de las *dos* razas.

CAPÍTULO IV

EL DESPRECIO DEL HOMBRE MEDIANO

“Et la honte d’être aussi lui poignant l’âme”
Leconte de Lisle, (“L’Holocauste”; Poèmes Tragiques)

"**E**sta lógica espantosa", me decía, el 9 de Octubre de 1948, M. Rudolf Grassot, Asistente-Jefe del Bureau d’Information del ocupante francés en Baden-Baden, refiriéndose a *nuestra* consistencia intelectual... sin dudar, claro está, ni un instante, “a quién” él hablaba. He retenido estas palabras, que nos halagan, entre un cierto número de otros homenajes —siempre involuntarios— del adversario, en Europa o en otras partes.

Hay pocas cosas que me choquen tanto, a mí, como la ausencia de lógica de esos mamíferos que hacen profesión de “pensar” y que, incluso no cesan de subrayar la superioridad que este “pensar” les hace suponer que tienen sobre los seres vivientes que ellos creen desprovistos de tal “pensar”. Esta falta de lógica me choca, porque representa una carencia de acuerdo entre el pensamiento y la vida de un mismo individuo, hasta entre dos o varios aspectos de su pensamiento mismo; porque representa y es una contradicción interna, negación de armonía, por tanto debilidad y fealdad. Y cuanto más alta es la posición que ocupa, la persona carente de lógica, en la jerarquía convencional de los “intelectuales”, es decir los letrados provistos, preferentemente de diplomas universitarios, o los técnicos egresados de alguna escuela especial, más esta carencia de capacidad discursiva me choca. Pero esta carencia me es ya insoportable entre quienquiera que se proclame a la vez hitleriano y adherente a alguna doctrina religiosa o filosófica visiblemente incompatible con el Hitlerismo.

¿Por qué me parece insoportable esta contradicción? Porque, por ejemplo, las gentes —millones de hombres— que mientras dicen “amar a las bestias” y afirman no ser esclavas de ningún hábito o costumbre, por otra parte, comen carne “para no singularizarse” (para no llamar la atención), me parecen menos irritantes (más comprensibles) que las decenas de miles de personas que se dicen a la vez hitlerianas y cristianas. ¿Son los primeros [1] menos ilógicos que los “hitlerianos cristianos”? Ciertamente no. Pero ellos forman una mayoría de la que sé por adelantado que miente, que es floja o débil, cobarde; una mayoría a la que, a pesar de algunos individuos interesantes que contiene, desprecio desde mi lejana infancia, y de la que no espero nada. En cambio, los segundos son mis hermanos en la fe, o los que yo he creído tales, hasta ahora. Forman una elite que yo he llamado y exaltado porque esta elite lleva, hoy como ayer, el mismo signo que yo —la eterna cruz gamada— y reivindica al mismo maestro; una elite, de la que yo esperaba, como algo que es evidentemente lógico, un acuerdo perfecto del pensamiento consigo mismo y con la vida, esa lógica absoluta que uno de nuestros enemigos, sin conocerme, calificaba ante mí, de “espantosa”, el 9 de Octubre de 1948, cuarenta y un años después del nacimiento de Horst Wessel.

Ser ilógico es o tontería o mala fe, o compromiso —tontería, deshonestidad, o debilidad. Ahora bien, un hitleriano no puede, por definición, ser tonto, deshonesto o débil. Quienquiera que esté afligido por una de estas tres descalificaciones, no puede contarse entre la minoría militante, dura y pura, dedicada en cuerpo y alma a la lucha por la supervivencia y el reinado de los mejores —nuestra lucha. Desgraciadamente, ha hecho falta —y la seguirá habiendo todavía durante largo tiempo, si queremos actuar sobre el plano material— aceptar si no su alineamiento, su fidelidad jurada, al menos sí los servicios de una masa de gentes

[1] Realmente, quien come carne, no ama lo suficiente a los animales. Por otra parte, basta ser consecuente para reconocerlos así.

que, desde fuera parecen hitlerianos, pero que de hecho no lo son ni pueden serlo, precisamente a causa de la ausencia de consistencia inherente a su psicología. ¿Qué hacer? Ellos eran y son —y lo serán largo tiempo aún— el número y... el dinero, del cual ningún movimiento que tenga un programa de acción puede prescindir completamente. Es necesario *utilizarlos...* sin poner demasiada confianza en ellos. No es necesario discutir con ellos; porque si son tontos, no sirve de nada; si tienen mala fe, razón de más. Y si ellos son débiles... la revelación de su inconsistencia puede tener sobre ellos un efecto todo lo contrario del que se habría deseado.

Desde que Hermann Rauschning se dio cuenta de que él no podía ser al mismo tiempo hitleriano y cristiano, eligió el cristianismo, y escribió un libro virulento [1], que el enemigo se apresuró a traducir a varios idiomas. Si él no hubiera advertido tal dilema, hubiera continuado, como tantos otros valientes cristianos, prodigando todos los servicios que hubiera podido, a la causa de Alemania, y por ende, a la causa aria. Rauschning era de ese tipo de hombre mediano que habría sido mejor dejar "dormir".

Tantos hombres "adormecidos" —consecuencia lógica de su inconsistencia— son, en el plano práctico, más *útiles* que nosotros, pequeño núcleo de militantes no comprometidos más que con el Hitlerismo.

Es su carta del 26 de Junio de 1966, G. L. Rockwell, el jefe del Partido Nacionalsocialista norteamericano [2], quien estaba destinado, catorce meses más tarde, a caer bajo las balas de un asesino, me escribía, entre otras cosas: "Un examen de nuestros ingresos económicos muestra el hecho indiscutible de que la mayor parte de nuestro dinero nos llega de piadosos cristianos. Las personas como usted no pueden enviarnos ni un céntimo —y

---

1 "Hitler m'a dit" ("Hitler me dijo")

2 El A.N.P., poco después llamado National Socialist White People's Party (NSWPP).

tendrían incluso, aparentemente, necesidad de ayuda financiera...” Y añade luego: “En una palabra, sin municiones, incluso el más grande estratega del mundo perdería una guerra. Y si las gentes que detentan el monopolio de las municiones exigen que yo recite, cada mañana, tres veces la palabra ‘abracadabra’, a fin de obtener de ellos las suficientes armas para aniquilar al enemigo, no tres veces, sino nueve veces yo diría ‘abracadabra’, aunque esto sean estupideces, mentiras o no importa qué cosa. Una vez que estemos en el poder, nuestra posición será enteramente diferente. En todo caso, yo tengo que decir que, incluso estando ya en el poder, el Maestro mismo no se dejó llevar más allá de una cierta medida, en la dirección que usted indica. Él estaba de acuerdo con usted, y con todos los verdaderos nacionalsocialistas incondicionales. De esto no cabe la menor duda, pero él era también un realista —y un realista que supo imponerse y ¡de qué manera!”.

George Lincoln Rockwell respondía así a mi carta del 26 de Abril de 1966, en la cual yo expresaba francamente la decepción que experimenté al leer algunos números del Bulletin mensual del Partido Nacionalsocialista norteamericano (en uno de estos boletines se ostentaban, en tres rectángulos, tres símbolos con su correspondiente explicación: una cruz cristiana, “nuestra fe” (!), una bandera de Estados Unidos, “nuestra patria”, y una cruz gamada, “nuestra raza”). Rockwell respondía a mis críticas, a mi intransigencia doctrinal, a mi exigencia de *lógica*. Y desde el punto de vista práctico, *él tenía cien veces razón*. La persona que dona cien dólares al NSWPP es más útil, ciertamente, que la persona que escribe cien líneas no de “propaganda” (adaptada a las preocupaciones inmediatas y a los gustos de la mayoría de la gente, en un momento dado), sino de *verdades*, es decir de proposiciones cuyo valor intrínseco será el mismo dentro de diez mil años, y dentro de diez mil veces diez mil años, y siempre, y que son verdades que justifican nuestro combate de ayer, de hoy y de mañana.

Pero hay más: el hombre y la mujer de buena sangre aria que, como tantos de nuestros hermanos de raza, detestan ardientemente al Führer y a nosotros mismos, pero que engendran un niño destinado a ser, un día, uno de los nuestros, son también más útiles que el individuo que da su apoyo financiero a nuestros militantes. Los padres de Goebbels, que no tenían ninguna simpatía por el movimiento hitleriano, han hecho por el Hitlerismo, sencillamente teniendo ese hijo, mucho más que los magnates de la industria pesada alemana que financiaron las campañas electorales de los nacionalsocialistas desde 1926 a 1933. En efecto, cada uno es útil a su manera. Hay dos servicios de naturaleza tan diferente que no deben compararse entre sí. Cada uno tiene su valor. Esto no obsta para que me ufane en releer la frase que Rockwell me escribía poco más de un año antes de su trágica muerte [1]: "El Maestro —el Führer— estaba de acuerdo con usted, como con todos los verdaderos nacionalsocialistas sin compromiso. De esto no cabe la menor

[1] El 25 de Agosto de 1967, hacia las 10 horas (GMT), George Lincoln Rockwell fue asesinado por un francotirador agazapado en un tejado del bulevar Wilson, centro comercial de Arlington (Virginia). Rockwell fue tiroteado, a traición, mientras aparcaba su automóvil en las cercanías de su "cuartel general". Los proyectiles —de fusil— le penetraron por la sien y en el corazón. Tenía 49 años.

G.L.Rockwell, tras asistir a la Universidad de Brown, se alistó en la Marina y durante la guerra del Pacífico fue piloto de caza en el portaaviones Wasp. También destacó en la guerra de Corea, siendo licenciado con el grado de comandante, como consecuencia de tomar parte en "demasiadas actividades civiles". En 1959 fundó el A.N.P.

El día 30 de Agosto de 1967 el cadáver de Rockwell fue incinerado por sus camaradas. No fue posible enterrarlo en un cementerio militar, a donde había sido transportado, debido a que por orden del Pentágono, el general Carl C. Turner, al mando de una escuedrilla de helicópteros con tropas, lo impidió dispersando a la comitiva fúnebre compuesta por militantes del A.N.P. "No se permitirá la entrada a nadie con insignias o uniformes nazis". Otra orden posterior, directamente del Pentágono, negó al cadáver de Rockwell un lugar en el cementerio militar (reseña de prensa. N. del T.).

duda". Rockwell añadía, es verdad, que Hitler era "también un realista" —un hombre que sabe actuar con vistas a un éxito inmediato— mientras que yo, su discípulo, no lo soy. Pero tampoco soy un jefe. Y ¿acaso el Führer mismo, a veces, al tomar ciertas decisiones más trascendentales y llenas de consecuencias, no colocó la "effroyable logique" de nuestra Weltanschuung por encima de su éxito material inmediato? ¿Hizo otra cosa si no, por ejemplo, al atacar el 22 de Junio de 1941 a Rusia, ciudadela del marxismo, o incluso rechazando el 11 de Noviembre de 1940 las proposiciones de Molotov? (Por exorbitantes que hubieran sido las exigencias de Molotov, aceptarlas parece que hubiera sido menos trágico que el riesgo de la guerra en dos frentes.)

* * *

Cuando más riguroso es un pensamiento, impecable desde el punto de vista puramente *lógico*, más falsa es su conclusión, si el juicio de base del que parte ese pensamiento —el que expresa la premisa mayor, en el caso de un silogismo simple— es falso. Está claro. Si yo declaro que "Todos los hombres son santos" y hago notar a continuación que el marqués de Sade y todos los perversos sexuales conocidos y desconocidos, y todos los torturadores de animales o de niños "eran o son hombres", estoy forzada a concluir que todos estos seres "eran o son santos", aserción cuya absurdidad salta a los ojos. Una lógica perfecta no conduce a un juicio verdadero más que si es aplicada a partir de premisas verdaderas. Los adjetivos mediante los cuales se califica un tal rigor en el encadenamiento de los juicios, dependen de la actitud que se tiene respecto a los juicios de que se parte. Si se aceptan estos juicios de base, se hablará de una lógica irreprochable, o admirable. Si estos juicios de base son rechazados con vehemencia —como M. Grassot rechazaba las proposiciones de base del racismo ario, dicho de otra manera, del Hitlerismo— se hablará de "lógique effroyable". Esto no tiene

ninguna importancia, pues los juicios permanecen verdaderos o falsos, independientemente de la acogida, siempre subjetiva, que se les haga.

Ahora bien, ¿qué es un juicio verdadero?

Todo juicio expresa una *relación* entre dos estados de hecho, entre dos posibilidades, o entre un estado de hecho (todos los estados psicológicos tienen esta categoría) y una posibilidad. Si yo digo, por ejemplo, "Hace buen tiempo", establezco una relación entre todo un conjunto de sensaciones que yo experimento y la presencia del sol en el cielo visible. Si yo digo: "La suma de los ángulos de un triángulo es igual a dos rectos", yo establezco que si un polígono tiene las características que, matemáticamente, definen al triángulo, la suma de sus ángulos será, y sólo será, igual a dos ángulos rectos; porque hay una relación necesaria entre la definición misma del "triángulo" y la propiedad a la cual yo he hecho alusión. Si yo digo: "Vale más perder la vida que el honor", yo establezco una relación —no menos necesaria en principio— entre mi psicología y toda posición *posible*, en la cual tuviera que elegir entre vivir sin honor o bien morir salvando el honor.

El juicio es verdadero si la relación que expresa existe. Es falso en el caso contrario. Esto está claro en el caso de juicios —llamados "categóricos"— que establecen una relación entre dos hechos. Si yo digo en pleno día que "Es de noche", es bien cierto que no existe conexión entre lo que mis sentidos perciben y lo que yo digo; el juicio es pues falso en el sitio y hora donde es emitido. Si yo digo: "la suma de los ángulos de un triángulo es igual a cinco ángulos rectos", yo digo una absurdidad, porque la relación que yo establezco aquí entre la definición del triángulo y una propiedad que yo le atribuyo, no existe; porque la afirmación de la propiedad contradice el juicio que define el triángulo (incluso en un espacio no euclidiano de curvatura positiva, en el cual la suma de los ángulos de un triángulo "sobrepasa" dos ángulos rectos, esta suma no sería "cinco rectos").

En el caso de juicios categóricos, que expresan una relación entre dos hechos, como en el caso de estos juicios hipotéticos perfectos que son todos los teoremas de la matemática, la “verdad” o la “falsedad” se ponen muy bien en evidencia. Es cierto que nadie aceptará lo que yo digo, si declaro en pleno día que “Es de noche” —porque todo ojo sano es sensible a la luz. En cuanto a los teoremas matemáticos, se demuestran todos, a condición de que se acepten, en el caso de que se trate de teoremas de geometría, los postulados que definen el espacio particular que concierne a dichos teoremas.

Los únicos juicios a propósito de los cuales las gentes disputan —hasta llegar a hacerse la guerra a causa de estos juicios— son los juicios de *valor*; los juicios que suponen, en quienquiera que los emita, *una jerarquía de preferencias*. En efecto, es siempre en nombre de una tal jerarquía de valores por lo que se escoge una relación entre un hecho (o un estado del alma) y una “posibilidad” (futura, o bien... concebida retrospectivamente, como lo que *habría podido ser*). Los hechos pueden dar lugar a discusiones animadas, sin duda, pero desprovistas de pasión, y sobre todo de odio. Solamente surge la querella con los adversarios, y si se está en el poder, se actúa contra los enemigos, cuando se considere que los “hechos”, que son objeto de la discusión, están directa o indirectamente ligados a los *valores* que más se estima. La Iglesia sólo fue hostil contra quienes sostenían que nuestra Tierra era redonda y que no es el centro del sistema solar, en tanto que creyó ver en estos hechos —en el caso de que estos hechos fueran probados, y pues, universalmente aceptados— la negación no solamente de la letra de las Escrituras, sino sobre todo, la negación del antropocentrismo cristiano. Los hechos biológicos que sirven de base a todo racismo inteligente son negados por organismos tales como la UNESCO, que presumen de “cultura”, porque ven, en la aceptación de los hechos biológicos en una vasta escala, la

“amenaza” de un resurgimiento del racismo ario que ellos detestan.

* * *

¿**E**xiste *objetividad* en el dominio de los valores? A esta pregunta, respondo *sí.* Hay algo independiente del “gusto” de cada crítico de arte, que hace que una obra de arte de la pintura, de la escultura o de la poesía sea una obra de arte para todos los tiempos. Hay, detrás de toda creación perfecta —y no solamente en el dominio del arte propiamente dicho— correspondencias secretas, toda una red de “proporciones” que “recuerdan” por sí mismas equivalencias cósmicas desconocidas, pero presentidas. Estos son los elementos que unen la obra perfecta *a lo eterno* —en otras palabras, estos son los elementos que confieren a la obra su valor *objetivo*.

Por el contrario, así como existe una objetividad en el dominio de los valores, no hay escala universal en las preferencias. Incluso si se puede penetrar el misterio de la estructura de las creaciones eternas, que son humanas sólo de nombre —porque el autor se desvanece ante la Fuerza (los antiguos habrían dicho: “el dios”), que le ha poseído por un momento, el autor ha actuado a través de esa Fuerza y mediante dicha Fuerza; si se pudiera, digo yo, explicar en frases claras como las de los matemáticos, por qué tales creaciones son eternas, nunca se podría obligar a todo el mundo a preferir lo eterno en vez de lo temporal; no se podría forzar a nadie a encontrar una obra que refleja algo de la armonía del cosmos, más agradable, más satisfaciente que otra obra que nada refleja de la armonía cósmica. Existe un buen y un mal gusto. Hay conciencias morales que se aproximan más o menos a la conciencia moral que tendría un hombre cuya escala de valores fuera *objetiva*. Pero no existe conciencia universal ni gusto universal. No existe ni podría existir, por la simple razón de que las aspiraciones de los hombres son

diferentes, una vez sobrepasado el nivel de las necesidades más elementales (e incluso estas necesidades son más o menos imperiosas, según los individuos. Hay gentes que encuentran la vida soportable, hasta bella, sin confort, sin placeres o afectos, y en cambio, a otras personas su falta les haría francamente desgraciadas.).

Quien dice aspiraciones diferentes, dice preferencias diferentes, dice reacciones diferentes, frente a los mismos eventos, decisiones diferentes frente a dilemas idénticos y por tanto, organización diferente de vidas que, sin esto, habrían podido parecerse.

No olvides nunca la diversidad de los hombres, ya en el seno de una misma raza, y con mayor razón si se pasa de una raza a otra. ¿Cómo seres tan diferentes unos de otros podrían tener "los mismos derechos y los mismos deberes"?

No hay ni deber universal ni conciencia universal. Pero, si se quiere absolutamente encontrar una fórmula que sea verdadera para todos, haría falta decir que el deber de todo hombre —más bien: de todo ser viviente— es el deber ser hasta el final, en sus manifestaciones visibles o secretas, lo que se es en la naturaleza profunda; el deber de nunca jamás traicionarse a sí mismo.

Pero las naturalezas profundas difieren. De aquí, a pesar de todo, la diversidad de los deberes, como la diversidad de los derechos, y el conflicto inevitable, en el plano de los hechos, entre los que tienen deberes opuestos. El Bhagawad-Gîta lo dice: "Dedícate a cumplir tu propio deber (svadharma). El deber de otro comporta (para ti) muchos peligros".

¿Qué es lo que en la práctica decidirá la resolución del conflicto entre gentes cuyos deberes son opuestos? La *fuerza*. No veo otra solución más que la fuerza. Si la fuerza me falta, yo estoy obligado a soportar la presencia, en el mundo, de instituciones que considero como criminales, de acuerdo con mi escala de valores. Las puedo odiar. Pero no las puedo suprimir de un plumazo, como haría si tuviera el poder para ello. E incluso los

que tienen el poder no lo pueden hacer —en la medida en que ellos tienen necesidad de la colaboración de ciertos hombres, si no de una mayoría, precisamente para mantenerse en la posición que ellos han conquistado. Después te hablaré de la fuerza, condición de todo cambio visible y brusco, es decir de toda revolución victoriosa en el plano material. Te diré, en primer lugar, algunas palabras de los padres de la "conciencia universal" y de la idea que deriva de esta "conciencia universal": la idea de un "deber" que sería el mismo para todos. Sólo recordaré los nombres de algunos de entre esos padres de la "conciencia universal" que, en otros campos de la moral, se distinguen por alguna preeminencia: por la firmeza de su pensamiento o por la belleza de su prosa.

En primer lugar está Emmanuel Kant, al que hay que conocer en grado sumo por haber trazado la línea de demarcación entre el conocimiento científico y la especulación metafísica; entre lo que se sabe, o que se puede saber, y de lo que sólo se puede hablar arbitrariamente, cuando no se sabe nada de ello porque la visión directa que se tiene es incomunicable. Toda la parte de la obra de Kant que ha trazado la subordinación del pensamiento a las categorías de espacio y de tiempo, en la imposibilidad en que estamos de sobrepasar mediante nuestra inteligencia conceptual, la esfera de los "fenómenos", es de una solidez ejemplar. Las recetas de Kant para ayudar a todo hombre a descubrir "el deber", que él cree es el mismo para todos, son menos dignas de crédito precisamente porque esas recetas no resultan de lo que según las propias deducciones de Kant, hace la esencia del espíritu científico.

Estamos aquí en el dominio de los *valores* —no en el campo de los "hechos"; no en el campo de los "fenómenos", El único "hecho" que se podría observar en esta conexión, no es otro que la diversidad de las escalas de valores. Y Kant no tiene ninguno en cuenta. Él cree basar su noción de "deber" sobre la noción de "razón". Y como la razón es "universal", las leyes del

pensamiento discursivo lo son —dos y dos son cuatro tanto para el último de los negros como para uno de nosotros—, parece pues, que el deber también sea universal. Kant no se apercibe, tanto le parecen indiscutibles sus propios valores, de que no es "la razón", sino su austera educación cristiana —pietista, para ser más preciso— lo que le ha dictado sus propios valores; Kant no se apercibe de que sus valores no son resultado de su capacidad de obtener conclusiones de premisas dadas —capacidad que él comparte en efecto con todos los hombres sanos de espíritu, y quizás con los animales superiores— sino que sus valores son resultado de la sumisión espontánea a la influencia del medio moral, en el cual él ha sido educado. Kant olvida —¡y cuántos lo han olvidado antes y después de él, y lo olvidan todavía!— que *la razón es impotente para establecer los fines; es incapaz* de establecer órdenes de preferencias; que, en el domino de los valores, el papel de la razón se limita a poner a la luz el lazo lógico —o práctico— entre un fin dado, y los medios que conducen a su realización.

La razón puede indicar a un individuo cuál será su "deber" en una circunstancia precisa, "si", por ejemplo, él ama a todos los hombres, o mejor aún, a todos los seres vivientes. La razón puede sugerirle lo que él debe hacer, o no hacer, si quiere contribuir a "la paz en el mundo". La razón no puede forzarle a querer la paz. Y en el caso en el que él no quisiera la paz en el mundo, o la juzgase desmoralizante o simplemente enojosa, la razón le sugeriría, con igual lógica, una toma de posición y de acción totalmente diferentes —lo mismo que la razón dirigiría al misántropo inteligente, y pues lúcido, hacia una acción muy distinta que la acción que ordenaría al filántropo. La razón ordenaría siempre a cada uno de los que reflexionan, la acción que corresponde a la promoción de lo que él ama verdaderamente, de lo que él quiere profundamente. ¿Cómo podría la razón inspirar deberes idénticos en cuanto a contenido, a individuos que aman ideales diferentes, hasta incompatibles, y

que quieren cada uno la revolución que su ideal implica? O, a individuos que no aman más que a personas y a otros individuos que sólo aman las ideas. "Actúa siempre", dice Kant, "como si el principio de tu acción pudiera ser erigido en ley universal". ¿Cómo aplicar esta "regla" *a la vez* a la conducta del que, no amando más que a su familia y a sus amigos, lejos de sacrificarlos a cualquiera idea que sea, sentirá que es "su deber" protegerlos a toda costa, y a la conducta del militante que, no amando más que a una causa que le sobrepasa, considera que sería "su deber", llegado el caso, sacrificarse a sí mismo, o a sus recientes colaboradores ante la causa (si ellos se debilitaran en el plano de la ortodoxia y se convirtieran en peligrosos), y *a fortiori*, a su familia, extraña a la santa ideología, desde el momento en que él viera a uno de sus miembros, cualquiera que fuese, pactar con las fuerzas hostiles?

¿Y qué decir de la regla: "Actúa siempre de suerte que tomes a la persona humana como fin, nunca como medio"? —en otros términos: "No te sirvas jamás de un hombre". ¿Y por qué no? —sobre todo si, sirviéndome de él, trabajo en interés de una causa que le sobrepasa con mucho, por ejemplo, si actúo a favor de la causa de la vida, o de la elite humana (caso particular de la elite de cada especie viviente) o simplemente de la causa de un pueblo particular, si este pueblo tiene una misión histórica más que humana. El hombre explota sin escrúpulos al animal y al árbol, a favor de lo que él cree ser su interés. Y a esto Kant aparentemente no tiene nada que responder. ¿Por qué no explotar al hombre —a la "persona humana" de cuyo pretendido "valor" se martillea más que nunca nuestros oídos, desde hace un cuarto de siglo— en interés de la vida misma? ¿Qué nos lo impide, si no tenemos —como Emmanuel Kant y tantos otros, como la mayor parte de las gentes nacidas y educadas en el seno de una civilización cristiana (o islámica, o judía, o simplemente "laica")— una escala de valores centrada alrededor del sacrosanto mamífero de dos patas?

En lo que a mí respecta, si yo amara a “todos los hombres”, yo no me serviría de ninguno de ellos; yo no tomaría a ninguno de ellos “como medio” con vistas a un fin que no sea él. No se explota lo que se ama verdaderamente. Es una ley psicológica. Pero ninguna “razón” me puede forzar a “amar a todos los hombres” —como tampoco puede forzar la razón a la mayor parte de los hombres a amar a todas las bestias. La “razón” de Kant le ordenaba no explotar a ningún ser humano, no como una orden universal, sino porque él amaba a todos los hombres, como buen cristiano que era. Yo que no los amo a todos, siento que ese “deber” no me concierne. No es *mi* deber. Rechazo someterme. Si alguien que encuentra totalmente natural la explotación del animal y del árbol —¡y qué explotación!— tiene la impudicia de venir a predicarme (a predicarnos) el “respeto a la persona humana”, yo, bruscamente, le invitaré a que se ocupe de sus asuntos.

* * *

Pero Kant —tan independiente y tan fuerte en el dominio de la crítica del conocimiento— tenía en cuanto a la moral, al margen de la enseñanza cristiana de su familia, un maestro del pensamiento: Jean-Jacques Rousseau, cuya influencia continuaba dejándose sentir, en esta época, en toda Europa.

Difícilmente pueden imaginarse dos hombres más diferentes uno del otro que Rousseau, el perpetuo errante, de vida un poco desordenada —cuanto menos— y el meticuloso Herr Professor Emmanuel Kant, cuyos días y años eran todos parecidos, sucediéndose según un horario riguroso, en el que no había el menor lugar para lo imprevisto o lo caprichoso. Jean-Jacques Rousseau no deja, en sus obras, en ninguna ocasión, de exaltar “la raison”... así como “la vertu”. Pero Rousseau no parece tener otra regla de conducta que no sea su fantasía, o sus impulsos, con el resultado de que la historia de su vida da una

impresión de inconsciencia, para no decir de desequilibrio. Poeta más que pensador, él ha soñado más que vivido su existencia y sobre todo no la ha vivido de acuerdo a principios fijos. El amor que profesa —sobre el papel— hacia los niños, no le impide enviar a sus cinco hijos, uno tras otro, a la Asistencia Pública (al orfanato), bajo el pretexto de que la mujer que se los ha dado Thérèse Levasseur, habría sido incapaz de educarlos en el espíritu que él habría deseado. El abandono de sus cinco hijos no le impidió escribir un libro sobre la educación de los niños, y —lo que es peor— no ha impedido al público lector tomarle en serio. Se le tomó en serio porque, aunque creyéndose a sí mismo muy original, él reflejaba las tendencias profundas de su época, sobre todo la rebelión del individuo contra la Tradición, en nombre de "la raison". No es sorprendente que los espíritus enemigos de las autoridades tradicionalmente visibles, es decir de los reyes y del clero, hayan elegido a "la raison" con entusiasmo, como guía, y hayan puesto bajo su signo a la revolución francesa, que ellos originaron. Parece, a primera vista, menos natural que Kant haya sufrido tan fuertemente su influencia.

Pero Kant era un hombre de su tiempo, a saber de una época en que Rousseau había seducido a la intelligenzia europea, en parte mediante su prosa poética y sus paradojas, en parte por ciertos tópicos, tan reiterativos en su obra: las palabras-clichés que han dado un poco de imaginación a Kant y la ocasión de todo el vuelo que esa imaginación era capaz de tener; estas son las palabras-clichés que han dado al filósofo Kant la forma de su moral. El contenido de esta moral [1] viene dada por el viejo fondo de la elite cristiana, centrada sobre el dogma de la "dignidad" del hombre —único ser creado "a imagen de Dios"— y sobre el respeto a este ser privilegiado. En otras palabras, con una meticulosa honestidad, y una aplicación y perseverancia prusianas,

[1] Como asimismo, de la moral de Rousseau, de todos los "filósofos" del siglo dieciocho, e incluso de la de Descartes, verdadero padre espiritual de la Revolución Francesa.

Kant se esfuerza en erigir como sistema la moral europea corriente, la moral humanitaria y ante todo cristiana, que Rousseau había glorificado en efusiones sentimentales —esa moral que Nietzsche debía después, un día, tener el honor de demoler mediante su pluma, y que nosotros estábamos más tarde destinados a negar, mediante la acción.

* * *

Sin duda todos los hombres tienen algo en común, la posición vertical y el lenguaje articulado, que no poseen las otras especies vivientes. Toda especie está caracterizada por alguna cosa que poseen en común todos los miembros que forman cada especie y de la que están privados los sujetos de otras especies. La flexibilidad y el ronroneo de los felinos son rasgos que no puede reivindicar ninguna otra especie. Nosotros no ponemos en duda que todas las razas humanas tienen, en cuanto son humanas, ciertos rasgos comunes. Lo que nosotros afirmamos es, por una parte, que no hay por qué dar más importancia a estos rasgos comunes entre los seres humanos que a los rasgos comunes entre todos los seres vivientes, comprendidos los vegetales; y, por otra parte, afirmamos que los rasgos comunes entre los seres humanos no son más dignos de merecer nuestra atención que las enormes diferencias que existen entre las razas humanas y, frecuentemente, entre individuos humanos de la misma raza.

Según nuestro criterio, un negro o un judío, o un levantino sin raza bien definida, no tiene ni los mismos deberes ni los mismos derechos que un ario puro. Ellos son diferentes; pertenecen a mundos que, cualesquiera que pudieran ser los puntos de contacto a escala material, permanecen extraños entre sí. Ellos son diferentes por naturaleza; biológicamente distintos. La adquisición (por parte de negro, del judío y del ario) de una “cultura común” no podría aproximarlos nada más que superficial y artificialmente, porque la “cultura” no es nada en sí,

si no está enraizada en la naturaleza. Nuestro punto de vista no es nuevo. Ya las “Leyes de Manú” asignaban al brahmán y al sudra —y a las gentes de cada casta— deberes y derechos diferentes... y penalidades muy diferentes a los asesinatos eventuales de miembros de castas diferentes. Ahora bien, la casta está (sobre todo en la India antigua) ligada a la raza. “Casta” es varna, que quiere decir “color”, y también jat: raza. En Europa, donde los contrastes entre las razas nunca han sido tan extremos, y en época más cercana a nosotros en el tiempo, la legislación de los francos merovingios como la de los ostrogodos de Italia, y como la de los demás germanos establecidos en países conquistados, preveía para el asesinato un hombre de raza nórdica —de un germano— penas sin común medida con las penas en que incurría el asesino de un galo-romano o de un italiano, sobre todo si este último era de condición servil. Ninguna idea basada o justificada en un sano racismo es nueva.

En cambio, nosotros no comprendemos la prioridad concedida al “hombre”, cualquiera que sea, sobre cualquier sujeto de otra especie viviente, por la única razón de ser “hombre”. Que los fieles de religiones basadas en el hombre acepten esta prioridad y la tengan en cuenta en todos los actos de su vida cotidiana, puede comprenderse. Esa prioridad es, para ellos, objeto de un artículo de fe, la consecuencia lógica de un dogma. Y la fe no se discute. Pero que tantos pensadores y multitudes de gentes no vinculadas a ninguna iglesia y que, incluso, combaten toda religión revelada, tengan exactamente la misma actitud y encuentren al último de los desechos humanos más digno de solicitud que la más sana y la más bella de las bestias (o de las plantas)... no parece lógico. Que estas gentes nos nieguen el “derecho” no solamente de matar sin sufrimiento, sino incluso de esterilizar a los seres humanos deficientes, mientras que, para ellos la vida de un animal en plena salud y en plena fuerza no cuenta para nada y cortan sin remordimiento un bello árbol cuya

presencia les fastidia, esto es lo que nos choca profundamente, lo que nos rebela.

Al parecer, todos estos espíritus que presumen de independencia, todos estos "libres" pensadores son, en tanto que creyentes en religiones centradas sobre el hombre y la sedicente "dignidad humana", los esclavos de los prejuicios que Occidente, y una gran parte de Oriente, han heredado de los judíos, del judaísmo. Si bien estos "libres" pensadores han rechazado los dogmas y la mitología de las religiones antropocéntricas, ellos han guardado íntegramente los valores. Esto es tan cierto respecto a los deístas del siglo dieciocho como de los comunistas ateos de nuestro siglo. En efecto, existe —aunque pese con indignación a la mayoría de los cristianos anticomunistas— un paralelismo profundo entre cristianismo y marxismo. Ambos son, originalmente, productos judíos. Ambos han recibido la impronta de un pensamiento ario más o menos decadente: en el caso del cristianismo, la impronta de la sutil filosofía helenística, sobrecargada de alegorías y presta a aceptar los sincretismos más inesperados. En el caso del marxismo, la impronta, no del verdadero espíritu científico, que guarda el error, sino de lo que yo llamaría el "cientificismo", es decir, propensión a reemplazar la fe en las ideas tradicionales por la fe en todo lo que es presentado en nombre de "la ciencia". Y sobre todo, cristianismo y marxismo están, en el fondo, centrados sobre los mismos valores: sobre el culto del "hombre", en tanto que único ser creado "a imagen y semejanza" del dios de los judíos o bien, simplemente, del "hombre" en tanto que ser de la misma especie que el marxista glorifica. El resultado práctico del antropocentrismo es el mismo, cualquiera que pueda ser la fuente.

* * *

Este antropocentrismo, común al cristianismo y al comunismo, así como a todos los "humanismos", es

precisamente lo que ha servido de cimiento filosófico a la alianza, en apariencia incongruente, entre el mundo occidental, cristiano o "racionalista", y la Unión Soviética, durante la segunda guerra mundial.

A los ojos de más de un cristiano, resultaba penoso saberse el glorioso aliado del comunismo ateo, en la lucha contra nosotros, los discípulos de Adolf Hitler. Es más, cristianos o no, muchos occidentales sentían que la alianza con Stalin era *políticamente*, un error; pensaban que su país, cualquiera que fuera, habría tenido más que ganar —o menos que perder— en tanto que Estado, dando la mano a Adolf Hitler (o aceptando la mano que el Führer les extendía), y combatiendo a su lado "contra el bolchevismo". La voz del canciller del Tercer Reich, que les llamaba cada vez más desesperadamente a "salvar Europa", les turbaba, a veces. Y sin embargo... no es a las filas de la Legion Volontaire Française o a alguna organización similar a donde estas gentes acudieron finalmente, sino que fueron a engrosar las fuerzas de algunas de las denominadas "Resistencias", antialemanas sin duda, pero también, inevitablemente, antiarias. Quizás su subconsciente les había advertido que siguiendo la línea de acción políticamente más sabia, habrían traicionado lo que, para ellos, era más importante que la política: su mundo de los valores. Se les había inspirado lo que los autores de la posguerra, procedentes de la "Resistencia", no cejarían de repetir sin cesar, ya desde hace un cuarto de siglo (¡y quién sabe durante cuánto tiempo todavía!), a saber, que el Hitlerismo, o racismo ario en su forma moderna, es, como todo el racismo basado sobre la idea de elite *natural* (no "elegida" arbitrariamente por algún "Dios" demasiado humano), "la negación del hombre". En consecuencia, que la Europa que el Führer les invitaba a forjar con él —la Europa que habría surgido finalmente de nuestra victoria— no era la Europa que ellos querían conservar. El "bolchevismo ateo", o simplemente el bolchevismo opuesto a la libre empresa y a la honrada propiedad privada, con el que nuestra propaganda

trataba de atemorizarles, les parecía, al final de cuentas, menos espantoso que el espíritu de nuestra doctrina.

Pero hay más. Pocos de los que se creían sinceramente nuestros aliados y que combatían y morían con los nuestros en la lucha contra los valores antiarios, habían *comprendido* el sentido verdadero del mensaje del Führer; muy pocos comprendieron el sentido de la llamada del eterno héroe "contra el tiempo", el cual retorna de edad en edad, cuando todo parece estar perdido, para reafirmar el ideal de la perfección integral que vivió la inimaginable Edad de Oro de nuestro ciclo. La mayor parte de los combatientes de la Legion Volontaire Française eran cristianos que creían batirse por los valores aceptados por la civilización cristiana occidental. Robert Brasillach era profundamente cristiano, y él se dio cuenta de que nosotros éramos —y somos— "una Iglesia", y que esta Iglesia no podía y no puede más que ser la rival de la Iglesia que conquistó a Europa desde el cuarto al duodécimo siglo. Robert Brasillach prefería, por otra parte, al parecer, el fascismo italiano y, sobre todo, el español, en vez del Nacionalsocialismo alemán. Lo que le atraía del Nacionalsocialismo, como del fascismo y de los movimientos similares en toda Europa, era su aspecto social —la camaradería, la ayuda mutua, la solidaridad efectiva entre las gentes de una misma patria, independientemente de toda "filosofía". El entusiasmo que le inspiraba esta fraternidad nacional [1], sinceramente vivida, le hacía cerrar los ojos ante el "carácter pagano" del Hitlerismo. Incluso entre los nuestros —como por ejemplo, los alemanes que desde el principio del movimiento habían seguido la bandera de la cruz gamada— muy pocos habían comprendido lo que ocurría no en el plano político, sino en el plano de los valores. Bien pocos se daban cuenta de que ante sus ojos iba a operarse una revolución espiritual —la negación de los

[1] Y también, la fraternidad entre las naciones europeas, tal como se demostró en la camaradería forjada en la lucha común, tanto en el frente de Rusia como en la defensa de Berlín.

valores antropocéntricos aceptados hasta entonces por casi todo el mundo, sin discusión, desde hacía siglos, y el retorno a los valores naturales, a los valores cósmicos de una civilización olvidada.

Quienes percibieron la naturaleza espiritual del Hitlerismo fueron —y son hoy— muy pocas personas. Algunos desengañados de sus esperanzas ilusorias, abandonaron el movimiento, como hizo Hermann Rauschning, o lo traicionaron (con las consecuencias trágicas que se conocen). Otros —una minoría— saludaron, y saludan todavía, en esta revolución en el plano de los valores, a la revolución que ellos, más o menos conscientemente, habían aspirado desde siempre. Estos son la roca sobre la cual la Iglesia hitleriana está construida. Esta Iglesia durará si ellos permanecen, es decir si son capaces de transmitir su sangre y su fe en una continuidad ininterrumpida de generaciones arias, hasta el final de este ciclo.

* * *

¿**C**uáles son pues estos valores que en opinión de casi todos nuestros contemporáneos hacen del Hitlerismo una "negación del hombre"? Porque, se trata, en efecto, de una negación del hombre tal como el cristianismo, Descartes y la revolución francesa nos lo ha hecho concebir. Pero, también se trata de *otra* concepción del hombre, de *nuestra* afirmación del hombre.

Filosóficamente, se podría definir o describir al hitlerismo como la búsqueda de lo eterno, en y por amor y servicio de la perfección tangible y viviente. La perfección de una especie viviente, es decir la "idea" de esta especie, en el sentido platónico de la palabra; o, si se prefiere emplear el lenguaje de Aristóteles, en su "entelequia": aquello hacia lo que la especie *tiende* idealmente. Es cierto que cuanto más compleja es una especie viviente, mayores son sus posibilidades ocultas y es más difícil

encontrar individuos o grupos de individuos absolutamente fieles a la "idea" de esta especie, es decir perfectos. De entre todos los seres visibles que habitan en nuestra Tierra, siendo el hombre el ser viviente que presenta la más vasta gama de posibilidades, es también en él donde la perfección es más difícil de hallar. Y el criterio que permite —estadísticamente, como es obvio; pues en este dominio toda verdad es una verdad de orden estadístico— hablar de jerarquía natural de las razas humanas, en la medida en la cual cada raza es capaz de hacer de la "idea del hombre" una realidad viviente; es la medida en la cual cada raza es capaz de presentar, en el rostro y en el cuerpo de sus representantes, la armonía, que es la esencia misma de lo bello, y de presentar en su psiquismo (en la psicología de los miembros de la raza), las virtudes que distinguen al hombre superior, del hombre que yo, a veces, he llamado "el candidato al superhombre".

Insisto especialmente sobre el hecho de que la idea de "raza superior" es *estadística*. Ninguno de nosotros ha sido jamás tan estúpido como para creer que todos los especímenes de una raza humana puedan ser, por el solo hecho de su pertenencia a esta raza, forzosamente "superiores" a todos los especímenes de todas las demás razas humanas. Hay no arios netamente superiores a ciertos arios, incluso al ario "medio". Algunos santos hindúes de baja casta —como Tukaram— o incluso debajo de toda casta —tal como Nandanar— estaban ciertamente más cerca de lo eterno que muchos arios "dos veces nacidos", sobre todo que muchos arios de hoy, corrompidos por la sed de bienes materiales. También estaban más cerca de lo eterno algunos héroes japoneses, tales como un Yamato Daké, o un Yashitsuné, y tantos otros; jefes mongoles, como Genghis Khan, el genial invencible, o su lugarteniente, Subodai, la encarnación de la más alta virtud militar a la vez que el más modesto y desinteresado de

los hombres; jefes mexicanos, tales como Nezahualcoyotl, rey de Tezcuco, a la vez guerrero, ingeniero y poeta [1].

Esto no quiere decir que, *estadísticamente*, el ario no esté más cerca de la "idea del hombre perfecto", que el hombre de las otras razas, incluso nobles, lo mismo que dentro de la raza aria, el nórdico es *estadísticamente* más cercano a la misma "idea", en el sentido platónico de la palabra. La valentía del guerrero es quizás una de las virtudes más equitativamente repartidas a la vez entre el ario y el no ario de raza pura (o casi pura). Pero hay rasgos que si bien no son exclusivamente ni del ario ni más particularmente del nórdico, se encuentran indudablemente más frecuentemente entre este último que entre otros. Es el caso de estos tres rasgos: la belleza física —que cuenta, ya que se trata de un ser visible; el hecho de que se puede contar, se puede confiar en él, no promete lo que no puede dar o hacer, no miente (o miente menos que la mayor parte de los representantes de las demás razas); y, en fin, el hecho de que él tiene mayor respeto que otros tipos raciales (que a menudo, carecen de ese respeto) hacia el animal y el árbol, y demuestra mayor bondad, en general, hacia todos los seres vivientes. Y este último rasgo me parece esencial. Yo no puedo, en efecto, considerar como "superior" a cualquier raza —o comunidad humana, por bella y bien dotada que esté

---

[1] Y, ¿qué decir de Tlahuicol, guerrero tlaxcalteca de mediados del siglo quince, que, prisionero de los aztecas y destinado a ser sacrificado durante la fiesta del fuego, rehusa ser indultado y los honores que Moctezuma I, maravillado por sus proezas, le ofrece, y prefiere que "la fiesta continúe", con todo lo que ésta comporta de atroz para él, antes de aceptar ponerse al servicio de los jefes enemigos, en contra de Tlaxcala? Confortado, según la costumbre, al principio de la solemnidad, solo, y sin otra arma que una espada de madera, frente a cinco de los mejores guerreros aztecas, armados con espadas de piedra, Tlahuicol los había vencido y matado —en vez de ser derribado por ellos— lo cual le había valido la admiración del príncipe y de toda la nobleza de Tenochtitlán, de los cuales él rechaza su acogida, por lealtad hacia los suyos. ¿Acaso no fue Thahuicol netamente superior a ciertos cristianos, de origen ario, sus contemporáneos de Europa —superior a un Commines, por ejemplo, traidor a Carlos el Temerario, su benefactor?

exteriormente— en la que un alto porcentaje de los individuos que la componen, desprecie o trate “como si fueran cosas” a los bellos seres vivientes que, por naturaleza, no pueden tomar posición “a favor” o “en contra” de cualquier causa, y que por consiguiente, no pueden ser odiados. El hombre superior —el candidato a la superhumanidad— no puede ser el verdugo, ni incluso el explotador desvergonzado de la naturaleza viviente. Por el contrario, el hombre superior será el admirador —yo diría incluso, el adorador— de la naturaleza viviente; será el que, para decirlo con palabras de Alfred Rosenberg, “ve al Divino en todo lo que vive: en el animal; en la planta” [1]. El hombre superior no tiene —no debe incluso tener— merced para con el hombre enemigo de este orden natural, al cual orden él se siente identificado, no tiene merced hacia el hombre enemigo de la belleza de la cual él participa. Por el contrario, lejos de infligir dolor a una criatura inocente, o de permitir que otros lo inflijan, directa o indirectamente, él hará todo lo que pueda para que toda bestia que encuentre viva dichosa; para que todo árbol que halle en su camino, escape a la barbarie innata del hombre inferior —del hombre presto a sacrificarlo todo a su propio provecho, a su propio confort, o al provecho y confort de los suyos, incluso de la “humanidad”.

Toda sobreestimación de sí mismo es un signo de estupidez. Todo antropocentrismo es una sobreestimación del “yo” colectivo del mamífero bípedo, tanto más flagrante puesto que no existe; no hay más que los “sí” (o “ego”) colectivos, correspondientes a cada uno de los grupos humanos más o menos extendidos y más o menos homogéneos. De donde se deduce que todo antropocentrismo es signo de doble estupidez, y generalmente de estupidez colectiva.

¿Qué se nos reprocha diciendo que nosotros “negamos el hombre”? Se nos reprocha rechazar el antropocentrismo. Se nos

---

[1] Cita de Maurice Bardéche en “Nuremberg ou les faux-sonnayeurs”, primera edición, página 88.

reprocha colocar la noción de elite —de aristocracia viviente, humana o no humana— por encima de la noción de hombre cualquiera que sea, y de sacrificar no solamente al individuo normal o por encima de lo normal, sino también la masa a la elite. Se nos reprocha el considerar como fin a la elite de nuestra raza aria, y el tomar como medio a la masa, a todas las masas humanas, incluidas las masas de nuestros países arios. Y cuando yo digo "masa", no me refiero al *pueblo*, sino a la humanidad mediada y por debajo de la mediana, no tanto en cuanto lo que *saben* sus representantes, como en cuanto a lo que *son*: en cuanto a su carácter y a sus posibilidades. Nuestro Führer salió "del pueblo", pero no pertenecía a la "masa".

Se nos reprocha nuestro desagrado hacia la criatura deficiente, que irremediablemente, ha vuelto la espalda al arquetipo ideal de su raza: nuestro horror por lo mórbido, lo estrambótico, lo decadente, por todo lo que se aleja sin retorno de la simplicidad cristalina de la forma elemental, de la sinceridad absoluta y de la lógica profunda. Se nos reprocha nuestro combate para el restablecimiento, a cualquier precio que sea, del reinado de los valores eternos —nuestro combate a contracorriente del tiempo.

Ahora bien, como ya he dicho más arriba, el hombre es, entre todos los seres vivos de la Tierra, al único que tiene, y esto dentro del seno de una misma raza, elites y un poso físico, mental y moral; es el único que, no estando definido por su especie, *se puede* elevar (y se eleva a veces) por encima de sí mismo (de su especie), hasta confundirse (o casi confundirse) con el arquetipo ideal que trasciende a la especie: la sobrehumanidad, el superhombre... pero que también puede rebajarse (y se rebaja, de hecho, más y más, en la edad en que vivimos) por debajo, no solamente del nivel mínimo del valor que se espera encontrar en su raza, sino por debajo de todas las criaturas animadas —de las criaturas que, prisioneras de un instinto seguro y de una inteligencia práctica puesta completamente al servicio de este

instinto, son incapaces de rebelarse contra las leyes no escritas de su ser, en otros términos, son incapaces del *pecado*. Se nos reprocha preferir la bestia sana y bella —de preferir al árbol, sano y bello— al hombre decaído (ya se trate del hombre que, nacido en el seno de una raza inferior en vías de aproximarse más y más al mono y que no tiene posibilidad de ascensión hacia la sobrehumanidad, sea por sí mismo o a través de su descendencia; o ya se trate de individuos o de grupos de individuos de raza superior, pero a los cuales toda posibilidad de una tal ascensión les está definitivamente cerrada, como resultado de la corrupción física, psíquica o mental —o de las tres a la vez— que han heredado de ascendientes degenerados, o que han adquirido como consecuencia de la vida que ellos mismos han llevado).

En el prefacio de la primera edición francesa de las "Tischgespräche" [1] atribuidas a Adolf Hitler, y publicadas bajo el título de "Libres propos sur la Guerre et la Paix", el conde Robert d'Harcourt recuerda que el Führer "amaba a los animales" y que él escribió "páginas de una frescura encantadora sobre los perros". El académico Robert d'Harcourt señala este rasgo del carácter de Hitler como un trazo paralelo al cinismo del jefe de Estado. A sus ojos la sabiduría política estaba "en razón inversa de la humanidad". Y añade: "Humanidad hacia las bestias", "bestialidad hacia los hombres —nosotros hemos conocido este misterio de coexistencia". Escribe, además que los hombres que, en los campos de concentración, enviaban a sus víctimas a las cámaras de gas, "eran los mismos que curaban, con la delicadeza de una enfermera, la pata de un perro herido".

A estas observaciones, hechas por un adversario de Hitler, yo agregaría todo lo que el Führer ha hecho por el animal (incluso por el árbol mismo), dentro del espíritu de la inmemorial

---

[1] "Tischgespräche" o "Conversaciones de Sobremesa", editada en lengua francesa como "Libres propos sur la Guerre et la Paix" (edición 1952, prefacio, p. XXIII).

concepción aria del mundo: la prohibición de las trampas (de caza), así como de la caza de montería, y la restricción de la caza, de cualquier tipo que fuera, en la medida en que era posible en Alemania [1]; la supresión de la vivisección —esta vergüenza del hombre— así como de todas las atrocidades relacionadas con la matanza de las bestias destinadas a las carnicerías [2]. Añadiría también, por mi parte, que siendo vegetariano, Adolf Hitler soñaba, proceder por etapas, "después de la guerra", para suprimir completamente la horrible industria de los mataderos, incluidos lo que empleaban ya métodos de matar más "humanizados". Esto, en particular, se lo manifestó Hitler a Goebbels, el 26 de Abril de 1942 en el transcurso de una conversación privada [3]. Estas medidas de protección hacia los animales (y los vegetales) lejos de chocarme por su "contraste" con todas las medidas de excepción tomadas contra seres humanos considerados, de hecho o potencialmente, peligrosos, las considero perfectamente lógicas, dentro de una concepción aria del mundo. Estas leyes y proyectos se me aparecen como una de las glorias del III Reich, y una razón más para sentir orgullo (para sentirse ufano) de mi fe hitleriana.

El conde Robert d'Harcourt representa "la opinión pública" del Occidente en general, tanto cristiano como racionalista. Su punto de vista es el de todos los que nos han combatido, e incluso de una parte de los que han colaborado con

---

1 "Reichsjagdgesetz", colección completa de las leyes promulgadas en el III Reich sobre la caza de animales.

2 En el caso de tener que matar a un animal para el consumo humano, en todos los casos era obligatorio el uso de una pistola automática. Yo he conocido en Alemania a una campesina que decía haber purgado una pena de cuatro años en un campo de trabajo, por haber matado a un cerdo con un cuchillo (por tacañería de no querer pagar al hombre que habría matado al animal "sin dolor").

3 "Goebbels Diaries", publicados por las autoridades norteamericanas de ocupación en Alemania, edición Eagle Books, 1948. Trad. L. Lockuer, pág. 220.

nosotros —colaborado por razones estrechamente políticas, a pesar de nuestra "negación del hombre", y no como consecuencia de esta "negación", en nombre de una escala *común* de valores.

Se nos reprocha "negar al hombre" por colocar al último de los animales *sanos*, la menor planta *sana* [1] por encima del desecho humano, del débil mental, a fortiori del idiota y de colocar a la aristocracia animal o vegetal por encima del Untermensch, incluso aunque éste sea aparentemente "normal"; por encima del ser humano sin raza y sin carácter, amasijo de suficiencia y de laxitud; mezquino, incapaz de pensar por sí mismo, y esencialmente egoísta. Se nos reprocha de preconizar la supresión física de los dementes, de los "retardados agudos", de los idiotas y de los monstruos que, a costa de los contribuyentes, se amontonan en los asilos de los países dichos "civilizados"; de preconizar la esterilización de la gente afligida de una herencia peligrosa. Se nos reprocha, quizás más que nada, el haber dado permiso a los fisiólogos y médicos alemanes para experimentar (investigaciones científicas) sobre seres humanos —enemigos del Reich, procedentes de campos de concentración— mientras que estaba prohibido utilizar animales para los mismos fines; en otros términos, se nos reprocha tener más miramientos para el animal que para el enemigo ideológico real, incluso potencial. Esto es, sobre todo, lo que piensa el mayor número de nuestros adversarios, bombardeados por propaganda "desnazificante" durante más de veinticinco años, cuando declaran que nosotros "negamos al hombre".

Se trataría, ante todo, de comprender la connotación (y por tanto, la denotación) del concepto de "hombre", del cual tanto se habla. Es, aparentemente su pretendida connotación lo que interesa más a nuestros detractores. Ellos llaman "hombre" a todo primate bípedo con lenguaje articulado al que atribuyen automáticamente "la razón" y, aún más (en el caso de los cristianos), "un alma inmortal creada a imagen de Dios". Pero es

---

[1] El último de los cardillos, es perfecto dentro de su nivel.

la posición vertical y el lenguaje articulado —rasgos que saltan a la vista— lo que, al parecer, informe a estos amigos del hombre, antes que otras características (menos evidentes), sobre la presencia del objeto de su solicitud. ¡De ahí el caso que ellos hacen de todos los seres vivientes que tienen los dos trazos distintivos (e incluso de los que no los tienen, con tal que posean forma humana)... porque nuestros adversarios colocan al idiota por encima de la más bella de las bestias!

Se ve, aquí, una vez más, cómo de verdad que la denotación de un concepto está en razón inversa a su connotación. Lo que, en el fondo, da a nuestros adversarios la impresión persistente de que nosotros "negamos al hombre", es que nosotros somos mucho más exigentes que ellos en cuanto a la *connotación* de este término, y que, a partir de su connotación, por consiguiente su *denotación* se restringe. No nos basta, en efecto, para dar a un primate el nombre de hombre y el respeto que las lenguas cultivadas confieren al concepto hombre, que esta criatura se sostenga preferentemente sobre sus patas traseras, y sea capaz de emitir sonidos articulados que tengan para ella y para las gentes un significado. Con mayor razón, no es suficiente que incluso sin presentar dichos dos caracteres, esa criatura tenga una silueta vagamente parecida a la figura humana. Nosotros queremos que esa criatura posea ese mínimo de inteligencia que le permita pensar por sí misma, y ese mínimo de nobleza que le haga incapaz de ciertas reacciones ante un obstáculo, que le haga inaccesible a ciertas "tentaciones", impermeable a ciertas influencias envilecedoras, y "*a fortiori*" incapaz de actos mezquinos o cobardes; de actos feos. Nosotros queremos, si no "amar", al menos respetar a "todos los hombres" con el mismo título con el que respetamos a todos los bellos seres vivientes, animales o plantas, en los cuales nosotros percibimos los reflejos más o menos acentuados de lo divino —de lo eterno. Pero para esto, es preciso que se trate de "hombres" en el sentido propio de la palabra. Estamos dispuestos a respetar, en tanto que individuos,

hasta a las gentes, adversarios ideológicos, incluso enemigos de raza, que como enemigo colectivo combatimos ayer, y que combatiremos mañana —a respetarlos, si, tomados individualmente, responden a lo que nosotros esperamos del "hombre": si ellos unen, a una inteligencia no esclavizada, las cualidades *de carácter* que distinguen (estadísticamente) a las *razas* que yo llamo superiores —y en primer lugar, por supuesto, nuestra raza aria— e incluso que distinguen al individuo excepcionalmente noble de las razas estadísticamente inferiores. Esto no nos impedirá combatirlos, si son ideológicamente peligrosos; tanto más peligrosos cuanto más valor intrínseco tengan. En otras palabras, nosotros respetamos como "hombres" a las gentes que, si no son, ideológicamente, ya de los nuestros, serían, a nuestros ojos, dignos de llegar a serlo.

* * * *

Al retornar a Europa, poco después del desastre de 1945, yo escribía a un amigo hindú, tras haber citado la frase de Nietzsche sobre el carácter intermedio del hombre, "cordel tendido entre la animalidad y la sobreanimalidad": "Ahora la cuerda se ha roto. Ya no hay hombres en este continente abandonado de los dioses; hay una minoría sobrehumana de verdaderos hitlerianos, y... una inmensa mayoría de simios". Tal era entonces el contraste entre la brillante elite de los fieles, que yo he exaltado en el primero de mis libros de posguerra [1] —estos hombres de oro y de acero, que la derrota no puede desalentar, que el terror y la tortura no puede romper, que el dinero no puede comprar— y el resto de los europeos.

Desde entonces, he contemplado cómo esta preciosa minoría se ha renovado poco a poco, permaneciendo profundamente idéntica a sí misma —tal como las aguas de un lago que alimenta un río. Numerosos de los "antiguos militantes"

---

[1] "Oro en el crisol", escrito en 1948-49.

(“Alten Kämpfer”) de los años gloriosos han muerto, y más de uno ha dejado de esperar el imposible retorno de la alborada —o de lo que él durante largo tiempo había tomado por “un alba”— del renacimiento ario, y, sin haber muerto corporalmente, se ha dejado llevar por la apatía de los que no esperan nada aunque la esperanza les era indispensable. Solos, han permanecido los fuertes que no tienen necesidad de la esperanza porque, contribuyendo con su actividad (y con el fervor mágico de su pensamiento, cuando toda acción les era prohibida), al inmemorial combate contra las potencias de la desintegración, ellos han trascendido al tiempo. Solos, han permanecido en pie los que no tienen necesidad de “creer”, porque ellos *saben*.

Alrededor de algunos de los sobrevivientes del naufragio de la más bella de las razas, yo he visto, en el curso de este cuarto de siglo, agruparse —conscientemente o no de cada uno de ellos, poco importa— una elite dura y silenciosa de jóvenes; elite muy poco numerosa, sin duda, pero de una *calidad* que el vasto mundo hostil no puede suponer (y que tampoco sabría perturbar incluso si, un día, repentinamente, esa elite se impusiera sobre este mundo). Yo he visto crecer, por aquí y por allá, al margen de lo que a los ojos del historiador pueda parecer nuestra ruina definitiva, los frutos milagrosos de una prueba sin paralelo: muchachos y muchachas de veinte años lo bastante fuertes, ya, como para prescindir de la esperanza como del éxito; lo bastante inteligentes como para comprender de una vez por todas que la verdad no depende de lo visible. Uno de ellos (Uwe G., nacido el 21 de Julio de 1935) me dijo, en 1956, y otros me han repetido más de diez años después: “Yo me opongo y toda mi vida continuaré oponiéndome a la corriente de la decadencia, persuadido de que soy desde la *eternidad* del ideal hitleriano, aunque sé que no se *verá* ya, hasta el fin de los tiempos, un equivalente al Tercer Reich alemán. Hace falta combatir sin cesar y sin desfallecer, incluso sabiéndose de antemano sumergido; hay

que combatir, porque *es el deber* —la función— de un ario de nuestra época, y de todas las épocas del porvenir".

Entonces yo evoqué las palabras de Goebbels lanzadas al medio de todo el horror del desastre: "Après la déluge, nous!" ¿Acaso lo propio de este desastre es hacer nacer el continente cuya civilización está destinada —¡y cuán justamente!— a ser barrida, a algunos jóvenes (alemanes en su mayor parte, pero no necesariamente) cuya mentalidad espontánea, correspondiente exactamente a las enseñanzas del Bagavad-Gîta, reúne la mentalidad del prototipo del ario de siempre? ¿Debe resultar de la Pasión de Alemania la resurrección, en nuestra época, de la ética de la imperturbable serenidad en el seno mismo de la acción infatigable —de la sabiduría del guerrero divino? Puede ser. Si es así, vale la pena sobrevivir al desastre, para ser testigo de esta resurrección. Vale la pena errar año tras año entre todos los simios de las "sociedades de consumo", para asegurar finalmente, cada vez más, que el espíritu del Jefe y del Maestro no se eclipsará tras la muerte del último militante de la vieja guardia, sino que continuará animando, en su duración y pureza, una aristocracia espiritual a la vez que racial, que no había nacido en 1945.

Esta aristocracia espiritual y racial, esta elite, consciente de la eternidad de los principios básicos de la doctrina de Adolf Hitler, y viviendo según esos principios en toda simplicidad, es, para nosotros, "el hombre" verdadero; el hombre que *tiende* hacia la sobrehumanidad mediante una disciplina personal y colectiva, la selección de la sangre, el cultivo del honor ancestral y de la divina indiferencia hacia todo lo que no es esencial; el hombre que tiende hacia la sobrehumanidad mediante la humildad del individuo frente a la raza y ante la eternidad que la raza refleja; el hombre que tiende hacia la sobrehumanidad mediante el desprecio de toda cobardía, de toda mentira y de toda debilidad. Y lo repito: si nosotros descubrimos algunas de estas características más allá de quienes confiesan abiertamente o en secreto nuestra misma doctrina; si incluso hallamos esas

características en las gentes que nos combaten o nos detestan, o creen detestarnos porque no nos conocen —nosotros saludamos en quienes poseen esas características, a seres dignos de respeto. Ellos tienen la raíz de lo que podrían o deberían ser, aunque no lo desarrollen o la desarrollen mal. Estos hombres son, en la mayoría de los casos, nuestros propios hermanos de raza, o bien hombres de otras razas, entre los más dotados. Algunas cosas, en estos hombres, les redime ante la inmanente e impersonal justicia que envía a cada ser que, con razón o equivocadamente, hace profesión de pensar, allí donde merece ir, y, a la vez, esas características les impide, a estos hombres —y les impedirá siempre a muchos de ellos—, resbalar y hundirse en esa masa que no siente ni piensa según su propia ley; en la mayoría simiesca de la humanidad que, como los cuerpos líquidos o las sustancias pastosas, toma la forma de los recipientes que la contienen, o la marca del sello que, de una vez para siempre, la señala.

En el transcurso de este último cuarto de siglo, yo he ido redescubriendo a esta categoría de gentes, que mi choque atroz con la Europa de postguerra había sustraído a mi atención: los hombres de buena voluntad; las bravas gentes que mantienen su palabra dada, y son capaces de una buena acción que no les reporta nada; que, por ejemplo, se apartarían de su camino para socorrer una bestia, sin, por otra parte, ser capaces de sacrificios extremos, es decir de una acción sostenida, cotidiana, total, en beneficio de lo que sea. Esas gentes no están entre los fuertes —y seguramente tampoco entre "los nuestros". Pero tampoco son "simios". En una selección inteligente habría que tenerlos en cuenta. Entre sus hijos, podrían encontrarse, tanto futuros militantes del Hitlerismo, como de todo lo contrario. Hay que ser prudente: no menospreciar al que es *sano*, pero tampoco perder el tiempo y la energía tratando de retener en la pendiente a quien, de todas formas, está predestinado —condenado por naturaleza— a zozobrar en la masa de los no pensantes, masa "utilizable" a veces, pero jamás respetable y *a fortiori* nunca digna de ser amada.

No negamos al “hombre” en el sentido que nosotros lo entendemos —el hombre como candidato válido para la sobrehumanidad verdadera; tampoco negamos al “hombre valiente”, sano de cuerpo y de alma, fundamentalmente honesto y *bueno*, bien dispuesto hacia todo lo que vive. No es a él al que nosotros rehusamos la “dignidad”, y por tanto más consideración que a una simple *cosa*; se la rehusamos a esa caricatura de hombre, cada vez más común en el mundo en el que vivimos. Es esa caricatura lo que nosotros rechazamos englobar dentro de la denotación del concepto “hombre”, por la simple razón de que ella no tiene la connotación, es decir no posee las capacidades y cualidades esenciales que sirven de atributos en los posibles juicios en que la palabra “hombre” es empleada como sujeto.

Todo juicio en el cual un concepto es empleado como sujeto, es forzosamente un juicio hipotético. Decir que “el hombre piensa”, o que es un “ser pensante”, es decir que si un individuo cualquiera es “un hombre” —si posee la posición erguida, la palabra, etc...— se deduce que ese individuo es *también* capaz de pensar. En el caso de que ese individuo no fuera capaz de pensar, la posición vertical y la palabra articulada, y los otros rasgos que los acompañan, no serían suficientes para definirle como hombre —y no obligarían a nadie a tratarle como “un hombre”. Ahora bien, un individuo *no piensa* si os declara, con toda seriedad, que una información es “ciertamente exacta” *porque* esa información le ha sido transmitida por su aparato de televisión, o sobre todo, cuando nos declara que un juicio de valores debe “ciertamente” ser aceptado, *porque* él lo ha leído anunciado en un periódico, en una revista o un libro, o sobre un cartel, ¡poco importa dónde con tal de que lo haya visto escrito en caracteres de imprenta! Él “piensa” tanto como un gramófono cuya aguja sigue fielmente las espirales grabadas sobre un disco. Cambiad el disco, y la máquina cambiará de lenguaje —o de música. Del mismo modo, cambiad las emisiones de televisión, que millones de familias siguen todas las tardes y noches con

oídos y ojos atentos a la pantalla; cambiad los programas de las emisoras de radio; pagad a la prensa para que imprima una propaganda distinta, y estimulad la publicación de libros y revistas distintos a los que ahora se editan, y en tres meses habréis cambiado las reacciones de un pueblo —de *todos* los pueblos— ante los mismos acontecimientos, ante las mismas personalidades políticas o culturales, ante las mismas ideas. ¿Por qué, grandes dioses, hemos de tratar como "hombres" a esos millones de gramófonos de carne y sangre que no "piensan" más que sus congéneres de metal y baquelita? Éstos no pueden pensar, y sería absurdo pedírselo, pues no tienen ni cerebro ni nervios. Son objetos. El individuo —el mamífero de dos patas— que viene a sostenerme *mordicus* que "seis millones" de judíos, hombres, mujeres y niños, encontraron la muerte en las cámaras de gas de los campos de concentración alemanes, y que se enfada si yo le demuestro que ese número tiene un cero, o quizás, dos ceros de sobra, es peor que un objeto. Ese individuo tiene un cerebro, pero no lo utiliza, o se sirve de él para embrutecerse cada día más, rechazando toda ocasión de ejercitar el poco espíritu crítico que le queda después de más de cuarenta años de condicionamientos antihitlerianos (este género de propaganda comenzó incluso antes del año 1933; entre 1920 y 1930. Yo vivía entonces en Europa y bien lo recuerdo). Es más, ese individuo tiene la impertinencia de cuestionar la "fe ciega" de otras personas, o de los hombres de otras épocas; no comprende lo que es la confianza absoluta en una enseñanza o un maestro. Despotrica o vitupera contra las gentes de la "Edad Media" (o se burla de ellas), porque los hombres de entonces creían sin discusión todo lo que la Iglesia les decía y todo lo que está escrito en los Evangelios, como si la autoridad de la Iglesia y de los Evangelios no valiera más que la autoridad de la televisión, o de las revistas "Paris-Match" o "Bild". Ese individuo rehusa admitir, porque la propaganda que él ha engullido no se lo ha inculcado —le ha dicho lo contrario— que *nosotros* no somos seres "condicionados", al menos, aquellos

que entre nosotros *cuentan*, los cuales no han sido jamás "condicionados" [1].

A este tipo de individuos sin espíritu crítico, pues, ¿por qué se le ha de conceder más respeto que a un objeto? Sobre todo teniendo en cuenta que, precisamente a causa del adoctrinamiento que ha sufrido, se ha convertido, para mí y para la causa que yo defiendo, en un ser totalmente inutilizable. Es más, si además resulta que el tal individuo no es *bueno*, como resulta de sus obras: no duda en arrancar una rama de un árbol que le molesta, o de apedrear a un perro. ¿Por qué? ¿En nombre de qué se puede estar obligado a preferir a un tal individuo antes que al perro que él ha herido, o antes que al árbol que él mutiló al pasar? ¿En nombre de su dignidad humana? ¡Bella dignidad la de un gramófono viviente y malfaciente —peligroso; capaz de infligir gratuitamente sufrimiento y de crear fealdad. Yo niego esta "dignidad"; la rechazo. El árbol y el perro y todos los seres vivientes, bellos e inocentes, los cuales no tienen ideas, ni propias ni de la televisión, *ellos* sí son mis hermanos. No hallo en tal individuo nada que aventaje a uno cualquiera de estos seres bellos e inocentes. ¿Por qué, entonces, le daría prioridad sobre ellos? ¿Por qué él camina —como yo— utilizando los pies? Esto no es, para mí, una razón suficiente. Me burlo de la posición vertical si no va acompañada con un verdadero pensamiento, y de un verdadero carácter de hombre superior; de un carácter donde toda mezquindad, toda pequeñez están excluidas. Y cuando la palabra articulada no sirve más que para expresar ideas que no han sido creadas ni descubiertas por quien cree haberlas creado o descubierto, sino que las ha recibido tal cual, ya hechas —y falsas además—, yo prefiero, con mucho, el silencio de los animales y de los árboles.

---

[1] Evidentemente, no existe ni ha existido nunca una propaganda tan absorbente y todopoderosa como la "antihitleriana". Los hitlerianos hemos, pues, dado prueba de un espíritu crítico excepcional, al no haber sido vencidos por tal propaganda.

CAPÍTULO V

LA HISTORIA, LA ACCIÓN Y LO INTEMPORAL

"Les Temps, l'Etendue et le Nombre
Sont tombés du noir firmament,
Dans la mer inmobile et sombre.
Suaire de silence et d'ombre,
La nuit efface absolument
Le Temps, l'Etendue et le Nombre".

(Leconte de Lisle, "Villanelle", Poèmes Tragiques)

¿**T**e has apercibido alguna vez de la huida irremediable de las horas, y de la imposibilidad de remontar su curso? ¿Has sentido cuán somos prisioneros del tiempo, en todo lo que concierne a nuestra experiencia sensible? —Somos prisioneros del espacio, ciertamente, en cuanto somos cuerpos materiales, e incluso si no somos más que esto, y en cuanto que un cuerpo no se concibe independientemente de su posición con relación a sus puntos de referencia. Y aún más somos prisioneros del tiempo, ya que una sucesión temporal está forzosamente orientada, y no se *vive* más que en su sentido: desde el pasado, cuajado en su irrevocabilidad, *hacia* el porvenir, quizás tan irrevocable pero *aprehendido* como una indefinición de situaciones posibles —de virtualidades más o menos probables— en tanto que el porvenir aún no ha devenido "presente", es decir hecho *pasado*; historia definitiva.

Ciertamente, un cuerpo de carne y de sangre —y de nervios— como el nuestro, tiene un límite en cuanto a las posibilidades de recorrer el espacio. Algunos hombres han llegado —a costa de enormes inconvenientes y en ciertas

condiciones— a escapar del campo de atracción de la Tierra, del cual hasta entonces eran cautivos, y se han lanzado más allá. Pero no muy lejos. Hasta la superficie de la Luna, es decir hasta la vecindad más inmediata de nuestro planeta (se ha dicho de paso que han sido los arios —un ario sobre todo, el matemático von Braun— quienes han hecho posible esta hazaña, y que otros arios la han realizado). Esto no es más que el comienzo. Pero este "primer paso" permite "todas las esperanzas", dicen los expertos que han estudiado la cuestión. Lo que ellos llaman pomposamente "la conquista del espacio", no sería más que una cuestión de progreso técnico, de estudio y paciencia.

Hay, a pesar de todo, un límite. Porque si el progreso técnico es indefinido, el espacio físico también lo es. En este dominio es imprudente hacer predicciones. Hace solamente algunas décadas de años, ¿quién habría podido afirmar que algunos hombres verían efectivamente a nuestra Tierra "levantarse" y "acostarse" —enorme disco luminoso, azul y blanco, sobre fondo negro— en el horizonte lunar? Pero me merece muy poco probable que el hombre pueda jamás aventurarse fuera de nuestro sistema solar, tan vasto, a nuestra escala, tan ínfimo en la escala del cosmos. Y aunque siga siendo imposible *en la práctica* franquear un límite (que todavía ignoramos), sigue siendo cierto que, a pesar de todo, nosotros podemos concebir, *imaginar* una expansión indefinida en este sentido. Más allá del último límite alcanzado —sea dentro del sistema solar o más lejos— habrá siempre "espacio"; una distancia no recorrida que se "podría recorrer si..." se poseyeran medios más potentes. *No hay límite teórico*. El espacio, es esencialmente lo que puede ser recorrido, y esto, en todos los sentidos. No habría, de hecho, límite *práctico* para un hipotético explorador que no tuviera necesidad de alimentarse o de dormir y que dirigiera un aparato de transporte que pudiera también prescindir *indefinidamente* de renovar su energía motriz. Si incluso

esto no puede ser materialmente realizable, *se puede imaginar* un tal viaje que duraría siempre a través del espacio.

Por el contrario *se sabe* que, incluso con la ayuda de la más excelente memoria, es imposible remontar efectivamente el tiempo y, también se sabe que, aun con la ayuda de mucha intuición política y de psicología individual y colectiva, es imposible seguir el curso del tiempo más allá de mañana, incluso más allá de "esta tarde". He mencionado más arriba la irrevocabilidad del pasado, el cual se puede olvidar ciertamente, incluso cuando se trata de reconstruirlo imparcialmente— *pero que no se puede cambiar;* que está fuera de todo alcance, como impreso para siempre en una inmensa memoria impersonal e infalible: la memoria del Universo; está fuera del alcance, incognoscible, porque no es directamente revivible.

Frecuentemente se dice que "el pasado no es nada", que "lo que ya no existe es como si jamás hubiese existido". Por mi parte, jamás he podido comprender esta asimilación del hecho vivo de ayer o de anteayer con la pura nada. Sin duda yo tengo demasiada memoria. No es la ausencia del pasado —la imposibilidad de atraparlo— lo que más me llama la atención, sino, al contrario, su eterna presencia —la imposibilidad de alterar cada detalle. Lo que se ha hecho, dicho o pensado, ha sido hecho, dicho o pensado. Se puede hacer otra cosa, decir otra cosa; dirigir el pensamiento en otra dirección. Pero esta "otra cosa", este pensamiento "convertido" (cambiado en otro sentido) son novedades irrevocables, que se superponen a las primeras *sin destruirlas.* Yo siempre he creído esto, desde tan lejos en el tiempo como puedo recordar. Siendo niña, yo asistía a una escuela católica, donde, con las demás alumnas, seguía las lecciones del catecismo. Se nos decía, entre otras cosas, que "Dios lo puede todo". Habiendo reflexionado muchas veces sobre esta afirmación, una vez que casualmente pedí la palabra, me expresé de esta forma: "Hoy he venido a clases a las ocho de la mañana, de Lyon. ¿Puede "Dios" hacer de suerte que esto no sea verdad,

sino que haya venido a las ocho y media, también hora de Lyon, por supuesto? ¿Puede Dios cambiar lo que ha pasado?" No habiendo respondido, la institutriz, de forma satisfactoria para mi joven espíritu, yo me empecé a alejar de una idea de este "Dios" demasiado humano que me presentaban; de un dios cuya chocante parcialidad hacia "el hombre" comenzaba, ya en el alba de mi vida, a rechazar. Y la irrevocabilidad del pasado —del instante presente, que desde ese instante cae en el pasado— fue siempre para mí: fuente de alegría, fuente de inquietud; conocimiento precioso, ya que esa idea ha dominado la conducta de mi vida.

Más de cuarenta años más tarde —en 1953— yo escribía un "poema en prosa", cada una de cuyas estrofas terminaba con estas palabras: "While we never forget; never forgive" —"Porque nosotros no olvidamos jamás; no perdonamos nunca". Con este poema evocaba yo el recuerdo de la gloria que fue el III Reich alemán, y también mi amargura (y la de mis camaradas) al pensar en la persecución sin cesar de los nuestros, al pensar en todos los esfuerzos hechos, después de la segunda guerra mundial, para matar nuestra fe hitleriana. Pero esta actitud no era nueva para mí. Cuando yo tenía ocho años, algunos meses antes de la *Primera* Gran Guerra, yo ya había manifestado que "detestaba al cristianismo *porque* impone a sus fieles el deber de perdonar". De esta forma expresaba mi rebelión contra la idea del "perdón" dado a los niños culpables de haber torturado insectos o cualquier otro animal indefenso, contra la idea del "perdón" dado a las personas adultas autoras de atrocidades gratuitas, por cuanto su cobarde acción, por consiguiente degradante, ha sido seguida de arrepentimiento, aunque sea tardío.

El perdón —o el olvido— *puede* cambiar totalmente las relaciones entre las gentes, desde el momento en que ese perdón es dado de corazón y completamente. Pero, el perdón *no puede cambiar* lo que, definitivamente, queda grabado en el pasado. También es cierto que las relaciones entre individuos y entre

pueblos no pueden mejorar, si los individuos establecen como práctica el perdón de las ofensas, leves o graves, y si los pueblos suprimen, repentinamente, entre los jóvenes, las enseñanzas y lecciones de la historia. Unos y otros cesarían de odiarse por las razones por las cuales ellos se detestan o al menos se oponen, hoy. Pero dada la codicia, la vanidad y el egoísmo de la naturaleza humana, ellos pronto descubrirán nuevos pretextos de enemistad (los animales tienen una memoria corta —¡y cuánto! Cada generación, ignorante de las crueldades repetidas de los hombres, está presta a darle de nuevo su confianza, y, en el caso de las bestias domésticas, a dedicarle ese amor incondicional, del que sólo son capaces los seres que no razonan. Sin embargo... este olvido total no hace mejorar en nada la conducta de los hombres hacia los demás seres vivientes. Por consiguiente, ¿acaso, de forma análoga, el olvido de la historia, por parte de los hombres, no daría el mismo resultado, o sea, una falta de resultado, como ocurre en las relaciones entre hombres y animales?).

De todas formas, ningún "recomenzar", incluso feliz, puede obnubilar lo que se ha producido una vez. Haber sido, aunque sólo sea una vez, es, en cierta manera, ser para siempre. Ni el olvido, el perdón, ni incluso la sucesión indefinida de milenios, puede hacer nada. Y los mínimos acontecimientos —los menores a nuestra escala— son también tan indelebles como los eventos que consideramos los más importantes. Todos "existen" igualmente a la manera de las cosas "pasadas" —pasadas a los ojos de los individuos que sólo pueden vivir su experiencia según un "antes" y un "después".

* * *

Sin duda la noción de "existencia" irrevocable del pasado procura un flaco consuelo a las gentes atormentadas por la nostalgia de épocas "dichosas", vividas o imaginadas. El tiempo rehusa "detener su vuelo" ante la súplica del poeta enamorado de

la belleza fugaz —ya se trate de un momento de comunicación silenciosa con la mujer amada (y, a través de ella, y más allá de ella, con la armonía de las esferas), ya se trate de un "momento de gloria", es decir de comunión en el estallido de las fanfarrias o el ruido de las armas, o el rugido de las masas frenéticas, con el alma de todo un pueblo, y a través de su alma y más allá de ella, todavía y siempre, con el Divino —otro aspecto de lo divino.

A veces, y generalmente sin hacer un esfuerzo especial de memoria, es posible revivir, como en un relámpago, un momento del propio pasado, y esto, con una intensidad increíble, como si la conciencia de sí fuera repentinamente alucinada y los sentidos fueran reducidos a la nada. Cualquier cosa sin importancia —un sabor, real, como el de la Petite Madeleine que cita Proust, en su célebre análisis de lo "revivido"; un olor furtivo, aspirado otra vez; una melodía que se creía olvidada, un simple sonido como el del gotear del agua— es suficiente para poner, por un instante, la conciencia en un estado en que ella "sabe" ser la misma cosa que ha conocido años y a veces décadas —más de medio siglo— antes; estado de euforia o de inquietud, incluso de angustia, según sea el momento resurgido como por milagro de las brumas del pasado —momento que no había cesado de "existir" a la manera de las cosas cumplidas, sino que toma de golpe la nitidez y el relieve de un *presente*, como si un misterioso proyector de luz, apuntando sobre ese momento, lo iluminara de actualidad viviente.

Estas experiencias son siempre raras. Cuando es posible provocarlas, estas experiencias duran poco tiempo, incluso entre las gentes capaces de evocar sus recuerdos con gran potencia. Y además, estas experiencias no conciernen, salvo en casos excepcionales y casi siempre, discutibles, más que al pasado personal de quien "revive" tal estado o tal episodio, no al pasado histórico. Ahora bien, hay gentes a las que la historia de su pueblo —también la historia de otros pueblos— interesa más que su propio pasado. Y, aunque los sabios, ya que es su ocupación,

aciertan a reconstruir más o menos bien, a partir de vestigios y documentos, lo que, a primera vista, parece lo "esencial" de la historia, y aunque ciertos eruditos asombran a veces a sus lectores u oyentes por el número y minuciosidad de los detalles que ellos conocen sobre los hábitos de tal personaje, las intrigas de tales cancillerías, o la vida cotidiana de tal pueblo desaparecido, no es menos cierto que el pasado del mundo civilizado —más fácil de captar, ya que ha dejado trazos visibles— se *nos escapa.* Ese pasado nosotros lo conocemos indirectamente, y a través de restos fragmentarios, que nuestros investigadores se esfuerzan en recomponer en conjunto, cual si se tratara de un juego de paciencia, de un "rompecabezas" del cual faltara la mitad o tres cuartas partes de las piezas. E incluso si poseemos todos los elementos, no conoceríamos ese pasado tampoco, porque conocer es vivir —o revivir— y ningún individuo sometido a la categoría del tiempo puede vivir la historia. Lo que este individuo *puede*, como mucho, conocer directamente, es decir vivir, es lo que él pueda recordar, a veces con una alucinante nitidez, es la historia de su época en la medida en que él mismo haya contribuido a *hacerla*; en otras palabras, es su historia propia, situada en un entorno que la sobrepasa y frecuentemente la arrolla.

Es ésta, sin duda, una historia más *verdadera* que la que reconstruyen los sabios. Porque esa historia que parece ser "lo esencial" de una época, estudiada a través de los documentos y de los vestigios no es tan "esencial". *Lo esencial es la atmósfera* de una época, o de un momento en el seno de una época; atmósfera que sólo puede ser captada a través de la experiencia directa de quien la ha vivido: de quien ha bañado su historia personal en dicha atmósfera. Guy Sajer, en su admirable libro *Le Soldat Oublié*, nos ha dado lo esencial del frente del Este, de la campaña de Rusia de 1941 a 1945. Él ha sabido poner en sus páginas una tal fuerza de sugestión porque esta campaña de Rusia él la ha *hecho* —al lado de millares de combatientes, en las filas de la Wehrmacht, y después

en la división de elite Großdeutschland; porque dicha campaña del Este representa un trozo de su propia vida. Cuando, dentro de los próximos tres mil años, los historiadores quieran tener una idea de lo que significó la segunda guerra mundial en lo que al frente del Este se refiere, encontrarán una idea más exacta leyendo el libro de Sajer (que merece sobrevivir para entonces) que tratando de reconstruir, con la ayuda de esporádicos e impersonales documentos, el avance y retroceso de los ejércitos del Reich. Pero, repito, los historiadores del futuro reencontrarán una *idea*, no un conocimiento; una idea, un poco a la manera de la que nosotros tenemos hoy del declinar de Egipto en la escena internacional, al final de la vigésima dinastía, a través de lo que nos ha llegado del sugestivo reportaje de Wenamon, enviado especial de Ramsés XI (o más bien del gran sacerdote Hribor) ante Zakarbaal, "rey" de Guébal, o Gubla, que 1117 años antes de Jesucristo, los griegos llamaban Byblos.

Nada nos da una experiencia más intensa de lo que, en otros escritos, he llamado la "servidumbre del tiempo" que la imposibilidad que tenemos de transportar nuestro "yo" hacia el pasado histórico que no hemos vivido, y del cual nada podemos "recordar". Nada nos hace sentir tanto nuestro aislamiento en el seno de nuestra época, como nuestra incapacidad de vivir directamente, a voluntad, tal *otra* época de tal país; de viajar en el tiempo como viajamos en el espacio. Podemos visitar toda la Tierra tal como ella es hoy, no podemos verla tal como era en otra época. Nos es imposible, por ejemplo, zambullirnos efectivamente en la atmósfera del templo de Karnak —incluso en una calle de Tebas— durante el reinado de Thutmosis III; nos es imposible estar en la Babilonia del tiempo de Hammurabi —o entre los arios, antes de que abandonaran su antigua patria ártica; o entre los artistas que pintaban en los muros de las grutas de Lascaux o de Altamira, del mismo modo que podemos estar realmente en cualquier parte de la Tierra en nuestra época, a donde podemos llegar a pie, en coche, en tren, en barco o en

avión. Y esta impresión de estar ante una barrera definitiva —o ante un velo, que deja adivinar algunos contornos, pero que nos impide siempre una visión más precisa— es tanto más penosa, quizás, por cuanto la civilización que querríamos conocer está cronológicamente más cerca de nosotros, aunque sea cualitativamente más diferente que la civilización en la cual nosotros estamos obligados a habitar.

Siempre me ha fascinado la historia; la historia del mundo entero, en toda su diversidad. Pero me es particularmente penoso saber que jamás podré conocer la América precolombina... yendo a vivir allí por algún tiempo; que ya no me será posible ver Tenochtitlán, o Cuzco, tal como los españoles las vieron por primera vez, hace cuatrocientos cincuenta años, o menos, es decir *ayer*. Todavía era yo adolescente cuando lamentaba que los conquistadores hubieran cambiado la faz del llamado Nuevo Mundo. Habría deseado que nadie lo hubiera descubierto para que permaneciera intacto. Así, habría sido posible conocerlo, ahora, sin necesidad de remontarse en el curso del tiempo; conocerlo tal como era en la víspera de la conquista, o más bien tal como la evolución *natural* lo habría poco a poco modificado en el transcurso de los últimos cuatro o cinco siglos, sin que se hubieran destruido sus trazos característicos.

Pero no hace falta decir que mi verdadero tormento, después del desastre de 1945, es saber que me es ya imposible tener una experiencia directa del ambiente del III Reich alemán, en el cual no he vivido (creyendo que el “Nuevo Orden” europeo debía durar indefinidamente —que no iba a haber guerra o que, si la había, la Alemania hitleriana resultaría victoriosa— yo tenía la falsa impresión de que no tenía necesidad de retornar a Europa, y de que, además yo era “útil” a la causa aria, dondequiera que me encontrara). Ahora que todo ha terminado, sueño con amargura que uno podía, hace treinta años [1] solamente, vivir directamente y no mediante textos, imágenes, discos o relatos de camaradas, en

[1] Esto fue escrito en 1969 ó 1970.

ese ambiente de fervor y de orden, de potencia y de viril belleza, que era el de la civilización hitleriana. ¡Treinta años! No fue "ayer", es hoy; ha sido "hace algunos minutos". Y tengo la sensación de que me ha faltado tener la vida y la muerte —la muerte gloriosa, al servicio de nuestro Führer— que yo habría deseado.

Pero no se puede "remontar" un tiempo de cinco minutos más que de quinientos mil años, o de quinientos millones de años, en un inalterable pasado, convertido "eternidad", existencia intemporal. Es tan imposible asistir hoy al Congreso del Partido Nacionalsocialista de Septiembre de 1935, como imposible es recorrer la Tierra durante la época en que parecía ser, para siempre, el dominio de los grandes saurios; imposible... salvo para uno de esos raros sabios que están, mediante la ascética —la transposición de la conciencia— liberados de los lazos del tiempo.

* * * *

Es digno de notar que la nostalgia del pasado es casi universal —no la nostalgia de la *misma* época, sin duda; tampoco forzosamente la nostalgia de un pasado histórico que el individuo ha aprendido a admirar a través del testimonio de otros hombres. Hay gentes que sacrificarían voluntariamente tres cuartas partes de una experiencia caramente adquirida, con tal de volver a ser *jóvenes* —bellos y plenos de salud; llenos de entusiasmo, y también, en la ignorancia de todo lo que la sociedad humana les reservaría. La mayoría de estas gentes querrían poder, sin sacrificios, conservar su cuerpo y su rostro de veinte años —o de dieciocho— y la fuerza gozosa de la juventud, *sin* tener que pagar estos tesoros con la pérdida de su experiencia; poder retener a la vez la sabiduría de los años y la frescura, la salud y la fuerza de la juventud. Pero todo el mundo sabe que esto es imposible —tan

imposible como trasladarse efectivamente a una época cualquiera de la historia.

De todas formas, es dudoso que fuera ventajoso volver a ser joven a costa de la pérdida de la experiencia acumulada: se caería en los mismos errores, se cometerían las mismas faltas, si uno se convirtiera en el mismo que había ya sido; y no se gozaría nada de la comparación entre dos edades, habiéndose perdido toda conciencia del estado de madurez.

Es cierto, también, que "retornar a Tebas en el tiempo de Thutmosis III" sería convertirse en un egipcio de esa época, es decir, incapaz de apreciar el privilegio de encontrarse allí, y que añoraría probablemente el tiempo de los grandes faraones constructores de las pirámides. Lo que desean verdaderamente quienes aspiran a transportarse hacia el pasado es no perder su mentalidad actual y el recuerdo de nuestra época, sin el cual ninguna comparación puede hacerse, y ningún "retorno hacia atrás" tiene, en consecuencia, interés. Pero esta aspiración parece absurda. Lo sería, en efecto, si en lugar de tener en cuenta su contenido, se considera lo que yo llamaría *su significación.*

Aparte del siglo diecinueve —el siglo diecinueve, excepción hecha de sus "disidentes" de genio, como Nietzsche, Richard Wagner, Leconte de Lisle y algunos otros, quizás—, creo que ha habido pocas épocas tan henchidas de sí mismas como la nuestra, infatuada de su ciencia y sobre todo, de sus realizaciones técnicas. Hay dos dominios sobre los cuales una intensa propaganda, a escala mundial, atrae la atención de las masas, a fin de inculcarles el orgullo por el presente: el orgullo por las "conquistas espaciales" y sobre todo, el orgullo por el progreso de la medicina y de la cirugía. Se tiende, aparentemente, a hacer que los súbditos de las "sociedades de consumo" se sientan ufanos, todo lo que se pueda, de estar a la vez "cada día más enfermos y cada día mejor curados", y a hacer adoptar, al menos los "intelectuales" de los países llamados subdesarrollados, el ideal humanitario y utilitario de las sociedades de consumo, así

como su preocupación por el *presente* y por un porvenir orientado en el mismo sentido que el de las sociedades de consumo.

Y bien, a pesar de esta propaganda que, en Europa, comienza en la escuela primaria, cuando a los escolares de catorce o quince años (en Francia), se les plantea, como tema de redacción, la pregunta de “¿En qué época os habría gustado vivir, si hubierais podido elegirla?”. Tres cuartas partes del alumnado responde que hubieran preferido cualquier época pasada antes que la suya. Lo he constatado, ya que repetidas veces he realizado esta experiencia. Y las respuestas serían tan concluyentes, si no más, si la citada pregunta se hiciera no desde su punto de vista, como mejor un tiempo pasado que el siglo en el que viven. Los puntos de vista son diferentes, las épocas elegidas no son las mismas para todo el mundo, pero estas épocas pertenecen todas, o casi todas, al tiempo pasado. Se diría que, pese a las asombrosas realizaciones de nuestro tiempo, en el dominio técnico (y en el de la ciencia pura, hay que decirlo), y pese a la enorme publicidad dada a este progreso, subsiste en todas partes una inmensa nostalgia por lo que ya no puede volver; y una insuperable tristeza, que el tedio no puede explicar, planea sobre el mundo. Y —lo que es más— parece que, cuanto más nos remontamos en el tiempo, siempre ha ocurrido así.

Ya lo he dicho más arriba: el egipcio del tiempo de Thutmosis III, es decir de la época en que su país estaba en el vértice de la gloria, añoraba probablemente el tiempo en que habían sido construidas las pirámides —y el egipcio de este tiempo... añoraría la época en que los mismos dioses gobernaban en el valle del Nilo. Todos los pueblos antiguos, entre los cuales la Tradición aún estaba viva: germanos, celtas, helenos, latinos, chinos, japoneses, amerindios —han conocido la nostalgia del reinado de los dioses, en otras palabras, del *alba* del ciclo temporal cerca de cuyo final nosotros vivimos hoy. Y los pueblos más jóvenes, aunque hayan olvidado la enseñanza de los sabios y aunque hagan profesión de no creer en nada más que en el poder

de la ciencia humana, como fuente de progreso creciente indefinidamente, no pueden evitar la conciencia de una carencia, imposible de explicar —carencia o vacío que ningún bien material, que ningún perfeccionamiento de las técnicas del placer puede llenar.

De tiempo en tiempo —cada vez más raramente, a medida que el mundo sucumbe a la acción de las "civilizaciones" de consumo— aparece un sabio (tal, como por ejemplo, René Guénon o Julius Evola) que denuncia en sus escritos la verdadera naturaleza de la insatisfacción universal, o surge un poeta (tal, algunas décadas antes, Leconte de Lisle) que apunta a esa insatisfacción universal haciéndolo decir a un personaje palabras de resonancias mágicas, que parecen venir del fondo de las edades:

"Silence! Je revois l'innocente du monde,
J'entends chanter encor aux vents harmonieux
Les bois épanouis sous la gloire des cieux;
La force et la beauté de la terre féconde
En un rêve sublime habitent dans mes yeux.

Le soir tranquille unit, aux soupirs des colombes,
Dans le brouillard doré qui baigne les halliers,
Le doux rugissement des lions familiers,
Le terrestre Jardin sourit, vierge de tombes,
Aux anges endormis à l'ombre des palmiers."

Y en otra parte del mismo poema [1] :

"Eden, ô le plus cher et le plus doux des rêves,
Toi vers qui j'ai poussé d'inutiles sanglots..."

---

[1] Estrofas del poema "Qaîn", en los "Poèmes Barbares".

Evocación de la impensable Edad de Oro de todas las tradiciones antiguas —y de las tradiciones que se derivan de las antiguas; la llamada al tiempo en que el orden visible reflejaba el orden eterno, sin distorsión alguna, a la manera de un espejo perfecto. Este poema es también el grito de desesperanza de quien se siente transportado a pasar de sí mismo siempre más lejos de este mundo ideal, pero inaccesible porque es *pasado*, de quien sabe que ningún combate “contra el tiempo” le devolverá ese mundo ideal. Es la expresión de la nostalgia universal por el alba gloriosa de nuestro ciclo, y del alba de todos los ciclos —nostalgia que en la vida cotidiana se traduce por esa tendencia de todos los hombres, o casi todos, incluidos la mayoría de los jóvenes, a preferir al menos un aspecto del pasado en vez de un presente cada vez más decepcionante.

Quien afirma que habría preferido vivir en otra época en vez de en la suya no sabe lo que dice. Es probable que incluso observando la personalidad presente y el recuerdo de la fealdad de su tiempo, si él pudiera transportarse efectivamente a una época pasada de su elección, no tardaría en ser decepcionado. Tras la emoción del efecto del contraste de épocas, él comenzaría a notar que, todo lo que visto desde lejos, en el tiempo, idealizaba, *visto de cerca*, le chocaría. Lo que él busca en realidad, a lo que él aspira sin saberlo, es a la única edad de nuestro ciclo (como de todos los ciclos) que, siendo ninguna perspectiva lisonjera; la única edad que no puede decepcionar.

Toda nostalgia individual del pasado (histórico) encubre y expresa la inmensa añoranza universal por la Edad de Oro, o Edad de la Verdad (el *Satya Yuga* de las escrituras sánscritas). Toda melancolía del hombre maduro o anciano, al pensar en su propia juventud, simboliza también, aunque en un grado más bajo, la nostalgia por la juventud del mundo, nostalgia latente en todos los seres vivientes, y cada vez más intensa en algunos hombres, en la medida que un ciclo temporal se aproxima a su final.

* * * *

El avenir, el futuro, personal o histórico, es también tan impenetrable, tan imposible de *vivir*, como el pasado. Nosotros podemos, todo lo más, razonando por antología, o dejándonos llevar por el ritmo del hábito, deducir o imaginar lo que pasará de inmediato. Podemos decir, por ejemplo, que la carretera mañana estará cubierta de escarcha, ya que acaba de llover esta noche y seguidamente la temperatura ambiental ha descendido por debajo de los cero grados centígrados; o que los precios de las mercancías van a aumentar porque los huelguistas de los servicios de transporte han obtenido mejoras salariales; o que tal establecimiento comercial, "abierto todos los días excepto el lunes", estará abierto el próximo jueves. Por el contrario es totalmente, para quienquiera que sea sólo un ser humano, predecir cómo será Europa dentro de tres mil años, del mismo modo que nadie podía, en la Edad del Bronce, imaginarse el aspecto actual de Europa, con sus ciudades industriales ocupando el lugar de sus antiguos bosques.

Esto no quiere decir que el avenir no "exista" ya, de cierta forma, en tanto sólo que conjunto de virtualidades destinadas a realizarse, y que esta "existencia" no sea tan irrevocable como la existencia del pasado. Para una conciencia liberada de la servidumbre del "antes" y del "después", *todo* existiría con el mismo título, el avenir como el pasado, en eso que los sabios llenan el "eterno presente" —lo intemporal. Predecir un estado de cosas o un acontecimiento futuro, no es deducirlo de datos conocidos, a riesgo de equivocarse (al omitir tener en cuenta ciertos datos ocultos, es decir incognoscibles); es *verlo*, del mismo modo que un observador, sentado en un avión, capta un detalle del paisaje terrestre, en medio de muchos otros que también aprehende en conjunto, mientras que un viajero, que recorra el mismo paisaje, sobre el suelo, sólo puede distinguir, dentro de una sucesión de detalles de la que él mismo forma parte, "antes"

tal detalle, "después" tal otro detalle. En otras palabras, lo que nosotros —nosotros, prisioneros del tiempo— concebimos como una posibilidad discutible, *visto* desde "el eterno presente" se convierte en un verdadero hecho; un "dato", tan irrevocable como el pasado. Se trata, pues, de un asunto de perspectiva —y de clarividencia (un paisaje contemplado desde lo alto, es visto con más nitidez por el observador dotado de una buena visión. Pero basta dominar con la vista el paisaje para tener una visión de conjunto; visión de conjunto que el hombre situado sobre el suelo no posee, por rápido que pueda ser su desplazamiento).

La historia relata que el 18 de Marzo de 1314 Jacques de Molay, antes de ser conducido a la higuera, apela "al tribunal de Dios" para que se pronuncie sobre los dos hombres responsables de la supresión de su Orden: al papa Clemente V, "en un mes", y al rey Felipe el Hermoso, "en un año". Estos dos hombres murieron en los plazos fijados, o mejor, *vistos* en la óptica del eterno presente por el último Gran Maestre de los Caballeros del Templo. Y ya dieciocho siglos antes de Jacques de Molay, Confucio, interrogado por sus discípulos sobre la influencia que tendría su enseñanza, les respondió, según se dice, que su doctrina "dominaría en China durante veinticinco siglos" [1]. En este siglo XX en que vivimos se cumple la aseveración hecha por Confucio. También Confucio había *visto*, con esa óptica del sabio que se eleva por "encima del tiempo", desde su comienzo a su final, una evolución que ningún cálculo podía prever.

Lo repito, el sabio capaz de trascender el tiempo es ya más que un hombre. El avenir, ya "presente" para él, que *lee*, permanece, en la conciencia sometida al "antes" y al "después", como algo que se construye a cada instante, como prolongación del presente vivido; el cual deviene a cada instante presente, o mejor *pasado*, no siendo el "presente" más que un límite moviente. El *avenir,* inalterable como el pasado, ya que es vivido por muy pocas conciencias de manera que pasado y presente son

[1] Confucio vivió entre los años 551 a 479 antes de Cristo.

vistas como un presente. Esto no impide que, mientras el avenir no ha devenido pasado, sea sentido por el hombre que vive al nivel del tiempo, como más o menos dependiente de una *opción* en cada momento. No hay más que el pasado del cual la conciencia ligada al tiempo tiene la certidumbre de que ese pasado es dado, irrevocablemente —como resultado de una anterior opción (si así se cree), pero el cual pasado ya no se puede modificar, de cualquier manera que se considere.

Se me dirá que "si en la óptica del hombre (situado) por encima del tiempo, el avenir está 'dado' con el mismo título que el pasado, ¿qué resulta de las nociones de libertad y de responsabilidad? Si un sabio es capaz de ver, con siglos de anticipación, hasta cuándo está destinada una doctrina civilizadora a conservar su crédito en uno o varios pueblos, ¿de qué sirve militar 'a favor' o 'en contra' de cualquier cosa?"

En respuesta a esto, creo que hay algunas observaciones que hacer. En primer lugar, hay que precisar que toda *acción* —en el sentido en que nosotros la entendemos cuando hablamos de "combate" y de "militantes", o cuando tenemos en cuenta los gestos de la vida cotidiana— está inmediatamente ligada a la noción de tiempo (de tiempo, por lo menos, si no, por añadidura, del espacio). Hace falta notar, que las concepciones filosóficas de libertad y de responsabilidad no tienen un sentido más que en conexión con una acción, directa o indirecta —actual o posible y aún incluso materialmente imposible de dirigir o modificar por parte de quien la concibe, como es el caso de toda acción pensada retrospectivamente— y siempre *con una acción*, que habría podido o debido ser *pensada*. Hace falta, por último, comprender que como consecuencia de esto, estas nociones de libertad y de responsabilidad ya no tienen sentido cuando, desde el estado temporal, uno se eleva al estado de la conciencia extratemporal.

Para el que se coloca en el "eterno presente", es decir fuera del tiempo, ya no hay cuestión de libertad ni de responsabilidad, sino únicamente *de ser o de no ser*; de posibilidad y

de absurdidad. El mundo que vemos y sentimos, que otros han visto y sentido o bien que verán y sentirán —conjunto de posibilidades indefinidas que han tomado o que tomarán cuerpo— es simplemente lo que es y, vista la naturaleza íntima de cada una de las existencias limitadas (individuales) que lo componen, no podría ser otra cosa. La conciencia situada por encima del tiempo "ve" al mundo, pero *no forma parte* del mundo, se debe a sí misma y desciende a veces, en tanto que instrumento clarividente de una acción necesaria.

Los seres que, privados de la palabra, y por lo tanto de ideas no pueden *pensar*, actúan, pero no son responsables. Se comportan según su naturaleza, y no podrían comportase de otra manera. Para los animales, "ser libre" consiste, en suma, en no ser contrariados en la manifestación de su espontaneidad o en el ejercicio de sus funciones, por alguna fuerza *exterior* a ellos: en no ser encerrados entre cuatro muros o entre las rejas de una jaula; en no llevar no arreos ni bozal; en no ser atados, o privados de agua o alimento, o del acceso o compañía de individuos de su misma especie y de sexo opuesto, y —en el caso de las plantas— en no ser privadas de agua, de tierra y de luz natural, y en no ser desviadas en su crecimiento por algún obstáculo. Se podría decir que la mayor parte de los seres humanos no son, aunque puedan hablar, ni más libres ni más responsables que la más humilde de las bestias, o incluso que las plantas. Estos seres humanos hacen, exactamente como el resto de los seres vivientes, lo que sus instintos, sus apetitos y la solicitud de cada momento les impulsa hacer, y esto, en la medida que los obstáculos y contrariedades exteriores se lo permitan. Todo lo más, gran número de estos seres humanos se creen responsables, por haber oído repetir que ello es "propio del hombre", y (sin embargo) se sienten, en sus "apartamentos" (de las colmenas urbanas) o "habitaciones de alquiler" —entre el frigorífico, la lavadora y el televisor— así como en las fábricas y oficinas, donde pasan cada día ocho horas bajo la cegadora luz de neón, menos cautivos que los

desgraciados tigres de un jardín zoológico (lo que demuestra que los tigres son más sanos de cuerpo y de espíritu que esos hombres, pues los tigres tienen conciencia de su cautividad, ya que ellos sufren) [1].

La libertad [2] y la responsabilidad, en grados diferentes, hay que buscarlas *entre* dos planos diferentes y extremos: la acción sin el tiempo *sin* pensamiento y la conciencia fuera del tiempo, sin acción, o acompañada de una acción completamente desatada, impersonal, cumplida de acuerdo con una necesidad *objetiva*. Dicho en otros términos, nadie es "libre" de una manera absoluta, si se entiende por "libertad" poder orientar el futuro a capricho. El avenir está aparentemente orientado, ya que existen algunos pocos sabios que lo conocen por anticipado, o más bien que lo aprehenden como un "presente". Pero es innegable que el hombre de buena voluntad que vive y piensa en el tiempo, tiene, cada vez que ha de tomar una decisión, *la impresión de elegir* entre dos o varias posibilidades; tiene la *impresión* de que el porvenir, al menos en su curso inmediato —y también en su curso lontano, si se trata de una decisión de alcance histórico evidente— *depende* en parte (y a veces en su totalidad, a escala de nuestra Tierra) de él. Esto no es, sin duda, más que una impresión. Pero se trata de una impresión de una tal tenacidad que es imposible no tenerla en cuenta, desde el punto de vista psicológico. Esta impresión forma parte de tal manera de la experiencia de todo hombre, de alma un poco compleja, que debe actuar en el tiempo, que esta impresión persiste, aunque ese hombre esté informado por adelantado —sea por una invencible intuición, sea por la evidencia de hechos que se suceden, sea por alguna profecía a la que él da crédito— sobre lo que sucederá en el futuro *a pesar* de su acción personal.

---

1 Por el contrario, el "esclavo del siglo XX", masificado, cosificado por la publicidad y propaganda, se cree "un hombre libre".

2 Se trata, naturalmente, aquí, de la libertad en el sentido en que esta palabra es generalmente comprendida, no de la "libertad" en el sentido metafísico que entiende por ejemplo René Guénon.

A veces incluso, si su alma es menos compleja, es decir menos dividida contra ella misma, el agente que presiente, que *sabe* cuál será el ineluctible curso de los acontecimientos, se decidirá —y esto, sin necesidad, para él, de "deliberar"— a favor de la acción más inútil desde el punto de vista práctico. El último rey de los ostrogodos en Italia, Tejas, *sabía* que en adelante, a los suyos les sería imposible permanecer siendo los dueños de la península itálica. Esto no le impidió lanzarse sin la menor duda a la lucha contra Bizancio y encontrar, en la famosa "batalla del Vesubio" —en el año 563— una muerte digna de él. Se le atribuyen unas palabras históricas, que, aunque no las hubiera pronunciado efectivamente, explican bien su actitud: "Para nosotros, no se trata de abandonar o de no abandonar Italia; se trata de abandonarla con o sin honor". Son palabras de un señor y... palabras de un hombre "contra el tiempo", es decir vencido por anticipado en el nivel material.

Se puede decir que a medida que se desarrolla lo que las escrituras sánscritas llaman la Edad Sombría, y que a medida que un ciclo temporal se aproxima a su final, cada vez más señores —señores en el sentido biológico y también en el sentido psicológico de la palabra— son los hombres "contra el tiempo", vencidos de antemano en el plano material. Y ellos no se sienten menos "libres" en su opción espontánea del acto prácticamente inútil. La impresión de libertad no está pues ligada a la duda y a la "deliberación" antes de tomar una decisión. Esta impresión de libertad está ligada a la capacidad que tiene el agente de *imaginar* un porvenir diferente del porvenir que se desprenderá de su acto —porvenir, en efecto, que él querría ver desarrollarse, si esto fuera posible— y también está ligada dicha impresión de libertad a la ilusión que él tiene de ser él mismo fuente y principio de este acto, mientras que ocurre que él no es más que el instrumento de realización de posibilidades destinadas, en nuestro mundo del tiempo al pasar del estado virtual al actual, puesto que existen ya, en el estado de *actualidades*, en el "eterno presente". En otras

palabras, esta impresión de libertad está ligada a la vez al pensamiento del agente, y a su ignorancia. Para el hombre que actúa en el tiempo, la verdadera libertad consiste en la ausencia del apremio exterior o interior (es decir, apremio proveniente de contradicciones profundas en su “yo”) y en la paternidad total del “yo” con relación a la decisión y al acto. La ignorancia de ese porvenir que se desprende en parte a veces del acto —pero que puede no desprenderse, en el caso de un acto prácticamente inútil— puede ayudar a ciertos hombres a actuar (se ha dicho que el hecho de saber por anticipado la suerte que esperaba a su civilización, había anulado el poder de decisión de los jefes aztecas e incas del siglo XVI, hasta el punto de impedirles resistir a los españoles tan rápida como vigorosamente habrían podido hacer, si ellos no hubieran conocido las profecías sobre su destrucción). La ignorancia del porvenir puede dar la ilusión de la ausencia de constreñimiento —a saber, de la ausencia de constreñimiento del destino— y puede permitir así la eclosión de la esperanza, que es un impulso para la acción.

Pero, como ya he dicho más arriba, los fuertes no tienen necesidad de la ayuda de la esperanza para realizar lo que les dicta el sentido del honor, el cual es siempre la conciencia de una *fidelidad* a un jefe, o a una idea, o a ambos, y también la conciencia del deber que dicha fidelidad implica. Incluso, con pleno conocimiento de que el porvenir se les escapa, que su verdad bien amada permanecerá en lo sucesivo en las catacumbas, y esto, indefinidamente, los fuertes se decidirán por la acción, inútil, ciertamente, pero honorable; por la acción *bella*, hija de todo lo que hay de más permanente, de lo más fundamental en su “yo” de señores, acción de la cual ellos serán rigurosamente responsables y que jamás lamentarán, porque esa acción es “ellos” mismos.

Los fuertes pueden, ciertamente, imaginar un porvenir diferente del porvenir que ellos vislumbran con horror y disgusto, y contra el cual oponen toda su actitud. Pero ellos no pueden

imaginarse a sí mismos actuando de otra forma de cómo actúan. No hay, en ellos, ni "deliberación" ociosa, ni opción, sino reacción de todo su ser ante una alternativa elemental: entre ser, o negarse a sí mismos (entre ser o no ser); se trata de una *necesidad interna* —exactamente como en el caso del sabio "por encima del tiempo", cuando actúa. La única diferencia está en que los que todavía no "ven" el porvenir desde el punto de vista de lo eterno, esta necesidad interna no se confunde forzosamente con la necesidad interna que rige al cosmos visible e invisible, el ser mismo, más allá de sus manifestaciones. Esa necesidad interna de quienes no "ven" el porvenir desde lo eterno puede, accidentalmente, confundirse con la necesidad interna del cosmos. Pero esa necesidad, dado que los sabios son raros y una personalidad de gran carácter no siempre se pone al servicio de una idea *verdadera*, de una causa eterna, *puede* sólo representar la fidelidad de la acción al "yo" del agente. Esto basta para hacer absolutamente responsable al agente. Porque se es responsable totalmente con lo que uno se siente solidario; en primer lugar, con la propia acción, en la medida que dicha acción expresa su verdadero "yo"; y, después, con las acciones de quienes uno está ligado por una fe común. ¡Tanto peor para el hombre que da su energía a una doctrina que le aleja de lo eterno en lugar de aproximarle! Ningún valor del individuo en tanto que tal, ninguna nobleza de carácter puede hacer verdadera una idea falsa, ni puede hacer objetivamente defendible una causa centrada sobre ideas falsas o sobre medias verdades.

* * * *

Quien se alza por encima del tiempo y, a pesar de esto —o a causa de esto incluso, si él sabe que tiene alguna misión que cumplir—, juzga bueno actuar en el tiempo, actúa con la seguridad de los seres que no eligen opción; con la seguridad de la planta que crece en dirección al sol, con la del imán que atrae al

hierro, o la de los cuerpos que se combinan para dar los compuestos que estudia la química. Actúa con conocimiento, ciertamente; pero *sin deliberación* ni *opción*, ya que él "sabe" claramente que no hay opción más que para la conciencia que no sabe, o para la que sabe imperfectamente (no se "elige" entre estos dos juicios: "Dos más dos son cuatro" y "Dos más dos son cinco". Se sabe que el primero es verdadero y que el segundo es falso. Tampoco se "elige" pensar que un objeto es blanco, si se le ve tal. Se siente la imposibilidad de conferir a tal objeto todo juicio que excluya la idea de "blancura").

¿Qué es lo que puede incitar a la decisión a quien está todavía prisionero del tiempo —que no "sabe", que no "ve" cómo será el porvenir a cuya creación él contribuye, y que tiene la impresión de "elegir" su acción? ¿Qué es lo que puede incitar la decisión de quien, aunque ignore el futuro, pero sabe que el porvenir se desenvolverá *contra él*, y contra todo lo que él estima más en el mundo, y sabe, por tanto, que sobre el plano práctico, su acción será, para él, totalmente inútil? ¿Qué es lo que podía sostener en su comportamiento a hombres tales como Tejas, el último rey de los godos en Italia? ¿Qué podía impulsar al comportamiento de los príncipes y guerreros amerindios, quienes, a pesar del decreto de sus propios dioses, descifrado en el cielo por los sabios de su país, lucharon, aunque demasiado tarde —pero con heroísmo desesperado— contra los españoles? Y, más cerca de nosotros, ¿qué fuerza interior animaba a tantos millares de alemanes y de arios del mundo entero que, cuando ellos sabían que todo estaba perdido, cuando incluso sólo quedaba, del gran Reich nacionalsocialista, un terreno, de algunos metros cuadrados de extensión, batido por la artillería del ejército rojo, continuaban luchando como leones contra un enemigo numéricamente superior en la proporción de uno a quinientos? ¿Qué es lo que puede sostener en su acción, en su rechazo del abandono, en su desafío, en su actitud inútil, no a esos mártires que entrevén, más allá de la muerte, un porvenir de beatitud que les resarcirá de los

peores suplicios de este mundo, sino a esos fervientes luchadores de todas las causas perdidas que no tienen esperanza ni en este mundo ni en otro —que, incluso, no son lo bastante lúcidos como para imaginarse el triunfo de su verdad en el alba de un ciclo temporal futuro y que, hablando en el ámbito humano, deberían tener la impresión de combatir, de sufrir y de morir por nada? ¿Qué pueden ellos oponer a esta nada, que merezca todos los sacrificios?

A esa nada ellos le pueden oponer —y le oponen, sin duda, aunque sea en su subconsciente— la única certidumbre que permanece cuando todo lo demás se desploma: la certidumbre de la irrevocabilidad del pasado. Para ellos, ya no se trata del porvenir de su pueblo y del mundo, sobre el cual porvenir ellos no tienen ninguna influencia. Tampoco se trata, menos aún, de su porvenir personal, el cual desde hace largo tiempo ha cesado de interesarles. Se trata de la belleza del momento que ellos quieren vivir, en seguida, dentro de un segundo, dentro de una hora, poco importa cuándo; se trata de la *belleza* de ese momento que representa, en el tiempo sin fin, la última escena de su combate, momento que, desde que es vivido, reviste esa inquebrantable estabilidad que es la esencia misma del pasado; que “existirá” en la manera del pasado, durante millones y miles de millones de años, cuando ya no haya sobre la tierra ninguna memoria que lo recuerde —cuando incluso ya no exista la Tierra, ni el sistema solar; cuando todos los mundos visibles de hoy hayan cesado de existir materialmente. Ellos saben que ese momento es todo lo que depende todavía de ellos; poder hacer que ese momento sea bello o feo —bello es ese momento se inserta en la estructura misma de su ser, tal como el detalle perfecto que corona una obra de arte, la última frase perfecta de una composición musical, sin la cual la obra estaría truncada, manca, cortada en su impulso; feo será el acto que contradice, que traiciona la estructura misma de su ser; si, lejos de completar o coronar una obra de arte, le quita su valor; si la destruye, del mismo modo que el último toque de

pincel puede cambiar una sonrisa en un rictus, o del mismo modo que una gota de líquido impuro puede ensuciar, destruir para siempre, el más excitador de los perfumes. Ellos saben que depende de ellos mismos hacer que ese momento sea bello o feo, y según así sea, ese momento proclamará eternamente su honor o su vergüenza; su fidelidad a su verdadera razón de ser, o su reniego [1] .

El horror por una eternidad de fealdad —porque la repulsa del hombre de honor ante la acción o actitud envilecedora, no es otra cosa— es quizás más determinante aún que la aspiración del fiel, vencido en el plano material, a permanecer siendo él mismo más allá de la derrota. En efecto, siendo raro que un hombre se conozca a sí mismo antes de que las circunstancias le hayan revelado *su* verdadera escala de valores, menos aún se conocerá en una cierta medida, negativamente. Si él no sabe, en general, de qué es capaz, menos tiene él —y esto, aparentemente, desde el despertar en él de la consciencia de sí mismo— una idea o un sentimiento bastante neto de algunas acciones que él jamás sabría realizar, de algunas actitudes que *jamás* podrían ser suyas, cualesquiera que fueran las circunstancias. Al hombre de buena raza le repugna espontáneamente cualquier acción o actitud degradante. Él sabe que una vez realizada esa acción o tomada esa actitud —una vez hecha parte integrante del pasado, en lo sucesivo incambiable— esa acción o actitud le marcaría eternamente, es decir le ensuciaría y afearía irremediablemente. El hombre de buena raza se rebela contra esa

---

1 Renegar de los principios que se han profesado, de un rey o de un jefe a los que se ha pretendido amar y servir en tanto que se obtenía alguna ventaja tangible, cuando unos y otros devienen impopulares. Este hecho no prueba que “uno se había equivocado de camino” —en tal caso, se habría cambiado antes—, sino que muestra que sólo el confort y los goces comprables se consideran dignos de buscar, que se es incapaz de desprendimiento desinteresado no sólo hacia los jefes traicionados, sino hacia todo; que no se tiene ni honor ni coraje, es decir que no se es un “hombre”, aunque se tenga forma humana. Porque un cobarde no es un hombre.

proyección de su "yo" degradado —contra ese contraste entre la nobleza, la belleza que él siente en sí mismo, y la imagen que él se hace de la fealdad, inseparable de toda cobardía, que revestiría su ser caído. ¡Todo antes que esto! ¡*Todo*, antes que convertirse en un objeto tan repugnante! —y esto para siempre, porque ninguna contrición puede *borrar* lo que ha sido una vez; ningún perdón puede cambiar el pasado.

Lo que se puede decir del vencido de este mundo que actúa "contra el tiempo" —es decir inútilmente, desde el punto de vista de su entorno hostil— es también verdad para quienes toda acción propiamente dicha está prohibida, sin que ellos hayan trascendido el dominio temporal, y que continúan viviendo, día tras día, durante años y decenas de años, en el espíritu de una doctrina a contracorriente del tiempo. Ellos, por el sólo desarrollo de su existencia, legan tras de sí, la expresión cada vez más obstaculizada, de una página indeleble de la historia no escrita. El más humilde entre ellos podría reivindicar un parentesco espiritual, lejano, sin duda, pero innegable, con ciertas figuras ilustres: con una Hypatia, en la Alejandría de los siglos cuarto y quinto, cada vez más ganada para el cristianismo; un Pleuthon, del siglo quince, en un ambiente impregnado de teología cristiana, de helenismo bizantino. Él podría, por sus momentos de depresión, pensar en quienes, en una inactividad forzada, casi completa —o en una aparente actividad, que sus perseguidores se ingenian en hacer inútil [1] — continúan siendo, en una cautividad indefinida, testimonio elocuente de su fe (pienso, al escribir estas líneas, en Rudolf Hess y en Walter Reder, encarcelados el primero desde el año 1940, y el segundo desde 1943). Se podría decir con razón que él *es*, que sus hermanos en la fe *son*, y esto para siempre; que todo lo que ellos representan se

[1] Las legumbres y frutas que se permitía cultivar a "los siete" de Spandau, eran sistemáticamente destruidas al madurar. Nadie se aprovechaba de esos vegetales. Y a los prisioneros se les privaba de la satisfacción de la obra realizada.

prolonga en ellos mismos, ya en nuestro mundo visible y tangible. El helenismo antiguo *vive* en Pleuthon, así como en algunos otros hombres del siglo quince, en la medida en que éstos han guardado el espíritu. Del mismo modo, la "verdadera Alemania", es decir la Alemania que en el Hitlerismo ha reencontrado su espíritu de siempre, *vive* en la celda de Rudolf Hess —y más invenciblemente que en cualquier otro sitio, ya que el cautivo de Spandau es uno de los iniciadores espirituales del movimiento más-que-político que representaba "el Partido" en sus orígenes, y probablemente uno de los coiniciados del Führer. Alemania también vive —Alemania, su verdad y su visión— en Walter Reder y entre todos los fieles alemanes aún cautivos, con el mismo título, si cabe, que en las inmortales figuras del irrevocable pasado cuales son, por ejemplo, el Doctor J. Goebbels y su esposa, que para no sobrevivir al Tercer Reich, arrastraron consigo a su brillante muerte a los seis hijos que ellos habían dado al Reich. Aquí yo no menciono al mismo Führer, cuya vida toda es la vida del hombre a la vez "fuera del tiempo" y "contra el tiempo" —"fuera del tiempo", si se le considera desde el punto de vista del conocimiento, "contra el tiempo" (contra la corriente de decadencia universal, cada vez más evidente en nuestro final de ciclo), si se habla desde el punto de vista de la acción.

Yo añadiría que, a menos que se haya, como Hitler, trascendido el tiempo mediante la consciencia directa de "la significación original de las cosas" [1], no es posible, aunque sólo fuera por algunos años, arrastrar a millones de personas a un combate contra la tendencia general de la manifestación temporal, sobre todo cerca del final de un ciclo. Quien todavía sometido al "antes" y al "después" no puede con toda objetividad vincular su acción o su actitud a la "significación original de las cosas", no se justifica más que por la *belleza* de ese episodio de la historia no escrita que es, y permanecerá siendo, incluso desconocido para siempre, su *propia historia*. La consciencia de esa belleza de algo

[1] "Der Ursinn der Dinge" ("Mein Kampf", edición del año 1935, pág. 440).

que nada podrá nunca destruir es lo que hay de más exaltante en el individuo —tanto más por cuanto toda belleza es, incluso si él no se da cuenta, la irradiación de una verdad oculta.

Pero en tanto que experiencia vivida, ella no concierne más que a él y a quienes aceptan los mismos valores. Ella puede ser suficiente para él. Para muchos de entre ellos, ya, ese pasado inmutablemente bello no será pronto más que un pasado. Solamente el que, siendo elevado fuera del tiempo, *sabe* que su acción "contra el tiempo" refleja la verdad de siempre —la verdad, cuya fuente es el orden divino- puede transmitir a las multitudes *no* esta verdad (que es incomunicable, y que, por otra parte, no les interesa), sino *su fe* en la acción necesaria; su convicción de que su combate contra los valores invertidos, pero durante largo tiempo predicados y aceptados, contra las ideas erróneas, contra el derribo de las jerarquías naturales, es lo único digno de todos los sacrificios. Sólo él lo puede, porque tiene, a la vez que la alegría del combate, incluso prácticamente inútil, en nombre de una idea *verdadera*, la visión de nuestro ciclo histórico en el "eterno presente", en lugar del curso del desenvolvimiento indefinido de todos los ciclos; porque él tiene, en la objetividad de esta visión, una luz capaz de proyectarse, aunque sólo sea un instante —algunos años— sobre nuestro mundo, como un reflejo anunciador del alba del próximo ciclo; una fuerza capaz durante un instante de retener en su curso la desintegración.

Las multitudes de gentes son seducidas por esta luz y sienten esta fuerza —pero no durante mucho tiempo. Toda masa es, por naturaleza, inerte. El hombre de visión que fue Adolf Hitler, durante algún tiempo, atrajo hacia sí a muchedumbres privilegiadas [1], como el imán atrae al hierro. Esas masas sintieron que tenían como jefe a un dios —un hombre en contacto con el "sentido original (eterno) de las cosas"—. Pero esas masas no le comprendieron. Desaparecido Hitler, esas muchedumbres se han convertido en las masas modernas. En todo caso, esas masas han

[1] "Privilegiadas por el hecho de haber sido atraídas."

quedado marcadas en su sustancia por el recuerdo de una experiencia única, y han recibido la impronta de una inmensa nostalgia —una nostalgia que el torbellino de la vida harta de la idea del dinero, de la producción, del confort y saturada de placeres que se pagan con dinero, no puede disipar. Es sintomático que, por ejemplo, sólo en la llamada Alemania occidental, según dicen, más de trece mil jóvenes se suicidan cada año.

Afortunadamente, también hay una juventud que, sabiendo que no verá jamás algo equivalente a lo que fue el Tercer Reich, *vive* con coraje y convicción la fe a contracorriente del tiempo —la fe en la eternidad de la raza, símbolo concreto de lo eterno más allá del mundo visible— la cual fe le fue a esa juventud encomendada conservar por el Führer en su testamento llamado "político". Esa juventud vive la fe con valentía y sin esperanza, a la manera que la viven los fuertes, los cuales no tienen necesidad ni de apoyo ni de consuelo. Cuando estos jóvenes, que ahora tienen doce, quince o dieciocho años, lleguen a ancianos, y quienes entre estos ancianos hayan permanecido indefectiblemente fieles durante todos los días de su vida —en pensamiento, por su silencio; en sus discursos, todas las veces que les haya sido posible; por su comportamiento en las "pequeñas" cosas, como en las grandes—, estos fieles, aunque jamás lleguen a elevarse por encima del "antes" y del "después", podrán, al considerar esa página de la historia no escrita que representa su vida, sentirse contentos de ella como de una obra de belleza. A esta página, sus hijos añadirán otra página. Y la fe se transmitirá

Finalmente, hay algunos muy raros fieles que, sintiendo en la enseñanza del Führer una doctrina metapolítica, se afanan en su estudio a fin de, independientemente de la guerra perdida y de la tenaz hostilidad del mundo entero, descubrir lo que la hace ser de inquebrantable valor. Estos pocos fieles poco a poco se dan cuenta de que el Hitlerismo —el racismo ario en su expresión de ayer y de hoy— si se le examina despojado de las

contingencias que han marcado su eclosión, no es nada más que *una* vía, que implica la aceptación de *la* verdad suprema. Y ellos se esfuerzan en vincularse al jefe desaparecido, al vincularse a quién él era efectivamente: a quién, en el Bhagawad-Gîta, enseña al guerrero ario el misterio de la unión al Ser infinito, mediante la acción violenta, desprovista de toda atadura; a quién regresa de edad en edad a combatir “por la justicia”, es decir por la restauración del orden divino, contra la corriente del tiempo. Dicho en otros términos, esos pocos fieles buscan lo eterno, seguros de que solamente en esa vía reencontrarán el orden divino, lo eterno.

CAPÍTULO VI

DESARROLLO, TÉCNICA Y TRADICIÓN

"Plus de fracas sonores aux parois des abîmes;
Des rires, des bruits vils, des cris de désespoir.
Entre des murs hideux, un fourmillement noir,
Plus d'arceaux de feullage aux profonduers sublimes".

(Leconte de Lisle, "La Forêt vierge, Poèmes Barbares.)

Después del desastre de 1945 se empezó a hablar del "mundo libre" y del "otro", es decir del mundo donde reina la democracia y del mundo dominado por el comunismo —la única ideología llamada totalitaria, y cuyos fervientes seguidores tomaron el poder como resultado de la destrucción del Tercer Reich.

He aquí lo que yo pienso sobre cada uno de estos "mundos enemigos". Te diré que las diferencias entre el "mundo democrático" y el "mundo comunista", que quizás te desvían la atención sobre sus semejanzas, o mejor dicho, sobre sus afinidades, son superficiales, mientras que son profundos los rasgos comunes. Se te ha hablado y se te comunica hablando de esas diferencias a fin de que no te des cuenta a dónde te conduce esa propaganda. Se te repite que tú no habrías sido "más libre" en la Alemania hitleriana que hoy, bajo cualquier régimen marxista. Y se te repite tal cosa a fin de borrar por anticipado toda nostalgia posible hacia el Tercer Reich —que nosotros hemos admirado y defendido—, régimen basado, para nosotros, sobre el "trabajo en la alegría".

Si existe alguna cosa cierta en el mundo llamado "libre" —en el otro yo no he vivido y sólo lo conozco a través de las

críticas de una propaganda hostil y a través de los elogios que le prodiga su propia propaganda— es que ni una persona de cada diez mil trabaja "con alegría", ya que ni a una sola persona de cada diez mil le gusta su "empleo" o su "estado", para hablar como en otros tiempos. No les agrada su trabajo a justo título, con causa justificada. La persona cuyo trabajo le causa desagrado, generalmente, tiene una actividad (que ella vende, a fin de poder vivir, a un empleador individual, a un empleador colectivo, tal como una sociedad anónima, o al Estado) tan molesta, tan tediosa, que es, incluso con la mejor voluntad, imposible de amar. Y esto ocurre como fenómeno más general a medida de que una sociedad es técnicamente más avanzada, más mecanizada. Piénsese solamente en los millares de obreros a los que un sorteo siniestro ha condenado al trabajo "en cadena": a la repetición indefinida, durante ocho horas cada día, del mismo gesto monótono y desprovisto de toda utilidad sentida (puesto que el obrero no ve nunca el producto acabado —automóvil, avión o máquina perfeccionada— en cuya fabricación ha contribuido con cada uno de sus gestos); de un gesto sin significación real para quien lo realiza. Piénsese en la mujer, sentada en alguna "caja" de la entrada del ferrocarril metropolitano (del "Metro"), que durante ocho horas cada día perfora los billetes o tickets, tantos como viajeros que llenan los vagones del tren cada dos o tres minutos. Piénsese en la "mecanógrafa" que, a lo largo de la jornada, pulsa las teclas de las máquinas para escribir cartas (o informes o cualquier otro texto) cuyo contenido no le interesa ni le *puede* interesar.

Se podría alargar indefinidamente la lista de los trabajos que, por su propia naturaleza, *no pueden* tener interés para nadie. El número de tales faenas "indispensables" para la economía de una sociedad moderna no depende del régimen político bajo el cual vive la gente, sino únicamente del grado de mecanización de los rodajes de la producción y del intercambio. Y si alguna vez es posible suprimir una o dos de estas faenas, reemplazándolas por

máquinas —por ejemplo, por una perforadora automática de billetes, como las que hay ahora en los autocares de Alemania occidental y de Suiza—, jamás se logrará suprimir todas las faenas molestas. La evolución de las técnicas creará nuevas faenas parecidas: serán necesarios obreros para fabricar las piezas de las máquinas nuevas. Hará falta alguien que vigile el funcionamiento de esas nuevas máquinas. Ahora bien, es imposible hacer interesante —y aún menos, amable— la tarea de producir *ad infinitum* las piezas, todas idénticas, o la tarea de supervisar una máquina, siempre la misma. Y si por añadidura, esta tarea es realizada bajo la luz cegadora de los tubos de neón, y en medio de un ruido continuo (o con un fondo sonoro de "música ligera", más irritante todavía, para los oídos sensibles, que cualquier ruido de motores), se convendrá en aceptar que, para un número creciente de hombres la forma de tener que ganarse el pan es una servidumbre bastante molesta, cuando no un suplicio.

Pero no hay trabajos enojosos en sí, y por esto mismo agotadores, a pesar de la facilidad con que se los pone al alcance del primero que llega. Hay algunos trabajos que, sin duda, interesan a ciertas gentes, pero que no interesan a una porción considerable de asalariados que los ejecutan, y esto, o bien porque estos asalariados no han elegido su actividad profesional, o bien porque los han elegido por malas razones. Y la cuestión se plantea: ¿cómo es que en una época en que (en el "mundo libre" al menos) tanto énfasis se pone en los llamados "derechos del individuo" y en que, en los países técnicamente avanzados, existen tantas instituciones destinadas a ayudar a los padres a orientar a sus hijos en la vía para llegar a ser más felices y eficaces, cómo es, pregunto, que hay tal masa de descontentos, de fracasados, de amargados, de desarraigados y de desclasados, en una palabra, de gentes que no están en el puesto donde deberían estar, y que no hacen el trabajo que deberían hacer?

La respuesta presupone un cierto número de constataciones, la primera de las cuales es que es imposible pedir

a una *masa*, incluso aunque sea de raza superior, resistir durante largo tiempo —solamente unas décadas— a la presión de su entorno. Es evidentemente falso afirmar con Marx que el hombre no es otra cosa que lo que el medio económico hace de él. La herencia racial y la historia forman parte de la formación de la personalidad de los individuos y *de los pueblos*. Esto es innegable. Pero es preciso también admitir que, cuando se trata de una *masa*, cuanto mayor es la influencia del ambiente, en particular del medio ambiente técnico, en la formación de la personalidad colectiva, mayor es la falta de personalidad de las gentes. En otras palabras, cuanto más se trata de una masa, más tiende a verificarse en la práctica la proposición de base el marxismo: "el hombre es el resultado de su entorno". Casi se podría decir que Marx tendría razón, si la humanidad solamente se compusiera de masas. Es comprensible que las gentes que aman al hombre por encima de todo y no rechazan la vida masificada, sean marxistas (para no ser marxista, y para estar seguro de no llegar a serlo jamás, es necesario amar no "al hombre", cualquiera que sea, sino a las *elites* humanas: las aristocracias de raza y de carácter).

El medio técnico actúa sobre la masa: a través de la publicidad, le dicta las "necesidades" que debe tener o apresurarse a adquirir, a fin de animar la búsqueda creciente de la "felicidad" del hombre. El medio técnico propone al hombre la electrificación total de los trabajos domésticos y del ocio: en las casas modernas sólo hay que apretar un botón para calentar la cena, ya prefabricada; para limpiar el suelo, lavar la ropa, o ver en la pantalla del televisor, el filme del día (el mismo para millones y millones de espectadores y oyentes). Solamente puede resistir, a lo largo de su vida, la presión sugestionadora del ambiente técnico, aunque sea inconscientemente, el hombre que no siente interés por tales sugestiones, el hombre que sabe por adelantado lo que quiere y lo que no quiere hacer; un hombre, pues, mucho más consciente de su propia psicología (y en particular de su escala de valores) que el 95% de sus contemporáneos, los cuales no son

conscientes de su psicología, un hombre que, por la gracia de los dioses, *no pertenece a la masa.*

Este tipo de hombre, cualquiera que sea su profesión, no encontrará “su lugar” en el mundo moderno. El mero hecho de sentirse dichosos allí donde las tres cuartas partes de las gentes no encuentran más que aburrimiento, y por el contrario, sentirse fastidiado —tener la impresión irritante de “perder el tiempo”— en medio de las distracciones que la mayoría de la gente gusta, le margina, pone aparte a este tipo de hombre. Este hombre solamente se encuentra verdaderamente a gusto entre sus raros semejantes —él, que no posee radio de transistores, ni receptor de televisión; a él a quien la luz directa del neón molesta a la vista y a quien la música llamada “moderna” hiere el oído; él, que persiste en permanecer fiel a sí mismo, y que rehusa obedecer, como un robot, las consignas de la publicidad o de la propaganda; que rechaza la “seducción” de las cosas presentadas como “un progreso”, si él mismo no lo considera ventajoso o bueno. Es lógico que este hombre no haga nada para contribuir a “salvar” una civilización cuya ruina desearía; es lógico que en él vean un enemigo las gentes que admiran tal civilización. No es menos natural que una doctrina a contracorriente del tiempo —una doctrina que, en nombre de un ideal de la Edad de Oro, predica la rebelión, incluso la acción violenta contra los “valores” de nuestra edad de decadencia y sus instituciones— levante su ánimo y asegure su adhesión; él mismo es un individuo de los que yo he llamado “hombres contra el tiempo”.

Pero, ¿por qué las gentes, hijas sumisas y obedientes de nuestra época, se muestran tan insatisfechas y tan inquietas? ¿Cómo es que ese “progreso”, en el cual esas gentes creen tan firmemente, no les aporta, en el ejercicio de su profesión, un mínimo de alegría, sin la cual todo trabajo se hace molesto? El medio técnico no hace sino actuar sobre las masas; crea masas en todos los niveles. Desde que el desarrollo técnico sobrepasa un cierto “punto crítico”, punto por otra parte difícil de precisar, la

comunidad humana, *naturalmente jerarquizada*, tiende a dislocarse. Poco a poco, la comunidad humana es reemplazada por la masa; la masa, es decir, ante todo el *gran número*, poco o nada jerarquizado, ya que es de *calidad* inestable, moviente, imprevisible. Estadísticamente, la calidad está siempre en razón inversa a la cantidad. Desde este punto de vista, la técnica más nefasta —la directamente responsable de todas las consecuencias de la formación indiscriminada de masas sobre toda la superficie de la Tierra— es sin duda el arte de la medicina; es la técnica más nefasta, porque la medicina está en oposición flagrante con el espíritu de la Naturaleza desde un extremo al otro de la escala de los seres vivientes; ya que la medicina, en lugar de intentar conservar la salud, y toda forma de prioridad biológica de los fuertes, se esfuerza en curar las enfermedades y en prolongar la vida de los débiles o interviene para alargar la vida de los incurables, los monstruos, los idiotas, los locos, y toda clase de gente que una sociedad fundada sobre principios *sanos* consideraría deseable suprimir.

El resultado de los progresos realizados por esta medicina —realizados a costa de experimentos horrorosos practicados en bestias perfectamente *sanas* y bellas, que han sido torturadas y descuartizadas en nombre del "derecho" del hombre a sacrificarlo todo a *su* especie— es que el número de hombre sobre la Tierra aumenta en proporciones alarmantes, a la vez que su calidad disminuye [1]. No se puede tener calidad y cantidad al mismo tiempo. Es necesario elegir.

Hoy es un hecho comprobado que la población de la Tierra crece en progresión *geométrica*; y que, sobre todo, la población de los países "subdesarrollados" crece más velozmente que cualquier otra población. Estos países llamados "subdesarrollados" no han alcanzado el nivel técnico de los países

[1] En efecto, según estudios demográficos, la tasa de natalidad desciende alarmantemente en Europa y en toda la raza blanca. Dentro de 50 años, Alemania occidental habrá perdido 25 millones de habitantes (N. del T.).

industrializados, pero se les ha enviado una invasión de médicos; se les ha adoctrinado para que adopten "medidas de higiene" que antes no conocían, o, pura y simplemente se les han impuesto estas medidas. En consecuencia, ha aumentado la población, las ocupaciones tradicionales —los trabajos del campo, las diversas artesanías— no bastan para absorber las innumerables energías humanas disponibles. Resultado de todo esto es la desocupación laboral y el hambre generalizada, a menos que por doquier se instalen industrias mecanizadas, es decir que se convierta a la inmensa mayoría de la población cuyo número se cuadruplica cada treinta años, en *proletarios*; en consecuencia, a la mayoría de la población se les arrancará sus tradiciones, dondequiera que las haya y se les encerrará en locales fabriles a fin de que realicen trabajos que, por *su naturaleza misma* (porque son mecánicos) no pueden ser interesantes. La producción de mercancías subirá como una flecha. Entonces, será necesario colocar —vender— todo lo producido. Para esto, será necesario persuadir a las gentes a que compren lo que no necesitan ni apetecen, y se les tendrá que hacer creer que necesitan y desean todo lo que se ha fabricado. Esta será la tarea de la publicidad. Las gentes se dejarán caer en esta trampa porque ya son demasiado numerosas para ser medianamente inteligentes. Les faltará dinero para adquirir todo lo que no necesitan, pero que creen apetecer. Para ganar rápidamente ese dinero —a fin de gastarlo inmediatamente— las gentes aceptarán hacer trabajos enojosos, trabajos en los cuales no interviene nada de *creación*, y que además nadie querría realizar, en una sociedad menos numerosa. Estas gentes aceptarán los más tediosos trabajos, porque la técnica y la propaganda las habrá convertido en magma humano —una multitud más y más uniforme, o más bien informe, en la cual el individuo cada vez es más raro, mientras todo el mundo se cree o se imagina que tiene cada vez más "derechos", y aspira más y más a lograr goces comprables con dinero; resultaría, pues, una caricatura de la unidad orgánica de las viejas sociedades jerarquizadas, donde el

individuo no se creía nada en sí, pero vivía sana y útilmente, en su lugar, como una célula de un cuerpo fuerte y floreciente.

La raíz del descontento en la vida cotidiana, y especialmente en la vida profesional, hay que buscarla en estos dos fenómenos: la multitud y la prisa.

* * * *

Ya sabemos lo que responden los fervientes partidarios, marxistas o no, del "progreso" indefinido. Dicen: "Todo esto es provisional. Hoy, ciertamente, la multiplicidad de las nuevas necesidades tiene como consecuencias la premura de ganar dinero, y el hecho de que cada día más gente no duda en entregarse a las ocupaciones más deshumanizantes con tal de ganar dinero. Hoy, ciertamente, cada día más obreros tienden a convertirse en robots durante la tercera parte de su vida, es decir durante sus horas de trabajo, y en cierta medida, también, *después* de la jornada laboral (debido al hábito adquirido; por inercia). ¡Pero tranquilicémonos! ¡Todo esto va a cambiar, gracias al sacrosanto progreso! Ya tenemos, en las grandes empresas, máquinas ultracomplicadas —ordenadores, o "cerebros electrónicos"— capaces de resolver en algunos segundos, automáticamente, a partir de sus datos, problemas de cuya solución un hombre invertiría media jornada de tiempo. El obrero trabajaba doce horas, y hasta quince horas al día, hace menos de un siglo. Hoy, el obrero trabaja ocho horas, y esto cinco días a la semana. Mañana, gracias a la aportación de máquinas en todas las ramas de la producción, el obrero trabajará cinco horas, después dos horas al día, o quizás menos. Son las máquinas las que harán la faena —máquinas tan perfectas que bastará un solo hombre para supervisar todo un equipo de máquinas. Finalmente, el hombre no trabajará absolutamente nada. Su vida será una vacación ilimitada, durante la cual él dispondrá de todo el tiempo que desee para "cultivarse". En

cuanto a los inconvenientes de la superpoblación, se recurrirá a la limitación de la natalidad —mediante el famoso family planning [1].

De este modo se seduce a los "optimistas". Pero, la realidad será menos simple que la teoría. Siempre será así.

En primer lugar, hay que tener en cuenta que ninguna política maltusiana puede ser eficaz a escala mundial. Es mucho más fácil instalar factorías industriales en los países técnicamente menos desarrollados, y dar a sus habitantes, que hasta aquí han vivido en estado de naturaleza, la afición por comodidades tales como las máquinas lavadoras y los receptores de televisión, que incitar a esas mismas gentes a engendrar un número más reducido de hijos [2].

Las gentes de los países llamados "subdesarrollados" son menos influenciables a la propaganda anticonceptiva que las gentes de Europa occidental o de Estados Unidos. Para reducir el número de habitantes, sería necesario esterilizar forzosamente a nueve décimas partes de la población, o... suprimir la profesión médica y los hospitales, y dejar a la selección natural cumplir su obra, como ocurría antes de la locura de la edad técnica. Pero, he aquí que *nosotros*, los terribles "bárbaros", estaríamos prestos a tomar tales medidas, aunque ni estamos en el poder, ni contamos nada ni ahora ni en un futuro previsible. Los amigos del hombre, que son al mismo tiempo fervientes admiradores y defensores del progreso técnico indefinido, deberán pues acomodarse a un mundo en que el espacio vital humano será cada día más restringido y en el que, como consecuencia de ese "progreso", para provecho de ese primate que se dice "pensante", se reducirá

---

[1] En efecto, según estudios demográficos, la tasa de natalidad desciende alarmantemente en Europa y en toda la raza blanca. Dentro de 50 años, Alemania occidental habrá perdido 25 millones de habitantes (N. del T.).

[2] El eufemismo "Family Planning" oculta un sistemático "Birth Control" o, mejor dicho, reducción de la tasa de natalidad, cuya disminución, al contrario de lo que ocurre entre las razas no blancas, amenaza, sobre todo en Europa, a la existencia misma de la raza aria.

al minimum las superficies terrestres todavía ocupadas por los bosques, la sabana, el desierto, últimos refugios de los nobles seres vivientes que no son hombres. En vez de las masas hormigueantes de los países en el presente superpoblados, tendremos muchedumbres dos veces, tres veces, diez veces más compactas que las que, hoy, *cubren* literalmente la inmensa "Explanada" de Calcuta hacia las seis horas de la tarde, cuando el calor amaina. Dondequiera que uno vaya, se sentirá empujado, codeado, atropellado —y ocasionalmente, sin duda, volteado y pisoteado— por la multitud de gentes que, además gracias a las máquinas, ya no estarán en su lugar de trabajo, sino vagabundeando.

Hace falta ser necio para creer que, cuando desaparezca la fatiga que resulta del trabajo cotidiano, esos millares de seres ociosos se van a dedicar al estudio, o practicar alguna diversión en la que intervenga una parte importante de su capacidad de creación. Sólo tenemos que mirar alrededor de nosotros mismos para constatar cómo emplean su "tiempo libre" los obreros que trabajan cuarenta horas a la semana en vez de noventa, como hace cien años. La gente, en general, va al café, al cine, asisten a alguna competición deportiva o, más a menudo, escuchan en sus casas las emisoras de radio, o permanecen sentadas ante su receptor de televisión siguiendo con avidez (o con pasividad) lo que sucede en la pequeña pantalla. Algunas personas, muchas quizás, leen. Pero, ¿qué leen? Leen lo primero que cae en sus manos —porque para saber qué es lo que se *quiere* leer, y para esforzarse en encontrarlo, hay que estar mejor informado que lo que suelen estar las gentes, en general. "Lo que les cae en las manos", sin que se molesten en buscarlo, es, generalmente, o bien algún periódico o un libro que, sin ser perniciosos, son superficiales y no les hace *pensar* de ninguna forma, o también, algún producto de literatura decadente o tendenciosa: algún escrito que les falsea el gusto o el espíritu (o ambos), o les suministra una información inexacta e interpretada de manera que

les inculque una opinión determinada —la opinión que quienes detentan el poder mundial quieren que las gentes profesen—, o les haga suscitar los sentimientos que quienes están en el poder desean [1]. Por otra parte, a pesar de la enorme cantidad de material escrito que se publica sobre todos los temas imaginables, cada día existe menor número de libros trascendentes: libros que un hombre que sabe pensar relee cien veces, obteniendo en cada lectura un nuevo enriquecimiento espiritual, y en los cuales libros el hombre lúcido extrae intuiciones de grandes verdades cósmicas, es decir verdades humanas en nombre de las cuales ese hombre inspirado sería capaz de recomenzar su vida si le fuera posible. Y los individuos que buscan tales libros, evidentemente, no pertenecen a la masa.

¿Qué harán de su tiempo, pues, las masas humanas del mundo de mañana? ¿Cultivarán su espíritu, como imaginan los optimistas inveterados? No, en absoluto. Harán a lo largo de la jornada lo mismo que hacen hoy los proletarios de 1970 al regresar de la fábrica o de la oficina, o durante las vacaciones: mirarán y escucharán asiduamente los programas televisivos (o leerán revistas falaces en las playas), y se creerán dócilmente todo lo que los hombres del poder mundial (o los sucesores de estos hombres, designados por ellos mismos para ocupar los puestos de poder decisivo) se hayan propuesto. Irán al cine, asistirán a conferencias gratuitas, organizadas para ellos, siempre dentro del espíritu de los dirigentes del momento —que serán probablemente los mismos de hoy, a saber los vencedores de la segunda guerra mundial: los judíos y los comunistas, fervientes representantes (antiguos y modernos, respectivamente) de la Edad Sombría, centrados sobre “el hombre”. Harán viajes

---

1 Leen “France-Soir”, o “Caroline, Chérie”, o “La Mort est son Métier” (de Robert Merle; libelo sobre los “KL”), o cualquier artículo pseudocientífico sobre la “conquista del espacio” que les da la impresión de iniciarse en los misterios de la ciencia moderna, en tanto que siguen tan ignaros como antes, y, ahora, además son pretenciosos.

organizados en grupo, con guías indispensables —y música ligera, inevitablemente, en vehículos de transporte colectivo, autobuses o aviones, tanto a la ida como al regreso. En una palabra, la vida en perpetuo o casi en perpetuo ocio será regulada, dirigida —dictada a quienes vivan— por comités, elegidos mediante sufragio universal, tras una propaganda adecuada sobre las masas humanas.

Este futuro será tanto peor para quienes habrían preferido proseguir en silencio una creación que amarían porque la considerarían *bella*; o para quienes habrían querido organizar el mundo sobre *otras* bases y según otro ideal. Un futuro tanto peor para las personas —cada vez más raras— que rehusan dejarse "condicionar". Un futuro que será algo parecido a "Un Mundo Feliz", de Aldous Huxley [1] —con la diferencia de que en lugar de robots trabajando junto a las máquinas, serán los hombres-robot los que se distraigan bajo el mando y de acuerdo con la planificación oficial de las diversiones, mientras que las máquinas asegurarían su subsistencia. Ya no se podrá elegir la manera de emplear el "tiempo libre", del mismo modo que ya hoy la mayoría de la gente no elige el trabajo que le permite "ganarse la vida". Será considerado preestablecido —dado como presupuesto— que todos los hombres tienen prácticamente las mismas necesidades y *los mismos gustos*, lo cual está en flagrante contradicción con la experiencia cotidiana de las gentes no condicionadas, personas que piensan por sí mismas, de las que afortunadamente, aún quedan (hoy, ya, por ejemplo, en ciertos autobuses de turismo, se da por supuesto que todo el mundo debe oír, quiera o no, el mismo tipo de "música" o cualquier otro programa radiado, y esto, a veces, durante todo el recorrido del viaje).

---

[1] El título original de este libro es "Brave New World", en su edición francesa, "Le Meilleur del Mondes".

En ese futuro “feliz”, se tratará de imponer a todos los hombres, mediante un condicionamiento más perfeccionado y más “científico”, las mismas necesidades y los mismos gustos.

* * * *

Anotemos que yo no digo nada acerca del probable régimen político que existirá en ese mundo de autómatas vivientes. No trato de plantearme cómo será ese régimen político, porque la cuestión carece de interés. En efecto, la forma de gobierno carece de importancia en la medida que el mundo se hunde en la uniformidad por la *base*, creada y mantenida mediante un dirigismo sin otro ideal que el de la producción siempre creciente, con vistas al bienestar de las masas, en otros términos, cuanto más se aleja el mundo del tipo de organización social jerarquizada en la diversidad ordenada, como le está una obra de arte; en la medida que el mundo renuncia a ser una pirámide viviente —como, en otras épocas ocurría en todas las civilizaciones que, además, eran al mismo tiempo *culturas*— para convertirse en una papilla sin nombre, gris, batida no por artistas, menos aún por sabios, sino por los astutos, desprovistos de toda conciencia de valores extrahumanos y que laboran para el tiempo inmediato, en el sentido más estrecho de la palabra.

Existe, sin embargo, teóricamente al menos, una diferencia entre la condición de un obrero de la producción en cadena de las fábricas Cadillac, y la del obrero, también de la producción en serie, de cualquier complejo industrial del mundo marxista; existe una diferencia entre la condición de una vendedora en un supermercado de Europa occidental o de Estados Unidos y la condición de una distribuidora de alimentos en una cantina, en cualquier país situado detrás del “telón de acero”. La lista de ejemplos paralelos podría prolongarse indefinidamente.

En *principio*, el trabajador del "mundo libre" no está obligado a aceptar el condicionamiento. Cuando suena la sirena y termina su jornada de trabajo, cuando el gran almacén cierra sus puertas, el trabajador puede hacer lo que él quiera, ir a donde quiera, emplear su "tiempo libre" como le plazca. Nada le fuerza *físicamente* a invitar a "tomar un trago" a sus compañeros en el bar de la esquina, ni a comprar, a plazos mensuales, el "indispensable" aparato de televisión, o el pronto no menos "indispensable" automóvil. No está *forzado* a asistir a "mítines" políticos o semipolíticos, a reuniones "culturales", bajo pena de encontrarse, al día siguiente, sin trabajo o, peor aún, acusado de "desviacionismo" y encarcelado, o al menos "molestado"... (según ecos que nos llegan; porque, repito, no conozco, de primera mano, del mundo llamado marxista).

Nada impide *a priori* a un obrero o a un empleado de oficina, o a una vendedora del "mundo libre", a utilizar sus horas de ocio como yo las utilizaría en su lugar si, por una razón u otra, yo tuviera, para poder vivir, que trabajar en una fábrica, en una oficina o en un supermercado. Nada se lo impediría... siempre que el trabajador encontrara un alojamiento situado en lugar tranquilo o bien "insonorizado" para no ser molestado por los ruidos, radio o televisión, de los vecinos, y... el casero o la comunidad de vecinos le permitiera, si es de su agrado, tener en casa algún animal doméstico. En estas circunstancias, quizás las horas de ocio del trabajador serían verdaderamente suyas, reconfortantes, y su modesto apartamento, un oasis de paz. Entonces, podría el trabajador refugiarse una o dos horas en el silencio de su hogar, liberarse así de la huella persistente del ruido de las máquinas (o del recuerdo de la "música ligera" que en algunos talleres o almacenes hay que soportar); liberarse del brillo cegador del neón, del ambiente multitudinario; podría cenar tranquilamente, solo o en compañía de los suyos, familiares o amigos; pasear con su perro bajo los árboles de algún jardín o

bulevar (si los hay) y, antes de dormir, concentrarse en alguna bella lectura (esto es, al menos, lo que yo haría).

Entonces, sólo si el progreso del maquinismo garantiza al trabajador el disfrute de su "tiempo libre", que él emplearía efectivamente en "cultivarse", el trabajador volvería a ser un "hombre", en el sentido honorable del concepto; entonces se podría hablar, dentro de una cierta medida, de la "técnica liberadora". Sin embargo, no se me podrá persuadir jamás de que incluso sólo dos horas diarias pasadas en la atmósfera deprimente de una fábrica o de una oficina, o en un gran almacén, no son más agotadoras que diez o doce horas empleadas en cualquier trabajo que realmente resulte interesante —en cualquier *arte*, como el del alfarero o el del tejedor de siglos pasados.

Pero, para que el "tiempo libre" fuera enriquecedor para el obrero, para el "proletario" del "mundo occidental"; para que el obrero pudiese, después de su jornada de trabajo, "hacer lo que quiera", sería necesario que él *pudiese querer* otra cosa que la que se le ha condicionado a desear o querer. Su "libertad" se asemejaría a la del joven hombre, educado desde su infancia en el ambiente de un colegio jesuita, al que se dijera: "Ya eres adulto. Ahora eres libre de practicar la religión que más te plazca". Un alumno entre diez millones practicará una religión que no sea el catolicismo más estricto; e, incluso, el alumno que se separe de la religión católica, conservará la impronta durante toda su vida. Lo mismo ocurre con la "libertad" del "mundo libre", donde, en *teoría*, todas las ideas, todas las fes, todos los gustos son aceptados, y donde, tanto el hombre de la masa como el de la llamada "libre" *intelligenzia*, está prisionero, desde su infancia, del ambiente de la civilización técnica, embrutecido por dicha técnica y por toda su publicidad "progresista" (basada en la mitificación del progreso indefinido), humanitaria o pseudohumanitaria, y pseudo-"científica" —la propaganda del "bienestar universal" mediante el confort material y los placeres que pueden comprarse con dinero. Haciendo uso de dicha "libertad" ese hombre-masa o

"librepensador" *no desea* desvincularse de la civilización técnica. Uno de cada diez millones de individuos se desprende con violencia y da la espalda, con o sin ostentación, a dicha civilización, como lo ha hecho el pintor Delvaux; como diariamente lo hacen seres anónimos sin incluso tomarse la molestia de abandonar el inmueble vulgar donde habitan y del cual han hecho un santuario en el que viven una vida anacrónica sin parecerlo necesariamente.

La única cosa que se podría decir a favor del mundo llamado "libre" es que, contra lo que ocurre en su fraternal enemigo, el mundo marxista, en el "mundo libre" no recaen sanciones de orden policiaco contra el individuo excepcional, es decir, inconformista con el "sistema"... al menos, claro está, que la hostilidad de ese individuo de excepción se exprese bajo la forma de un hitlerismo demasiado evidente [1].

Por otra parte, lo que se podría decir a favor del llamado mundo marxista, es que este mundo mal llamado socialista tiene, a pesar de todo, una fe —una fe basada sobre nociones falsas y verdaderos contravalores, lo que es innegable desde el punto de vista de la Tradición, pero, al menos, una fe—, mientras que el mundo llamado "libre" no tiene propiamente ninguna fe. Como consecuencia, el militante de valores que no sean los que exalta la propaganda comunista oficial arriesga frecuentemente encontrarse algún día en algún campo... "de reeducación" [2], si olvida que está y debe permanecer en la clandestinidad. Pero la masa de los adoctrinados, que forma la mayoría de la población,

---

1 En lo que concierne al hitleriano, en toda Alemania, cuya alma querrían matar los vencedores de 1945, caso en que los países gobernados por los comunistas, no se podría tener un retrato del Führer, enmarcado y en lugar visible, en casa, sin tener la visita de la policía. En el "mundo libre", el mismo hecho sería considerado una "provocación", si bien la represión es y ha sido menos dura que en Europa oriental.

2 Después de 1945, en todo el mundo es inconveniente hablar de campos de "concentración"... de la URSS.

tendrá la impresión de trabajar —y muy duramente— por el advenimiento de algo que le parece grande y digno de amar, es decir la revolución mundial de los proletarios, la unión de todos los eslavos bajo la égida de la santa Rusia (al parecer, este ideal puede ser el de más de un comunista ruso), o la dominación de la raza amarilla, a través del comunismo universal. La producción industrial o agrícola —la producción, en nombre de la cual tantos trabajos enojosos deber ser realizados— desemboca, en último análisis, sobre las antedichas grandes metas. Esta meta es, sin duda, más excitante que vivir una vida mezquina pero asegurada, atildada, teniendo como punto culminante, el week end, la salida fuera de la ciudad en coche, desde el viernes por la tarde hasta el lunes, temprano.

Ambos mundos, "libre" y marxista, son, en efecto, el uno como el otro, abominables criaturas de las sociedades jerarquizadas que en otros tiempos, pretendían ser, o al menos *querían ser*, imágenes tan fieles como fuera posible del orden eterno, del cual vemos que el cosmos es la manifestación visible. A la unidad en la diversidad que poseían por sí mismas las sociedades jerarquizadas, la civilización técnica del "mundo libre" opone la desesperante uniformidad del hombre fabricado en serie, sin dirección, sin ímpetu —no como el impulso del agua de un río, sino como un montón de arena cuyos granos, todos insignificantes y semejantes, se creen cada uno muy interesantes. La dictadura del proletariado, cada día más expansiva, en contraposición a la unidad en la diversidad de las sociedades jerárquicas, crea una uniformidad de robots movidos todos por la misma energía, robots cuya esencia de individualidad es una mala parodia del renunciamiento *voluntario* del individuo consciente de su lugar y de su papel (en el mundo), de su renunciamiento a favor de lo que le sobrepasa. El ardor en el trabajo y el irresistible empuje de estos autómatas que se creen consagrados al "bienestar del hombre", es un remedo siniestro de la antigua eficiencia de las masas que construían, bajo la dirección de verdaderos maestros,

monumentos de belleza y de *verdad*, “dedicados a Dios” o a algún rey-dios: las pirámides, con o sin escalones, de Egipto, de Mesopotamia o de América central; la Gran Muralla de China; los templos de India y los de Angkor; el Coliseo; las catedrales bizantinas, romanas o góticas...

Se puede decir que, de las dos caricaturas de las sociedades jerarquizadas, es la marxista la que es, dentro de su grosería, más hábil que la otra. Para constatar este hecho, no hay más que ver el número de gentes de real valor humano que se han dejado atraer por el comunismo, y que, con toda sinceridad, persuadidos de estar guiados por un ideal de liberación y de servicio desinteresado, han ido a engrosar las filas de los militantes de la más fanática de las formas, hasta aquí aparecidas, de la anti-Tradición. Esto se constata tanto en Europa como en otras partes del mundo —en las Indias, en particular, donde los *dirigentes* comunistas son reclutados sobre todo entre los miembros de las castas arias, por extraño que esto parezca. Hay, en el rigor mismo del comunismo, algo que atrae a ciertos caracteres ávidos a la vez de disciplina y de sacrificio; algo que hace aparecer a la peor esclavitud bajo el disfraz de abnegación, y a la más risible estrechez de espíritu, bajo el disfraz de una intolerancia sagrada, verdadera “caza del error”.

La caricatura de la sociedad jerárquica que representa el “mundo libre” es menos peligrosa en el sentido de que dicha caricatura es, exteriormente, menos semejante al arquetipo, y por lo tanto menos capaz de seducir a los caracteres de elite. Pero esa caricatura es *más* peligrosa dado que, siendo menos extremada, a primera vista, choca menos a quienes repugna el marxismo, precisamente porque han descubierto en el marxismo los rasgos de una falsa religión. No teniendo, la caricatura del “mundo libre”, ninguno de los atributos de una “fe”, esta caricatura les asegura, les anima a creerse al abrigo de una “tolerancia” democrática —tolerancia que, como ya he señalado, se extiende a todos excepto a nosotros los hitlerianos— y les hace creer que

ellos podrán continuar profesando en paz todos los cultos (todos los *exo*terismos) que les son queridos: cristianismo —o judaísmo— en Occidente; Islam, judaísmo, hinduismo, budismo, en el resto del mundo; incluso también cualquiera de estos exoterismos en el dominio histórico de otro, ya que el individuo se cree ser todo y se arroga, por tanto, el derecho de elegir. Pero ellos no aperciben que la mentalidad misma del mundo tecnocrático, con todo el énfasis que este mundo pone sobre lo inmediata y materialmente útil, lo "funcional", y por tanto sobre las *aplicaciones* más y más extendidas de las ciencias y pseudociencias a expensas de todo *desapego*, es (esa mentalidad tecnocrática) la antítesis de toda sed *desinteresada* del conocimiento como de todo amor a las obras de arte y *también de los seres*, derivando dicho amor sólo de la belleza que encierran. Ellos no se dan cuenta de que dicha mentalidad no podría, en consecuencia, sino acelerar la ruptura de toda religión o filosofía exotérica con el esoterismo sin el cual ni la religión ni la filosofía tienen valor de eternidad, y esa mentalidad tecnocrática no haría así más que precipitar la ruina de toda cultura. Ellos no se dan cuenta porque olvidan que conocimiento desinteresado, expresión del arte digno de este nombre, y protección de los seres (comprendido el hombre en la medida en que éste responda a lo que su nombre hace esperar —anthropos, "el que mira o tiende hacia lo alto") van parejos, siendo inseparable la belleza de la verdad, y no siendo nada la cultura si no expresa belleza y verdad.

Ellos olvidan —o nunca lo han sabido— que las religiones exotéricas, privadas de su conexión con las grandes verdades cósmicas —y ontológicas— que estas religiones exotéricas deberían contener, éstas se convierten rápidamente en fábulas a las que nadie da crédito, y que las filosofías, asimismo, desprovistas de dichas verdades cósmicas y ontológicas, degeneran en vana charlatanería, y las doctrinas políticas en recetas para éxitos electorales; ellos olvidan que el mundo tecnocrático, por su antropocentrismo acrecentado por su

obsesión por la cantidad, aparta incluso a los mejores espíritus de la búsqueda y de la contemplación de las verdades eternas.

* * * *

Pero ahora se plantean dos cuestiones: ¿son inevitables e indispensables los progresos técnicos? Y, ¿puede un pueblo conservar su alma a pesar del empuje creciente del maquinismo?

Mahatma Gandhi habría respondido “no” tanto a una como a la otra pregunta. Como se sabe, Gandhi soñaba con una India sin industrias fabriles, una India en la que la producción artesanal habría bastado para satisfacer las necesidades de gentes que, de pleno grado, habrían reducido su consumo al minimum, y evitado su crecimiento demográfico mediante la práctica de una continencia rigurosa en el matrimonio, a partir del nacimiento de uno o dos hijos. Gandhi también habría acogido con entusiasmo la idea de imponer a la mayoría de los médicos el no ejercicio de su profesión de curar enfermos, pues él rechazaba absolutamente toda medicación resultante de las investigaciones experimentales hechas a expensas de los animales (él consideraba, como yo, a todas estas investigaciones, desde la vivisección propiamente dicha hasta las odiosas inoculaciones de enfermedades a las bestias sanas, como prácticas criminales. Para Gandhi, la medicina occidental en su conjunto es una empresa diabólica en vasta escala).

Pero, contrariamente a lo que nosotros pensamos, el Mahatma Gandhi tenía una confianza ingenua en el hombre —tanto al hombre nacido en India como en otra parte del mundo— a pesar de que el hombre, ese ser “privilegiado”, evidentemente, no ha cesado de dar pruebas de su debilidad y de su malignidad. Gandhi creía al hombre capaz de vivir, en masa, según una norma que presupone o bien una voluntad de hierro fortalecida con una ascesis constante, o bien una ausencia asegurada de energía genésica, esto es, en un caso como en otro, una norma que

presupone una naturaleza de excepción. Gandhi pensaba también, sin duda, que un país *puede* rechazar industrializarse sin como resultado convertirse en presa de enemigos técnicamente mejor equipados, lo que revela la utopía de sus ideas. Prueba evidente es el ejemplo de Tíbet, invadido y subyugado por China (desde el año 1958), y mantenido bajo su férula a pesar de la sorda resistencia del pueblo tibetano.

El ejemplo del Japón de la segunda mitad del siglo XIX, abriéndose repentinamente, bajo la amenaza de los cañones del comodoro Perry, al comercio y a las técnicas del mundo mecanizado; es más, aceptando el desafío de todos los pueblos para quienes el éxito económico es lo más importante, Japón entra en concurrencia con los países industrializados en su propio terreno, esforzándose al mismo tiempo *en no perder su propia tradición*; esto es un ejemplo de la respuesta afirmativa más categórica a las dos cuestiones planteadas en líneas precedentes. El ejemplo de Japón parece proclamar que, si un cierto grado (incluso muy avanzado) de mecanización es inevitable hoy día para un pueblo que rechaza convertirse —o ser— en presa de un país conquistador, que rechaza convertirse en vencido y débil, humillado, arruinado tras sufrir una guerra, de esto no se sigue que ese mismo país que defiende su soberanía deje de ser lo que le hace ser él mismo, considere su pasado como una etapa o "estado de infancia" y cambie de dioses y de escala de valores.

Sin duda, dondequiera que se ubiquen, una fábrica, un edificio de oficinas, un supermercado, son cosas de utilidad demasiado material como para ser admiradas. Sin duda alguna las inmensas aglomeraciones industriales de Osaka, de Kobe o de Tokio decepcionan al turista que busca el "color local" y más aún decepcionan al artista en busca de belleza. El Japón de antes del año 1868, cerrado desde hacía casi dos siglos y medio a todo contacto con el mundo exterior y viviendo en una Edad Media prolongada, era sin ninguna duda, más fascinante para ser visto. Esto no es un hecho constatado solamente para un país. Todo el

planeta Tierra, incluida Europa, era en la Edad Media y en la Antigüedad más bello de contemplar que después del advenimiento de la gran industria. Lo que hay de notable, de admirable en el caso de Japón, es que a pesar de la fealdad inherente a toda mecanización en gran escala, en el imperio del Sol Naciente se haya conservado *tanta* belleza, y sobre todo que esta belleza haya estado tan evidentemente ligada a la conservación de la Tradición, de una Tradición como expresión particular de un pueblo y de su historia, de su entorno geográfico —de una Tradición viviente y activa, capaz como en el pasado de *impregnar la vida entera de una elite*, en incluso capaz de crear un ambiente en el que se baña el país entero, incluidas las fábricas. Lo que es admirable es que existan todavía en Japón maestros como Kenzo Awa, que enseñó al alemán Herrigel el arte sagrado del tiro con arco según las reglas y según el espíritu del budismo zen; es admirable que exista aún toda una legión de discípulos sedientos del conocimiento verdadero —de ese conocimiento que conduce a quien lo adquiere a "ser" más. Lo que hay de admirable es la supervivencia, hasta en la política, de ese sintoísmo cuyo origen se pierde en la prehistoria y al cual los grandes pensadores del siglo XVIII —Moturi y Hirata— han dado definitivamente el carácter de nacionalismo sagrado que tiene el sintoísmo —versión extremo-oriental de *nuestro* culto a la Sangre y al Suelo— y que ha llegado hasta nuestros días.

Algunos días antes del día 7 de Diciembre de 1941, nuestros aliados japoneses, como la cosa más natural del mundo, enviaron una delegación oficial al templo de Ise —una embajada del gobierno imperial ante los dioses del imperio y ante los ancestros de los emperadores-dioses— con la pregunta: "¿Os agrada que declaremos la guerra a los Estados Unidos de América?" Sólo tras una respuesta favorable de los dioses (o de sus sacerdotes) fue declarada la guerra. Cuatro años después, cuando ya Hiroshima había sido arrasada por la "bomba atómica", fue pedido permiso a los dioses para decidir la

capitulación —del mismo modo que lo hicieron, en 1868, para decidir la apertura de Japón al comercio exterior y a la técnica moderna, como suprema medida de salvación del imperio. Con todo lo dicho, se también digno de admiración: la persistencia en Japón del espíritu del *bushido*, en pleno siglo XX; el culto del honor nacional en su expresión más alta, y el desprecio total de la muerte, tanto en los famosos *kamikazes* (pilotos de "bombas volantes", "bombas vivientes" de la segunda guerra mundial) como en los veinticinco mil japoneses de la isla de Sampan (situada en pleno océano Pacífico) que se mataron todos para no rendirse ante los norteamericanos; la resistencia inquebrantable, con su sonriente amabilidad, a la ocupación militar y al proselitismo político-filosófico de los Estados Unidos; la reintegración, en los programas escolares, del Kojiki o historia de los dioses nacionales, prohibido bajo el régimen de ocupación de los "cruzados de la democracia", tan pronto como fue posible levantar tal prohibición en virtud de la firma del tratado de paz con U.S.A. [1]; la construcción, en Gamagori, de un templo dedicado a Tojo y a los demás héroes japoneses ahorcados como "criminales de guerra" —templo donde los niños de las escuelas van a reverenciar a los mártires y a encender incienso ante las imágenes de estos mártires, desafiando toda "conquista moral" del pueblo del Sol, y tras haber visitado el... emplazamiento (solamente en parte reconstruido) de Hiroshima.

Todo esto se mantiene: esa enseñanza, tan viva como nunca, del esoterismo tradicional bajo sus formas nacionales, y ese rechazo de todo un pueblo —penetrado, sin incluso darse cuenta, de la irradiación de su elite— a renunciar a su alma bajo la presión de la técnica y en respuesta a las mentiras de los vencedores (militarmente) de la guerra, quienes le han impuesto la así llamada "civilización occidental". Puede ser que el obrero

---

[1] El Tratado de Paz fue firmado con Estados Unidos; no así con la URSS, pues Japón se niega a firmarlo mientras la URSS no devuelva las islas japonesas anexionadas en 1945.

japonés, que trabaja en las grandes empresas y contribuye a invadir el mundo de objetos manufacturados —cuyos precios desafían toda concurrencia—, tenga una vida material casi tan dura como la de un proletario ruso en un “koljós”. Pero el obrero japonés sabe que él trabaja para la gloria del Imperio, en el seno del cual él tiene su lugar. Y este imperio *es*, contrariamente al Estado marxista, el guardián de una Tradición que le sobrepasa inmensamente. Este imperio es el lazo entre el hombre del pueblo y lo eterno (porque la creencia en la divinidad del emperador y en la divinidad de la tierra nipona —nacida del cuerpo de una diosa [1]— no ha muerto, a pesar de la ruidosa negación oficial, repetida hasta la saciedad con el fin de dar prueba, ante los amos del mundo, de un “progreso” duradero en el sentido democrático).

Por el contrario, el sueño de una dictadura mundial del proletariado —incluso del mundo eslavo (o “amarillo”), solamente, unificado bajo una tal dictadura con vistas a una producción material creciente sin cesar y al confort de un número cada día mayor de individuos— no es, si el antedicho sueño constituye un “ideal”, en último análisis, más que un ideal limitado. Ese ideal no sobrepasa ni el plano material ni al hombre. Los hombres, incluso los más frustrados, no pueden contentarse jamás con dicho ideal, a no ser que se conviertan en robots —que es precisamente lo que el comunismo marxista hace de los individuos.

* * * *

Las Indias se industrializan rápidamente —muy rápidamente, a los ojos de más de un hindú consciente de los peligros del maquinismo— a pesar de la influencia, aún visible, del movimiento de Gandhi y de los que, paralelamente, militan todavía, movidos por los mismos motivos o por otros, a favor del

---

1 Izana-mi, esposa de Izana-gi. El emperador desciende de la diosa del Sol: Asaterasuohomi-kasi.

desarrollo sistemático del artesanado. Las Indias se industrializan, no porque las masas aspiren, como en Europa, a un confort cada día mayor, sino porque sus dirigentes lo han querido así (las masas no demandan nada y se muestran bien indiferentes a todos los "progresos" que se les impone). Los dirigentes, en cambio, imponen la industrialización porque están convencidos de que sólo una industrialización cada vez más intensa podría ante todo ayudar a absorber las energías disponibles y que ofrece en creciente medida, desde un extremo a otro del país, una demografía galopante, y además, para hacer de las Indias un Estado moderno, próspero y pujante, lo cual, por sí mismo, impediría a cualquier invasor extranjero apropiarse de las riquezas que se encuentran tanto en el suelo como en el subsuelo del país. Esto puede ser cierto en parte. Quienes así piensan citan el ejemplo de Japón —con poca justificación, por otra parte, porque olvidan que, si se exceptúa a los ainos, aborígenes ubicados en el extremo norte del archipiélago nipón, los japoneses son una nación, *un* pueblo, mientras que los hindúes no lo son, ni lo serán, esperémoslo, nunca (los hindúes nunca serán una nación, a no ser que se produzca una gigantesca soldadura de razas, de la cual resultaría la pérdida irreparable de los elementos arios y dravidianos; su desaparición en un magma sin nombre, biológicamente inferior a los unos y a los otros, fundidos entre cientos de millones de aborígenes, cuya sangre participa en una proporción considerable en las bajas castas).

Ahora bien, la industrialización implica siempre desplazamientos y agrupamientos de gentes, hombres y mujeres. Es tanto más peligrosa cuando concierne a mezcla de razas *diferentes*, como en las Indias, que cuando se trata de pueblos de origen más o menos homogéneo. Hasta el presente —es decir, casi veinticinco años después de la proclamación de su independencia (año 1947)—, las Indias han resistido a ese peligro —a pesar de un proceso de industrialización parcial, y los esfuerzos hechos en el sentido de una nivelación general, a pesar

de la abolición oficial del sistema de castas decretada por un gobierno anti-Tradicionalista, calcado de las democracias de Occidente.

Lo he constatado en particular en 1958 en Joda, cerca de Barajamda, y en toda la región que rodea a Jamshodpur, que es, o al menos era aún, en la época, el mayor centro metalúrgico de Asia. Se construía entonces en Joda el funicular aéreo que debía servir para transportar el mineral de hierro desde la cima de una colina, en donde era extraído, hasta los vagones que lo recibían al pie de la misma. Yo trabajaba como intérprete durante el transcurso de las obras. Yo veía cómo los obreros, en las cocinas, preparaban sus comidas en tantos fuegos como número de castas o más bien subcastas, había entre ellos, y comer, agrupados según el mismo principio —cada uno en medio de los suyos—, ante el asombro de los ingenieros alemanes, directores de los trabajos, a los cuales esta voluntad de separación les parecía tanto más extraño cuanto que se les había hablado acerca de la "supresión de las castas" en la "India democrática". Eran sudras pobres, o menos aún, pero tan vinculados a sus ancestrales costumbres como cualesquiera otros hindúes ortodoxos. Es de presumir que ponían todo su interés en permanecer fieles a esas costumbres, puesto que se trataba más que del alimento, del matrimonio de sus hijos. Al contemplar su modo de vivir, se podría pensar que pese a la importación creciente de técnicas de Occidente, la atmósfera inmemorial del hinduismo no parecía presta a deteriorarse.

Esta impresión se reforzaba al observar cómo estos obreros y los de los talleres y fábricas de la región participaban en las fiestas de siempre. Los mismos hombres que durante la jornada habían fijado los remaches en los pilares que debían sujetar los cables aéreos del funicular, danzaban hasta una hora avanzada de la noche al ritmo de los tambores sagrados y cantando repetidamente los nombres místicos: "Hari! Krishna!" ante una estatua de barro pintado, en la que residía —se suponía,

durante el transcurso de la fiesta— el espíritu del más popular de todos los dioses. Los obreros encargados del funcionamiento y mantenimiento de enormes máquinas ultramodernas, importadas de Alemania en su mayoría, decoraban estos monstruos de acero con guirnaldas de flores rojas de jaba, el día en que todo trabajo se detenía en honor de Viswakarma, "Arquitecto del Universo", divino patrón de los trabajadores. Colocaban los adornos con el mismo amor con que en otra época lo hicieron sus padres, una generación antes, habían adornado sus herramientas de trabajo, martillos o picos, con guirnaldas semejantes a las suyas. Y los talleres, silenciosos por una vez, se llenaban de humo de incienso. El extranjero que contemplase esta escena, a menos que fuera un enemigo resuelto de la Tradición —al ver a estos hombres, recogidos en la meditación del Divino, penetrados del carácter ritual de su labor cotidiana, ante esas masas metálicas negras, de las que pendían flores escarlatas—, no podía menos que envidiar a las Indias, donde las técnicas no han desacralizado el trabajo todavía.

Habría que preguntarse —con dicho extranjero— por qué la técnica, después de todo, debía desacralizar al trabajo. Estas monstruosas máquinas, mitad cosas, mitad seres —"seres" en la medida en que su automatismo evoca el poder del genio europeo, y particularmente el genio nórdico—, son, como la sacrosanta Tradición misma, que las Indias han heredado de los sabios de los tiempos védicos, productos de la inteligencia aria. Ilustran, ciertamente, un aspecto de esta inteligencia, distinto del que es testimonio la enseñanza liberadora de los sabios. Pero son, en una edad diferente del mismo ciclo temporal, productos de la inteligencia conquistadora de la misma raza. ¿*Saben esto*, en la profundidad de su inconsciente colectivo, estos hombres de piel bronceada, al asociar las máquinas al antiguo culto de Viswakarma, una vez al año? ¿Rinden así ellos homenaje al genio ario —divino, hasta en sus manifestaciones más groseras de la Edad Sombría— a la vez que al Creador cuyo poder refleja? Sería

deseable. De todas formas, una tal actitud no podría sino reforzar el espíritu del sistema de castas —la única fuerza que, a la larga, es capaz de oponerse a la nivelación biológica que la mecanización tiende a imponer, tarde o temprano, a una sociedad multirracial, incluso tradicionalmente jerarquizada como es la de las Indias.

Personalmente, creo que en todo caso, para las Indias (como, por lo demás, para Japón, otro país de cultura verdadera), la posibilidad de conservar su alma aún sufriendo cada vez más el empuje inevitable de la industrialización, está ligada a la permanencia, en las Indias, de una elite de raza y de carácter, que sea al mismo tiempo una aristocracia espiritual; una guardiana viva de la Tradición, en otras palabras, del esoterismo que sustenta, todas las manifestaciones habituales de la "religión", confundida con la vida social. Incluso la pureza de sangre de un pueblo más o menos homogéneo en su conjunto —o bien, la continuación de la separación efectiva de las razas, en una civilización multirracial jerarquizada—, no podría prescindir de la necesidad de conservar a toda costa una tal elite. Sin esta elite, la mejor de las razas acabaría por embrutecerse bajo la influencia cada día más poderosa de la tecnocracia. Perdería poco a poco su escala natural de valores para dejarse seducir cada vez más por los bienes comprables. Si esa raza conservara algunas manifestaciones visibles de la antigua fe, éstas acabarían por vaciarse de todo significado, hasta tal punto que las gentes las abandonarían gradualmente, sin que nadie las empujara a ello (para que una costumbre subsista, hace falta que permanezca unida a ella un minimum de creencia sincera. ¿Quién en Europa, por ejemplo, soñaría en resolver una disputa haciendo un llamamiento al "juicio de Dios" mediante la ordalía de fuego o del agua? Por consiguiente, hace falta creer que estos métodos tuvieron, en otro tiempo, la suficiente eficacia como para justificarlos, pues si no, dichos métodos no hubieran sido empleados durante tan largo tiempo).

Es, ciertamente, lamentable que la esta elite espiritual a la que he hecho alusión —en esta ocasión, la minoría de los brahmanes iniciados, dignos de su casta— no tenga, en nuestros días, ninguna influencia en la dirección de los asuntos públicos. Y aún es más deplorable que tantas gentes en el poder sean encarnizados adversarios de la Tradición, antirracistas, que están envenenados por un antropocentrismo de mala ley, tomado de los liberales británicos, de los misioneros cristianos, o de los comunistas —de todos, excepto de los autores sagrados que han transmitido a las Indias la sabiduría aria de siempre. Esas gentes no hacen más que continuar la política de promoción de los elementos raciales más inferiores, comenzada por los británicos: la política del sufragio universal y de la instrucción "gratuita, laica y obligatoria", instaurada por todas o casi todas las potencias europeas, primero en Europa y después, en sus colonias; la política que va pareja con la industrialización a ultranza y la proliferación humana que una tardía propaganda maltusiana no consigue frenar. Incluso si son bienintencionados, ellos son los agentes de esas fuerzas de desintegración que, a medida que la Edad Sombría se precipita hacia su fin, tienen cada vez mayor libertad de acción. No hay, evidentemente, ninguna razón para que las Indias no sean englobadas en la decadencia general de la Tierra.

A pesar de todo, es innegable que sobre el suelo de las Indias, ha vivido y vive todavía, una de las pocas civilizaciones que duran desde hace milenios y que guardan, hoy como ayer, la Tradición que desde el comienzo ha suministrado a dichas civilizaciones sus principios básicos. Sin aventurarse a hacer predicciones, parece plausible que, en tanto que esta civilización permanezca viva, gracias al lazo, incluso tenue, que la une con su verdadera elite, las Indias no sucumbirán ante la tecnocracia, cualesquiera que sean las concesiones que deban hacerse a fin de poder subsistir en un mundo superpoblado y mecanizado.

* * * *

Contrariamente a lo que ocurre en Japón —y en las Indias—, Europa no ha sabido, desgraciadamente, conservar, ininterrumpidamente, una forma visible de la Tradición —que estaba en Europa— y cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos. En otras palabras, Europa, incluso desde la aurora de su historia, sin hablar de su prehistoria, no ha continuado, en ningún sitio, adorando a los mismos dioses.

Por otra parte, son los *hijos* de Europa —incluidos los hijos de un Occidente muy restringido— quienes, después de haber cultivado durante largo tiempo las ciencias experimentales, han inventado una tras otra las técnicas industriales modernas, así como el arte médico y las medidas de higiene "preventiva" de ayer y de hoy, que han contribuido, lamentablemente, a la sobrepoblación del continente europeo [1] y del resto del planeta, a costa de sacrificar la *calidad* de los hombres a su número. Es más, en ese Occidente en el sentido estrecho del término, la vinculación de las gentes a los fastos, a las costumbres y a la enseñanza del cristianismo exotérico, se ha relajado en provecho de un capricho cada día más marcado por "la ciencia" y sobre todo por las *aplicaciones de las ciencias*, fuente de riqueza, de goces fáciles, y de *poder*, tanto individual como colectivo.

Todo esto data sobre todo del siglo XIX, como resultado de las realizaciones materiales, los progresos dementes de las ciencias del mundo mensurable y las industrias que de dichas ciencias dependen, y debido a la confianza ingenua, cada día más extendida, en un progreso general, en todos los dominios (comprendido el dominio "moral"), paralelo al progreso de las ciencias y a la generalización de sus aplicaciones. Pero, el culto a la ciencia positiva basada sobre el estudio experimental de los

[1] En el momento de escribir estas líneas, aún no se ha detectado en Europa el alarmante descenso de la tasa de natalidad, la cual desciende en varios países europeos por debajo de la tasa de mortalidad.

fenómenos, y el sueño de la servidumbre de la Naturaleza ante el hombre —de cualquier hombre que sea— mediante la aplicación de descubrimientos científicos con vistas al bienestar humano, tienen orígenes mucho más lejanos. Para comprender esto, basta remontarse al siglo XVII: al racionalismo cartesiano y al antropocentrismo que le es inherente. Pero también hace falta remontarse a la época del Renacimiento de Europa, cuyas características son una fiebre de curiosidad universal, unida a la voluntad prometeica de dominación del "hombre" [1].

Ciertamente, la Edad Media europea tenía, junto a sus grandezas innegables, sus debilidades y crueldades que la clasifican sin discusión entre las épocas de la Edad Sombría avanzada. El Medioevo tenía, entre otras, todas las insuficiencias ligadas a su fe estrechamente cristiana, y por tanto rigurosamente antropocéntrica. Contrariamente al esoterismo hindú, para el cual el No Ser es también una manifestación de la No Dualidad fundamental, incluso el aspecto *esotérico* de la fe cristiana no abrazaba nada más allá del "Ser". El Medioevo también merece los ataques, a veces virulentos (como los de Leconte de Lisle en el poema "Les Siècles Maudits" — "Poèmes Barbares"), de los pensadores y artistas que le han testimoniado la mayor hostilidad, *pero*... a condición de que quede claramente especificado que los

---

1 El fisiólogo Aselli, que estudió los procesos de digestión en las entrañas abiertas de perros aún vivos, fue predecesor de Claude Barnard, con dos siglos de distancia. Y Descartes mismo, con su antropocentrismo furioso —su famosa teoría de los "animales-máquinas"—, así como su ardor por examinarlo todo, disecarlo todo y querer conocerlo todo por medio de la razón, y F. Bacon, para quien la ciencia es ante todo el medio que asegura el "triunfo del hombre" sobre la Naturaleza, y tantos otros que entre los años 1500 y 1750, han pensado y sentido lo mismo, son los "padres" o los "hermanos mayores" de todos los entusiastas más recientes de la ciencia, de la técnica y de la salvación del hombre a través de esta ciencia y de esta técnica — los Victor Hugo y los Auguste Compte, no menos que los Louis Pasteur, los Jenner, los Koch y, más cercanos a nosotros, en el tiempo, los Pavlov, los Demikhov (fisiólogo ruso que durante los años '50 y '60 se ha ocupado, en la URSS, de injertar cabezas de perro en otros perros vivientes) y los Barnard.

siglos posteriores a la Edad Media, *desde el punto de vista de lo esencial*, han sido mucho peor —peor, porque los siglos que siguieron a la Edad Media sólo muy lentamente se desembarazaron de ciertas supersticiones y atrocidades para reemplazarlas por supersticiones de otro orden, pero también groseras, y por atrocidades también sublevantes, y a la vez, esos siglos posmedievales no supieron retener todo lo que había de grandeza en la Edad Media. El Medioevo merece los ataques de sus detractores, a condición de que sean justos en su *juicio*, y reconozcan que, estando dentro de la Edad Oscura o Sombría, período que cubre casi todo lo que conocemos de preciso concerniente a la historia del mundo, el Medioevo representa, a pesar de todo un "enderezamiento" cultural y sobre todo espiritual; un período donde, a pesar de la estrechez de espíritu, de la intolerancia religiosa heredada de los autores del Antiguo Testamento, y de todo el antropocentrismo inherente al cristianismo tal como nos ha llegado, la Europa occidental (y la Europa oriental, porque todo esto también es verdad respecto a Bizancio) durante el Medioevo estaba más cerca del orden ideal tradicional que lo estuvo en la época de la decadencia del paganismo grecorromano y sobre todo en comparación con la época que va desde el siglo XVI a nuestros días, cuando ya Europa está abiertamente alejada de dicho orden ideal tradicional. El esoterismo cristiano que en la Edad Media vivían los iniciados de una elite espiritual, de cuya existencia —hasta el siglo XIV al menos, y quizás algunas décadas más— no cabe dudar, aseguraba la conexión del edificio social entero con su arquetipo secreto (por ejemplo, la pirámide social del feudalismo, en la cual cada uno tenía su lugar). La luz de un conocimiento sobrehumano penetraba *desde lo alto*, mediante símbolos, en la vida del pueblo, y en particular en la vida de los artesanos —albañiles, vidrieros, herreros, tejedores, orfebres, escultores. Dicha luz del conocimiento más que humano se manifestaba en el mundo de las formas y de los colores a través de toda la riqueza de creación

anónima y desinteresada que conocemos —desde las catedrales románicas o góticas, o bizantinas, hasta las delicadas iluminaciones (o rosetones) trabajadas en oro, azul y bermellón; creación anónima y desinteresada, de una belleza cuyo secreto estaba en buscar las *verdades* intemporales. La utilidad práctica de las obras de arte que dicho conocimiento inspiraba —cuando estas obras de arte la tenían, como era el caso más general— era a pesar de todo menos importante que su "significación", reveladora de un mundo tenido por más *real* que el mundo visible.

Es curioso anotar, cuanto menos, que es precisamente, al oscurecerse en la elite el conocimiento iniciático —es decir el conocimiento de lo eterno— y cuando el "sentido" espiritual de toda obra de belleza escapa cada día más tanto al artista como al artesano, cuando comienza a expandirse la sed de investigación del futuro por medio de la experimentación sistemática. Es a partir de este momento cuando, más frecuentemente, se generaliza la exigencia de la prueba visible y tangible de todo saber, el rechazo a creer en la existencia suprahumana o, al menos, el desinterés por dicha existencia, y finalmente la preocupación creciente por el valor de las riquezas materiales del mundo para el provecho del máximo número de hombres posible —en otros términos, es a partir de este momento cuando se imponen, más y más, las ciencias *experimentales* y las técnicas, y también las ciencias derivadas de esta ciencias, como las técnicas industriales y médicas.

Es interesante señalar que este estado de cosas no es un fenómeno único, aparecido solamente con la declinación del cristianismo en la aurora de los Tiempos Modernos. El mismo fenómeno moral y cultural —la misma transferencia de valores— se manifestó desde el siglo IV antes de Jesucristo, hasta el siglo IV de después, con el debilitamiento de la fe tradicional, durante la larga y lenta agonía del mundo griego antiguo. Entonces se dio, ya en el dominio de las *letras* (y con más intensidad, después,

durante el Renacimiento), el reinado de la cantidad a expensas de la calidad. Era una época de proliferación de polígrafos, un poco como ahora, y de ausencia casi completa de obras de categoría elevada, salvando aparte la obra —gigantesca— de Aristóteles, aún reciente puesto que este período no hacía sino comenzar. Fue una época de gramáticos, no de poetas; de *sabios* del verbo, no de creadores del verbo; de eruditos, de gentes que conocían bien y analizaba en detalle la obra de sus predecesores, no de literatos cuya obra propia —como, por ejemplo, la obra de los autores trágicos de la época griega clásica— debía dominar los siglos venideros. Los genios del verbo y del pensamiento puro —los Virgilio, los Lucrecio— aparecen en el célebre "siglo de Augusto", pero no en Grecia, o en la Sicilia helenizada, o en Alejandría, sino en Italia propiamente dicha, en la península itálica que ya estaba inserta en la esfera de ese Occidente del que, bajo la influencia de los pueblos del Norte, surgiría la joven Europa.

Pero este mundo helénico lentamente decadente —que tras sufrir el cristianismo, renacerá para desvincularse de "Europa", a la cual hoy mismo ni puede ni quiere integrarse— está caracterizado por el arranque que toman las ciencias experimentales y sus aplicaciones. El afán por estudiar los fenómenos de la Naturaleza y por descubrir sus leyes —las "explicaciones" que satisfagan a la razón— se generaliza en la misma medida que se hace cada vez más rara la ciencia tradicional de los sacerdotes de Grecia o de Egipto, fruto de una intuición intelectual directa del principio mismo de dichas leyes. Y sobre todo, cada día más, se convierte en norma —como ocurrirá en la época del Renacimiento y más aún, en los siglos XIX y XX— servirse de estas leyes físicas para construir aparatos de utilidad práctica, tales como el torno sin fin, el "torno inclinado" y las cuarenta otras máquinas cuya invención se atribuye a Arquímedes; tales también esos "espejos ardientes", enormes lentes con las cuales Arquímedes incendió a distancia los navíos

romanos que bloqueaban Siracusa, o las “fuentes de compresión”, o los robots, de Herón.

La anatomía, la fisiología y el arte médico, que se apoya en una y otra, toman cada día más prestigio. Así, como en el siglo XVII Aselli y Harvey hacen presentir ya a Claude Barnard, a finales del siglo IV antes de Jesus-Cristo —dos mil años antes—, Erasistratos y Herófilo hicieron presentir no solamente a Aselli y Harvey, sino también a los famosos fisiologistas, médicos y cirujanos de los siglos XIX y XX. Ciertamente, por distantes en el tiempo que estén los autómatas de Herón y los ordenadores (o computadoras) de hoy, como asimismo, las disecciones de Herófilo, y las de Galeno (cuatrocientos años más tarde) respecto a las atrocidades de los transplantadores de órganos —o de cabezas—, o las de los especialistas del cáncer, perpetradas en nombre de la curiosidad científica y “en interés del hombre”, tan horribles fueron los antiguos como los modernos experimentos sobre los animales. Hay una distancia en cuanto *a los resultados*, entre la técnica embrionaria del mundo heleno, y más tarde del romano, y la técnica que hemos visto desarrollarse, desde el siglo XVI incluso, en torno a nosotros. Pero también es verdad que, en ambas épocas, cuando una forma de religión tradicional se relaja, antes de romper definitivamente su vinculación con su base esotérica, a continuación se sigue un recrudecimiento del interés por las ciencias experimentales y por sus *aplicaciones*; se sigue un despertar del deseo de dominación del hombre sobre las fuerzas de la Naturaleza y sobre los seres vivientes de las demás especies, con vistas al beneficio o la comodidad del mayor número posible de gente. Todavía no estamos en la mecanización a ultranza y la producción en masa, con todas sus consecuencias, como acaecerá en la Europa del siglo XIX y —con mayor intensidad— del siglo XX. Pero sí estamos ya en la época que prepara la evolución de los siglos XIX y XX: ya existe el *espíritu* de los sabios cuya obra es la base de la mecanización y producción masivas posteriores: el espíritu de la investigación experimental tendiente a la aplicación

de la información obtenida para el confort material del hombre, para la simplificación de su trabajo, y para la prolongación de su vida corporal, es decir para *la lucha contra la selección natural*. La máquina permite, en efecto, al individuo o al grupo humano, alcanzar o lograr sus objetivos sin tener fuerza o habilidad especial innata, y la medicina —la medicación con drogas o la intervención quirúrgica— impide al enfermo más inútil una muerte rápida que dejaría en este planeta un lugar libre para un hombre sano, de más valía que el enfermo.

Es impresionante el auge que, tanto durante los últimos siglos del Mundo Antiguo, como en los comienzos de los Tiempos Modernos y en nuestra época, toma la experimentación practicada sobre seres *vivos*, a fin de conseguir una información más completa concerniente a la estructura y a las funciones del cuerpo humano y para la aplicación de esta información en el arte de curar —de curar, o de tratar de curar, a no importa qué precio. Estas son las épocas, como la actual, en las que el médico, el cirujano y el biólogo son honrados como grandes hombres; y donde la vivisección [1] es considerada como un método totalmente legítimo de investigación científica.

Hay, pues, "precedentes" siempre. Y sin duda se conocerían otros, correspondientes a otras caídas colectivas, si la historia del mundo fuera mejor y más uniformemente conocida. Pero parece que cuanto más nos remontamos en el tiempo, se encuentran *menos* trazos que aproximen a las civilizaciones antiguas a los sofisticados rasgos del mundo mecanizado de hoy. Pienso, por ejemplo, en las antiguas metrópolis de la llamada civilización "del valle del Indo", Harappa y Mohenjo-Daro, en las cuales los arqueólogos han testimoniado la existencia de edificios de siete u ocho pisos y atestiguado que allí hubo una enorme producción *en serie* de vasos de barro y otros objetos, todos de una factura perfecta, pero todos desesperantemente semejantes.

---

[1] Ya en el siglo VI antes de J.C., Alomeón disecaba animales, animado por un antropocentrismo sin restricciones.

Dada esta uniformidad sorprendente en la cantidad, cabe imaginar en los talleres donde se hicieron esos objetos, fabricados quizás "en cadena", una "robotización" del obrero que prefiguraba ya, cinco mil, o seis mil, años de distancia, la "robotización" del "material humano" de las fábricas de hoy. Contra ese mundo ultraorganizado —mecanizado en cuanto entonces se podía— chocaron, a partir del cuarto milenio antes de J.C., si no antes, las sucesivas invasiones de los arios, destruyéndolo, pero asimilando, ciertamente, lo mejor que las elites de ese antiguo mundo mecanizado podían ofrecer. Y en estas circunstancias, ¿cómo no ver en esas invasiones arias los instrumentos benditos de un enderezamiento? En efecto, las invasiones arias tuvieron como resultado la instalación de la civilización védica en India, lo cual determinó una detención al menos momentánea en la marcha descendente que representa el curso de nuestro ciclo, sobre todo en la Edad Sombría, entonces cerca de su comienzo; dicha civilización védica fue una tentativa de combate "contra el Tiempo", emprendida por los arios, bajo el impulso de las fuerzas de la vida, las mismas fuerzas de la vida que, siglos después, impulsaron, en otros países, a otros invasores de la misma raza que los arios: los helenos y los latinos, durante el ocaso de las culturas egea e itálica, técnicamente muy avanzadas; los romanos, al declinar el mundo helenístico; los germanos, en la decadencia del mundo romano.

Pero la influencia de la mecanización —"mecanización" relativa, puesto que limitada a la producción *artesanal* en serie— sobre la civilización de Harappa y de Mohenjo-Daro iba a ser menos fatal que la influencia que sufriría en mundo mediterráneo y después el mundo occidental, respectivamente en la época de Arquímedes, después de Herón —y de los ergástulas de Cartago, de Alejandría y, después, de Roma— y, sobre todo, en el siglo XVIII y más aún, en los siglos XIX y XX. El mundo del valle del Indo, incluso en su decadencia, tenía algo que legar a sus sucesores aparte de sus recetas de producción. Parece ser que los

arios aprendieron de ese mundo del valle del Indo ciertas formas, al menos, del *Yoga*, lo cual, si es verdad, es de importancia enorme. Del mismo modo, y hasta su decadencia más avanzada, el mundo helénico, después romano, guardó, aunque sólo fuera entre los neopitagóricos y entre los neoplatónicos, *algo* de lo que el esoterismo antiguo tenía de esencial. Ese *algo* —con lo que había de eterno en la enseñanza de Aristóteles— fue asimilado por el cristianismo *esotérico*. *Esto* sobrevivió en Bizancio, donde dio lugar, así como en Occidente, durante la Edad Media, a la floración de belleza que se conoció —de belleza que es irradiación visible de la Verdad.

Pero de entre los tesoros de la Edad Media —de todo lo que se había conservado de la eterna Tradición indoeuropea, a pesar del rechazo por parte del Medioevo de las formas que esa Tradición había tomado, en Germania y en todo el norte de Europa, como en Galia, antes de la aparición del cristianismo— el espíritu estrechamente "científico" del Renacimiento, y sobre todo de los siglos siguientes, nada quiso, *o pudo*, retener. Si hemos de creer en lo que afirman René Guénon y algunos otros autores bien informados, esos tesoros del Medioevo estarían fuera del alcance de Occidente desde el siglo XIV o desde el siglo XV —desde la desaparición de los últimos herederos de la enseñanza secreta de la Orden del Templo.

El interés que tantos autores del siglo XIX han mostrado por la Edad Media —del mismo modo que el capricho manifestado por las gentes del siglo XVI hacia la Antigüedad clásica y la mitología grecorromana— quedaba limitado a lo que había de más pintoresco y superficial de ese pasado. La prueba es que entre ellos va pareja la creencia más ingenua en el "progreso" y en la excelencia de la alfabetización generalizada como medio de apresurar dicho "progreso" (recordemos las páginas de un Víctor Hugo sobre este tema). Quedó cortado el lazo de unión con la inmemorial sabiduría indoeuropea, incluso con lo poco que de esa sabiduría indoeuropea había asimilado el cristianismo

después de haber destruido —desde el Mediterráneo a los mares del Norte y Báltico— todas sus expresiones *exo*téricas. En el lugar de esta antigua sabiduría, el Occidente ve tomar cuerpo y expandirse una verdadera religión del laboratorio y de la fábrica; una fe obstinada en el progreso indefinido del poderío del hombre (de cualquier "hombre"), que asegurará la servidumbre de las fuerzas de la Naturaleza, es decir su utilización, paralelamente al conocimiento indefinidamente acrecentado de sus secretos. En efecto, mientras el Occidente ve imponerse la técnica moderna en *el lugar*, en sustitución, de la antigua sabiduría, en las Indias y en Japón, como en todos los pueblos de civilización "tradicional", las técnicas modernas son aceptadas (en contra de los profundos deseos del alma popular) *al lado* de la antigua sabiduría.

Todo esto aboca a la "conquista del átomo" y a la "conquista del espacio" (hasta ahora, del pequeño espacio que hay entre la Tierra y la Luna: unos 480.000 kilómetros). Lejos de desanimarse, los científicos pronostican que todo nuestro sistema solar caerá bajo el "dominio del hombre"; y después —¿por qué detenerse?—... porciones cada vez más vastas del Más Allá físico, "sans fond ni bord" [1]. Todo esto conduce también —a costa de ¡quién sabe qué horrores a nivel de experimentación y a escala mundial!— al sueño luciferino de la prolongación indefinida de la vida corporal con, ya, la terrible consecuencia práctica de los esfuerzos realizados hasta ahora para conseguir tal fin: la proliferación desenfrenada del hombre —y más particularmente del hombre *inferior*— a expensas de la flora y de la fauna más noble de la Tierra, *y de la elite racial* de la misma humanidad.

1 "Par l'Espace éclatant qui n'a ni fond ni bord...". Leconte de Lisle ("La Tristesse du Diable"; Poémes Barbares).

CAPÍTULO VII

DESARROLLO TÉCNICO Y “COMBATE CONTRA EL TIEMPO”

“Quel soleil, echauffant le monde déjà vieux,
Fera aûrir encor les labeurs glorieux
Qui rayonnaient aux mains des nations viriles?”.

(Leconte de Lisle, “L’Anathême”; Poèmes Barbares.)

Hay que destacar que las iglesias que, teóricamente, deberían ser las guardianas de todo lo que el cristianismo pudo contener de verdad eterna (ofrecida a sus fieles a través del simbolismo de los relatos sagrados, como a través del simbolismo de la liturgia), no se opusieron a los científicos mientras sus descubrimientos no tendían a poner en duda o a contradecir abiertamente *la letra* de la Biblia (de sobra son conocidas las disputas de Galileo con el Santo Oficio a propósito del movimiento de la Tierra). Pero, que yo sepa, las iglesias cristianas nunca se han sublevado contra lo que parece ser el escollo o la piedra de toque de toda investigación no desinteresada de las leyes de la materia o de la vida, a saber, contra la invención de técnicas tendientes a contrarrestar la finalidad natural —lo que yo llamaría técnicas de la decadencia. Tampoco, las iglesias, sobre todo, han denunciado ni condenado categóricamente, a causa de su carácter intrínsecamente odioso, ciertos métodos de investigación científica, tales, por ejemplo, como *todas* las formas de vivisección. No lo habrían podido hacer, dado el antropocentrismo inherente a su doctrina misma. Ya he recordado más arriba que la visión que la Iglesia abría a sus iniciados de Occidente, durante el Medioevo, la enseñanza *esotérica*

del cristianismo, no sobrepasaba al "Ser". Pero ninguna forma *exo*térica del cristianismo ha sobrepasado jamás al "hombre". Las iglesias cristianas afirman y subrayan el carácter "diferente" o "aparte" del "hombre", de ese ser privilegiado cualquiera que sea su valor (o su ausencia de valor) individual, cualquiera que sea su raza o su estado de salud. Todas las formas *exo*téricas del cristianismo proclaman su interés por el "hombre" y por la ayuda que dan al "hombre" para la búsqueda de su mundo. Proclaman su solicitud exclusivamente para el "hombre", contrariamente a todos los "exoterismos" de origen indoeuropeo (hinduismo, budismo), que insisten sobre los deberes de sus fieles "hacia todos los seres".

Este antropocentrismo es precisamente la causa de la corta duración del papel positivo del cristianismo en Occidente —en la medida en que se le puede atribuir un cierto papel positivo, a pesar del horror inherente a la historia de su expansión. Después de ser debilitada y muerta la influencia de su verdadera elite espiritual —de la elite que, hasta el siglo XIV o XV se adhería todavía a la Tradición— nada fue más fácil al europeo que pasar del antropocentrismo cristiano al antropocentrismo de los racionalistas, deístas o ateos; nada más fácil que reemplazar al cuidado por la salvación individual de las "almas" humanas, todas consideradas como infinitamente valiosas, por el cuidado por el "bienestar de todos los hombres" —a expensas de los demás seres y de la belleza de la Tierra— gracias a la generalización de las técnicas de la higiene, del confort y de los placeres al alcance de las masas. Al europeo nada le fue más fácil que continuar profesando su antropocentrismo dándole una justificación diferente, a saber, pasando de la noción de "el hombre" como criatura privilegiada porque fue "creada a imagen de Dios" —y además, de un "Dios" eminentemente *personal*— a la noción de "el hombre", como medida de todas las cosas y centro del mundo porque es "racional", es decir capaz de concebir ideas generales y utilizarlas en sus razonamientos; capaz

de inteligencia *discursiva*, y por lo tanto de "ciencia", en el sentido vulgar del término.

Ciertamente, el concepto de "hombre" ha sufrido algún deterioro en el curso de ese proceso. Como muy bien ha mostrado A. de Saint-Exupéry, el individuo humano, privado del carácter de "criatura a la imagen de Dios" que le confería el cristianismo, deviene finalmente en un número en el seno de la pura cantidad, en un número que cada vez tiene menor importancia en sí. Se comprende entonces que cada uno (de esos números) sea sacrificado "a la mayoría". Pero no se comprende ya por qué "la mayoría", es decir una colectividad de "algunos", se sacrificaría, o incluso se perturbaría por uno solo. Saint-Exupéry ve la supervivencia de una mentalidad cristiana en el hecho de que en Europa, todavía hoy, centenares de mineros arriesguen su vida para intentar rescatar a uno de sus compañeros que yace sepultado entre los escombros debidos a una explosión. Él prevé que caminamos poco a poco hacia un mundo donde esta actitud —que nos parece tan natural, hoy todavía— ya no será concebible. Quizás ya no sea concebible dicha actitud en la China actual. Hay que anotar que, incluso en Occidente, donde esa actitud todavía es concebible, la mayoría de la gente está cada vez menos dispuesta a imponerse simples molestias si no para evitar, a uno o varios individuos, la muerte, sí al menos un apuro o un verdadero sufrimiento físico. El hombre a quien una cierta clase de música irrita insoportablemente, y que todavía no está suficientemente desarrollado espiritualmente como para aislarse en su solitaria ascesis, está *forzado* a soportar, en el autobús, a veces en los trenes y aviones, las emisiones de una radio común —o del transistor de otro pasajero— si la mayoría de los viajeros no sólo acepta el estridente ruido de la radio, sino que, en muchos casos, les gusta. A ese hombre no se le pregunta su opinión al respecto.

Se puede, si se quiere, con Saint-Exupéry, *preferir* el antropocentrismo cristiano al antropocentrismo de los

racionalistas ateos, fervientes defensores de las ciencias experimentales, del progreso técnico y de la civilización del bienestar material. Es una cuestión de gusto. Pero me parece imposible no percatarse de la lógica interna que conduce, sin solución de continuidad, del antropocentrismo cristiano al de los racionalistas, y de éste al antropocentrismo marxista, para el cual el hombre —el hombre, considerado como mero "producto de su medio económico"— tomado como masa, es todo, tomado como individuo, sólo vale lo que vale su *función* en el engranaje, cada vez más complicado, de la producción, de la distribución y de la utilización de los bienes materiales, para provecho del gran número. Me parece imposible que uno no se sorprenda del carácter *cualquier cosa antes que* "revolucionario" del jacobinismo, a finales del siglo XVIII, y del marxismo (y del leninismo), tanto del siglo XIX como del XX.

Ese pretendido carácter "revolucionario" del jacobinismo y del marxismo es una ilusión que nace del hecho de que estos movimientos ideológicos acompañaron su toma del poder mediante la efusión de la sangre. Mucha gente se imagina, de buena fe, que matanza es sinónimo de revolución; y que, históricamente, cuanto mayor es la carnicería ligada a un cambio, más profundo es éste. Mucha gente cree también que un cambio histórico es tanto más radical cuanto más afecta visiblemente al orden *político*. Ahora bien, esto no es así. Uno de los cambios más reales, y de los de más fuertes y duraderas consecuencias, en la historia conocida —el transito de la multitud de hindúes de todas las castas desde el brahmanismo al budismo, entre el tercero y el primer siglo antes de la Era cristiana—, se efectuó, no solamente sin efusión de sangre, sin "revolución" en el sentido popular del término, sino sin el menor trastorno *político*. Esto no obsta, para que tiempo más tarde, el mismo budismo haya sido prácticamente eliminado de India, aunque haya también marcado a este país para siempre (lo mismo u otro tanto se podría decir del jainismo, que en las Indias cuenta con uno o dos millones de fieles).

El marxismo-leninismo, pese a las persecuciones, batallas, ejecuciones en masa, torturas, muertes lentas en los campos de concentración y las subversiones políticas que han acompañado a su victoria, está demasiado "en la línea" de la evolución de Occidente —y del mundo, cada día más dominado por la técnica occidental— para poder merecer el calificativo de "doctrina revolucionaria". Fundamentalmente, el marxismo-leninismo representa la salida lógica, la salida inevitable, del sistema de ideas y de valores que subtiene y sostiene al mundo surgido a la vez de la Revolución Francesa y de la industrialización crecientemente pujante que se afirma en el siglo XIX, representa un sistema cuyo germen se encuentra ya en el respeto casi religioso de los jacobinos por la "ciencia" y si aplicación para el bienestar del mayor número de hombres, todos "iguales en derechos", y antes de esto, en la noción de la "conciencia universal", ligada a la noción de "razón", la misma para todos, tal como esa "razón" aparece en un Kant, en un Rousseau, en un Descartes. El marxismo-leninismo representa la salida lógica de esa actitud que tiene como legítima toda rebelión contra una autoridad tradicional en nombre de la "razón", de la "conciencia", y sobre todo de los así dichos "hechos", examinados a la luz de la investigación "científica". El marxismo-leninismo completa la serie de todas esas etapas del pensamiento humano, cada una de las cuales constituye una negación de la diversidad jerarquizada de los seres, incluidos los hombres; un abandono de la humildad primitiva del sabio efímero ante la sabiduría eterna; una ruptura con el espíritu de todas las tradiciones de origen sobrehumano. El marxismo-leninismo representa, en el estadio al que hemos llegado, el resultado natural de toda una evolución que se confunde con el desarrollo mismo de nuestro ciclo —desarrollo que se acelera, a medida que nuestro ciclo se acerca a su término, según la ley inmutable de todos los ciclos. No hay, ciertamente, nada de "revolucionario" en el marxismo-leninismo. El marxismo-leninismo solamente *realiza* las posibilidades de

expresión, de la tendencia *permanente* del ciclo mientras que la cada vez más rápida expansión de la técnica —del mecanismo, en todas sus formas— coincide con el crecimiento cada día más desbordante de la población de la Tierra [1].

En una palabra, el marxismo-leninismo está "en la línea" del ciclo —y más precisa y especialmente en la última parte de nuestro ciclo.

El cristianismo representó, ciertamente, para el mundo antiguo, un cambio al menos tan espectacular como el cambio que en el mundo de hoy ofrece el comunismo triunfante. Pero el cristianismo tenía un lado *esotérico* que le vinculaba, a pesar de todo, a la Tradición, de la cual el cristianismo tomaba su justificación en tanto que religión. En cuanto al aspecto *exo*térico del cristianismo, fueron los poderosos —sobre todo Constantino— quienes lo animaron e impusieron como instrumento de una dominación asegurada mediante la unificación política *por lo bajo* (la pureza de la raza no fue tenida en cuenta por Constantino. Incluso en el imperio germánico de Carlomagno, "germánico", pero cristiano, recibía más consideración un galo-romano cristiano que un sajón u otro germano pagano). Ese aspecto *exo*térico del cristianismo —en particular la importancia enorme que da *a todas* las "almas humanas", cualesquiera que fuesen— es lo que obliga a Adolf Hitler a ver en el cristianismo la "prefiguración del bolchevismo", la "movilización, por el judío, de la masa de esclavos, a fin de minar la sociedad" [2], la doctrina igualitaria y antropocéntrica —antirracista en el más alto grado— capaz de ganar a "los innumerables desarraigados" [3] de Roma y del Próximo Oriente romanizado. Es a ese aspecto *exo*térico al que Hitler ataca en

[1] Ese desbordamiento demográfico amenaza invadir los territorios hoy habitados por el hombre blanco, mientras la raza blanca ve disminuir el número de sus hijos.

[2] Pág. 8 de "Libres Propos sur la Guerre et la Paix".

[3] Pág. 76 de "Libres Propos sur la Guerre et la Paix".

todas sus críticas a la religión cristiana, en particular en la conexión que Hitler hace constantemente entre el judío Saulo de Tarso —el San Pablo de las iglesias— y el judío Mardochai, alias Karl Marx.

Pero se podría decir que el antropocentrismo cristiano, separado, ciertamente, de su base teológica, ya existía en el pensamiento del mundo heleno y después romano; ya que ese antropocentrismo era, cada vez más, el denominador común de los "intelectuales" y de la plebe, tanto en el mundo heleno como en el romano. Quizás incluso ese antropocentrismo ya estaba esbozado en tiempo más lejano, pues en el siglo VI antes de la era cristiana, Tales de Mileto agradecía, a los dioses el hecho de haber sido creado "ser humano, y no animal; varón y no mujer; heleno y no bárbaro", es decir extranjero.

Es más que probable que ya en la época alejandrina, un "sabio", si bien habría considerado digno de agradecer a los dioses el hecho de "ser humano y no animal", él habría rechazado las dos últimas razones (sobre todo la última) —según Tales de Mileto— de rendir gracias al cielo. Es decir, el "sabio" alejandrino habría mantenido la primera de dichas razones, pero es dudoso que se hubiera justificado con tan buen sentido como Tales. Ahora bien, toda exaltación del "hombre" considerado en sí, y no tanto que *escalón* que hay que *superar* o sobrepasar —no en tanto que "medio", con un fin más que humano—, conduce automáticamente a la sobreestimación de las masas y de los individuos menos valiosos; conduce a un cuidado mórbido de la "felicidad" del "hombre" a no importa qué precio; por tanto, conduce a una actitud ante todo utilitaria frente al conocimiento como frente de la acción creadora.

En otras palabras, si, por una parte en el mundo heleno y después romano, florecieron en el seno de ciertas escuelas de la sabiduría antigua —entre los neoplatónicos, los neopitagóricos, y entre ciertos cristianos— doctrinas esotéricas vinculadas más o menos a la Tradición —siendo por tanto doctrinas "por encima

del tiempo”—, por otra parte, es evidente que todo lo que el cristianismo conquistador (exotérico en altísimo grado) presentaba de lo así llamado “revolucionario” estaba, como el interés ampliamente alcanzado entonces por las aplicaciones de las ciencias experimentales, *en el sentido del Ciclo*.

El hecho de que, tiempo después, en el curso de los siglos, las iglesias se hayan opuesto al enunciado de varias verdades científicas, “contrarias al dogma” o supuestamente contrarias, no altera la posición del cristianismo exotérico dentro del Ciclo. Esa oposición a las “verdades científicas” sólo era el resultado de una mera rivalidad entre *poderes* tendentes, uno y otro, a la “felicidad del hombre” —en otro mundo o en este mundo— y que se molestan mutuamente como dos competidores que suministran comodidades semejantes. Si las iglesias, hoy, ceden cada vez más terreno, si las iglesias todas (comprendida la Iglesia católica) son más tolerantes hacia aquellos de sus fieles que —como Theillard de Chardin— dan a la “ciencia” la “parte del león”, es porque las iglesias saben que las gentes se interesan cada día más por el mundo visible y por las ventajas que de su conocimiento resultan para ellos; es porque las iglesias saben que las gentes cada día se interesan menos por lo que no se ve ni se puede “probar” —y, por consiguiente, las iglesias hacen lo que pueden para conservar sus ovejas. Es así como las iglesias “siguen la corriente de los tiempos” manifestando sin cesar que los “valores” antropocéntricos de los ateos son, en el fondo, los suyos; que incluso es a las iglesias a quien los ateos deben sus “valores” antropocéntricos, aunque ellos no se den cuenta.

Ninguna doctrina, ninguna fe ligada a estos valores antropocéntricos puede ser “revolucionaria”, cualesquiera que sean los argumentos —tomados de una moral “revelada”, o de una “ciencia” económica— sobre los cuales se apoya tal fe o doctrina.

Los verdaderos revolucionarios son aquellos que militan no contra las instituciones efímeras, en nombre del "sentido de la historia", sino más bien aquellos que militan contra el sentido de la historia, en nombre de la Verdad intemporal; contra esta carrera hacia la decadencia, característica de todo ciclo que se aproxima a su final, en nombre de la nostalgia —de la nostalgia que sienten los verdaderos revolucionarios— hacia la belleza de todos los grandes recomienzos —de todos los comienzos de ciclos. Los verdaderos revolucionarios son, precisamente, los que van contracorriente de los llamados "valores" en los que se afirmó gradualmente y continúa afirmándose la inevitable decadencia, inherente a toda manifestación en el tiempo. Los verdaderos revolucionarios son, en nuestra época, los discípulos de quien yo llamo "hombre contra el tiempo", Adolf Hitler. Los verdaderos revolucionarios son todos los que, en el pasado, como Adolf Hitler, combatieron, a contracorriente, el empuje creciente de las fuerzas del abismo y, prepararon desde lejos o desde cerca (en la distancia cronológica) la *obra* de Adolf Hitler, y —sobre todo— la *obra* del divino Destructor, inmensamente más duro, más implacable, más lejano al hombre, y que los fieles de todas las formas de la Tradición esperan bajo diversos nombres, "en el fin de los siglos".

* * * *

La mayoría de las personas que creen conocer lo que es el hitlerismo, y buen número de las que presenciaron e incluso participaron en su lucha por el poder, encontrarán paradójica esta interpretación de un movimiento que, transfigurando al país que tras despertar llegaría a ser la Gran Alemania, estuvo a punto de haber podido renovar la Tierra. Esas personas dirían que dicho movimiento (ya histórico: 1933-45) fue todo lo contrario a un movimiento destinado a poner fin al presente "reinado de la cantidad", con toda la mecanización del trabajo y de la vida

misma, que dicho “reinado de la cantidad” implica. Se trataría —añadirían— de una doctrina que visiblemente se dirigía a las *masas* laboriosas —masas de “sangre pura”, o supuestamente tal, de instinto sano, sin duda alguna biológicamente superiores a los elementos judaizados por la “intelligenzia”, pero “masa” en todo caso. ¿Acaso el instrumento de organización y difusión del movimiento hitleriano no fue el legalmente denominado con el elocuente título de “Partido Nacionalsocialista de los Trabajadores Alemanes”? [1]. Y, es más, dirían: el Führer, él mismo nacido del pueblo, ¿acaso no repitió hasta la saciedad, en sus discursos, que sólo el hombre que viene del pueblo, o al menos se sumerge en el pueblo, en sus raíces, es sano, es fuerte y es grande? En efecto, la palabra völkisch es de una tal resonancia en la terminología nacionalsocialista, que, después del desastre de 1945 esa palabra se ha convertido de lo más sospechoso hasta el punto de que nadie, en Alemania, osa pronunciarla. Es tan peligroso pronunciar Volkstum o völkisch, o casi tanto, en la Alemania “reeducada” (y “desnazificada”) como las palabras Rasse (raza) y Erbgut (herencia biológica, psicológica y espiritual).

Pero hay más: el Führer parece haber alcanzado, como lo han hecho en el mundo moderno pocos hombres responsables de los destinos de un gran pueblo, tres objetivos de los más representativos del espíritu de nuestra época: un perfeccionamiento técnico impetuoso, un bienestar material generalizado; y un crecimiento demográfico indefinido —estímulo de la natalidad en todas las familias alemanas sanas, e incluso fuera del marco familiar, siempre que los padres fueran sanos y de buena raza.

Ciertamente, la mayor parte de las declaraciones que ilustran el primero y el tercero de estos objetivos se justifican por el estado de guerra que amenazaba, o que sufría Alemania, en el momento en que dichas declaraciones fueron hechas. He aquí un ejemplo, de 9 de Febrero de 1942: “Si yo dispusiera ahora de un

[1] Nationalsozialistische Deutscher Arbeiter Partei”, (de aquí NSDAP).

bombardero capaz de volar a más de setecientos cincuenta kilómetros por hora, tendría en todas partes la supremacía... Este avión sería más rápido que los más veloces cazas. Así, pues, en nuestros planes de fabricación, ante todo debemos dedicar a resolver el problema de los bombarderos" ... "Diez mil bombas caídas al azar sobre una ciudad no tienen la eficacia de una bomba caída certeramente sobre una central eléctrica, o sobre depósitos o embalses de agua". Y más aún: "En la guerra de las técnicas, impone su decisión aquel que alcanza superioridad en armamento. Si nosotros logramos, este año, poner en servicio nuestro nuevo Panzer, a razón de doce por cada división, nos impondremos de forma aplastante sobre todas las fuerzas blindadas del adversario... Lo que es importante es *tener la superioridad técnica* en todo caso sobre un punto decisivo. Lo reconozco: soy un entusiasta de la técnica. Hace falta lograr las novedades técnicas que sorprendan al adversario, a fin de conservar siempre la iniciativa" [1].

Se podría *ad infinitum* multiplicar citas semejantes extraídas de las entrevistas del Führer con sus ministros o con sus generales. Esas citas no harían más que probar, en Hitler, un sentido de la realidad, cuya carencia sería cuanto menos sorprendente en un jefe de Estado en guerra.

Es obvia la evidencia de las ideas de Adolf Hitler sobre la necesidad de un gran número de hijos sanos, es decir la necesidad que tiene una nación sana de aumentar su población. Su punto de vista es el del legislador realista; y no solamente del legislador que sabe sacar las justas conclusiones de las observaciones que él mismo ha podido hacer —de quien, entre otras cosas conoce las perniciosas consecuencias que para Francia ha tenido una práctica de restricción de la natalidad [2]—, sino del legislador que

[1] "Libres Propos sur la Guerre et la Paix", trad. De Robert d'Harcourt, pág. 297.

[2] "Libres Propos sur la Guerre et la Paix", trad. De Robert d'Harcourt, pág. 298 (en este contexto, Hitler concluye, refiriéndose a la necesidad de crear

comprende las lecciones de la historia [1], y quiere beneficiar a su pueblo. El Mundo Antiguo, subraya el Führer, debió su derrumbamiento a la restricción de los nacimientos entre los patricios, y a la dejación del poder en manos de una plebe de las razas más diversas después de que "el cristianismo hubiera borrado la frontera que, hasta entonces, separaba a los patricios de los plebeyos" [2]. Su punto de vista es también el del conquistador consciente de la perennidad de la ley natural, según la cual, a los ojos de los dioses, el más fuerte es en definitiva "el más digno"; consciente, pues, de la necesidad, para un pueblo con misión histórica —un pueblo de *futuro*— de *ser el más fuerte*.

Adolf Hitler soñaba con la expansión germánica en el Este. Lo dijo y repitió en escritos y discursos. En todo caso, había una diferencia entre esta ilusión de Hitler y los sueños de los conquistadores, tanto en Oriente como en Occidente, que sólo perseguían una aventura lucrativa. En una de sus 'conversaciones de sobremesa', en la noche del 28 al 29 de Enero de 1942, Hitler dijo: "Yo consideraría como un crimen el haber sacrificado la vida de soldados alemanes *simplemente para la conquista de riquezas materiales* y, para luego, explotarlas al estilo capitalista. Según las leyes de la naturaleza, el suelo pertenece a aquél que lo conquista. El hecho de tener niños y muchachos que quieren vivir; el hecho de que nuestro pueblo estalla dentro de sus menguadas fronteras —esto justifica todas nuestras pretensiones sobre los espacios territoriales del Este. El desbordamiento de nuestra natalidad será nuestra fortuna. La superpoblación apremia a un pueblo a darse

---

familias numerosas, es decir a la necesidad de mejorar y salvar la raza mediante la crianza y educación de niños sanos y felices: "Finalmente, el biberón (la lactancia artificial, a falta de la alimentación materna) nos salvará", p.154).

1 La caída de Roma y su decadencia previa se debieron, entre otras causas, al aborto generalizado.

2 "Libres Propos sur la Guerre et la Paix", trad. De Robert d'Harcourt, pág. 254.

un destino. La necesidad nos forzará a estar siempre en la cabeza del progreso. Toda vida *se paga a cambio de sangre*" [1].

Además —en una plática de la noche del 1 al 2 de Diciembre de 1941— Hitler dijo: "Si he de emitir un mandamiento divino, es este: 'Tenemos el deber de conservar la especie'". "La vida del individuo no puede ser estimada a un precio demasiado elevado" [2].

En resumen, a los ojos del jefe del III Reich, lo que hay más permanente, impersonal, esencial en "el pueblo" mismo, lo que cuenta es la "especie", es decir, "la raza" (como se cita en otros pasajes). El pueblo —*su* pueblo alemán, tan amado— debía extenderse hacia el Este, colonizar mediante el arado los espacios inmensos conquistados por la guerra, y construir una cultura sin precedentes; y esto, no por el hecho de que el pueblo alemán, por su espíritu, representaba la semilla por excelencia de una sobrehumanidad colectiva; porque, considerado *objetivamente*, el pueblo alemán se distinguía por las cualidades de salud, belleza física, de carácter —de conciencia: de constancia en el trabajo; de honestidad, de valentía y de fidelidad; de inteligencia práctica y especulativa y de sentido *estético*—, cualidades que hacían del pueblo alemán el tipo ideal de "especie": el conjunto humano histórico más próximo a la "idea del hombre", en el sentido platónico del término. El Führer sabía que el pueblo alemán, en nuestra época, era el único pueblo capaz de poner las bases de un "Gran Reich", que habría sido mucho más que una entidad política. El "Gran Reich" debía, en los siglos sucesivos a una victoria de la Alemania nacionalsocialista, fundar poco a poco una *civilización nueva*, sana y bella, fiel a las leyes fundamentales de la vida (contrariamente a la sociedad moderna, que niega o trata al menos de contrarrestar dichas leyes fundamentales); una

---

1 "Libres Propos sur la Guerre et la Paix", trad. De Robert d'Harcourt, págs. 254-255.

2 "Libres Propos sur la Guerre et la Paix", trad. De Robert d'Harcourt, pág. 139.

civilización propia ciertamente, a la Edad Sombría, en la cual estamos sumergidos, pero centrada, a la inversa de la civilización de la Europa de hoy, *sobre el incesante combate contra las fuerzas de la desintegración; contra* todo reblandecimiento y toda falsedad; *contra* "el sentido de la historia" que no es sino decadencia.

Para estar a la altura de esta grandiosa tarea, Hitler debía practicar la política de la vida plena y desbordante; estimular la natalidad, ciertamente, pero *también* no oponerse a la selección natural; eliminar sin dudar a los tarados, los débiles, los mestizos y asegurar la supervivencia de los mejores.

Siendo la elite de los mejores —la aristocracia natural— forzosamente una *minoría* (cada vez más una minoría, a medida que se avanza en la Edad Sombría u Oscura), Hitler hacía bien en exaltar la familia numerosa, honrar de una manera espectacular a las madres más fecundas, con tal de conseguir hijos sanos, de buena raza, a fin de que esa minoría fuera lo bastante importante como para ser capaz de suministrar los cuadros de una organización indefinidamente conquistadora, así como el núcleo creador —las gentes del arte y del pensamiento— de una cultura superior. Por otra parte, muchas veces el Führer señaló su proyecto de incorporación total de las elites nórdicas —escandinavos, holandeses, daneses, etc.— al Gran Reich que él quería construir, y muchas veces solicitó la colaboración de todos los arios (no solamente de los "nórdicos") del mundo entero. Esto solo bastaría para demostrar cómo su filosofía racista y sus objetivos en la guerra trascendían a Alemania, aunque conservando sus raíces germanas. Y no hace falta decir que Hitler, si hubiera continuado en el poder —si hubiera ganado la guerra— habría extendido a toda la elite aria de la Tierra su política de estímulo de la fecundidad.

Dos hechos prueban abundantemente que la empresa vislumbrada por Hitler era, para él, absolutamente algo muy diferente a proyectos "en el sentido del tiempo". La cantidad de nacimientos estaba justificada porque sin ella, la calidad —ya rara,

hoy, incluso en el seno de las razas superiores— corría el riesgo de devenir todavía más rara: los niños destinados a convertirse en hombres de un valor excepcional, no son forzosamente los dos o tres primeros en nacer en cada familia. Se sabe lo que pierde la raza cuando muere un adulto, o incluso cuando muere un joven de prometedor futuro. No se sabe de lo que se *priva* a la raza cada vez que se impide la concepción de un niño, o cada vez que se le mata antes de nacer.

Por otra parte, el equilibrio natural entre el hombre y su medio ambiente —dicho de otra manera, la no proliferación masiva del hombre (incluido el superior)— debe ser asegurado no mediante una limitación cualquiera de los nacimientos, sino de un lado mediante la abolición de toda intervención tendiente a conservar la supervivencia de los débiles o de los mal constituidos; de otro lado, mediante el estado cuasi permanente de guerra en las fronteras, siempre susceptibles de expansión, del Reich de los arios, y mediante la atracción que sobre los jóvenes tiene toda actividad peligrosa y a la vez útil y bella.

El mundo ario, influenciado de cerca o de lejos por una Alemania regenerada, debía ser un mundo de los fuertes; un mundo donde, cuando menos, la escala de los valores de los fuertes debía expresar la ética colectiva. Se habría (si se hubiera ganado la guerra) cultivado el amor a la vida y a la acción dura y bella, el desprecio del sufrimiento humano y de la muerte; se habría desterrado la preocupación por el "bienestar", la búsqueda de ilusos consuelos, el miedo por lo desconocido, y toda forma de debilidades, de mezquindades, de futilidades inherentes a las civilizaciones decadentes. Se habría hecho un medio ambiente capaz de engendrar y promover una aristocracia sobrehumana —la antítesis del reinado embrutecedor del materialismo antropocéntrico, ya de los comunistas, ya de las "sociedades de consumo".

* * * *

Pero este mundo nuevo, inspirado en principios eternos, ese *medio* generador de semidioses de carne y de sangre, había que forjarlo a partir del material humano ya existente y a partir de las condiciones, tanto económicas como psicológicas, en las que ese material humano se encontraba. Por otra parte, esas condiciones evolucionaron en el transcurso de los años que precedieron y siguieron a la toma del poder —sobre todo en los años de guerra. Hay que tener en cuenta esto, si se quieren comprender la historia del régimen nacionalsocialista, y el rasgo común que el Tercer Reich poseyó con todas las sociedades fuertemente industrializadas de la época moderna, a saber, el lugar que dio a las aplicaciones de las ciencias, así como el énfasis que puso sobre la prosperidad material al alcance de todos, sobre la vida confortable, incluso lujosa, presentada a millones de personas como objetivo inmediato.

Jamás hay que olvidar que "el nacionalsocialismo surgió de la desesperación de la nación alemana" [1]. No hay que perder de vista el panorama que presentaba Alemania en los años que siguieron a la Gran Guerra europea: el hundimiento económico como resultado de la catástrofe bélica; la humillación gratuita del pueblo más vigoroso de Europa; el sentimiento que el pueblo alemán tenía de haber sido traicionado ("apuñalado por la espalda") —entregado, atado de pies y manos, a merced de los vencedores, aunque ese pueblo se había batido lealmente y habría podido, habría *debido*, triunfar; la insistencia de las comisiones aliadas sobre la exigencia de las "reparaciones de guerra" que Alemania tenía que pagar, según imponían las cláusulas del infamante Tratado de Versalles; la amenaza creciente y después, trágica realidad de la inflación; el paro crónico; el hambre —la madre alemana implorando al usurero judío un precio irrisorio por su alianza matrimonial y el usurero respondiendo: "Guarda

---

1 "Libres Propos sur la Guerre et la Paix", pág. 252.

ese anillo. ¡Ya vendrás la próxima semana a ofrecérmelo por la mitad de ese precio!”

Pero...

> “La nuée est dejá moins sombre, où l’aube brille
> Et la mer est moins haute, et moins rude le vent” [1]

El que, “de edad en edad” toma forma humana, y retorna “cuando la justicia es pisoteada, cuando el mal triunfa”, y restablece el orden... durante un tiempo, vigila, incógnito, oculto entre la masa de los desesperados. Él llegó y habló —como habló en otra época Sigfrido a la Valkiria; como Federico Barbarroja, saliendo de su misteriosa caverna, debe un día hablar a su pueblo. Y la Alemania postrada sintió pasar sobre ella el soplo divino. Y Alemania comprendió la irresistible voz —la misma; la eterna. Y la voz dijo: “No son las guerras perdidas lo que arruina a los pueblos. Nada los puede arruinar si no es la pérdida de ese poder de resistencia que reside en la pureza de sangre” [2]. La voz dijo: “Deutschland erwache!” —“Alemania, ¡despierta!”. Y los rostros huraños, y los rostros cansados —las caras de los hombres que habían cumplido con su deber, y sin embargo todo lo perdieron; las caras de los que tenían hambre de pan y de justicia— se alzaron; los ojos apagados encontraron la mirada luminosa de un soldado desconocido vivo, simple cabo del ejército alemán que, como ellos, “había hecho la guerra”. Y el pueblo vio en ese soldado la inmortal mirada de Federico el de la barba roja, cuyo retorno espera Alemania; de quien en el transcurso de los siglos regresa cien veces, en diversos lugares y bajo diversos nombres, y al cual la Tierra entera espera ver retornar. Desde el fondo del fango, Alemania se ha levantado y le ha seguido. Se han dado a él con el fervor de su juventud reconquistada —a quien, con su

[1] Leconte de Lisle, “Les Erinnyes”, 2ª parte, III.
[2] “Mi Lucha”, ed. 1935, p. 324.

intuición atávica, había reconocido como el depositario de la verdad total. Alemania se entregó a él como la Valkiria a Sigfrido, vencedor del dragón, dueño del fuego.

"En ninguna parte del mundo existe un amor tan fanático de millones de personas por un solo hombre" [1], escribe el Dr. Otto Dietrich, en un libro de la época consagrado a la persona del Führer. En este amor —el amor incondicional de las gentes sencillas; de los campesinos desposeídos; de los empleados de oficinas; de todo el valiente pueblo alemán y de una minoría de idealistas inspirados —el que lleva al poder supremo al dios de siempre, venido bajo el aspecto del elocuente soldado de la Gran Guerra europea. Le reconocen en la magia de su verbo, en la irradiación de su rostro, en el poder que emana de todos sus gestos. Pero es su fidelidad a las promesas hechas durante la etapa de la lucha por el poder lo que les une a él, indefectiblemente, incluso en el fragor sin paralelo de la segunda guerra mundial y —aunque el observador superficial no lo crea— más allá del desastre absoluto de 1945.

¿Qué les prometió? Ante todo: "Arbeit und Brot" —trabajo y pan; "Freiheit und Brot" —la libertad y el pan; la suspensión del "Diktat" de Versalles: del tratado impuesto a Alemania, con la punta del cuchillo en la garganta, y que pretendía congelar para siempre su postración de nación vencida u desmembrada; les prometió un lugar bajo el sol; el derecho para el pueblo alemán de vivir con honor, orden y prosperidad, gracias a las virtudes con que la naturaleza le ha colmado; el derecho para el pueblo alemán de recuperar e incorporar a la patria común a los hermanos de sangre separados contra su voluntad (el parlamento de Austria en 1918, votó por *unanimidad* la reincorporación del país austríaco a Alemania).

Los políticos, y sobre todo los que acceden al poder "por vía legal y democrática" —como Hitler lo hizo— raramente

---

1 "Nirgends auf der Welt gibt es eine derart fanatische Liebe, von millionen Menschen zu eines..."

cumplen las promesas que han hecho desde lo alto de las tribunas electorales, o que han dejado escritas con letras de imprenta en los panfletos y en los carteles murales de la propaganda. Los patriotas sinceros no mantienen forzosamente sus promesas; son superados por los acontecimientos; se equivocan, incluso cuando no han mentido. Solamente los dioses no mienten ni se equivocan. Sólo los dioses son fieles, siempre. Adolf Hitler cumplió integralmente todas las promesas que hizo al pueblo alemán antes de tomar el poder. Más aún: Hitler dio más de lo que había prometido (y si la fatalidad de la Edad Sombría no hubiera obstaculizado su ímpetu; si no hubiera sido *demasiado tarde* para que fuera *posible* un último enderezamiento a contracorriente del tiempo y si no hubiera sido *demasiado pronto* para esperar, rápidamente, el *final* de este ciclo temporal y el alba del siguiente ciclo, Hitler habría dado más aún, a su pueblo y al mundo entero).

Es a su voluntad de cumplir integralmente todo lo que había prometido, a lo que se debió el enorme desarrollo industrial, técnico —material— del Reich, del cual él fue el inspirador desde mucho antes de la guerra de 1939, *desde* su acceso al gobierno. Él prometió a su pueblo “trabajo y pan”. Más de siete millones de trabajadores parados tenían puestos en él. Ellos habían votado por él; por su partido *obrero.* Ellos —y muchas veces, junto con sus hijos— le habían ayudado a conquistar la calle, en las refriegas en las que, durante trece años, se habían enfrentado los trabajadores nacionalsocialistas y los comunistas. Él no les podía decepcionar. Además él les *amaba*. Diez años más tarde —en la cumbre de la gloria— él hablará aún con emoción de las gentes humildes que se habían adherido al movimiento “cuando éste era aún pequeño”, y podía estar abocado al fracaso.

Ahora bien, era imposible ocupar siete millones de parados, y dar a un país de ochenta millones de habitantes prosperidad y fuerza —la prosperidad, primera fuente de fuerza— sin estimular intensamente la industria para emprender

toda suerte de obras públicas. Así, rápidamente, las fábricas que la inestabilidad político-económica de la República de Weimar había obligado a cerrar sus puertas, empezaron a funcionar a pleno rendimiento, dando como resultado, desde punta a punta del Reich, una fiebre sin precedentes de construcción, de transformación, de proyectos gigantescos. Es entonces cuando se llevaron a cabo centenares de kilómetros de autopistas (Autobähnen) de cuatro vías, bordeadas de césped y bosque, que eran (y son todavía hoy) la admiración de todos los viajeros que tuvieron la suerte de visitar Alemania en esta época. Fue entonces cuando fueron realizados los grandes conjuntos arquitectónicos que expresan la gloria de la Alemania hitleriana —tales como, en Munich, el monumento a la memoria de los dieciséis caídos el 9 de Noviembre de 1923, o la Casa Parda (Braunhaus); o en Berlín, la Nueva Cancillería del Reich; o en Nuremberg, en el estadio de Zeppelin Wiese, la escalinata monumental, dominada por un doble peristilo unido a tres enormes pilones con portales de bronce macizo; uno central y dos laterales; escalinata en cuya tribuna, durante las grandes solemnidades del Partido, se situaba el Führer para presenciar los desfiles de las formaciones de la SA y de las SS, de las formaciones de la Hitlerjugend, del Arbeitsfront y del ejército alemán, y para arengar a las multitudes que desbordaban las gradas del inmenso estadio. Estas grandiosas obras de arte y de arquitectura, que Robert Brasillach calificó de "micénicas" para expresar su poderío aplastante —que otros han comparado a los más imponentes monumentos romanos—, estaban destinadas, en el espíritu de Adolf Hitler, a durar muchos siglos. Habrían durado —y desafiado al tiempo— si Alemania hubiera triunfado, junto a toda Europa, en la segunda guerra mundial. Estas obras transmitieron su grandeza a los millones de alemanes que participaron en su construcción. Adolf Hitler quiso así que la industria más moderna —que permitía a un país superpoblado aumentar indefinidamente su producción y elevar su "standard" de vida, y hacerlo autárquico a la vez que

competitivo en el mercado mundial, ayudara a su pueblo a participar de su propia grandeza.

Indudablemente, Hitler comprendía muy bien que la técnica no es *todo*, sino que incluso es en sí muy poca cosa, en comparación con otros dominios, por ejemplo, el dominio de la *calidad* del hombre. Pero él se daba cuenta *también*, de que sin la técnica, no hay, en *el mundo actual* —el mundo que corresponde al estadio avanzado de la Edad Sombría— ni poderío ni independencia posible; ni supervivencia digna de este nombre. Él también era consciente de este hecho, lo mismo que lo fueron, en el momento de su opción forzosa, en 1868, los jefes pragmáticos del Japón tradicional, o que lo serían, después de 1917, en las Indias, algunos hombres que, rechazando la concepción técnica arcaica que Gandhi tenía de la autarquía, para proceder a la industrialización generalizada, incluso contra el grado del país. Pero en tanto que europeo, y sobre todo, en tanto que alemán, Hitler era consciente, además, de que por imperfecta que la técnica sea, comparada con las espléndidas creaciones de los arios del pasado, recientes o lejanas, la técnica moderna, hija de la ciencia experimental, es también una hazaña de la raza de los señores, y un argumento más aún a favor de su superioridad. Hitler no ponía, ciertamente, la técnica en el mismo nivel de la obra de los músicos clásicos, y en particular, que la obra de Richard Wagner, su compositor preferido, ni tampoco en el mismo plano que a los constructores de las catedrales góticas o de los templos antiguos; ni, por supuesto, en el mismo plano que las obras de los sabios arios, desde Nietzsche hasta los bardos védicos, pasando por el pensamiento griego. Pero él veía en la técnica la prueba de que la última y más basta realización del hombre de la Edad Oscura, la única gran realización de la que este hombre de la Edad Sombría es aún capaz, cuando ya no le interesa ni el verdadero arte ni el pensamiento puro, es *todavía* un producto del genio ario.

Esto es sin duda lo que, *junto* a su deseo de dar a su pueblo el medio de permanecer fuerte, en medio de un mundo cada día más mecanizado, le llevó a promover la industrialización y a hacer todo lo posible para elevar el nivel de vida material de cada uno de sus compatriotas.

Es cierto que él se interesaba por las máquinas —por *todas* las máquinas, por los ingenios de guerra más perfeccionados hasta por las vulgares máquinas de escribir, que evitan tener que perder el tiempo "en descifrar garabatos" [1]. Hablaba, se dice, de cada una de las máquinas, con tal precisión de conocimientos técnicos —él, autodidacta, en este dominio como en todos los demás— que los especialistas que le escuchaban quedaban con la boca abierta.

Tenía una afición por los coches automóviles. No solamente discutía sobre los diferentes modelos de motores con no importa qué técnico especializado [2], sino que además, le gustaba utilizar el automóvil como medio de transporte. Hablando, en una conversación sostenida en la noche del 3 al 4 de Febrero de 1942, de sus recuerdos de la Kampfzeit —de la época de su lucha por el poder—, él dijo, entre otras cosas: "Lo primero que hice al salir de la prisión de Landsberg, el 20 de Diciembre de 1924, fue comprar un Mercedes de compresores. Aunque yo mismo no he tenido nunca un coche, siempre he sido un apasionado del automóvil. He tenido mucho cariño a ese Mercedes. Desde la ventana de mi celda, en el fortín, yo seguía con la mirada los coches que pasaban por la carretera de Kaufbeuern, y me preguntaba si llegaría el día en que pudiera de nuevo montar en coche" [3]. Todo el mundo conoce la participación que tuvo Hitler en la creación y lanzamiento del

---

1 "Libres Propos sur la Guerre et la Paix", pág. 75.

2 "Continúo interesándome por cada novedad concerniente al automovilismo", decía en una plática mantenida en la noche del 24 al 25 de Enero de 1942, dedicada en gran parte a los problemas referentes a los automóviles.

3 "Libres Propos sur la Guerre et la Paix", pág. 276.

Volkswagen —el coche popular, de sólido mecanismo, que él deseaba ver en posesión de cada familia obrera y campesina[1].

En cuanto a otros dominios incluso de la vida cotidiana, Hitler se manifestó, al parecer como un decidido partidario de la producción en serie. He aquí, por ejemplo, lo que dijo en una charla, el día 19 de Octubre de 1941, según se narra en las ya varias veces citadas "Conversaciones sobre la Guerra y la Paz" ("Tischgespräche"): "Construir una casa no debería consistir en otra cosa que en una única tarea de montaje, lo que no entrañaría obligatoriamente una uniformidad de las viviendas. Se podría variar el número y la disposición de los elementos, pero *éstos* deberían ser estandarizados. El que quiera algo especial sabrá lo que le cuesta. Evidentemente, un Creso no va a ir en busca de un apartamento de "tres piezas" a bajo precio. Pero, ¿de qué sirve tener cien modelos diferentes de lavabos? ¿Por qué esas diferencias en las dimensiones de las ventanas y de las puertas? Si usted cambia de apartamento, las cortinas ya no le sirven. Para mi automóvil encuentro en todas partes piezas de recambio; pero, no para mi apartamento... Estas prácticas sólo subsisten porque constituyen una forma de ganar más dinero para los que venden. De aquí a un año o dos, será necesario que este derroche desaparezca..." "Igualmente, en el dominio de la construcción, habrá que modernizar el utillaje. La máquina excavadora que todavía se usa es un monstruo prehistórico, comparada con el nuevo excavador de espiral. Cuantiosas economías tendríamos si imponemos la estandarización. El deseo de dar a millones de alemanes las mejores condiciones de vida, nos conduce a la estandarización, y por tanto a servirnos de elementos normalizados, en todos los ámbitos donde la necesidad no imponga formas individualizadas".

"El pueblo en general sólo podrá disfrutar de los placeres materiales de la vida mediante la homologación. Con un mercado

---

1 Estaba previsto que cualquier obrero podría comprarse —a plazos— su correspondiente VW.

de quince millones de consumidores con capacidad de compra, es totalmente concebible que se pueda construir un receptor de radio a buen precio y una máquina de escribir barata". En otro momento de la misma charla, Hitler añadía: "¿Por qué no dar en la escuela primaria cursos de dactilografía? En lugar de la enseñanza del 'catecismo', por ejemplo" [1].

Parece difícil ir más resueltamente en la vía que yo he llamado "la dirección del tiempo" —en aceptar voluntariamente su aspecto quizás más rechazable: precisamente, la tendencia hacia la uniformidad por lo bajo; la eclosión en serie de objetos todos iguales, de gustos idénticos, de ideas intercambiables; de hombres y mujeres intercambiables; de robots vivientes, porque ¿cómo no darse cuenta de que la uniformidad del entorno íntimo facilita la uniformidad de las gentes? Quien habla en estas "Conversaciones..."... ¿es el combatiente *contra* esta decadencia general que caracteriza nuestro período de 'final de ciclo'? ¿Es él quien retorna de edad en edad a tomar el relevo en la lucha cada vez más heroica, más desesperada, a contracorriente del tiempo? ¿O es un halagador de los apetitos de comodidades baratas —un demagogo— quien habla en estas pláticas?

Si se puede, ciertamente, todavía rendir homenaje al genio ario que ha inventado los más deslumbrantes avances de la técnica moderna, *aquí* no se trata de hacerlo. ¿Debe, entonces, admitir la existencia de una contradicción profunda en la personalidad misma del Führer? —¿de una oposición entre el arquitecto de la superhumanidad, y el político deseoso de agradar a la plebe suministrándole "mejores condiciones de vida"?

Se podría admitir dicha contradicción, si nos refiriéramos a Hitler como político. Pero el Führer era otra cosa. Representaba, como ya he repetido, la más reciente de las manifestaciones visibles tangibles de Quien retorna periódicamente para ponerse a la cabeza de ese combate "contra el tiempo", que dura, intensificándose, desde el final de la

[1] "Libres Propos sur la Guerre et la Paix", pág. 75

inimaginable Edad de Oro, lejos, muy lejos detrás de nosotros, y que, al mismo tiempo —ese combate— anuncia la proximidad de una nueva Edad de Oro que será el bienaventurado comienzo de un ciclo futuro, a continuación del que actualmente vivimos. Toda acción que Hitler haya podido llevar a cabo en el sentido del tiempo sólo se explica plenamente a la luz de su misión *contra* el tiempo, de su esfuerzo desesperado de *rectificación*, realizado en las condiciones actuales del mundo, es decir, muy cerca (relativamente) del final del presente ciclo. Su acción no es la de un "visionario"; es la de un iniciado, un vidente (en el sentido de hombre capaz de considerar al tiempo —incluido el tiempo en el que él vivía— desde el punto de vista del eterno presente); la acción de un profeta, *realista*, como lo son todos los verdaderos profetas.

Él *veía* muy claramente —y en punto a esto no es necesario ser iniciado ni profeta— el interés creciente de las masas por "los placeres materiales de la vida", y lo absurdo de todo intento de frustrarles ese interés. Él comprendía que en una época dominada más y más por la técnica, no podía suceder de otra manera. Es más, él comprendía que, en el fondo, siempre había existido ese interés; no solamente la naturaleza de los "placeres materiales" podía cambiar, no la tendencia de la mayoría de las gentes a darles enorme importancia —y esto por la simple razón de que en todas partes y en todas las épocas las masas han procedido así. Él sabía que así como todas las razas humanas están desigualmente dotadas por naturaleza, también los hombres son desiguales en el seno de una misma raza, en incluso dentro de un mismo pueblo; que, en particular, al lado de una elite alemana que con todos sus esfuerzos él tendía a promover, había —y habrá siempre, incluso después de instaurado el "Nuevo Orden"—, estaba, la *masa.*

Según narra Hermann Rauschning en sus "Gespräche mit Hitler", en un coloquio mantenido por Hitler con Walter Darré y otras eminentes personalidades, en la Casa Parda, de Munich,

durante el verano de 1932, el Führer, mostrándose de acuerdo con Darré, añadió: “El nuevo orden social que deberá nacer al mismo tiempo que una nueva clase de jefes, no será el fruto de fantasías especulativas ni de experiencias de laboratorio: surgirá de un proceso histórico único. Estamos precisamente en el centro de ese proceso. Vivimos en medio de la conmoción revolucionaria que nace de la abdicación de las viejas clases sociales y del ascenso de las nuevas. Pero los señores marxistas yerran al imaginar que es el proletariado quien reemplazará al Junker a la cabeza del nuevo orden social. Tal idea trasunta bastante bien la ridícula cobardía de la burguesía claudicante, que ve en el obrero de fábrica una suerte de salvador místico portador de la salvación social. El proletariado, en su significado político actual, es uno de los síntomas transitorios de un orden social moribundo lo mismo exactamente como los ‘títulos nobiliarios’ y la burguesía”.

Pese a que el libro de Rauschning fue traducido en 1940 a todas las lenguas importantes y utilizado por el enemigo como “denuncia” de la “doctrina secreta” de Hitler, no es menos cierto que Rauschning supo captar el verdadero espíritu de las palabras pronunciadas por el Führer, al exponer su concepción del orden social alemán tal como debería surgir mediante la revolución nacionalsocialista: “¿Qué cuál será el aspecto del futuro orden social? Camaradas, os lo voy a decir: habrá una clase de señores, oriunda de los elementos más diversos, que será reclutada en nuestro combate y encontrará así su justificación histórica. Habrá la muchedumbre de los diversos miembros del Partido, clasificados y organizados jerárquicamente. Ellos son quienes formarán las nuevas clases medias. También habrá la *gran masa* de los seres anónimos, la colectividad de los servidores, de los “menores” ad æternum, aunque ahora, en la presente sociedad burguesa en la que vivimos, estos seres sin personalidad fuerte sean propietarios agrícolas u obreros manuales. La posición

económica y el papel o función social ahora vigentes perderán toda significación (...)" [1].

Había, pues, y debería haber, para Hitler, incluso en el seno del bravo y buen pueblo alemán que él tanto amaba, una masa irreductiblemente "menor" ("menor de edad") —masa simpática, ciertamente, porque siendo de buena raza aria, a pesar de su ingenuidad y pesadez, de ella podrían surgir y destacarse individualidades excepcionales; pero, en conjunto, una masa con toda la mediocridad que la palabra masa sugiere. Es a esta masa a la que el Führer ofrecía una vida cada vez más estandarizada, plena de alegrías a su alcance, alegrías materiales sobre todo, es decir una vida confortable: viviendas a precio muy bajo, pero casas sanas, alegres, con jardín; aparato de radio, máquina de fotografiar, instrumentos musicales, etc. Basta recordar, sin embargo, en qué medida Hitler era *artista* y poseía el sentido innato del "porte", para imaginar el secreto desprecio que él sentía hacia todo lo que significara nivelación o uniformidad desde abajo, lo cual sería sólo una piadosa caricatura de la *unidad*, principio de la síntesis creadora. Basta pensar en su propio estilo de vida —en su frugalidad legendaria, en un marco tan *bello* como fuera posible; en efecto, en Viena, por ejemplo, durante sus años de hambre o miseria, él prefería dejar de comer para poder pagarse una entrada (de las más baratas, sin duda) a la ópera y así escuchar, gozar, de cualquier obra de Wagner— para comprender y medir el abismo que le separaba de toda humanidad vulgar [2].

---

1 "Hitler me dijo", pág. 49. Su título original, "Gespräche mit Hitler" (Zurich) fue traducido al inglés, bajo el título de "The Voice of Destruction" (New York, 1939-1940).

2 Sobre todo, de ese tipo plebeyo, cuya concepción del honor es evocada esquemáticamente en el título de un disco editado en la Alemania occidental de 1969, "Sauerkraut und Bier" —"Col fermentada y Cerveza" —. Este tipo humano ya existía entre las masas que, sobre todo después de la toma del poder, afluyeron a las filas del Partido hasta el punto de que los miembros "de carnet" llegaron a ser más de 14 millones.

Pero este abismo que separaba a Hitler de los hombres, física e intelectualmente, pesados del pueblo, no le impedía amarlos. Hitler veía en ellos, más allá de su individualidad limitada y mediocre, a los bellos hijos —misterios de la sangre— que podrían hacer nacer. Él veía el Reich como centro de un imperio pan-ario en el que tendrían "su lugar" todos los niños, los hombres, que habrían de nacer. Y si, comprendiendo las limitaciones del pueblo llano y la imposibilidad de hacérselas superar, Hitler le ofrecía una vida material confortable, agradable, pese a su creciente uniformidad —una vida que él ni ofrecía ni proponía a la elite, como era notorio—, *también* le ofrecía, en las ceremonias públicas de fascinante grandiosidad: en las calles empavesadas, interminables desfiles, con música e himnos de combate; las procesiones nocturnas, a la luz de verdaderas antorchas; las fiestas de la cosecha o de la mies; las fiestas del trabajo; las fiestas de la juventud; las magníficas concentraciones anuales del Partido, en Nuremberg, durante días en los que se desplegaban innumerables banderas rojas con la cruz gamada sobre disco blanco, al pie de pilones gigantes en cuyo alto se retorcían las llamas surgidas de macizas copas de bronce, desde la mañana al mediodía, y desde la tarde hasta medianoche, bajo la fosforescencia fantástica de las numerosas columnas de luz nacidas de proyectores alrededor del inmenso campo, pilares de luz que dieron al conjunto el nombre de Lichtdom —"catedral de luz"—; él le ofrecía, con todo esto, y también en sus propios discursos radiodifundidos a todo el Reich, y sobre todo en el magnetismo de su presencia, un *ambiente*, tal como ningún pueblo hasta entonces había tenido el privilegio de conocer. Las gentes menos intuitivas, las menos dotadas de sensibilidad artística —las más sencillas— recibían esta atmósfera mágica que las elevaban, a pesar de ellas, por encima de sí mismas; que las transformaba poco a poco, sin ellas darse cuenta, por la embriaguez casi cotidiana que ese ambiente les producía —embriaguez de belleza; vértigo de la fuerza; contacto repetido con la egrégora misma de

Alemania, que las poseía, sacándolas de su insignificancia y transportándolas un instante a lo que en ellas había de eterno, en medio de las rítmicas aclamaciones, del entusiasmo envolvente de los “Sieg! Heil!”, lanzados por más de quinientas mil voces [1].

Las muchedumbres recibían este ambiente y, mientras permanecían “bajo su encanto”, eran grandes —más grandes que todos los pueblos; más grandes que cualquier persona, alemán o visitante extranjero, que, individualmente más refinada, más inteligente, mejor que la masa, permanecía, por una razón u otra insensible a ese encanto. Pues esas muchedumbres participaban en ese momento del poder divino que emanaba de aquel que las llamaba al combate contra las fuerzas siniestras de la decadencia. Ellas estaban entonces envueltas en la belleza de su sueño. Basta recordar las imponentes solemnidades del III Reich, si se ha visto alguna, o leer alguna descripción de *visu* (la descripción, por ejemplo, que hizo Robert Brasillach del Congreso del Partido en Nuremberg, en Septiembre de 1935, en su novela “Les Sept Coleurs”), o basta sólo mirar algunas buenas fotografías de la época que quedan aún, para darse cuenta de lo bellas que eran esas solemnidades —bellas y populares— y cómo diferían, por eso mismo, de las fiestas oficiales, incluso de las acompañadas de paradas militares, de otros países, bajo otros regímenes.

A la inversa de lo que ocurre en los despliegues de fervor patriótico con los que obsequian a sus ciudadanos los gobiernos del “mundo libre” —aunque cada vez con menor frecuencia—, en las solemnidades del III Reich no se advertían ni caras cansadas, ni miradas apagadas; ni el menor signo de participación contrariada ni de aburrimiento. Y contrariamente a las manifestaciones colectivas del mundo comunista, las grandes concentraciones y desfiles del Reich no presentaban nada de vulgar. No se veía en ellas, colgados en las paradas de los edificios o desfilando en las formaciones políticas, militares y paramilitares —enarbolados por encima de sus filas—, ninguno de esos

---

1 Sieg! Heil! - Victoria! Salud!

daguerrotipos monstruosos, de dimensiones desproporcionadas, en los que figura el dictador, o algún ideólogo "padre del pueblo", vivos o ya muertos, ninguna de esas pancartas heteróclitas, escritas con lemas demagógicos; nada, repito, de decorado en cartón-piedra del proletariado en delirio.

Es más. Las extraordinarias solemnidades de la Alemania nacionalsocialista eran bellas en el mismo sentido en que lo son las obras de arte de significación cósmica. No sólo la inmemorial cruz gamada (símbolo metafísico y no sólo simple imagen que recuerda tales o cuales actividades humanas, o ideas a la medida del hombre), que se prodigaba en los estandartes en rojo, blanco y negro (los tres colores simbólicos) en las oriflamas inmensas, en los brazaletes, sobre las graníticas tribunas desde las que el Führer comunicaba, comulgaba, con su pueblo, sino también los gestos que se realizaban, las palabras (rituales y de aclamación) que se repetían, inmutables, en cada ocasión, eran simbólicos, *litúrgicos* (piénsese, entre otros actos, en la consagración de las nuevas banderas que Adolf Hitler ponía, una a una, en contacto con la antigua "Bandera de la Sangre", cargada del magnetismo de los caídos del 9 de Noviembre de 1923; o del diálogo ritual del Führer con los jefes de fila y los jóvenes reclutas de las formaciones campesinas del Arbeitdienst, en posición de firmes ante él, armados de su pala como los soldados de su fusil: "¿Estáis prestos a fecundar la santa tierra alemana?", "Sí; nosotros estamos prestos.").

La imagen fiel del orden divino, la perfección visible, reflejo de lo Invisible perfecto, no es susceptible de ser "idealizada" por el "mundo libre" o el "comunista".

Aquellas solemnidades del III Reich eran simbólicas por sí mismas. Eran gigantescos dramas sagrados; *misterios*, donde la actitud, el verbo, el ritmo creador —y el silencio con el que centenares de miles de fieles comunicaban con el centro de su ser colectivo— evocaban el sentido oculto, el sentido *eterno* del Orden Nuevo.

Sólo quien retorna de edad en edad podía, en pleno reinado de la técnica a ultranza y de la estandarización embrutecedora, captar, arrebatar fuera de sí mismas a las masas obreras y hacerlas participar de tales misterios; transformándolas; infundir el entusiasmo de los regenerados (de los renacidos), aunque fuera sólo por pocos años, incluso a los especímenes menos sobresalientes —menos brillantes— de las masas populares.

CAPÍTULO VIII

LOS DOS GRANDES MOVIMIENTOS MODERNOS Y LA TRADICIÓN

"Siempre que languidece la justicia [1]e impera triunfante
la iniquidad, oh Arjuna, entonces, yo me encarno otra vez,
dándome nacimiento a mí mismo.
Renacido de esta suerte de edad en edad para proteger
a los justos, abatir a los malvados y restaurar la venerada ley".

Bhagavad-Gîta, Canto IV, 7-8

En efecto, la evidente diferencia de "estilo", como de espíritu, que separa por un lado, las grandes manifestaciones colectivas de fe hitleriana, durante el III Reich, y por el otro lado, de las manifestaciones marxistas en Rusia (o en China) y, con mayor razón, de las tumultuosas algaradas de los jóvenes desarrapados de la New Left, y de las ostentaciones oficiales de las plutocracias liberales, expresan una oposición fundamental *de naturaleza*: la oposición entre la Tradición y la anti-Tradición, para emplear el lenguaje de René Guénon o de Julius Evola.

He tratado de demostrar al comienzo de estos ensayos, que una doctrina visiblemente "política" *puede*, a veces, servir a una religión, si esa doctrina está unida a ritos —es decir a un simbolismo—, y si ella deviene objeto de fe para el conjunto de sus adheridos. Pero hay que tener en cuenta que esa doctrina no puede servir de fundamento a una *verdadera* religión más que si las

[1] Krishna habla así al príncipe Arjuna: "Cada vez que la justicia está en peligro, oh Bharata, cada vez que el mal prevalece, cuando la sagrada ley es violentada, mi espíritu retorna de edad en edad. Para proteger al bueno, para destruir el mal, para establecer la virtud, es cada era me encarno, oh Bharata."

proposiciones sobre las que ella se basa son la expresión de verdades eternas o se justifican a la luz de tales verdades, en otros términos, si se vinculan legítimamente a la Tradición. Una *verdadera* religión es el conjunto de las creencias y de los gestos simbólicos —ritos y costumbres, unidos a estas creencias— que, en una "civilización tradicional", da expresión a la conciencia de lo sagrado. De otra parte, una "civilización tradicional" es, según René Guénon, "la que reposa sobre principios en el sentido verdadero de este término, es decir, donde el orden intelectual domina a todos los otros, donde todo procede directa o indirectamente de esos principios, y ya se trate de las ciencias o de las instituciones sociales, tan contingentes, secundarias y subordinadas, de las verdades intelectuales" [1]. Aquí hay que anotar que lo que el sabio (René Guénon) entiende por "verdades puramente intelectuales" y "orden intelectual" son las mismas leyes de la existencia universal, manifestando *o no*-manifestando, el orden permanente que está detrás de todo lo que pasa, *lo eterno*.

Apenas es necesario subrayar que los "valores" y las "verdades" nominalmente exaltadas en las solemnidades civiles de las democracias de Occidente —incluso en la enseñanza laica, dada a los jóvenes de las llamadas democracias— no solamente no se insertan en ninguna forma particular de la Tradición, sino que, siendo nada más que simples *palabras*, no poseen la suficiente resonancia como para suscitar el boceto de algún potente sistema anti-tradicional —sin hablar ya de una "falsa religión", es decir, de una religión fundada sobre una negación voluntaria de la Tradición: una contrainiciación. No. Si una usurpación siempre más implacable de la técnica aproxima el mundo de las plutocracias al mundo del comunismo hasta tal punto en que se puede decir, teóricamente al menos, que no hay opción entre el uno y el otro, aún hay entre ambos una diferencia. El mundo de las plutocracias (y de sus satélites) no tiene ninguna fe y no se vincula (y esto desde hace largo tiempo ya) a ninguna visión del

[1] René Guénon: "Orient et Occident", pág. 150.

mundo, más allá de lo sensible y pasajero. Si algunos individuos o grupos de individuos poseen aún un conocimiento de lo eterno, ellos no tienen ninguna influencia sobre el conjunto de la sociedad; ellos se callan, y esperan, esforzándose como mucho en permanecer siendo ellos mismos y reencontrándose y reconociéndose entre ellos. Las masas se abandonan a la dispersión en la mediocridad de las pequeñas preocupaciones y de los pequeños goces cotidianos. No están organizadas para nada. De otra parte, de la vieja fe de sus iglesias, las masas no han conservado más que un barniz de conformismo que se desmorona más y más, y que es ese antropocentrismo común a toda enseñanza imaginada por los judíos, para consumo de los arios. Las elites, o las así llamadas, no han conservado de ese antropocentrismo, apenas en algunos individuos, un poco más.

El Occidente vive de su experiencia, pero, ¿por cuánto tiempo todavía?

Vacío de toda voluntad de poder, rechazando todo riesgo, inhibiéndose de toda agresividad (excepto la agresividad desplegada, desde 1939 a 1945 y todavía hoy —en sus esfuerzos de "desnazificación"— contra el único pueblo y la única fe que le habrían podido llevar a un prodigioso enderezamiento), el Occidente se ha dejado deslizar en su decadencia confortable, se hunde en un precario bienestar, se mecaniza, de "norteamericaniza", se proletariza, hasta que caiga un día por sí mismo, como consecuencia de la creciente infiltración de ideas... y de agentes tan eficientes como silenciosos, en la dependencia del mundo comunista, o se convierta, por derecho de conquista, en parte integrante de ese mundo llamado comunista.

Pero, si es verdad que la democracia liberal, con sus supersticiones del sufragio universal, de la instrucción primaria (y bien pronto, también de la secundaria) obligatoria, y de la vacunación generalizada —en otras palabras, con su culto a la igualdad y a la cantidad— lleva de lleno al marxismo, la democracia liberal no es —todavía— el marxismo. La decadencia

que esta democracia liberal preside está totalmente penetrada, ciertamente, de un espíritu netamente anti-tradicional —toda decadencia está penetrada de espíritu anti-tradicional, es su esencia misma. Pero esta decadencia representa un proceso natural, signo de senilidad, todo lo más *animada* —esa senilidad— por ciertos agentes conscientes de las fuerzas sombrías, que actúan sigilosamente, desde arriba, en el sentido de la anti-Tradición. Esta decadencia no está unida a un esfuerzo sistemático, durante largo tiempo fríamente coordinado, y "científicamente" dirigido, de subversión querida del orden tradicional, como es el esfuerzo que los celadores del marxismo han, si no provocado, al menos sí acelerado en todos los países donde se han instalado en el poder.

En otras palabras, hay entre el mundo llamado "libre", el mundo de las elites desengañadas, de las multitudes que no aspiran más que a una felicidad fácil y a un éxito inmediato, y el llamado mundo comunista, el mundo de las masas adustamente disciplinadas, dominadas por dirigentes que no son necesariamente los más conocidos —tales como Stalin, Mao-Tse-Tung, o Lenin, los cuales dejarán una marca indeleble en la historia—, casi la misma analogía que entre un hombre que deja pasar la vida, sin fe, sin impulso más allá del dominio de los sentidos, sin participación en ningún rito, y un hombre que asiste a las misas negras. Es la diferencia entre la ausencia de toda veleidad del desarrollo iniciático, y la real contrainiciación. Y es precisamente por esta razón por lo que "el pequeño margen de libertad material que el mundo de la democracia permite aún, en algunas actividades... a quien no se deja condicionar interiormente... desaparecería ciertamente bajo un régimen comunista" [1]. Una sociedad sin orden es, no hace falta decirlo, menos intolerante en la práctica que una sociedad edificada sobre un orden "a contrapelo" —o que una sociedad cuya estructura refleje el Orden verdadero.

---

[1] Julius Evola, "Cavalcare la tigre".

*   *   *   *

Ya me he referido a la contra-verdad fundamental del marxismo, es decir a su aserción de que el hombre se reduciría a lo que hace de él su entorno económico. No voy a insistir en el tema. Me basta señalar el carácter contra-natura —contra la ley fundamental de toda manifestación— del hecho de presentar a un ser como el producto de algo que le es exterior y que sólo se interesa, en ese ser —el hombre— por lo que hay en él menos esencial, *menos* específicamente "suyo"; metafísicamente hablando, lo *menos* permanente: sus necesidades materiales y su confort físico. Un tal hecho, una tal tarea, sería, desde el punto de vista del orden universal, tan absurdo en lo que concierne al animal —o a la planta— como en lo que concierne al hombre. *Ningún* ser podría ser reducido a su apariencia y a sus funciones más materiales, y aún menos como resultado de la acción del "medio económico", es decir, en último análisis, de sus posibilidades de nutrición, antes que de su apariencia y de sus funciones. El último de los vegetales —la más humilde hierba— obtiene su existencia de lo que hay de permanente —de eterno— en el grano de semilla de donde ha nacido. El medio ambiente puede, ciertamente, ayudar a su desarrollo o, al contrario, impedírselo; lo que el medio ambiente no puede hacer es convertir a un vegetal en lo que no es —sacar una violeta de la semilla de una amapola o viceversa— como tampoco puede destruir lo que hay de permanente, en el mundo visible y más allá de este mundo, en un hombre, es decir su herencia física y psíquica —*su raza*.

Nadie está tan loco como para negar la influencia del medio ambiente sobre la vida de un hombre: sobre sus ocupaciones; sobre las ocasiones que tiene o no de realizar algunas de sus posibilidades. Pero reducir el ser del hombre al "resultado de la influencia del medio", y sobre todo, solamente

del medio “económico”, y, por añadidura, edificar sobre este verdadero retorno del proceso del paso de la esencia a la existencia, toda una filosofía política, es proponer a los hombres de acción una sabiduría “a contrapelo”, dicho de otra manera, *un derribo de la sabiduría cósmica original e impersonal*. Es pues hacer una acción *anti*-tradicional.

Bastaría para probarlo, si prueba fuere necesaria, recordar las palabras que resumen, con una claridad confesada, el método y el objetivo final de los marxistas: “lucha de clases” y “dictadura del proletariado”.

Ciertamente, en la ya avanzada época de la Edad Oscura o Sombría, en la que nosotros vivimos desde hace mucho tiempo ya, las “clases” sociales han perdido su significación. La han perdido en la medida que las “clases” ya no corresponden a las “castas”, es decir, cuando las “clases” cada vez menos representan las diferencias verdaderas de carácter y de aptitudes entre las gentes que las componen, diferencias ligadas a la *herencia*. No es malo en absoluto, e incluso sería deseable, que las “clases” desaparezcan en una refundición total de las sociedades que tendería a restablecer el orden ideal, tanto como fuese posible, Para quienquiera que se oponga a la decadencia —decadencia que solamente no ven los fanáticos del “progreso”— es incluso urgente la tarea de hacer desaparecer la presencia de los escandalosos privilegios hoy *comprables*, o adquiribles mediante dinero. Este estado de cosas no data, evidentemente, de hoy, sino que fue instaurado en Europa occidental —en Francia, al menos— en el siglo XVI, cuando fue posible comprar a precio de dinero los títulos de nobleza. Este estado de cosas fue sancionado, y reforzado, por la Revolución de 1789, *hecha* (en parte) por el pueblo, pero que redundó en provecho de la burguesía, la cual fue la inspiradora y directora de tal revolución, cuyo resultado ha sido la sustitución del poder emanante por razón de nacimiento, por el poder otorgado a la posesión de dinero solamente. Nada sería pues, más urgente que cambiar esta

situación. No porque el rico sea condenable en sí por el hecho de haberse enriquecido, o porque sus padres, ya enriquecidos, le hayan transferido una fortuna. Tal enriquecimiento no sería condenable, a no ser que su dinero haya sido adquirido mediante la explotación de la miseria o del vicio, es decir en detrimento de la comunidad. Pero el rico sí es condenable desde el momento que se imagina que su dinero le concede otros derechos aparte de los que derivan de las cualidades y capacidades *heredadas con su sangre*, de las capacidades y cualidades inherentes a su propio ser. Este hombre rico se hace condenable si él se imagina poder legítimamente comprarlo todo con ese dinero, incluidas la responsabilidad del mando y el derecho a obtener obediencia de sus compatriotas. En una palabra, no se trata de "combatir", y aún menos de suprimir, la burguesía, o la aristocracia, o la clase obrera o el campesinado. Todas estas clases tienen su razón de ser y su papel. Hace falta solamente velar por que todo hombre ocupe y permanezca en su verdadero lugar, en el que le corresponde.

Desde el punto de vista de este orden ideal que refleja y simboliza la jerarquía intangible de los estados del ser —desde el punto de vista de *lo eterno*—, la idea de la "lucha de clases" que tiene por meta la toma del poder político es pues un sinsentido, un contrasentido. El poder *debería estar* en manos de los mejores —de los aristoi— es decir de quienes son dignos y capacitados para ejercerlo. Y si el hecho de perder el poder revela siempre alguna falta o desfallecimiento, e incluso, a veces, alguna indignidad profunda en quien se deja arrancar el poder, de esto no se sigue que baste usurparlo para devenir digno. La "lucha de clases" no es concebible más que en una época en la que estas "clases" ya no se diferencian unas de otras más que en lo que cada una de ellas *poseen*, y no en lo que *son* por naturaleza. La "lucha de clases" *es*, dicho de otra manera, concebible, cuando es sólo la propiedad o la propiedad ante todo la que determina "el ser" ficticio de cada clase, es decir la herencia física y psíquica de

sus miembros, herencia física y psíquica que debe determinar quiénes tienen el derecho de poseer; en resumen, dicha "lucha de clases" sólo es concebible cuando las "clases" no corresponden ya a las *castas* respectivas.

La "lucha" —el "combate"— [1], deviene en estas circunstancias el único medio de establecer un cierto orden en el seno de una sociedad que ya no tiene ningún lazo de unión con los principios eternos. Existe forzosamente violencia —lucha— cuando dichos principios eternos son desconocidos en el mundo visible. Esto es así desde que terminó la Edad de la Verdad [2]. Es el sentido que se da a esta lucha —a favor o en contra del orden ideal— lo que, a fin de cuentas, la justifica o la condena.

Ahora bien, esa lucha debe conducir, según los marxistas, a lo que ellos llaman la "dictadura del proletariado", dicho de otra manera, debe abocar al traslado del poder a manos de las masas, es decir de las gentes que son las *menos* calificadas para ejercerlo. Esa lucha tiende, pues, a un hundimiento *completo* de la jerarquía social tal como esa jerarquía había sido en todas las épocas en las que ella reflejaba, incluso de lejos —o mostraba alguna veleidad de reflejar— el orden eterno. Esto bastaría para caracterizar al marxismo como una filosofía "a contrapelo"; y teniendo en cuenta su esfuerzo para la erradicación de las elites existentes, y la reducción de las masas al estado de un magma humano cada vez más fácil de "condicionar", por tanto, de teleguiar, en el sentido de la producción económica, se le puede tener —al marxismo— como una empresa diabólica.

Sin duda, dado que el presente ciclo está más cercano a su término que de su luminoso comienzo, no es la primera vez que una tal empresa diabólica ha tenido lugar. Ya he mencionado más arriba cómo la revolución de 1789, en nombre de la idea de la igualdad "de derecho" de todos los hombres sea cual fuese su raza, desembocó, en Francia —de *hecho*— en la usurpación del

---

[1] Volveré a tocar el tema del "combate" en otro lugar.

[2] El *Satya Yuga* de las Escrituras sánscritas.

poder por la burguesía; revolución que, en un Occidente geográficamente lejano, dio lugar a la grotesca república negra de la Isla de Santo Domingo [1]. En el mismo sentido, habría podido mencionar al mismo cristianismo, a pesar de la parte innegable, pero visiblemente *limitada*, del verdadero simbolismo universal que él puede contener. La difusión del cristianismo, también en nombre de esa idea, tan subversiva como errónea, de la igualdad, consumó la desintegración del mundo grecorromano, si bien es verdad que dicha desintegración ya fue iniciada en la época helenística. Y su antropocentrismo a ultranza hace del cristianismo, en todo caso, una religión incompleta. La aristocracia europea, es decir germánica, y la aristocracia bizantina, o eslavo-bizantina, se acomodaron al cristianismo por razones *políticas*, sirviéndose de él como de un buen pretexto para conquistar proselitistas y como una fuerza unificadora de los pueblos conquistados; por otra parte, algunos miembros de dichas aristocracias, incluso de los más eminentes, han acogido en el cristianismo, a veces, la ocasión de un puro masoquismo espiritual, cuando no psíquico por añadidura [2]. En resumidas cuentas, y a pesar de la inspiración que tantos artistas han encontrado en el cristianismo, el resultado de su obra ha sido, en la práctica, más subversivo que constructivo.

Habría podido mencionar cualquiera de esas sabidurías, siempre más o menos truncadas, que Nietzsche llama “religiones de esclavos”. Porque todas ellas, incluso las que más ostensiblemente se colocan “por encima del tiempo”, desde el momento en que niegan la jerarquía, aunque solamente en la sociedad y no en sí mismas, por el hecho de que no tienen, para nada, en cuenta a la raza, bajo el pretexto de que “lo visible” tiene poca importancia, desembocan en la *práctica* de un fomento de la

---

1 Concretamente, la República del “Vudú”, Haití. Concretamente, la República del “Vudú”, Haití.

2 Este pudo ser el caso de la princesa de Hungría, Isabel de Turingia, que se hacía flagelar por Conrado de Marburg, su “confesor”.

nivelación por lo bajo [1], y constituyen así (en la práctica, siempre) factores de desintegración que actúan *en el sentido del tiempo.* Contribuyen todas a la vasta obra de subversión, en el sentido propio del término —del *cambio* del *sentido* del orden ideal— cuyo retorno, se persigue y se intensifica durante todo el curso del ciclo.

Y diría aún más. Sin duda hay "subversión" de ese orden principal cada vez que un hombre, o un grupo natural de hombres —una casta, una raza—, movido por una falsa estimación de sus "derechos" (o incluso de sus "deberes") usurpa o intenta usurpar el lugar normal de otro hombre (o grupo de hombres); cada vez, por ejemplo, que un príncipe rechaza la autoridad espiritual a la cual su reino, y quizás su civilización debe su lazo de unión —incluso lejano y tenue— con las fuentes más ocultas y más elevadas de la Tradición. Un crimen de esta naturaleza parece haber cometido Felipe el Hermoso, por otra parte un gran rey, al destruir la orden de los Caballeros del Temple, en connivencia con un papa más político que sacerdote. Pero, todo esto no hace más que preparar y prefigurar, de lejos o de cerca, la subversión última: la que consiste en llamar a la masa —y a la masa de todas las razas; al "proletariado mundial"— al poder; y lo que aún peor, la subversión que pretende basar en la masa, y solamente en la masa, el principio y la justificación del poder.

Esta subversión última —que Guénon llama "el reinado del sudra"— es la peor de todas las subversiones que se han sucedido a través de las edades. Es la peor, no porque una persona no marxista se encontraría sometida a más inconvenientes bajo un régimen comunista que bajo otro régimen distinto, sino ante todo porque esta subversión consiste no solamente en cambios arbitrarios, contrarios al espíritu de la jerarquía verdadera, en el seno de la sociedad visible, sino porque

---

[1] Lo he intentado demostrar en un largo pasaje de mi libro "Gold in the Furnace" ("Oro en el crisol"), edición 1951, Calcuta, págs. 212 y siguientes.

significa un hundimiento completo de las situaciones ideales y de los valores esenciales. De esta subversión resulta que la sociedad, en lugar de tender, como debería hacer, a reflejar lo que ella pueda del orden eterno, refleja, simboliza, concretiza en el mundo de la manifestación, *exactamente lo contrario*. La pirámide, que en la visión supra-racional de sabio, representa y configura el escalonamiento orgánico de la sociedad ideal, imagen de los estados jerarquizados de la existencia cósmica, visible e invisible, *está completamente invertida*, en el sueño sacrílego del marxismo. La pirámide está descansando en equilibrio —¡cuán inestable!— sobre lo que debería ser, sobre lo que, desde el punto de vista de las correspondencias formales, es, su cima. Y es su base natural la que hace la función de cima artificial; una "cima" que no es cima, sino que es precisamente *masa* y sólo *masa* —masa informe y pesada; masa aplastante, desbordante.

Es desde el punto de vista metafísico como el marxismo es un contrasentido, cualquiera que sea la sutileza engañosa de los argumentos sobre los cuales su fundador, Mardochai, llamado Marx, intentó establecer su doctrina, a partir de consideraciones económicas y políticas concernientes a la producción, el beneficio del empresario, el salario del obrero, la "plus-valía", etc... *Ninguna* dialéctica puede poner a una doctrina de acuerdo con la verdad cósmica, cuando esa misma *doctrina no* lo *está*. Y (en el dominio práctico, esta vez), ninguna fuerza de coerción o de persuasión, o de condicionamiento, puede a *largo plazo*, estabilizar, en el transcurso de un ciclo, un estado particular de deterioro. La pirámide social no puede permanecer indefinidamente en equilibrio precario sobre su cima, con su base en el aire. O bien "una rectificación parcial" tenderá a poner sobre sus pies a la pirámide —con un éxito cada vez más ilusorio, menos duradero, a medida que este ciclo se aproxima a su final; o bien la pirámide, bajo el peso de la masa que se le ha establecido como "cima", se desmoronará, se desintegrará, rompiéndose en múltiples pedazos. Será el caos, la completa anarquía lo que sucederá al orden "a

contrapelo". Será —para decirlo con una imagen, teñida de hinduismo, de René Guénon (el autor de la "Crisis del Mundo Moderno")—, el reinado del chandala tras suceder al reinado del sudra, el *final* del ciclo.

(Quizás los primeros síntomas, aún esporádicos, de ese caos futuro sean algunas manifestaciones de excentricidad gregaria y de nihilismo alborotador, tales como las de los "existencialistas de Saint-Germain-des-Près", los jóvenes "gauchistes" o los "hippies" de todo pelaje —anarquistas por pereza; pacifistas por molicie, drogados, mal lavados, despeinados, ruidosos, ex presidiarios, individualistas y tolerantes en tanto que la individualidad del vecino no les moleste; tales como los que predican: "¡Haz el amor y no la guerra!", prestos a atacar al primero que prefiera hacer la guerra, —o hacer la guerra y también el amor) [1].

* * * *

Al marxismo no le faltan adversarios. Los hay de todas suertes, desde los que condenan toda violencia y a quienes espantan los episodios más conocidos de la "lucha de clases", tanto en Rusia como en China, hasta quienes reprochan al comunismo su ateísmo y su materialismo, pasando por lo que poseyendo algunos bienes materiales, tienen miedo de perderlos en caso de que tuvieran que vivir bajo el régimen de la hoz y el martillo.

Muchas personas se oponen al marxismo en nombre de una doctrina política —generalmente encarnada en un "partido"— que si bien ataca el carácter "subversivo" del marxismo, ella misma no es menos subversiva, en el mismo sentido y por las mismas profundas razones. Este es el caso de los

---

1 ...porque, evidentemente, hacer el amor y la guerra no es incompatible. Recordemos la famosa y, hoy, mal interpretada frase: "...la mujer, el reposo del guerrero".

adherentes a todos los partidos democráticos, cuyo denominador común es la creencia en la “igualdad de derecho” de todos los hombres, y por tanto, en el principio del sufragio universal; en el principio de que el poder emana de la *mayoría* (de los votos). Estas gentes no se aperciben de que el comunismo tiene su germen en el principio del sufragio universal, del mismo modo que en el antropocentrismo cristiano está ya implícito el principio de la “igualdad de derecho” (aunque se trate solamente del valor de las *almas* humanas ante los ojos de un dios personal que, además, ama infinitamente a *todos* los hombres, sin distinción). Ellos no se dan cuenta de que el comunismo está en germen, inevitablemente, en el principio democrático, por la razón de que la mayoría siempre será la *masa* —y esto cada vez con más motivo, en un mundo superpoblado.

No se oponen profundamente, fundamentalmente al marxismo, más que los fieles de toda expresión adecuada de la inmemorial Tradición, en particular los fieles de toda religión *verdadera*, o de toda *Weltanschauung* capaz de servir de base a una religión *verdadera*, es decir, de toda Weltanschauung fundada, en último análisis, sobre el conocimiento de lo eterno y de la voluntad de hacer de lo eterno el principio del orden socio-político.

Ahora bien, cuando ya ha transcurrido más de un cuarto de siglo después del derrumbamiento del III Reich, yo tengo la osadía de afirmar, de repetir, que la única doctrina propiamente occidental que (después que, entre los siglos VI y XII, el cristianismo haya perseguido y poco a poco matado a las antiguas religiones nórdicas) cumple esta condición, es el hitlerismo —la única *Weltanschauung* infinitamente *meta*-“política” (es decir, que excede y supera lo político) que está netamente “contra el tiempo”: de acuerdo con lo eterno. Esta Weltanschauung pues será, a largo plazo, la única que triunfará a la vez del marxismo y del caos generalizado al que el marxismo habrá llevado al mundo —y esto, cualquiera que haya sido, ayer la enorme derrota de sus

fieles en el plano material, y cualesquiera que pueda ser, hoy, la hostilidad de millones de hombres. Solamente, en efecto, puede suceder un enderezamiento *total* tras la subversión total; sólo puede suceder un glorioso comienzo del ciclo, tras un lamentable final del ciclo actual.

Pero nuestros adversarios no cesarán de llamar la atención de cada uno de nosotros sobre el carácter eminentemente “anti-tradicional” de más de un aspecto del nacionalsocialismo, tanto la Kampfzeit —“tiempo de lucha”, anterior al año 1933—, como después de la conquista del poder, en Alemania, en ese mismo año. Se me dirá que tan “subversivo”, desde el punto de vista de los valores eternos, es predicar la “lucha de clases” conducente a la “dictadura del proletariado”, como lo es, en la misma medida, elevarse al poder “democráticamente” —gracias al sufragio universal— apoyándose por añadidura, durante toda una sucesión de campañas electorales, en la protección de jóvenes combatientes, en su mayoría tan “proletarios”, en su comportamiento, como los comunistas cuyas agresiones ellos rechazaban en los mítines, y contra los que luchaban en las confrontaciones y batallas de la calle. Se me dirá que habría sido “subversivo” retener el poder, surgido en efecto, del pueblo —de las *masas*— en vez de restablecer la vieja monarquía, a pesar de la última y ferviente recomendación del mariscal von Hindenburg, presidente del Reich. Y, añadirán: ¿No sería *también* “subversivo”, por otra parte, permitir que numerosos banqueros alemanes [1] así como magnates de la industria, subvencionaran al NSDAP, haciendo así depender, en parte, el éxito de la revolución nacionalsocialista del poderío del dinero, arriesgando, simultáneamente, hacer aparecer a la revolución nacionalsocialista, a pesar de su porte popular,

[1] El Deutsche Bank, el Commerz und Privat Bank, el Dresdner Bank, el Deutsche Credit-Gesellschaft, etc.; todos, bancos alemanes, como alemanes —y no judíos— fueron los industriales E. Kirkdorf, Fritz, Thyssen, Voegler, Otto-Wolf von Schröder, Krupp.

como una suprema defensa del orden “capitalista”, tal como el que ya existía antes de 1933, es decir, arrostrando aparecer como la defensa de una sociedad extremadamente alejada del ideal tradicional? Finalmente, se nos dirá todavía, ¿cómo negar que, incluso *después* de la toma del poder, el III Reich estaba lejos de presentar el aspecto de un organismo inspirado de arriba hacia abajo mediante la visión de la jerarquía cósmica? El célebre autor Hans Günther, aparentemente decepcionado, me escribía en 1970 que él había visto, desgraciadamente, en el III Reich “una oclocracia” [1], en lugar del régimen aristocrático con el que él soñaba. Este discutible juicio de uno de los teóricos más destacados —antes del desastre de 1945— no podría ser rechazado categóricamente. Su juicio sobre la naturaleza política del Estado hitleriano, siendo indudablemente exagerado, en más de un caso particular expresa, ciertamente, una lamentable realidad de los hechos.

No olvidemos nunca que nos acercamos hacia el final de un ciclo, y que, por consiguiente, las mejores instituciones no podrían tener más que excepcionalmente el aspecto de la perfección de otras épocas. Porque, en todas las partes del mundo —y la posguerra (desde 1945 a nuestros días) contribuye ampliamente a ello— hay cada vez más mamíferos de dos patas y, cada vez menos *hombres*, en el sentido pleno del concepto. No se debe pues juzgar a ninguna doctrina doctrina es verdadera o falsa —no se repetirá nunca lo bastante por lo que en su nombre ha sido *realizado* en el mundo visible. La — independientemente de la victoria o de la derrota de sus fieles, o de los así considerados, sobre el plano material; independientemente de las debilidades, de las necesidades e incluso de los crímenes atribuibles a quienes se consideran fieles de una doctrina. Ni las atrocidades de la Santa Inquisición, ni los escándalos vinculados al nombre del papa Alejandro VI de Borgia, impiden poseer, a un maestro Eckhart, por ejemplo, o a algún caballero templario iniciado, su parte de

1 “Oclocracia”: del griego, “gobierno de las masas”.

verdad en la visión del “mundo inteligible”, adquirida a través del simbolismo cristiano. Y esto vale lo mismo para *todas* las doctrinas.

Hay pues que evitar imputar al hitlerismo las faltas, las debilidades o los excesos de las personas investidas de poder, en cualquier grado que fuere, durante el III Reich o durante el período de Kampfzeit (desde 1920 a 1933), y sobre todo las faltas o excesos cometidos *contra el espíritu* de la Weltanschauung y contra los ideales del Führer, tales como los hubo —faltas y excesos, en *contra* de los principios de la Tradición y del mismo hitlerismo—, al parecer, en abundancia. Lo que hay que *ver*, en la sociedad alemana tal como era, bajo la influencia creciente y después bajo el gobierno efectivo del Führer, durante la “época de lucha” (Kampfzeit) y después, desde 1933 a 1945, *son* los esfuerzos del Führer, destinados a modelar la sociedad alemana, según sus sueños, y a impedir su evolución hacia la decadencia y el caos. Hay que intentar comprender, entender, lo que *Adolf Hitler quería* —y soñaba— *hacer*.

Ya en los textos nacionalsocialistas oficiales destinados al pueblo —en los 25 puntos, que forman la base del programa del Partido; y sobre todo en “Mein Kampf”, donde las grandes líneas filosóficas del Partido son trazadas con mayor nitidez aún— es visible que el movimiento hitleriano estaba dirigido contra las ideas más fundamentales y los usos más característicos de una sociedad eminentemente decadente, surgida del liberalismo (político, económico y filosófico) de los siglos XVIII y XIX. El préstamo a interés (sobre todo el usurario), la especulación financiera y toda forma de ganancia o lucro extraños a un esfuerzo creador, así como la explotación del vicio o de la estupidez en la prensa, la literatura, el cinematógrafo, el teatro, todos los medios de comunicación social dedicados preferentemente a obtener beneficios cuantiosos (y a la corrupción generalizada del pueblo) son condenados con el máximo rigor. Más aún: los principios básicos de la “civilización

moderna" ("democrática", o mejor dicho, "plutocrática" y "materialista") son atacados, ridiculizados, demolidos de una manera magistral. Tales principios demoliberales son, no hace falta decirlo: "la igualdad de derecho de todos los hombres y de todas las razas humanas"; la idea de que el "derecho" es la expresión de la voluntad de la mayoría; la idea de que la "nación" es la comunidad de los hombres y mujeres que, cualesquiera que fueren sus orígenes, "quieren vivir juntos"; la idea de que la paz perpetua en medio de la abundancia de bienes materiales, como resultado de la "victoria del hombre sobre la naturaleza" representa el bien supremo, el objetivo de la vida (por el contrario, en los textos oficiales del nacionalsocialismo se defiende todo lo grande, noble, hermoso y heroico que caracteriza al ario: raza, fe, honor, fidelidad, belleza, espíritu, idealismo, etc.). La ley natural —la ley de la lucha por la vida— es reconocida y exaltada tanto en el ámbito humano como en los demás planos. Y la importancia primordial de la raza y de la personalidad —esos dos pilares de la fe nueva— es proclamada constantemente por la revolución que pretendía un Nuevo Orden europeo. Finalmente, esa fe nueva, o más bien esa concepción nueva de la vida (neue Auffassung) —porque se trata, para Hitler y para otros pensadores, no de una "fe", sino de un verdadero conocimiento— está claramente caracterizada, definida, como la "correspondiente al sentido original de las cosas" [1], es decir, al sentido que las cosas tienen o toman a la luz de *la Tradición*.

Se puede afirmar pues que todo lo que en la historia del NSDAP no parece coincidir con el espíritu de una lucha "contra el tiempo", surge de la táctica del combate, no de su naturaleza ni de su objetivo. Fue bajo la presión de la dura necesidad y, solamente, tras haber fracasado, el 9 de Noviembre de 1923, en su tentativa de tomar el poder mediante la fuerza, cuando Adolf Hitler, liberado de la prisión de Landsberg, pero privado de todo

---

1 "Unsere neue Auffassung, die ganz dem Ursinn der Dinge entspricht..." ("Mein Kampf", edición 1935, pág. 440).

medio de acción, recurrió —contra sus deseos, ciertamente— a la lenta y larga “vía legal”, es decir al llamamiento reiterado de los votantes, y a la conquista gradual de una mayoría de escaños en el Reichstag. Todo el mundo sabe que el primer gesto de Hitler, después de la toma del poder “por vía democrática”, fue reemplazar, a todos los niveles, la autoridad del gran número por la vía de uno solo, a saber, la suya; dicho en otros términos, suprimir la democracia —reponer, en la medida de lo posible, el orden político de acuerdo con el orden natural.

Y fue bajo la presión de una necesidad material no menos imperiosa —la de hacer frente a los gastos enormes que la lucha por el poder, con sus inevitables campañas electorales, implicaba en el marco de su régimen parlamentario— por lo que Hitler debió aceptar la ayuda de los Hugenberg, de los Kirkdorf, de los Thyssen, del Dr. Schacht, y más tarde de los Krupp, así como de otros industriales y banqueros. Sin esta ayuda Hitler no habría podido alcanzar el poder lo bastante *pronto* como para cerrar el camino a las fuerzas subversivas más peligrosas —a los comunistas. Pues el dinero es, más que nunca hoy, en un mundo cada día más dominado por él (por el oro), el “nervio de la guerra”... y de la política. ¿Significa esto que Hitler estuvo al servicio del dinero o de quienes se lo dieron durante la “Kampfzeit”? ¿Quiere decir esto que el Führer les hiciera la menor concesión *después* de la toma del poder? No. Les permitió enriquecerse, en la medida en que enriqueciéndose, ellos servían efectivamente a la economía del Reich y daban a las masas obreras lo que Hitler mismo les había prometido: la abundancia gracias al trabajo; les permitió enriquecerse, en la medida que, sometidos a su autoridad, continuaban ayudando al Partido —es decir, al Estado— en la paz y en la guerra. Hitler los mantuvo en su puesto y en su papel —como en la sociedad tradicional, hacía el rey con respecto a la “casta” de los comerciantes— mostrando con esto, a la vez, su realismo y su sabiduría.

Por otra parte, la "oclocracia" —al menos, parcial— que con frecuencia se atribuye a la naturaleza política del Estado hitleriano, no fue, en realidad, más que el inevitable corolario de la obligación con que se encontró Hitler de acceder al poder apoyándose —muy democráticamente— en la mayoría de los electores. Dicha "oclocracia" no habría existido si el Putsch del 9 de Noviembre de 1923 hubiera tenido éxito, lo cual le habría dado libertad para reforjar Alemania según sus grandiosos sueños. No habría existido, porque Hitler no habría tenido, entonces, necesidad de colaboración de centenares de miles de jóvenes dispuestos a todo —a asestar golpes, como a recibirlos— para así mantener en los accesos de sus grandes reuniones de propaganda, y en las grandes salas donde se celebraban los mítines, un orden constantemente amenazado por los ataques físicos de los elementos más violentos, implacables y agresivos del KPD. Para poder conquistar Alemania "democráticamente", Hitler se debía mostrar en público, hacerse entender, centenares y centenares de veces; debía transmitir su mensaje al pueblo —una parte de su mensaje, al menos: la parte que debía incitar a las masas a votar por el Partido Nacionalsocialista. El mensaje era irresistible. Era necesario hacerlo conocer a todo el mundo. Y esto habría sido imposible sin la jauría de lobos —la SA o Sturmabteilung—, dueños de la calle, que, con peligro de sus vidas, aseguraban al Führer el silencio y la seguridad en medio del auditorio, en los grandes mítines.

Adolf Hitler amaba a sus jóvenes fieras, incondicionalmente fieles a su persona, ávidos de violencia y de adoración, entre los cuales había más de un antiguo comunista, al que la fascinación de su palabra, de su mirada, de su comportamiento no menos que su doctrina —en la cual el ex militante comunista adivinaba algo más extremado, más brutal y por tanto más exaltante que el marxismo— había ganado a la santa causa. Hitler amaba también incluso al último en incorporarse al movimiento, entre los jefes supremos de la

Kampfzeit, a Ernst Röhm, a cuyas órdenes él mismo había hecho la guerra, y que había regresado, obedeciendo a su llamada, desde Bolivia, en 1930. Hitler aparentaba no reparar o no ver las deplorables costumbres de Röhm para sólo ver en él un perfecto soldado y un organizador genial. Y sin embargo... Hitler, a pesar de todo, se resignó a hacerle matar, o a dejar que mataran a este viejo compañero de lucha —casi el único de su entorno personal que le tuteaba [1]— así como a otros jefes menos importantes de la SA, cuando se persuadió de que la turbulencia de las tropas SA tan fieles por otra parte, su espíritu de independencia, y sobre todo la creciente oposición que se abría paso entre la SA y el ejército regular —la pretensión más o menos disfrazada de Röhm de convertir a la SA en el único ejército alemán—, *conducían* no ya a la "oclocracia", sino a la guerra civil, y en todo caso al debilitamiento de Alemania.

Se podrá comparar a esta "purga" trágica, pero aparentemente necesaria, del 30 de Junio de 1934, con los "ajustes de cuentas" más maquiavélicos de la historia, por ejemplo, la ejecución sin juicio de Don Ramiro di Lorqua, por orden de César Borgia —pero con una importante diferencia, y es que, mientras el duque de Valentino sólo perseguía el poder para sí mismo, los objetivos del Führer estaban infinitamente más altos. Hitler quería el poder para intentar, en un esfuerzo desesperado, volver la marcha del tiempo contra ella misma, en nombre de valores eternos (Hitler devino héroe y mártir por la causa, en 1 de Mayo de 1945). *No* había nada de interés personal o egoísta en su combate, y esto, en ninguna etapa de la vida de Hitler.

Y si Hitler, a pesar del ferviente deseo del mariscal y presidente del Reich von Hindenburg, rechazó toda idea de

---

[1] Le tuteaban también algunos otros de sus colaboradores de los primeros tiempos de lucha, tal como Gregor Strasser.

restauración de la monarquía [1], esto no fue guiado por ambición de poder, sino porque él era consciente de la vanidad e inutilidad de tal gesto, desde el plano de los valores y de las jerarquías verdaderas. Desde hacía ya siglos, en Europa, la monarquía "de derecho divino", la única normal desde el punto de vista tradicional, había perdido todo sentido y toda justificación. Y el Führer lo sabía. Hitler no quería intentar instaurar un orden vacilante, restaurando una monarquía parlamentaria *presidida* (no hay otra palabra) por Guillermo II o alguno de sus hijos. Lo que Hitler quería es construir un orden nuevo, o más bien hacer resurgir el orden más antiguo, el orden "original", bajo la forma más vigorosa y más duradera que ese orden primordial pudiese revestir en este siglo. Y Hitler sabía que, al optar por esas fuerzas de vida que, a lo largo de un ciclo temporal, cualquiera que sea, se oponen incansablemente a la ineluctable corriente de la disolución, él mismo adquiría —Él, el eterno Siegfried, a la vez humano y sobrehumano— el poder legítimo en este mundo visible y la autoridad legítima, emanada del más allá; el "poder de las dos llaves". Con él en la cima, la pirámide de las jerarquías terrestres debía recuperar poco a poco su posición natural, recomenzando a tomar forma —en miniatura, es decir a pequeña escala, primero en Alemania, después en toda Europa y luego en todo el mundo ario— el orden invisible que el cosmos configura en gran escala.

En nombre de esta grandiosa visión de las correspondencias ideales, Hitler rechazó con igual vigor, al marxismo, doctrina de subversión total, al parlamentarismo bajo todas sus formas, siempre basado en la misma superstición de la cantidad, y a la oclocracia, fuente de desorden, y por tanto de constante inestabilidad.

---

[1] Es obvio que una monarquía "constitucional" no es una monarquía auténtica. En este sentido, el principio monárquico puede estar mejor representado en una república presidencialista. La realeza "electiva" de los germanos era de "derecho divino" si por "divino" se entiende "pureza de sangre".

Mas el carácter tradicional de la sabiduría de Hitler hay que buscarlo más todavía en algunos textos que nos dan a conocer sus charlas *secretas*, o al menos, íntimas —sus confidencias hechas, con el corazón abierto, ante algunas personas seleccionadas— que en sus escritos o discursos dirigidos al gran público.

* * * *

En este aspecto, son instructivas las Tischgespräche, conversaciones del Führer con algunos altos funcionarios del Partido, oficiales superiores de las SS, o invitados extranjeros. Pero, son más instructivas aún, quizás, ciertos reportajes hostiles al hitlerismo, tanto más virulentos en cuanto sus autores consideraban haberse equivocado de vía siguiendo a Hitler y en cuanto estos autores se creían retrospectivamente necios —sin razón, porque debía ser bien difícil captar el verdadero sentido del pensamiento del Maestro *antes* de formar parte del restringido círculo de personas que gozaban de la confianza de Hitler. Tal es, por ejemplo, el libro del antiguo presidente del Senado de la Ciudad Libre de Danzig, Hermann Rauschning, y que tuvo, en su tiempo, alguna notoriedad y, a pesar del odio que el autor expresa en cada línea, un libro digno de ser leído. Porque el hecho de que Rauschning parezca ignorarlo todo sobre la concepción cíclica de la historia y, de una manera general, sobre las verdades suprahumanas que están en la base de todas las sabidurías antiguas, hace tanto más elocuentes los juicios que él cree aportar *contra* el Führer acusándole (sin saberlo) de promover su lucha *precisamente en nombre de esas verdades* suprahumanas. Finalmente, nada podría esclarecer ciertos aspectos del hitlerismo como el libro de Hans Grimm “Warum, Woher, aber Wohin?”, obra de un autor imparcial, no hitleriano, o el relato que hace August Kubizek, hombre sin ningún partidismo político, de los años de

juventud que él vivió con Hitler, cuando el futuro canciller tenía de 15 a 19 años, en su libro “Adolf Hitler, mein Jugendfreund” [1].

La primera cosa que sorprende, en la lectura de estos diversos textos, es la conciencia que tenía Hitler sobre la rapidez con que todo se disgrega en nuestra época, y de que el menor enderezamiento significaría un total retorno de los valores. Es tal el sentimiento neto que Hitler parece haber tenido, que su actuación representaba *la última oportunidad* de la raza aria, a la vez que la última posibilidad (al menos teórica) de rectificación antes del final del presente ciclo. Este sentimiento se reforzaba por la convicción que él tenía de no ser “el último” combatiente contra las fuerzas de la desintegración; de no ser quien inauguraría la gloriosa “Edad de Oro” del ciclo siguiente. Cinco años antes de la toma del poder, el Führer decía, con toda claridad, a Hans Grimm: “Yo sé que *Alguien* debe aparecer, y hacer frente a nuestra situación. He buscado a ese hombre. En ninguna parte lo he podido hallar, y es por esto por lo que yo me he lanzado a la acción, a fin de cumplir la tarea preparatoria, solamente la tarea preparatoria y urgente, ya que yo no soy aquel que ha de venir. Y sé también lo que me falta. Pero el otro permanece ausente, y *nadie* hay allí, y no hay tiempo que perder” [2].

También ha lugar para creer que Hitler presentía —si no conocía— la fatalidad del desastre y la necesidad, para él, de sacrificarse. Pero, del mismo modo que, estando él centrado en el pueblo alemán, su visión sobrepasaba inmensamente el ámbito de Alemania, su derrota debía ser una catástrofe a escala planetaria (lo que fue, en efecto) y su sacrificio debía revestir una significación insospechada. Hitler dijo a Hermann Rauschning: “Si no vencemos, *arrastraremos en nuestra caída a medio mundo*, y nadie podrá alegrarse de una victoria sobre Alemania” [3], y

---

1 “Adolf Hitler, mi amigo de juventud”.

2 Hans Grimm, “Warum? Woher? aber wohin?”. Editado en Lippeldsberg (1954), pág. 14.

3 Hermann Rauschning, “Hitler m’a dit”.

también: "*Está prescrito* que yo me sacrifique por el pueblo en la hora de mayor peligro" [1]. "*No podía* cumplir su *misión* de otra forma" [2], anota este autor, sin darse aparentemente cuenta del alcance de tal aseveración.

¿Cuál era pues esa "misión", tan imperiosa a pesar de que quien se sabía encargado de ella pudiera, a veces, saber con anticipación su fracaso? Era la de todos los seres, humanos y más que humanos al mismo tiempo —en las Indias se les llama avataras o "descendientes" del Espíritu divino en el mundo visible y tangible— que, de edad en edad, han luchado a contracorriente del tiempo, por la restauración de un orden material a imagen del orden eterno: era la misión del dios Krishna, la del profeta Mahoma, y en la leyenda germánica, más verdadera que la propia historia, la del héroe Sigfrido, como los anteriores, iniciado y guerrero al mismo tiempo. Tal misión implica siempre la destrucción de un mundo decadente, destrucción, sin la cual sería impensable la restauración de una sociedad jerarquizada según los valores eternos. Implica, pues, el reconocimiento del reinado del mal —del "triunfo de la injusticia" [3], es decir de lo que es contrario al orden divino, de la época histórica del que combate— y la exaltación del combate. Sin duda las gentes que luchan mediante la violencia contra un orden establecido, ya malo, a favor de un "mundo nuevo" peor aún, desde el punto de vista de las jerarquías naturales, también son insatisfechos a los que no asusta la lucha armada. Pero como he tratado de mostrar antes, *es la naturaleza de su sueño, y no los métodos empleados para su realización,* lo que les coloca en el lado opuesto a los combatientes *contra* el tiempo.

Tanto en el sentido del tiempo como contra éste, hay luchadores inconscientes, irresponsables. Hay millones de gentes de "buena voluntad" —liberales, individuales, pacifistas, "amigos

---

1 Hermann Rauschning, "Hitler m'a dit".
2 Hermann Rauschning, "Hitler m'a dit".
3 Bhagawad-Gîta, IV, versículo 7.

del hombre", etc...— que, a menudo, por pura ignorancia, o por pereza de espíritu, siguen las sugestiones engañosas de los agentes de las fuerzas oscuras, y contribuyen, con las intenciones más generosas del mundo, a acelerar el ritmo de la degeneración universal. Y también hay gentes perfectamente inconscientes de las leyes eternas, tanto del universo visible como del invisible, que combaten con entusiasmo por la selección en el combate, la segregación de las razas, y, en general, por una concepción aristocrática del mundo, y todo *por instinto*; simplemente por horror hacia la fealdad física y moral de los hombres, y por odio hacia los prejuicios e instituciones que estimulan la generalización de dicha fealdad. Hay muchos así entre los nuestros. Más nobles que los primeros, puesto que tienen como centro a la *belleza* que, en su esencia, se confunde con la verdad, son, a pesar de todo, tan poco responsables, en el sentido fuerte de la palabra, como ellos, pues están también ligados al dominio de la impresión, es decir de lo *subjetivo*.

Pero todo es distinto en los *jefes*... y con más razón en los fundadores de *fes* nuevas.

El verdadero iniciador de un movimiento subversivo a favor del tiempo; que contribuye a la decadencia —tiene que ser un hombre en posesión de un innegable grado de *conocimiento*. Pero se sirve de éste *al revés* —con fines contrarios al espíritu de las verdaderas jerarquías; y por tanto contrarios a los fines que serían la consecuencia de la acción de un sabio. Al contrario, el fundador y jefe responsable de una fe "contra el tiempo" —como era Adolf Hitler— tiene que ser uno de esos hombres que en otro libro [1] he llamado "por encima del tiempo": un sabio, un iniciado en unión con lo divino, y *simultáneamente* un guerrero —y quizás *también* un político— dispuesto a emplear, al nivel de las circunstancias del mundo libre, *todos los medios que sepa eficaces*, no juzgando ningún medio más que por su eficacia. Es decir, ese jefe

---

1 "The Lightning and the Sun", escrito entre 1948 y 1956, editado en Calcuta en 1958.

tiene que ser un hombre por encima del tiempo, en cuanto a su *ser*, y contra el tiempo, en cuanto a su *acción* en el mundo; en otras palabras un guerrero (o un político o una y otra cosa) en lucha contra el orden, las instituciones o los poderes de su época, con cualesquiera armas, con vistas a un "enderezamiento" al menos temporal de la sociedad, inspirado por un ideal de retorno a la Edad de Oro —una voluntad de compenetración entre el orden "nuevo" y el orden eterno.

Ahora bien, repito, los textos, los hechos, toda la historia y toda la *atmósfera* del nacionalsocialismo sólo se hacen plenamente comprensibles cuando, una vez por todas, se admite que Adolf Hitler era uno de tales hombres: la manifestación más reciente, entre nosotros, de el-que-vuelve de edad en edad "para la protección de los justos, la destrucción de los malvados y para el firme establecimiento del orden según la naturaleza de las cosas" [1].

* * * *

La decisión del joven cabo Hitler, del 16º Regimiento bávaro de Infantería, "de convertirse en un político" [2] —decisión tomada tras el anuncio de la capitulación en Noviembre de 1918, en las trágicas circunstancias que se conocen [3]— no basta para explicar la extraordinaria carrera de quien un día se iba a convertir en el dueño de Alemania si no de Europa. Más aún, la "política", por paradójico que pueda parecer nunca fue para el Führer el objetivo principal. En una charla durante la noche del 25 al 26 de Enero de 1942, confiesa haberse dedicado a ella "contra su

---

1 Bhagawad-Gîta, IV, vers. 8.

2 "Ich aber beschloss, Politiker zu werden", "Mein Kampf".

3 Adolf Hitler, con los ojos raídos por los gases, amenazado de ceguera, se enteró de la noticia en el hospital militar de Pasewalk adonde había sido evacuado.

gusto" y verlo solamente "como un medio con vistas a un fin" [1]. Este fin era la misión a la que antes hacía alusión. Adolf Hitler habló de esto en "Mein Kampf" y en muchos discursos, como, por ejemplo el que pronunció el 12 de Marzo de 1938 en Linz, donde dijo claramente: "Si la Providencia me llamó un día fuera de esta ciudad para dirigir el Reich es porque tenía una misión para mí, en la cual he creído y para la cual he vivido y luchado".

Su seguridad al actuar, movido por una Voluntad impersonal, de la cual su voluntad individual era expresión, ha sido señalada por todos los que le conocieron de cerca y de lejos. Robert Brasillach ha mencionado la "misión divina" de la que el Führer se sentía investido. Y Hermann Rauschning dijo: "Se tiene por un profeta, cuyo papel sobrepasa con mucho al del hombre de Estado". No hay "ninguna duda", añade, "de que se considera en serio como el anunciador de una nueva humanidad" [2]. Esto recuerda por otra parte otra declaración del mismo Adolf Hitler, mencionada también por Rauschning: "El que no comprende el nacionalsocialismo más que como movimiento político no sabe gran cosa de él. *El nacionalsocialismo es más que una religión; es la voluntad de crear el superhombre*" [3].

Y a pesar de su alianza política con la Italia de Mussolini, el Führer se daba perfecta cuenta del abismo que separaba su Weltanschauung de base biológica, del fascismo, que permanecía extraño a esa "lucha colosal" en la que él, es decir el sentido de su misión, se iba a empeñar. "Solamente nosotros, los nacionalsocialistas", decía, "hemos comprendido el secreto de las gigantescas revoluciones que se anuncian. Y es porque somos el único pueblo, elegido por la Providencia, para dar su marca al siglo por venir" [4]. De hecho, pocos nacionalsocialistas alemanes *habían* comprendido ese secreto. Pero bastaba que lo hubiera

1 En presencia de Himmler, Lammers, Zeitzler. "Libres Propos".
2 Hermann Rauschning, "Hitler m'a dit".
3 Hermann Rauschning, "Hitler m'a dit".
4 Hermann Rauschning, "Hitler m'a dit".

comprendido él, Adolf Hitler, jefe y alma de Alemania, para justificar que el pueblo "eligiera" las fuerzas de la vida, pues un pueblo es solidario con su jefe, al menos cuando éste es, racialmente, uno de sus hijos. Dicho de otro modo, en estas circunstancias, la prioridad de Alemania era consecuencia de la lucidez de su jefe; de la "visión mágica" —de la consciencia del iniciado que vive en el eterno presente— que únicamente él poseía, entre todos los generales y hombres políticos de su tiempo.

Sólo así se puede comprender la hostilidad del Führer hacia el mundo moderno —tanto "capitalista" como marxista— y sus instituciones. Es inútil volver sobre el proceso a la superstición de la igualdad y al parlamentarismo, a la democracia, que no es otra cosa en el fondo, que la superstición del "hombre" aplicada a la política —proceso que el Führer hizo una y otra vez, en "*Mein Kampf*" y en todos sus discursos, tanto ante las multitudes como ante unas pocas personas. Adolf Hitler ataca *también* aquellos trazos de nuestra época, que si no están en la raíz de dicha superstición del "hombre" que es, infinitamente más antigua —refuerzan sin embargo, su carácter trágico. Se trata, en particular, de la desaparición del sentido de lo sagrado, del recrudecimiento del "espíritu técnico", y sobre todo, quizás, el pululamiento desordenado del hombre, en razón inversa a su calidad.

Sabiendo que, en nombre del antropocentrismo cristiano, las iglesias eran y tenían que ser los peores enemigos, se guardó bien de atacarlas directamente o de hablar de "persecución". Lo hizo por habilidad política, y también por temor a quitar al pueblo una fe, antes de reemplazar a la anterior con ventaja. Pero esto no le impedía constatar que el tiempo del cristianismo viviente había pasado, que las iglesias no representaban ya más que un "aparato religioso vacío, frágil y mentiroso" [1] que no valía la pena demoler desde fuera, puesto que en su interior él mismo se despedazaba, y

---

[1] Hermann Rauschning, "Hitler m'a dit", pág. 69.

se resquebrajaba por todas partes. No creía en una resurrección de la fe cristiana. En las campiñas alemanas, esa fe cristiana no había sido nunca más que un "barniz", un "caparazón" que, bajo él, conservaba intacta la antigua piedad, que ahora se trataba de reanimar y dirigir. Y no veía nada, entre las masas ciudadanas, que revelara una conciencia cualquiera de lo sagrado. Y se daba cuenta que "allí donde todo ha muerto, nada puede ya volver a alumbrar" [1]. En cualquier caso, tanto para Adolf Hitler como para nosotros, el cristianismo era sólo una religión *extranjera*, *impuesta* a los pueblos germánicos, y fundamentalmente opuesta a su naturaleza. El Führer despreciaba a los hombres responsables que durante tanto tiempo se habían contentado con las puerilidades que las iglesias enseñaban a las masas. Nunca ahorraba sarcasmos cuando, estando ante quienes podía expresar libremente el aspecto menos popular, quizás, de su pensamiento, hablaba del cristianismo como "invención de cerebros enfermos" [2].

Y lo que reprochaba sobre todo a la religión cristiana era, al parecer, que aleja a sus fieles de la Naturaleza, que les inculca el desprecio por el cuerpo y ante todo, se presenta como la religión "consoladora" por excelencia: la religión de los afligidos; de los que están "cansados y agobiados" —y no tienen fuerza para llevar valientemente su peso—; de los que no pueden soportar el no ver a sus seres queridos en un Más Allá ingenuamente humano. Como Nietzsche, encontraba en el cristianismo un tufillo a algo llorón y servil, y lo consideraba inferior a las mitologías, incluso las más primitivas que, por lo menos, integran al hombre en el cosmos; y con mayor razón, inferior a una religión de la naturaleza, de los antepasados, los héroes —y del Estado *nacional*— como el shitoismo, cuyo origen se pierde en la noche de la prehistoria, y que sus aliados los japoneses habían tenido la inteligencia de conservar, adaptándolo a su vida moderna [3].

---

1 Hermann Rauschning, "Hitler m'a dit", pág, 71.
2 "Libres Propos sur la Guerre et la Paix", pág. 141.
3 "Libres Propos sur la Guerre et la Paix", pág. 141.

Por contraste, él evocaba de buena gana, la belleza de la actitud de sus propios fieles que, libres tanto de la esperanza como del miedo, cumplían con total desapego las tareas más peligrosas. El 13 de Diciembre de 1941 comentaba, en presencia del Dr. Goebbels, Alfred Rosenberg, Terboven y otros: “Tengo seis divisiones SS compuestas por hombres absolutamente indiferentes en materia de religión. Esto no les impide ir a la muerte con el alma serena” [1].

Aquí, “indiferencia en materia de religión” sólo significa “indiferencia” al cristianismo y quizás, a todo *exoterismo* religioso, no significa indiferencia *a lo sagrado.* ¡Bien al contrario! Pues lo que el Führer reprochaba al cristianismo, y sin duda a toda religión o filosofía centrada en lo “demasiado humano”, era precisamente la ausencia de esa verdadera piedad que consisten en sentir y adorar a “Dios” —el principio de todo ser y no-ser, la esencia de la luz y *también* de la sombra— a través del esplendor del mundo visible y tangible; a través del orden y del ritmo, y de la ley inmutable que es expresión de ellos; la ley que funde a los contrarios en la misma unidad, reflejo de la unidad en sí. Lo que le reprochaba era su incapacidad para hacer que lo sagrado penetrara la vida, *toda* la vida, como en las sociedades tradicionales.

Y lo que quería justamente —y en esto las SS iban a jugar un papel muy importante, como trataré de demostrar después—, era un retorno gradual de la conciencia de lo sagrado, a todas las capas de la población. No un resurgimiento más o menos artificial del culto a Wotan y a Thor —puesto que lo divino no reviste nunca de nuevo, ante los hombres, las formas que una vez desechó— sino una vuelta de Alemania, y del mundo germánico en general, a la Tradición, *comprendida a la manera nórdica*, en el espíritu de las antiguas sagas, incluidas las que, como la leyenda de Parsifal, conservaron, con ropajes cristianos, los valores eternos de la raza; la huella de los valores eternos en el alma colectiva de la raza. Quería devolver al campesino alemán “la

---

[1] “Libres Propos sur la Guerre et la Paix”, pág. 140.

aprehensión directa y misteriosa de la Naturaleza, el contacto instintivo, la comunión con el espíritu de la tierra"; raspar, en él, "el barniz cristiano", y retornarle a "la religión de la raza" [1] y, poco a poco —generalmente en todo el inmenso "espacio vital" que soñaba conquistar en el Este—, rehacer, teniendo como base a su pueblo, un nuevo pueblo libre de guerreros-campesinos, como antaño: en los tiempos en que el inmemorial Odalrecht, el más antiguo derecho germánico, ordenaba las relaciones de los hombres entre ellos y con sus jefes.

Y a partir del tiempo, donde tras un vano juego de nombres y gestos cristianos, vivían "creencias paganas" [2], el Führer trataría un día de evangelizar a esas masas de las grandes ciudades, primeras víctimas de la vida moderna, en donde, según sus propias palabras, "todo" estaba "muerto" (para él, ese "todo" significaba "lo esencial": la capacidad del hombre, y especialmente del ario puro, de sentir al mismo tiempo su nada, en tanto que individuo aislado, y su inmortalidad en tanto que depositario de las virtudes de su raza; su conciencia de lo sagrado en la vida cotidiana).

Quería devolver ese sentido de lo sagrado a todo alemán —a todo ario— que lo hubiera perdido, en el transcurso de las generaciones, al contacto tanto con las supersticiones extendidas por las iglesias como por aquellas que hoy una falsa ciencia populariza cada vez más. Sabía que era una tarea ardua y larga, de la que no había que esperar éxitos espectaculares, pero para cuyo cumplimiento, la conservación de la sangre pura era condición *sine qua non* (pues más allá de un cierto grado, que se alcanza rápidamente, de mestizaje, un pueblo *ya no es* el mismo pueblo).

* * * *

1 Hermann Rauschning, "Hitler m'a dit", p. 71.
2 Hermann Rauschning, "Hitler m'a dit", p. 71.

He mencionado antes el interés de Adolf Hitler por las técnicas modernas, especialmente —¡y con motivo!— las de la guerra. Esto no quiere decir que no se diera cuenta de los peligros de la mecanización de la vida, y sobre todo de la especialización a ultranza. Incluso en un ámbito tan particular como el de la estrategia, donde él, el antiguo cabo, se movía con una facilidad que el genio mismo explica difícilmente, se mostraba escéptico hacia los especialistas y sus inventos, y, en último análisis, no se fiaba más que de la visión suprarracional del verdadero jefe —sin rechazar por eso la puesta en práctica de cualquier invento, en la medida en que representa un medio eficaz para la victoria. "¿Cuál es", preguntaba a Rauschning, "el invento que, hasta el presente, ha revolucionado las leyes de la conducta de la guerra de una manera duradera? Cada invención ha sido seguida, casi inmediatamente, por otra, que neutraliza los efectos de la precedente". Y concluía que todo esto confiere solamente "una superioridad momentánea", y que la decisión de una guerra "depende siempre *de los hombres*" más que del material —por importante que éste pueda ser [1].

No es pues la técnica en sí misma lo que le repugnaba. Espíritu universal, conocía ese campo, como tantos otros, y reconocía su utilidad y su lugar en el combate de nuestra época. Lo que le irritaba era el efecto que la formación técnica y el manejo de los aparatos de precisión, así como el de los datos estadísticos, pueden tener, y *tienen* casi siempre, sobre el hombre, incluso "bien dotado", que en ellos se especializa; lo que le irritaba era la constatación de que todo esto mataba, en el hombre, la ligereza de espíritu, la imaginación creadora, la iniciativa, la visión clara en medio de un laberinto de dificultades imprevistas, la facultad de comprender, y comprender *a tiempo* —inmediatamente, si es posible— la relación entre una situación *nueva* y la acción eficaz con la que debe hacérsele frente; en una palabra, *la intuición exacta* —según él, la forma superior de

---

1 Hermann Rauschning, "Hitler m'a dit", pág. 21.

inteligencia. “Es siempre fuera de los medios técnicos donde se encuentra el genio creador” [1], decía y aconsejaba a sus colaboradores —y tanto más cuanto que éstos ocupaban cargos de mayor responsabilidad— que tomaran sus decisiones “por intuición pura”; que se fiaran “de su instinto”, nunca de conocimientos librescos o de una rutina que, en los casos difíciles, va con retraso respecto a las exigencias de la acción. Les aconsejaba simplificar los problemas, como él mismo los simplificaba; y “rechazar todo lo que fuese complicado y doctrinario” [2]. Repetía que “los técnicos nunca tienen instinto” [3], enredados como están en sus teorías “como las arañas en su red” e “incapaces de tejer otra cosa” [4]. Y Hermann Rauschning mismo, cuya malevolencia salta a los ojos, está obligado a reconocer que “ese don de simplificación era el poder característico que hacía a Hitler ser superior dentro de su entorno” [5].

Como demostración de esto basta leer en el libro de Léon Degrelle, “Hitler pour mil ans” [6], las luminosas páginas que describen las campañas de Francia *y de Rusia*, temas a propósito de los cuales (sobre todo respecto a la campaña del Este) tantas gentes, y no necesariamente profesionales de la guerra, han reprochado al Führer haberse obstinado en no escuchar el asesoramiento de los expertos en estrategia. El gran soldado que fue el jefe de la legión Waffen-SS “Wallonie” muestra con brillantez que la negativa de Adolf Hitler a dejarse convencer por sus famosos especialistas (que en el invierno de 1941-42 aconsejaban un repliegue de cien o doscientos kilómetros) “*salvó al ejército*”, pues, “una retirada general a través de aquellos

1 Hermann Rauschning, “Hitler m’a dit”, pág. 22.
2 Hermann Rauschning, “Hitler m’a dit”, pág. 209.
3 Hermann Rauschning, “Hitler m’a dit”, pág. 209.
4 Hermann Rauschning, “Hitler m’a dit”, pág. 210.
5 Hermann Rauschning, “Hitler m’a dit”, pág. 210.
6 Aparecido en “Editions de la Table Ronde”, 1969.

interminables, devoradores, blancos desiertos hubiera sido un suicidio" [1]. "*Contra sus generales, Hitler tenía razón*", insiste —y no sólo durante los siete meses del espantoso invierno ruso 1941-1942, sino también en Enero de 1943, cuando insistía para que Paulus, cercado en Stalingrado, intentara, *como pudiera*, salir al encuentro de los blindados del general Hoth, dependiente del mariscal von Manstein, y al cual éste había enviado en su socorro, *y que se encontraban solamente a algunos kilómetros*. Según Degrelle, Paulus "hubiera podido, en cuarenta y ocho horas, salvar a sus hombres" [2], pero "teórico incapaz en la práctica",... "embrollado por su escrupulosa manía de meticulosos reagrupamientos basado en papeleos" [3], no lo hizo, prefiriendo capitular, cuando "la salvación estaba bajo su nariz, a cuarenta y ocho kilómetros" [4]. Y no lo hizo porque, en él, el estudio meticuloso había desplazado al instinto; porque le faltaba el don de simplificar los problemas e ir intuitivamente a lo esencial. Esto era natural en él. Pero esas deficiencias debían haber sido singularmente reforzadas por el hecho de que "Paulus había pasado casi toda su vida entre la burocracia de los Estados Mayores" [5], ante sus mapas en el estrecho cuadro de su especialidad.

Ciertamente los especialistas son necesarios, pero en su lugar. Desgraciadamente, en ciertas excepcionales circunstancias, es necesario sacarlos del dominio de su rutina, y pedirles más de lo que pueden dar. Y cada día más, la vida, en todos sus aspectos, se mecaniza; y más técnicos especializados hay, y habrá, a lo largo de la escala social. Y entre ellos, serán cada vez menos los que teniendo, dentro de su especialidad, el máximo de conocimientos, puedan dominar a éstos, conservando su visión y la inspiración, y las inestimables cualidades de carácter que definen al hombre

---

[1] L. D., "Hitler pour mille Ans", pág. 129
[2] L. D., "Hitler pour mille Ans", pág. 130.
[3] L. D., "Hitler pour mille Ans", pág. 174.
[4] L. D., "Hitler pour mille Ans", pág. 175.
[5] L. D., "Hitler pour mille Ans", pág. 170.

superior. El Tercer Reich tuvo tales hombres: hombres “modernos” puesto que *tenían poder* en el plano material (militar o civil); y por otra parte, hombres iguales a las más grandes figuras del pasado por lo que *eran*: un Guderian, un Skorzeny, un Hans-Ulrich Rudel, una Hanna Reitsch, un Dr. Todt; gentes lo bastante fuertes para pensar y actuar con grandeza, aún sirviéndose de las máquinas de nuestra época y sujetándose a las manipulaciones precisas que éstas exigen; contrapartida occidental de esos guerreros japoneses de la segunda guerra mundial que, al inteligente manejo de las armas más modernas, añadían la fidelidad al código del *Bushido* y la práctica, con más frecuencia de lo que se piensa, de alguna disciplina espiritual inmemorial.

El Führer hubiera querido que los mejores de sus alemanes se convirtieran más o menos, en nuevos “dueños del fuego”, capaces de dominar nuestro fin de ciclo, en que la técnica, con todos sus inconvenientes, es indispensable para quien quiere sobrevivir en un mundo superpoblado. Sabía también que ese papel sólo podía y sólo podrá ser desempeñado por una minoría. Y es precisamente esa minoría, probada en el combate, la que debía constituir la aristocracia guerrera del mundo nuevo; mundo a contracorriente de la decadencia universal, que él soñaba construir y en el que por otra parte, “tras la victoria” —una vez desaparecida la urgencia de la guerra total—, cesaría gradualmente la mecanización de la vida, y en el que el espíritu tradicional, en el sentido esotérico de la palabra, se implantaría cada vez más.

CAPÍTULO IX

EL HUNDIMIENTO DE LOS VALORES ANTROPOCÉNTRICOS

"Eveillez, secondez vos forces enchaînées,
Faites couler la sève en nos sillons taris;
Faites étinceler, sous les myrtes fleuris,
Un glaire inattendu, comme aux Panathénées".

Como he tratado de demostrar antes, el crecimiento demográfico es al mismo tiempo consecuencia y causa, siempre renovadas, del desarrollo de las técnicas —*consecuencia*, puesto que gracias a los perfeccionamientos de la medicina y de la cirugía, vive cada vez un número mayor de gente que no debería vivir; y *causa*, al ser el acicate para muchos espíritus inventivos, que crean los medios de satisfacer las necesidades, reales o supuestas, de una población que se multiplica, a menudo a pesar de la ausencia de higiene, y con más razón si esta higiene se extiende. Es un círculo vicioso, y tanto más trágico, puesto que no puede ser roto más que a escala mundial. Así, será criminal favorecer la no natalidad entre los pueblos más nobles y mejor dotados, lo que les llevaría a enfrentarse, en igualdad de condiciones —o simplemente en la paz fatal de la "sociedad de consumo" indefinidamente extendida, a medida de los progresos técnicos— a variedades humanas cualitativamente inferiores a ellos, pero peligrosamente prolíficas, y cuya demografía escapa a todo control.

Adolf Hitler, más que nadie, era consciente de este hecho, al cual concede en su política, un lugar que nunca tuvo bajo ningún régimen, incluso racista, del pasado. Y es en esto, más que

en cualquier otra cosa, donde aparece la oposición flagrante entre el III Reich y las tendencias dominantes del mundo moderno.

Estas tendencias se expresan en el precepto más veces repetido: “Live and let live” —“Vivir y dejar vivir”— aplicado, y esto hay que subrayarlo, a los hombres de todas las razas y de todos los grados de salud o de enfermedad psíquica o mental, pero al *hombre solamente*. Un precepto contrario es el que los protectores del sacrosanto mamífero de dos patas aplican a los cuadrúpedos, cetáceos, reptiles y aves. En este caso se trata de “dejar vivir” a lo que no estorbe la expresión indefinida de cualquier variedad de hombre e incluso, en el límite, “dejar vivir” solamente a lo que favorezca esta expansión —como por ejemplo, en la China comunista, donde sólo tienen derecho a vivir los animales útiles, es decir explotables.

La eterna gloria de Adolf Hitler —y quizás, el signo más claro de que él fue, por excelencia, el hombre “contra el tiempo”; el hombre del último intento de enderezamiento no ya parcial sino total— es precisamente, haber derribado este orden de cosas. Y su gloria para siempre —y esto en un país en plena guerra donde tantos problemas urgentes se imponían con prioridad— será el haber “dejado vivir” a la naturaleza: protegido, en la medida de lo posible, a los bosques y a sus habitantes; tomado una clara posesión contra la vivisección; haber rechazado él mismo, cualquier alimento cárnico y haber soñado con suprimir gradualmente los mataderos “después de la victoria” (teniendo ya las manos libres). Y para él es la gloria también, de haber aplicado —encarrilado el cuidado desmedido de los amantes de los perros, gatos o caballos “de raza”, indiferentes a la pureza de su propia descendencia— *al hombre en nombre de la elite humana*, el mismo principio que, durante milenios, había regulado el comportamiento del hombre, así como el de la bestia y el árbol: haber “dejado vivir” solamente aquello que no obstaculizaba el desarrollo de esa elite; en el límite, dejado vivir sólo aquello que favorecía ese desarrollo —o al menos él hizo todo lo posible en

ese sentido, en un mundo en el que Hitler tenía una oposición constante, a pesar de su poder.

He mencionado antes la importancia que daba el Führer a la natalidad alemana. El pueblo alemán, el más dotado de Occidente, el más disciplinado y el más duro en la guerra, debería ser la principal reserva de la futura aristocracia europea (este pueblo había sido ya la cantera de la antigua aristocracia europea: de él salieron los francos y, con ellos, todos los señores de la Europa de la Edad Media). Era preciso que sea esa cantera permaneciera inexpugnable. Ahora bien, "el ser excepcional, en una familia, es a menudo el quinto, el séptimo, el décimo o el duodécimo hijo" y la limitación de los nacimientos lleva, en más o menos tiempo, a la caída de los pueblos más fuertes —y como señalaba el Führer, esa limitación entrañó el fin del mundo antiguo al debilitarse numéricamente las casas patricias, a favor de una plebe que se multiplicaba sin cesar y que cada vez más, suministraba fieles al cristianismo nivelador. Era necesario pues, honrar a las madres de familias numerosas.

Pero de esto no se deduce que, como los amigos del hombre, Hitler haya contemplado con satisfacción la idea de una Tierra indefinidamente explotada por una población indefinidamente creciente.

Lejos de eso, incluso en Alemania, la propaganda sistemática de la natalidad y de la protección del niño *sano y de buena raza* era acompañada por una severa política de selección, que la difusión de "Mein Kampf" había revelado al público, ya antes de la toma del poder. Como expresión de esta política, la ley del III Reich preveía la esterilización de los enfermos incurables, de los tarados, de los deficientes, así como de los alemanes más o menos mestizados de sangre no aria —judía u otra— que amenazaban con transmitir sus enfermedades, psíquicas o mentales, o su inferioridad racial, a sus descendientes.

La ley, bajo pena de trabajos forzosos, prohibía formalmente el matrimonio y las relaciones sexuales

extraconyugales, entre judíos y alemanes (alemanes y personas de sangre parecida, Artverwandt, es decir aria, especialmente germánica).

Esta ley, estricta para todo el pueblo, lo era más aún para los miembros de ese cuerpo de elite —verdadera aristocracia nórdica, desde todo punto de vista— eran los miembros de las SS. Ellos estaban obligados a casarse. Era, un deber hacia la raza —y también una orden del Reichsführer-SS, Heinrich Himmler. Y se les pedía que tuvieran el mayor número de hijos posible. Pero no podían elegir esposa más que con la autorización de la "Oficina SS de las Razas" (SS Rassenamt) que examinaba con el máximo rigor a la futura esposa, su árbol genealógico, su estado de salud y el de sus progenitores. Y así como debían engendrar la vida con generosidad, también debían ser pródigos al derramar su propia sangre en los campos de batalla. A ellos fueron confiadas las misiones que exigían el coraje más constante, la dureza más sobrehumana, el desprecio más total por el sufrimiento y la muerte. Basta comparar las pérdidas sufridas por estos hombres en todos los frentes, y sobre todo en el frente del Este, con las de las otras unidades militares alemanas y los mejores ejércitos extranjeros, para darse cuenta de qué poco, en la Alemania nacionalsocialista, contaba la vida de un individuo de elite, y *a fortiori* la de un individuo cualquiera cuando se trataba del servicio al Reich.

Ciertamente, la natalidad era estimulada, y esto tanto más cuanto mayor era la calidad —física y también psíquica de los padres. Ciertamente, ningún alemán y ninguna alemana de sangre pura podía tratar de entorpecer a la naturaleza sirviéndose de anticonceptivos, amenazando así con privar a la raza de un individuo excepcional. Pero, por otra parte, la guerra que el Führer preveía incluso "después de la victoria", como un factor cuasipermanente en los límites de los territorios conquistados (como en otro tiempo, en las fronteras movedizas del imperio romano); la guerra, "estado natural del hombre" como Hitler

mismo decía, se encargaría, como siempre se había encargado, de limitar el número de adultos, de tal forma, que una familia de SS no podría pensar en sobrevivir... al menos que contara como mínimo con “cuatro hijos”.

En otras palabras, al sueño de paz perpetua en un mundo achaparrado, en el que el hombre habría hecho de la Naturaleza la servidora de sus mezquinos placeres y de su escuálida salud, Adolf Hitler opuso el sueño de la lucha permanente —de la “revolución perpetua”—, alegría y deber de los fuertes, solos, de pie en medio de la decadencia universal. A la confortable ley del mínimo esfuerzo, él opuso la vieja ley de la jungla: el ideal de la vida desbordante y precaria, de la vida *peligrosa*.

Al eslogan: “Make love! Don’t make war!”, que una juventud vacía y pretenciosa habría de difundir más tarde en el mundo de pesadilla que siguió a la caída del Reich, él opuso la divisa de la aristocracia inglesa de antaño: “To breed, to bleed, to lead” —“procrear, derramar su sangre, ser jefes”.

Pero esto no es todo. Uno de los trazos más denigrantes de la Edad Oscura, que llega a su fin, es sin duda, la proliferación caótica de las masas humanas. Malthus, hace más de cincuenta años, había ya señalado tal peligro, pero sólo desde un punto de vista económico. Los optimistas de hoy tratan de contradecirle evocando las nuevas posibilidades de explotación de la tierra y del mar, que permitirían, según ellos, afrontar despreocupadamente un crecimiento de la población humana en número cinco y diez veces mayor al actual. Pero subsiste y se afirma el peligro cada vez más, porque el aumento *gobal* del número de hombres se efectúa hoy no ya en progresión “aritmética” sino *geométrica*. Al parecer, hoy en dicha progresión ya hemos llegado a un punto, pasado el cual, *nada,* a no ser una gigantesca intervención exterior, humana o... divina, podría detenerla —y menos aún, podría disminuirla, es decir, hacer decrecer la población del mundo hasta un nivel en el que ya no fuera un peligro para el equilibrio natural.

Ahora bien, el Führer, mejor que nadie, era consciente de la catástrofe que representaba ya entonces (y que representa cada vez más) la superpoblación de ciertas regiones de la Tierra —y no solo en razón de la inevitable revuelta en un espacio de tiempo más o menos largo, de los "hambrientos" contra los "satisfechos". Lo que Hitler temía, sobre todo, era la desaparición gradual de las elites naturales, de las elites raciales, bajo la marea creciente de multitudes biológicamente inferiores, a pesar de que, en casos particulares, se pudiera proteger a esas elites contra esa marea. Pues hay que señalar que, al menos en nuestra época, son precisamente las razas menos bellas y peor dotadas, y dentro de un mismo pueblo, los elementos menos puros, los más prolíficos. Lo que el defensor de la elite aria temía también era el rebajamiento del nivel psíquico, intelectual y moral —la pérdida de calidad— de las generaciones por venir. Y es ése, en efecto, el resultado, estadísticamente necesario, del crecimiento ilimitado del número de hombres, incluso "de buena raza", desde el momento en que la selección natural ya no existe, por la aplicación generalizada de la medicina, la cirugía y sobre todo, la higiene *preventiva*, factores de selección *al revés*. El programa de Hitler en cuanto al saneamiento del pueblo alemán (y si hubiera ganado la guerra, de los pueblos de Europa) comportaba también, al mismo tiempo que la esterilización de los incurables, capaces pese a todo, de justificar su propia existencia por un trabajo útil, la pura y simple supresión física (sin sufrimiento) de seres que no tienen de humano más que la forma (y ni aún eso, en muchos casos), tales como los monstruos, los idiotas, los débiles mentales, los locos... Todo esto, dentro de un sentido de retorno a la Naturaleza, la cual impulsa a la madre pájaro a echar fuera del nido al pajarito deforme; que existe en el espíritu del ganadero, que de sus camadas de perros y caballos, retira y suprime sin dudarlo a los individuos deformes o demasiado débiles para sobrevivir sin cuidados constantes. Todo también, dentro del espíritu del divino Lycurgo, legislador de Esparta. Y es sabido que

las leyes de Lycurgo le habían sido dictadas por el Apolo de Delfos —"el hiperbóreo".

Desgraciadamente, sólo fue iniciada la aplicación de dicho programa. La oposición feroz de las iglesias cristianas, tanto la católica como las protestantes, tuvo como resultado el "dejar para más adelante" las medidas draconianas que dicho programa contenía. Adolf Hitler era demasiado realista para chocar de frente, en plena guerra, con los prejuicios que once siglos de antropocentrismo cristiano había imbuido en la psique de su pueblo, y para desafiar los sermones indignados de algunos obispos, tales como Galen, de Münster. Hubiera sido muy difícil arrestar a esos prelados (y en particular al último) sin provocar en sus ovejas una desafección hacia el régimen, de lo más inoportuna. Y así, pudieron sobrevivir a la caída del III Reich, los casi diez mil débiles mentales del asilo de Bethel, cerca de Bielefeld —y repito, *desgraciadamente*.

La eliminación física de los desechos humanos así como la esterilización de los enfermos incurables, "utilizables" sin embargo, como "factores económicos", era un aspecto esencial de la lucha de Adolf Hitler contra la decadencia. La supresión pura y simple de la medicina y de la higiene preventiva, debía lógicamente, ser otro aspecto de esa lucha. Y lo hubiera sido sin duda, en una Alemania victoriosa que hubiera dominado a Europa y que no tendría ya nada que temer de las multitudes prolíficas del Este, dominadas por jefes que habían identificado la vieja causa del paneslavismo con la del marxismo-leninismo. Pero vista la trágica realidad de esta amenaza —y la amenaza que representaba también, a más largo plazo, y por otras razones, la superpoblación *de la Tierra entera*, era necesario, en primer lugar, poner freno a esta proliferación extranjera.

En una conversación del 15 de Enero de 1942, el Führer hace alusión al aumento "alarmante" de la población de las Indias, aumento de cincuenta y cinco millones de seres en diez años —y se debería decir, que tanto más alarmante puesto que, en

ese lejano y último bastión de una tradición religiosa y metafísica propiamente arias son las castas bajas, aborígenes y euroasiáticos —los no arios y los mestizos— los que se multiplican al ritmo más desaforado, mientras que los algunos millones de arios que han sobrevivido, durante sesenta siglos, más o menos puros en un vasto ambiente multirracial, representan una minoría cada vez más restringida y que, gracias al parlamentarismo introducido por los británicos, tienen cada vez menos influencia política. Pero esta tragedia no concernía a la Alemania en guerra. El Führer prosigue: "Asistimos al mismo fenómeno en Rusia, las mujeres tienen cada año un hijo. La principal razón de este aumento es la disminución de la mortalidad, debido a los progresos de la higiene. *¿En qué piensan nuestros médicos?*" [1]. Se trata de la amenaza directa de las masas indefinidamente crecientes, que amenazan con sumergir y disolver en su seno a los futuros colonos alemanes de las Marcas del Este, esperando ablandar a los combatientes del ejército alemán menos desligados de lo humano-demasiado-humano; masas arias, sin duda, pero no germánicas. Y a veces mestizadas con sangre mongol, que la fatalidad de la Historia ha opuesto a los germanos, desde la Edad Media. Se trata de un peligro para el pueblo alemán y para el equilibrio del mundo nuevo que el Führer soñaba con fundar, el imperio paneuropeo, si no panario, dominado por Alemania.

Adolf Hitler quería parar este peligro y se daba cuenta, de que la prohibición de medidas de higiene preventivas no bastaría. Así, si hemos de creer al libro de Rauschning, él habría pensado medidas más radicales —siempre dentro del espíritu de la inmemorial ley de la jungla, de la "lucha por la vida", que el hombre superior tiene que aplicar *ante todo a otros hombres* de calidad inferior a la suya, pues son *ellos* sus verdaderos rivales en la Tierra: ellos, y no las nobles fieras, aristócratas de la selva, de la sabana y del desierto, sus "equivalentes" en el mundo sin palabra; ellos, y no los árboles, que paran el sol. "La Naturaleza es cruel",

---

[1] Libres propos sur la Guerre et la Paix", pág. 203.

había declarado el Combatiente contra el Tiempo, "tenemos derecho pues a serlo también. Cuando veo a lo mejor del germanismo lanzarse al huracán del hierro y fuego, sin sentir pesar por la preciosa sangre que va a correr a raudales, ¿quién podría negarme el derecho de aniquilar a millones de hombres de razas inferiores, que se multiplican como insectos, y a los que no exterminaría pero *cuyo crecimiento impediría sistemáticamente*? —separando, por ejemplo, durante años, a los hombres de las mujeres [1] "... y más aún: "Después de tantos siglos en que se habla de la protección al pobre y del miserable ha llegado quizás el momento de proteger a los fuertes, amenazados por sus inferiores" [2].

Y esta "economía dirigida" de los movimientos demográficos [3] por medio de la cual y fuera del mundo germánico, Hitler pensaba poder contener esta tendencia a la superpoblación característica de la Edad Oscura, no era más que un aspecto de su actividad a contracorriente de las tendencias de esta edad. Una acción paralela, más visible y más brutal —como la tan desacreditada y mal comprendida de los *Einsatzgruppen*—, debía más adelante, completar a la anterior. Mientras que toda la sabiduría del Führer debe ser presentada como una vuelta a los principios eternos, sus *métodos* recuerdan a los de la Antigüedad, por la total ausencia de "caso de conciencia", y por tanto, de remordimiento, tanto en él, que era el responsable, como en aquellos que los aplicaban. La supresión de los desechos humanos de su propio pueblo, recuerda el tratamiento sumario reservado, en Esparta, a los recién nacidos, a los que los éforos juzgaban indignos de ser criados y educados. Y la acción de los *Einsatzgruppen* en Polonia y Rusia —entre la plétora de poblaciones sojuzgadas y siempre dispuestas a la revuelta— recuerda a la de la despiadada *Kryptéia* espartana entre los ilotas.

---

1 Hermann Rauschning: "Hitler m'a dit".
2 Hermann Rauschning: "Hitler m'a dit".
3 Hermann Rauschning: "Hitler m'a dit".

Una y la otra fueron ante todo acciones de defensa preventiva contra un hormigueo de vencidos a los que la sola conciencia de su número incitaba a rebelarse, y a los que cualquier cosa empujaría a erigirse contra sus conquistadores.

Una declaración entusiasta del Führer muestra, mejor que largos comentarios, su actitud eminentemente revolucionaria y su desprecio al mundo moderno, al que sabía condenado y al que soñaba con destruir: “Pues bien, sí, somos bárbaros, y queremos ser bárbaros. Es un título de honor. *Somos los que rejuveneceremos el mundo. El mundo actual está cerca de su fin. Nuestra única tarea es saquearlo*” [1].

Saquearlo a fin de construir sobre sus ruinas un mundo de acuerdo a los valores eternos, de acuerdo con “el sentido original de las cosas” [2].

* * * *

La acción emprendida en Alemania y en los países ocupados por los ejércitos del III Reich, contra los judíos, es similar a la de los *Einsatzgruppen* en los territorios del Este. En los dos casos se trataba, según las instrucciones transmitidas por Reinhardt Heydrich, en Mayo de 1941, a los jefes de estos Einsatzgruppen, de “destruir sin piedad toda oposición pasada, presente y *futura* al nacionalsocialismo” [3], es decir, eliminar el mayor número posible de enemigos actuales o *potenciales* de la nueva fe y del nuevo imperio germánicos.

En los dos casos, la acción revelaba una escala de valores en perfecta oposición a todo antropocentrismo —o también, una escala de valores desnuda de hipocresía. *Pues la guerra es en sí la negación de toda fe o filosofía antropocéntrica* —sobre todo la guerra entre hombres de raza y civilización distinta, que consideran el

---

1 Hermann Rauschning: “Hitler m’a dit”.
2 Adolf Hitler: “Mi Lucha”.
3 Citado por André Brissaud en “Hitler y la Orden Negra”.

hábitat de los otros como algo necesario, o favorable, a su propio desarrollo. Himmler hacía notar que los pioneros anglosajones en América del Norte habían "exterminado a los indios que sólo podían vivir en su tierra natal" [1]. Y los más feroces antihitlerianos admiten que él decía la verdad y que no existe ningún "respeto hacia la persona humana" en la actitud de los fundadores de los Estados Unidos respecto a los verdaderos *americanos*. Es demasiado fácil cuando han impuesto ya su democracia en todo un continente casi vacío de sus habitantes, a los que se ha destruido de la manera más cobarde —por el alcohol—, es muy fácil entonces, repito, proclamar que la era de la violencia ha terminado; es muy fácil prohibir a otros que busquen su espacio vital, como ellos lo buscaron, y en el caso en que el esfuerzo de los que buscan este espacio termine en una derrota, es también muy fácil hacerles comparecer ante un "tribunal internacional" de parodia, como "criminales contra la humanidad". Sí, es fácil. Pero eso delata la mentira, la mala fe. Y delata también una secreta y sórdida envidia —la del enano hacia el gigante, la del plutócrata que busca nuevos mercados, hacia el guerrero capaz de una violencia franca y desapasionada; y también, la envidia de los orgullosos ciudadanos de imperios que se hunden, hacia el III Reich conquistador, en la cima de su gloria.

En esas dos acciones —la de los *Einsatzgruppen* en Polonia y en Rusia, y la llevada a cabo contra los judíos, en todas partes— los responsables del III Reich hicieron tratar o dejaron de tratar a los hombres de los países conquistados *como los fundadores de los Estados Unidos trataron a los pieles rojas, pero con menos hipocresía*. Ellos admitieron abiertamente que "la tragedia de la grandeza es la de crear una vida nueva, hollando cadáveres" [2] —cadáveres de los que no importa el número, si la "vida nueva" está más cerca de su prototipo divino, si es más fiel a los valores supremos, que la vida que desaparece. Y que la vida nueva que representaba el III Reich

---

[1] Confidencias a Kersten (ver el libro de Kersten: "Les Mains du Miracle").
[2] André Brissaud, "Hitler et l'Ordre Noir".

estaba, o estaría, más cerca de esos valores, así lo creyeron sus responsables. Y, en efecto, hubiera sido así, de haber ganado la guerra Alemania. Por lo demás, ellos actuaron y mandaron actuar sin odio y sin sadismo.

El *SS-Gruppenführer* Otto Ohlendorf, comandante en jefe del *Einsatzgruppe D*, declaró durante su proceso, *después* del desastre, al procurador norteamericano Walton, que le interrogaba: un hombre "que mostraba placer en las ejecuciones era trasladado" [1] —lo que quiere decir que las ejecuciones eran consideradas entre los rangos de las SS, como una desagradable necesidad; como un deber que cumplir sin vacilación, ciertamente, por tanto sin alegría como sin disgusto, *con una serena indiferencia*, en interés del Reich alemán y pronto panario, que era también "el interés del Universo" [2]. En efecto, en el espíritu del jefe máximo, Adolf Hitler, la expansión y transformación del Reich debían desembocar en un "enderezamiento" *mundial*, en el sentido tradicional de la palabra.

Pero si, en la práctica, tanto un "comisario del pueblo", comunista *eslavo*, como un judío, eran ejecutados como "enemigos del Reich", había un matiz, una diferencia de significado, entre las dos acciones. El comunista eslavo era considerado —como todo comunista, como muchos no comunistas, por ejemplo los nacionalistas de la inteligencia polaca, también fusilados por los *comandos* de los *Einsatzgruppen*— personalmente peligroso. Al matarlo, se eliminaba un enemigo, verdadero o supuesto (no había tiempo para examinar cada caso particular y ver que quizás, algunos individuos valiosos habrían dado más adelante la adhesión a la nueva Europa dominada por Alemania). El judío —aparte del peligro que personalmente podía representar, y a menudo representaba— era considerado peligroso *en su esencia misma*: por pertenecer al pueblo cuyo papel histórico ha sido esparcir las contraverdades y contravalores,

---

1 André Brissaud, "Hitler et l'Ordre Noir".

2 Bhagawad-Gîta III, versículo 25.

fuente de subversión, fuente de "*Anti*-naturaleza"; el pueblo "elegido" por los Poderes de lo Bajo (exacta antítesis del ario y sobre todo del alemán) sin el cual no habrían nacido ni el marxismo, ni el jacobinismo, ni el cristianismo —ese "bolchevismo de la sociedad antigua", como bien le llamó el Führer— ni ninguna otra forma de la superstición del "hombre" y de su "felicidad" a cualquier precio. El pueblo judío simboliza la victoria de la Edad Oscura, victoria que los iniciados saben inevitable y que a pesar de todo, se esfuerzan por rechazar, cuando tienen prendida en el combate el alma. La eliminación de ese pueblo más que la de las gentes de todas las razas que habían creído en sus mentiras, era un desafío lanzado a las fuerzas de desintegración. Pues él era el elemento "impuro". En más de un discurso, Himmler lo relacionó con esos insectos parásitos cuya presencia degrada la cabellera más bella, el cuerpo más robusto. Y veía en la supresión de los judíos "no una cuestión ideológica, sino un asunto de *limpieza*".

Y sin embargo... mientras que sí existe la orden, dirigida a los jefes de los *Einsatzgruppen*, de eliminar sin piedad "a los enemigos del nacionalsocialismo" (comprendidos los judíos), no existe ningún documento alemán probando que "la solución final del problema judío" significara la "liquidación física total de los judíos". Del famoso protocolo de la conferencia de Wannsee, del 18 de Enero de 1942, cuya autenticidad por otra parte pone en duda un autor tan imparcial como André Brissaud, se tradujo —durante los procesos que siguieron a la guerra, y con la mala fe ya sabida hacia las SS, SD (*Sicherheitsdienst*), Gestapo, etc. —por "exterminación de los judíos en el espacio vital alemán", la frase que en realidad significa "expulsión de los judíos fuera del espacio vital alemán" —*Zurückdrängung der Juden aus dem Lebensraum des deutschen Volkes* [1]. Parece pues que es sólo "expulsión" y no exterminación indiscriminada, y eso, a pesar del odio de los judíos del mundo entero; a pesar de la rimbombante "declaración de

[1] Citado in extenso por Hans Grimm: "Warum? Woher? Aber Wohin?".

guerra al Reich alemán” lanzada en Nueva York, desde principios de Agosto de 1933, por Samuel Untermayer, presidente de la “Federación Económica Judía Internacional para combatir la opresión de Hitler contra los judíos”... cuando todavía no había, en Alemania, ni “opresión”, ni persecución, a pesar de la llamada a la “exterminación de todos los alemanes” hecha por Vladimir Jabotinski —futuro jefe de la organización terrorista judía Irgun Zwi Leumi— en la revista judía Masha Rietsch en Enero de 1934.

Esto aparece tanto más cierto cuanto que *antes* de la guerra, el subgrupo IV 134 del *Reichssicherheitshauptamt* (RSHA) se ocupaba, en estrecha colaboración con la *Haganah*, organización sionista clandestina, del envío de los judíos del Reich a Palestina, a pesar de la oposición del gobierno de Londres. Tal es así en 1938 y durante los primeros meses de 1939 casi cuatrocientos mil judíos abandonaron territorio alemán, con pleno acuerdo de las autoridades nacionalsocialistas. Y esto sin hablar de los que se fueron sin ser obligados entre 1933 y 1938, o antes de 1933.

Más aún, las célebres “Leyes de Nuremberg”, de Septiembre de 1935, que reflejan del mejor modo el espíritu de la revolución hitleriana y del racismo ario más puro, y que negaban a los judíos (como a los demás no arios) la posibilidad de adquirir la nacionalidad alemana y de “enarbolar los colores alemanes o izar la bandera nacional del Reich”, sí les daba el derecho “de izar los colores judaicos”. Y estaba especificado que el ejercicio de este derecho era “puesto bajo la protección del Estado” [1], lo que prueba que en esta época, en la Alemania nacionalsocialista, los israelitas —a pesar de su papel histórico como “fermento de descomposición”— si bien eran considerados como extranjeros, de los que no convenía fiarse y que había que tener a distancia, no lo eran como una “miseria” a la que destruir.

Las cosas cambian en 1941 y sobre todo en 1942, y más, a medida que la segunda guerra mundial se hace más implacable, más “total”, y esto, gracias a los “millones de no judíos, amigos

[1] Artículo 4 de la Tercera Ley de Nuremberg.

de los judíos", cuya benévola colaboración con estos últimos, en su lucha a muerte contra el III Reich, había previsto Samuel Untermayer, casi diez años antes.

En Mayo de 1940 comienza el ataque masivo de la aviación inglesa, *dirigido deliberadamente contra la población civil alemana.* El general inglés Spaight se jacta de ello en su obra "Bombing Vindicted" ("El Bombardeo Justificado"). Y el diluvio de fósforo y fuego no hace más que intensificarse después de la entrada en la guerra de los Estados Unidos, hasta transformar ciudades alemanas enteras, en hogueras. Se evalúa que fueron alrededor de cinco millones los *civiles* alemanes, mujeres, viejos y niños, muertos en el curso de esos bombardeos: aplastados bajo escombros humeantes; o quemados vivos en los refugios que el asfalto líquido, en llamas, invadía, al derretirse en ellos las fundentes calles.

Después de la "declaración de guerra" hecha por algunos judíos en nombre de todos ellos, en 1933, el Führer no mandó internar a todos los judíos de Alemania y podría haberlo hecho [1]. Él se sentía lo bastante fuerte para ser generoso y por otra parte, en su psicología, el lado luminoso primaba sobre su lado implacable. Él dejó salir a todos los que quisieron —y salir con su dinero, que utilizaron inmediatamente para disponer a la opinión mundial contra él y su pueblo. Hitler había ensayado todos los medios para facilitarles un pacífico echar raíces, fuera del espacio vital germánico, pero ningún gobierno aceptó acogerles *en masa* en su territorio o en sus colonias. Ahora, era la guerra. Y era una *guerra judía*, como bien proclamaban ellos mismos a quien quería oírles atentamente, una guerra hecha por arios, en quienes la propaganda judía, durante años, había explotado el sentido del interés (mal comprendido), el estrecho y celoso nacionalismo, y sobre todo esa superstición del "hombre", heredada a la vez del

---

[1] Si por boca de sus responsables, una nación declara la guerra a Francia, por ejemplo, ¿no serán todos los súbditos de dicha nación residentes en Francia inmediatamente internados?

cristianismo y de Descartes; una guerra hecha contra los alemanes como “enemigos de la humanidad”, y contra la *Weltanschauung* nacionalsocialista como “negación del hombre”. Era pues, el infierno desencadenado por los judíos, en nombre del “hombre”, contra Alemania.

Ciertamente, nadie que no esté entre aquellos que “viven en lo eterno”, puede pretender conocer el pensamiento profundo de Adolf Hitler. Sin embargo, es lógico *suponer* que la causa del endurecimiento de su actitud hacia los judíos, manifestado a partir de 1941, y sobre todo después, fue una reacción violenta contra la superstición, a la vista del horror cotidiano y siempre creciente de las “limpiezas al fósforo”, como sus autores, los bombarderos angloamericanos, los llamaban. Si aquello era la aplicación de la moral del “hombre”, queriendo aplastar encarnizadamente al nacionalsocialismo, quemando vivo al pueblo que le había aclamado y llevado al progreso, incluyendo mujeres y niños, entonces ¿por qué dudar en oponer esa moral del “hombre”, la inmemorial ley de la jungla: la de la lucha a muerte entre especies incompatibles, hasta las últimas consecuencias?

Quizás el Führer no ordenó la supresión masiva de judíos, sin distinción de sexo o edad, tanto en los espacios conquistados del Este (donde los judíos se confundían muchas veces con los más peligrosos francotiradores y saboteadores) como en los campos de concentración. Pero él dejó actuar a los colaboradores más cercanos con medidas radicales —como Goebbels, reprendido severamente sin embargo después del “pogrom” popular de la noche del 9 al 10 de Noviembre de 1938, llamado *Kristallnacht.* Heinrich Himmler y Reinhardt Heydrich no hicieron más que ejecutar las medidas sugeridas, de las que el Führer aceptaba toda la responsabilidad.

* * * *

Pero es el aspecto propiamente constructivo del hitlerismo lo que hace de él la filosofía de combate de la elite contra la nivelación —contra la "reducción a masa" (*Vermassung*)— y el instrumento de un enderezamiento *in extremis* de la humanidad aria, y con ella de toda la vida terrestre, contra la corriente del tiempo.

Ya he repetido a lo largo de estas reflexiones que el "Orden nuevo" del Führer —el que él quería, y que desgraciadamente la presión de las fuerzas oscuras del mundo entero habría de aplastar antes de su instauración— no tenía nada de "nuevo". Es el orden más antiguo: el orden "original" de las cosas, sólidamente basado en las verdades eternas que dominan y condicionan esa manifestación particular del Ser que es *la vida.*

Pero en el avanzado estadio en que nos encontramos de la edad de las contraverdades por excelencia (y a fortiori, a medida que pasa el tiempo, el resurgimiento de ese orden no podrá tener lugar sino *a través del combate*. Por eso la idea del combate sin discurso —de "revolución perpetua"— es inseparable del hitlerismo. Esa idea sustenta, al mismo tiempo que las creaciones más positivas en todos los campos, las medidas de defensa más implacables contra la corrupción de la raza o contra los saboteadores del régimen. La intolerancia hitleriana, incluso en su agresividad, es una intolerancia defensiva —como he tratado de demostrar, es una *reacción* contra la intolerancia milenaria del judaísmo y de su "Dios celoso", y contra esas entidades no menos "celosas" ("conciencia universal", "democracia", etc.) en las que cree un mundo cada vez más judaizado. El mismo hitlerismo, incluso en su impulso conquistador, es sólo un movimiento de *defensa*, de protección, de resurrección de los valores fundamentales de la vida, negados en Occidente desde hace siglos. Es la defensa del orden ideal —más o menos presente en las sociedades antiguas más venerables—, contra todo mestizaje, todo nivelamiento, toda selección al revés, toda revolución contra-natura; contra la presión desintegradora

de todo lo que se ha llamado “progreso” y que en el fondo, no es más que la afirmación cada vez más lacerante, del antropocentrismo. Y repito otra vez, el hitlerismo es impensable fuera de la Edad Oscura.

Cuando hablo de su “aspecto constructivo” no pienso en las realizaciones espectaculares, materiales, sociales o culturales del III Reich alemán: ni de la puesta en pie de la economía nacional, casi de un día para otro; ni de las diversas iniciativas o instituciones que se podrían llamar “filantrópicas” si los mismos dirigentes del régimen, no las consideraran simples marcos de *justicia* social —la ayuda a la madre y al niño; distribución de carbón a los viejos, en el invierno; cruceros a las islas Baleares, organizados para obreros en vacaciones pagadas, ni pienso tampoco en las *autopistas* de cuatro vías, que se perdían de vista en el esplendor de los bosques restaurados. Todos éstos no eran más que los signos de la revolución victoriosa, que no habían hecho más que comenzar. Otros signos, menos patentes, más sutiles, hacían ya su aparición en todos los dominios de la vida. Los recién nacidos recibían, cada vez más a menudo, bellos nombres germánicos, evocadores de un pasado de leyenda. Los muebles —al menos en ciertos hogares privilegiados, como los de los miembros de las SS, por ejemplo— se decoraban con motivos simbólicos, cuya oculta influencia se hacía sentir incluso, en aquellos que no se les explicaban. Pero, cualquiera que fuera su importancia, eran *signos* solamente. No era la revolución.

La revolución verdadera, positiva, creadora —*única*, entre los trastornos políticos de todos los siglos, desde la Antigüedad— era el *retorno a las fuentes, bajo el mandato de un jefe y maestro cualificado*: a la vez iniciado-estratega y detentador supremo de la autoridad política; profeta de la doctrina “nueva” (o más bien eterna) y fundador del orden visible correspondiente; investido, como decía antes, con el “poder de las dos llaves” —elegido por las fuerzas de la vida que militan con cada vez mayor encarnizamiento impersonal, a contracorriente de las tendencias

fatales del ciclo que se acerca a su fin. La revolución verdadera era el esfuerzo por la restauración de una sociedad tradicional, jerarquizada según valores intangibles y eternos; sociedad que reposa sólidamente en la tierra, al mismo tiempo que lleva a su elite de raza, de carácter y de *conocimiento, más allá de lo humano,* como la planta de largos tallos serpeantes, que mantiene en la superficie del estanque, lejos de la boca que alimenta, a sus lotos rústicos, abiertos a la luz.

La sociedad europea, panaria, que el Führer quería, debía ser esto. Centrada políticamente alrededor del "gran Reich" —es decir, de Alemania, agrandada por los espacios conquistados al Oeste y sobre todo al Este— habría sido dominada por la elite germánica de las SS, a la cual se hubieran incorporado cada vez más arios de origen alemán, juzgados dignos de formar junto a sus hermanos de sangre, la aristocracia guerrera del mundo nuevo. Y al menos una parte de esta joven aristocracia hubiera sido —*era ya*, de hecho— una elite espiritual: un grupo iniciático, que por medio de una tradición muy antigua, de expresión germánica, hubiera estado unido a la Tradición primordial.

Gobernado desde 1933 por la encarnación del divino liberador que vuelve sin cesar, y gobernado después, por aquél de sus paladines designado por él mismo, el Reich volvería a ser, lo que había sido el suelo de las viejas tribus germánicas, siglos antes del cristianismo y de Roma: una "tierra santa" en el sentido esotérico de la palabra; la cuna de una civilización alimentada por la irradiación de un poderoso centro de realización iniciática. Es notorio que esta nueva civilización aria, de elite germánica, haya sido inspirada por exactamente los mismos principios que la vieja sociedad de la India védica y posvédica, cuando el sistema de castas, basado también en "la raza y la personalidad", correspondía aún efectivamente a la jerarquía natural de los hombres. En los dos casos, y en la base de toda la estructura social —y, salvo excepciones, en la base de las relaciones entre conquistadores y conquistados— está la misma noción de la

irreductible desigualdad congénita entre las razas humanas, e incluso entre las subdivisiones más o menos claras de una misma raza fundamental —desigualdad que ningún antropocentrismo religioso o filosófico puede atenuar, y que el sabio legislador debe *reforzar*, si puede; nunca combatir. En el pensamiento del Führer, el abismo que separa al ario digno de tal nombre, de los subhombres, recuerda por más de una razón al que, en las escrituras sánscritas, separa y opone al *Arya*, "dos veces nacido", del *Dasyu*. Según Rauschning, el Führer habló incluso de una "nueva variedad de hombre", resultado de una verdadera "*mutación*" en el sentido científico y natural de la palabra, que "rebasaría al hombre actual" y se alejaría cada vez más del "hombre del rebaño", llegado, según él, "al estado de caducidad y supervivencia".

Parece que Hitler consideró esta "mutación —que, como la iniciación de los "dos veces nacidos" de la India antigua, o como la de los hombres libres de la Grecia pagana en los "misterios" concernía solamente a la raza de los arios— como el resultado de una dura serie de pruebas". Pensaba que era demasiado tarde para imponer tal ascesis a la generación ya madura. Era la juventud, esa "espléndida juventud" que Adolf Hitler amaba —y cuyos destinos trató de guiar aún "en los siglos por venir", al redactar su testamento político, bajo los truenos de los cañones rusos— la que debía sufrir una ascesis como aquella, y salir de la misma transformada, endurecida, embellecida, elevada a un escalón superior *del ser*, escalón que una elite en el seno de la elite debería aún superar.

Y donde los maestros de armas y maestros espirituales de la nueva aristocracia, procederían a la educación de los jóvenes candidatos a la sobrehumanidad, sería en las "fortalezas" (*Burgs*) de la Orden, guerrera y mística a la vez, de las SS —verdadero semillero de los kshattriyas de Occidente. "Mi pedagogía es dura", declaraba el inspirado legislador del nuevo mundo ario. "Trabajo con el martillo, y separo lo débil y carcomido. En mis

Burgs de la Orden, haremos crecer una juventud ante la cual el mundo temblará; una juventud violenta, imperiosa, intrépida”... una juventud “que sabrá soportar el dolor. No quiero en ella nada de débil ni tierno. *Quiero que tenga la fuerza y la belleza de las jóvenes fieras*... la inocencia y la nobleza de la Naturaleza” [1]. Y siempre en el centro de la misma conversación con Rauschning: “La única ciencia que exigiría de esos jóvenes es la de ser dueños de sí mismos. Aprenderán a dominar el miedo. Este es el primer grado de mi Orden: el grado de la juventud heroica. De éste saldrá el *segundo* grado: el del ‘hombre libre’, el del hombre ‘en el centro del mundo’, el del ‘hombre-dios’” [2] .

¿Quién era este hombre-dios?, ¿este “hombre en el centro del mundo” —cuya naturaleza parece haber escapado a Rauschning, como sin duda a otros numerosos interlocutores del Führer? Sólo podía ser lo que los sabios, en el sentido tradicional de la palabra, llaman “el hombre primordial” u “hombre edénico”: quien, gracias a ser dueño de sí mismo, ha logrado identificarse con el centro de su ser (que es, como el de todo ser, humano o no, el centro mismo del mundo manifestado) y que, por eso, ha reencontrado la inocencia original, pues “actuando, no actúa” [3].

Pero había una “etapa posterior a la madurez viril”, otros grados de iniciación, más elevados, de los que, según Adolf Hitler, “no se podía hablar”. Había revelaciones que vendrían “más tarde”, “mucho tiempo, quizás, después de su muerte”. Él sabía que esta muerte —como la muerte, al menos aparente, de todo el universo de verdad que intentaba crear a hierro y fuego, sería indispensable para el cumplimiento último de su misión. El Führer había tenido la intuición, yo diría la *visión*, de esa misión a los dieciséis años. Parece que él no expresó a nadie nunca el trasfondo de su pensamiento, ni la amplitud (ni el horror) de lo

---

1 Hermann Rauschning, “Hitler m’a dit”.
2 Hermann Rauschning, “Hitler m’a dit”.
3 Bhagawad-Gîta IV, versículo 70.

que, desde el ángulo del "eterno presente", su ojo interior pudo descubrir para el porvenir inmediato de Alemania y del mundo; ni las razones profundas —más que humanas— que hacían necesario su combate a pesar de la certidumbre y la perspectiva cada día más evidente, de su inevitable hundimiento. No explicó nunca nada de esto porque el conocimiento metafísico, único conocimiento que justificaba lo que hubiera podido decir, es, como todo saber de este tipo, incomunicable. Incluso entre sus colaboradores más adictos, sólo *podían* entenderle quienes —como Rudolf Hess— sin tener aspectos del Que-vuelve-de-edad-en-edad, eran al menos iniciados. Ellos no tenían necesidad de ninguna transmisión verbal o escrita, para comprender aquello del pensamiento secreto del Führer que, aunque impenetrable para la inteligencia discursiva, no sobrepasara *su* nivel.

* * * *

El rechazo absoluto de una instrucción "gratuita y obligatoria e *igual para todos*" es uno de los aspectos que acercan la sociedad que Adolf Hitler soñaba crear —y el III Reich mismo— a las sociedades tradicionales del pasado. Ya en "Mein Kampf", la idea de una educación idéntica para chicos y chicas es rechazada con la máxima energía. No podría ser igual la enseñanza para adolescentes a quienes la Naturaleza destina a funciones diferentes y complementarias. Por lo mismo no deberían enseñarse las mismas cosas, y con el mismo espíritu, a jóvenes del mismo sexo, que más adelante se dedicarían a actividades sin relación unas con otras. Esto sería sobrecargarles la memoria con un amontonamiento de información, inútil en muchos casos, privándoles al mismo tiempo, de conocimientos preciosos y olvidando la formación de su carácter [1]. Esto es cierto cuando se trata de hijos del mismo pueblo. Con más razón, cuando no lo son. Para darse cuenta, basta pensar en las incongruencias a las

---

1 "Libres propos sur la Guerre et la Paix".

que conduce la manía de la difusión general de una instrucción uniforme en un país de razas y culturas múltiples, como las Indias; o en los absurdos que provoca la enseñanza del programa de literatura francesa del bachillerato, a los khmers del siglo veinte, ignorantes, en su mayoría, de su propia cultura.

En estas siniestras tonterías veía Adolf Hitler uno de los síntomas más alarmantes de esta gangrena universal que es la anti-Tradición. Quería que se enseñara a las gentes aquello que era bueno y deseable que supieran con el fin de tener en la jerarquía humana el lugar que *debían* tener en ella, por su herencia total —raza y capacidades personales innatas. Pocos pensadores han atacado con tanta vehemencia como él, la acción "civilizadora" de los misioneros cristianos en el África negra y otros lugares, su obstinación en imponer a las gentes de otros países, un ridículo disfraz, y valores que no sirven más que para descentrarlos y hacerlos rebeldes. Pocos como él han sido tan categóricos, al condenar una enseñanza general uniforme, dada sin discriminación en las escuelas primarias a los niños de las masas, incluso europeas —incluso alemanas. Juzgaba particularmente inútil, para la mayoría de los chicos (y más aún, de las chicas), el estudio superficial de las lenguas extranjeras y de las ciencias. Según él, habría que contentarse a enseñar de esas materias, lo justo para "poner en el buen camino" [1] a los alumnos que demostraran un verdadero interés y prolongaran su escolaridad.

Pero hay más. Mucho más. La instrucción y la cultura, y *a fortiori* la posibilidad de un desarrollo espiritual avanzado —en la sociedad europea dominada por su elite germánica, que el Führer hubiese reconstruido, si hubiera podido— debían reencontrar el carácter secreto —propiamente iniciático— que habían tenido en la más remota antigüedad: entre los germanos de la Edad de Bronce como en el Egipto de los faraones, y en las Indias. Debían ser reservados a los privilegiados.

[1] "Libres propos sur la Guerre et la Paix".

Surgidos en el origen, en la edad heroica del nacionalsocialismo, en la edad de la prueba decisiva del combate, esos privilegiados pertenecían necesariamente a todas las clases de la sociedad "*pre*-hitleriana", lo que no podía ser de otro modo en una época en que la "clase", al no corresponder ya a la pureza de la sangre y a las cualidades a ella inherentes, no tiene ninguna justificación. Pero esos soldados de los primeros tiempos, junto a los jóvenes rigurosamente seleccionados y endurecidos en los *Burgs* de la Orden de las SS, en la ascesis del cuerpo, de la voluntad y del conocimiento, debían, poco a poco, formar una aristocracia en adelante hereditaria, fuertemente enraizada —propietaria de vastos dominios familiares en los espacios conquistados— *y ella misma* jerarquizada. Estos miembros de los cuerpos de elite *por excelencia*, donde se codeaban *ahora*, los más hermosos, los más valientes hijos de campesinos, los más brillantes universitarios de buena raza, y numerosos representantes de la antigua y rígida nobleza alemana, habían de fundirse gradualmente *en una verdadera casta*, reserva inexpugnable de candidatos a la sobrehumanidad.

Y en esta nobleza nueva del mundo occidental, que se intentaba *crear*, debían ser admitidos igualmente los arios de otras nacionalidades, simpatizantes con el combate que el Führer dirigía, "por el gran Reich" ciertamente, pero *también* por el retorno de la Tierra entera a una vida basada sobre la verdad tradicional; "por el gran Reich", puesto que sólo el Reich había de ser el instrumento para ese enderezamiento *in extremis*, si es que aún era posible un enderezamiento. Ya las Waffen-SS —que sin la fatalidad propia de nuestro fin de ciclo, hubiera podido ser la barrera contra esa inmensa empresa de subversión que es el marxismo— contaba ya con contingentes de una treintena de países, *comprendidas una Legión india y un Britisches Freiwillige Korps* o Legión inglesa de San Jorge; pues es verdad que "los grandes imperios naces sobre una base nacional, pero la dejan muy pronto

tras ellos" [1]. Y lo que es verdad para un "imperio", lo es más para una *civilización*.

La "libertad total de instrucción" debía ser pues, privilegio de la elite de sangre y de carácter —de la elite *natural*— y de "aquellos que fueran admitidos dentro de la misma" [2] (y cada vez serían admitidas menos personas, a medida que, gracias a una rigurosa selección racial, dicha elite se elevara más y más, por encima de las masas menos puras, menos perfectas). Y por fin, completamente liberada "de todo prejuicio humanitario y científico" [3], la futura civilización hitleriana, recordando con esto a las civilizaciones de las primeras edades del mundo, debían conceder "a la gran masa de la clase inferior" —y, *a fortiori*, a las razas inferiores de extranjeros conquistados, que el Führer designaba con el nombre de "esclavos modernos"— "el beneficio del analfabetismo" [4]. Y donde fueran juzgados necesarios un cierto conocimiento y una cierta calidad de existencia para el mantenimiento de la armonía entre la comunidad, jerarquía visible, y la jerarquía real del mundo de las esencias, la elite (la comunidad) dispensaría grados diferentes de saber y de ascesis, o estimularía su adquisición —"un grado de instrucción para cada clase, y dentro de cada clase, uno para cada nivel" [5]. Y esto, incluso en la elite, que contaría con distintos niveles correspondientes a distintas capacidades innatas de desarrollo y de acción.

En varias charlas, el Führer confesó deber mucho a sus adversarios, en particular a la Iglesia católica, de la que admiraba su sólida estructura y su duración, y, dentro de la Iglesia, a la Orden de los Jesuitas, con sus ejercicios espirituales y su disciplina de hierro. Confesó haber tomado de las

---

1 Hermann Rauschning: "Hitler m'a dit".
2 Hermann Rauschning: "Hitler m'a dit".
3 Hermann Rauschning: "Hitler m'a dit".
4 Ibid.
5 Ibid.

francmasonerías la práctica del secreto —que era lo que las había hecho fuertes y las volvía peligrosas a sus ojos. Según decía, quería combatir a los judíos “con sus propias armas”, y declaraba —con razón— que “quien no aprende nada de sus enemigos es un tonto” [1]. Pero estas aportaciones, por importantes que hayan podido ser, no habrían bastado nunca para dar al verdadero hitlerismo el carácter tradicional que he tratado de mostrar a lo largo de estas páginas. Y no habrían bastado, porque la Iglesia y las francmasonerías, en tanto que grupos espirituales, están desgajados de la Tradición primordial, desde hace siglos, y porque los judíos, factor de nivelamiento querido, organizado, para la humanidad no judía, no pueden (fuera de individuos aislados, apolíticos, plenos de espiritualidad pura, que existen quizás entre ellos) representar más que la *anti*-Tradición: el cerebro inspirador y director de la subversión social, expresión tangible de la subversión en el sentido esotérico de la palabra. Es decir, aparte de esas aportaciones, era necesario *algo más*: en vez de préstamos a la imagen deformada, invertida a menudo, de la Tradición, tal como aparecía en las organizaciones, y en la comunidad pseudoreligiosa, pseudoracial, que la Alemania nacionalsocialista había de combatir, era preciso un lazo poderoso, efectivo, verdadero con la Tradición, lazo asegurado y mantenido por el único medio por el que dicho lazo ha sido siempre restablecido y consolidado: *la iniciación*.

Si se piensa en ese total rechazo de los prejuicios modernos, por el cual el hitlerismo se opone tanto a las doctrinas políticas de nuestro tiempo, como a las de los siglos inmediatamente anteriores; si se recuerda ese sueño de jerarquía universal basado ante todo en la sangre (sueño que fue y sigue siendo el sueño del hitlerismo); y, sobre todo, si se considera esa luminosa negación de la gran idea jacobina del “derecho de todos los hombres” a una instrucción al menos primaria, no se puede menos que aproximar el espíritu del Führer al de los legisladores

[1] Hermann Rauschning: “Hitler m’a dit”.

antiguos, portavoces de los dioses. A propósito de la supresión de los idiotas, débiles mentales y otros desechos humanos, propugnada por Adolf Hitler, y a propósito también de todo el esfuerzo de selección biológica practicada bajo sus órdenes, he evocado antes las leyes que el Apolo délfico había en otro tiempo dictado a Lycurgo (y la perfección física exigida a los voluntarios para la Orden Negra hace pensar inmediatamente en la que el mismo dios Apolo, ario por excelencia, pedía a sus sacerdotes —a los que una vista débil, o un solo diente que necesitara cuidados, impedía la posibilidad del noviciado).

El carácter *secreto* de toda ciencia —incluso profana— en la futura civilización hitleriana, y los esfuerzos realizados ya en el III Reich para limitar, tanto como se pudiera, los males de la instrucción general —“el veneno más corrosivo” del liberalismo— evoca la maldición que, hace miles de años, y en todas las sociedades tradicionales, caía sobre todo aquel que hubiera divulgado —y especialmente sobre gentes de sangre tenida por impura— los conocimientos de los cuales los sacerdotes (y aquellos a quienes éstos consideraban dignos de ellos) tenían la exclusiva. Esos esfuerzos recuerdan a las muy antiguas “Leyes de Manú” y la prohibición formal que en ellos se encuentra de enseñar la ciencia de los libros sagrados y las fórmulas de encantamiento, a los sudras (y con mayor razón, a los chandalas, pukhasas, y otros, de sangre mezclada). En la India antigua, las penas más graves caían sobre el *Arya* que hubiese enunciado un texto secreto en presencia de un hombre de las castas serviles, y sobre el sudra, o el mestizo que lo hubiere *oído*, incluso sin haber escuchado. Leyes similares existían en todos los pueblos que, por intermedio de su elite de sangre y de ciencia, estaban unidos a la Tradición original, siendo toda ciencia entonces, “sagrada” y secreta.

En su libro lleno de hiel, donde abundan homenajes *involuntarios* al Führer —a veces las críticas más malévolas son alabanzas que se ignoran—, Hermann Rauschning califica al

hitlerismo como de “irrupción del mundo primitivo de Occidente”. En realidad aquí no se trata del “mundo primitivo” —y menos, del “mundo primitivo” como Rauschning lo entiende— sino del mundo *primordial*, del mundo anterior a la ruptura con la Tradición de origen más que humano. Los “salvajes” a los que hace alusión el cristiano, furioso al haberse equivocado de camino, nunca son “primitivos”, sino degenerados —hacia lo que precisamente, Occidente se encamina, después de haber rechazado al último, en el tiempo, de sus salvadores. La civilización que el Führer hubiera fundado si Europa, al rechazarle, no hubiese demostrado que ya era demasiado tarde, tenía todas las características de esos poderosos “enderezamientos” que se producen a lo largo del ciclo, menos duraderos cada vez, pero siempre inspirados por la misma nostalgia de la Edad de Oro, de la Edad de la Verdad.

Ciertamente, a la llamada de Hitler, irresistibles fuerzas, esencialmente telúricas, poseían a las muchedumbres fascinadas. Y los grandiosos desfiles nocturnos, a la luz de las antorchas, al son de los cantos de guerra, de los tambores y las fanfarrias, provocaban un verdadero hechizo colectivo. ¿Por qué no? Esto formaba parte del despertar de los instintos inmemoriales, del “retorno a la Naturaleza”, con su profundidad y riqueza —y su inocencia— después de siglos de mentiras y emasculación. A pesar de esto, no era el “tam-tam de los pueblos salvajes” lo que, según escribió Rauschning, dominaba la estructura moviente del III Reich, y sobre todo, el pensamiento y las aspiraciones del Führer y de los grandes jefes, conocidos y ocultos, de la Orden de las SS —elite en el seno de la elite. Era —muda para los oídos carnales, pero siempre presente, sutil, indestructible, planeando incluso por encima de la Alemania en llamas, incluso por encima de la Europa degradada *tras* el desastre de 1945— la eterna “música de las esferas” de la que hablaba Platón.

Y los que eran (y son) capaces de captar el ritmo de esa música, la oían —y deben continuar oyéndola después de la

derrota: ante los enanos, disfrazados de “jueces”, de los tribunales carnavalescos de posguerra, bajo el pie de las potencias, y en los campos de concentración de los vencedores; debían oírla hasta en la molicie de la “sociedad de consumo” impuesta al III Reich desmembrado y a la Europa colonia de Estados Unidos, de arsenales vacíos y de otros llenos a reventar, según la exigencia de los judíos que nada habían olvidado, y sí aprendido mucho desde la República de Weimar. Pues lo que es eterno no podrá ser destruido. Y el iniciado es el que vive en lo eterno y actúa según los mismos principios que rigen al Universo. Un hindú de los que, al comienzo de la segunda guerra mundial y ya *antes*, había saludado en la persona de Adolf Hitler un “Avatar de Vishnú”, y al “jefe de todos los Aryas”, me decía que lo reconocía como tal, por el hecho de que el Führer quería “devolver al sistema de castas su sentido original, y después, extenderlo al mundo entero”. En él, precisaba este hindú, habría reaparecido aquel que, hace miles de años, declaraba al héroe Arjuna: “De mí han emanado las cuatro castas, creadas para la distribución diferente de las cualidades” [1].

Esto resume y confirma cuanto acabo de decir —siendo el iniciado idéntico *conscientemente* al príncipe de todo ser y de todo no ser (habiendo realizado la identidad de su esencia con Él).

* * * *

A pesar de las polémicas que siempre desencadena el nombre del Führer, después de más de treinta años de la desaparición de su persona física, hoy no cabe ninguna duda de su iniciación en un poderoso grupo esotérico, en conexión directa con la Tradición primordial.

Sus detractores —que son muchos— han tratado de presentarlo como un hombre arrastrado a todos los excesos, después de haber traicionado, por su “hybris”, su desmesura, el

---

[1] Bhagawad-Gîta, IV, vers. 13

espíritu de sus maestros espirituales. O bien han viste en él a un maestro del error, discípulo de “magos negros”, él mismo alma e instrumento de la subversión (en sentido metafísico) en lo que ésta tiene de más trágico. Pero esta visión es sospechosa desde el momento en que está hecha desde el punto de vista moral, y de una moralidad falsa, puesto que dice de sí misma que es “igual para todos los hombres”.

En efecto, lo que les impide a priori reconocer la verdad del hitlerismo es la ausencia total en éste de antropocentrismo, y la enormidad de los “crímenes de guerra” y “crímenes contra la humanidad”, a los que está ligado históricamente. En otras palabras, sus detractores le reprochan estar en desacuerdo con la “conciencia universal”. Ahora bien, esta muy famosa “conciencia universal” no existe; nunca ha existido. Como mucho, es solamente el conjunto de prejuicios comunes a las gentes de una misma civilización, en la medida en que éstas no piensan por sí mismas —lo que quiere decir que no es universal en absoluto. Y es más, el desarrollo espiritual no es una cuestión de moral, sino de *conocimiento*; de visión directa de las leyes eternas del ser y del no ser. En las antiguas “Leyes de Manú”, cuyo espíritu está tan cerca del de los fieles más clarividentes del Führer, está escrito que “un brahman que poseyera el Rig-Veda entero” —lo que no quiere decir que supiera de memoria los 1009 himnos que componen este escrito, el más antiguo de lengua e inspiración arias, sino que poseyera el conocimiento supremo (la iniciación) que implicaría la comprensión perfecta de los símbolos que se ocultan bajo las palabras y las imágenes que estas palabras evocan— está escrito, digo, que ese brahman “no sería ensuciado por ningún crimen, aunque hubiese matado a todos los habitantes de los tres mundos, y aceptado alimento del hombre más vil” [1]. Ciertamente, un hombre así, que hubiese trascendido toda individualidad, actuará sin pasión, y como el sabio del que se habla en el Bhagawad-Gîta, “en el interés del Universo”. Pero de

[1] “Leyes de Manu”, libro 11, vers. 261.

esto no se deduce de ninguna manera que su acción debe corresponder a una moralidad centrada en "el hombre". Incluso, se podría alejar mucho de ésta. Porque a veces "el interés del Universo" —el acuerdo entre la acción y las exigencias profundas de un momento de la historia, que el iniciado capta, desde el ángulo del "eterno presente"— exige el sacrificio de millones de hombres, incluso de los mejores.

Se ha dado mucho énfasis a la pertenencia de Adolf Hitler (y la de varias personalidades muy influyentes del III Reich, entre otras, Rudolf Hess, Alfred Rosenberg, Dietrich Eckardt) a la misteriosa sociedad, fundada en 1912 por Rudolf von Sebottendorf. Mucho se ha hablado también de la influencia determinante que habrían tenido sobre Hitler lecturas de un carácter esotérico y mesiánico muy particular, entre otros los escritos del antiguo monje cisterciense Adolf Josef Lanz, conocido por Jörg Lanz von Liebenfels, fundador [1] y Gran Maestro de la "Orden del Nuevo Templo", y su revista *Ostara* [2]. Se ha recordado también su estrecha relación con Karl Haushofer, miembro de la "Sociedad del Vril", versado en el conocimiento de doctrinas secretas que le habrían sido reveladas en las Indias, Tíbet y Japón, y muy consciente del inmenso "poder mágico de la Cruz Gamada" [3]. También se ha subrayado el papel de iniciador que habrían tenido Dietrich Eckardt al lado del Führer —o Dietrich Eckardt y Rudolf Hess, aunque uno y otro se hayan presentado siempre ante la vida *pública* como *sus* fieles discípulos y colaboradores. En su lecho de muerte, Dietrich Eckardt habría declarado a sus hermanos de la Sociedad de Thule, que los maestros de dicha sociedad —como él mismo, pues habría dicho "nosotros" refiriéndose a dichos maestros— habrían dado a Adolf Hitler "el medio para comunicar con ellos", es decir, con los "desconocidos superiores" o "inteligencias fuera

---

[1] Fundada en 1900.
[2] Fundada en 1905.
[3] André Brissaud, "Hitler et l'Ordre Noir".

de la humanidad”, y que él, Eckardt, habría “influido en la historia más que ningún otro alemán” [1].

De todas maneras, conviene no olvidar que, cualquiera que pudo ser su posterior camino iniciático, parece cierto que el futuro Führer, “entre los doce y catorce años” [2], y antes quizás, estaba ya en posesión de las directivas fundamentales de su “yo” histórico: que mostraba, ya entonces, su amor por el arte en general, y sobre todo, por la arquitectura y la música, su interés por la historia alemana (y en general la *historia*); su ardiente patriotismo; su hostilidad hacia los judíos (que sentía ya como la *antítesis* absoluta de los germanos) y finalmente, su admiración sin límite hacia la obra completa de Richard Wagner. Si nos remontamos al relato que sobre su vida hasta los diecinueve años nos ha dejado su amigo de adolescencia, August Kubizek, parece cierto que su gran, su verdadero “iniciador” —el que verdaderamente despertó en él una visión más que humana de las cosas antes de cualquier afiliación a un grupo de enseñanza esotérica— fue Wagner, y Wagner solamente. Adolf Hitler guardó toda su vida la entusiasta veneración que, apenas salido de la infancia, había volcado hacia el maestro de Bayreuth. Nadie nunca ha comprendido, sentido, como él, el significado cósmico de los temas wagnerianos —nadie; ni siquiera Nietzsche, quien, sin embargo, había recorrido un cierto camino en el conocimiento de los principios primeros. “Parsifal” siempre fue un enigma para el filósofo del “superhombre” que no vio en esa obra más que su envoltura cristiana. El Führer sabía elevarse por encima de la aparente oposición de los contrarios —incluida la que parecía existir entre “El encantamiento del Viernes Santo” y la “Cabalgata de las Walkirias”. Él veía más lejos. Detrás del “decorado poético del drama wagneriano”, veía “la enseñanza práctica de la lucha obstinada por la selección y la renovación” [3],

---

1 André Brissaud, “Hitler et l’Ordre Noir”.
2 Ibid.
3 Hermann Rauschning: “Hitler m’a dit”.

y en el Graal, fuente de vida eterna, el símbolo mismo de "sangre pura". Y alababa al maestro por haber sabido dar a su mensaje profético tanto la *forma* de Parsifal como la completamente pagana de la "Tetralogía". Y es que la música de Wagner poseía el don de evocarle la visión no sólo de "mundos anteriores", sino de escenas de la historia "en potencia", en otras palabras, de abrirle las puertas del "eterno presente" —y esto, aparentemente, *desde la adolescencia*, si creemos la admirable escena que relata August Kubizek, y que habría tenido lugar tras una representación del "Rienzi" de Wagner en la Ópera de Linz, cuando el futuro Führer tenía dieciséis años. La escena es demasiado bella como para no citarla aquí *in extenso*.

Saliendo pues, del teatro de Linz, en donde acababan de asistir a una representación del "Rienzi" de Richard Wagner, los dos jóvenes —Adolf Hitler y August Kubizek—, en lugar de volver a sus casas, y a pesar de ser más de medianoche, tomaron "el camino que llevaba a la cima del Freienberg". Les gustaba aquel lugar desierto por haber pasado allí hermosas tardes de domingo solos en medio de la naturaleza. Ahora, era Adolf Hitler quien visiblemente trastornado al salir del espectáculo, había insistido en volver a aquella cima, a pesar de la tardía hora —quizás, a causa de ella. "Él" —es decir, Adolf Hitler— "andaba", escribe Kubizek, "sin decir palabra, sin tener en cuenta mi presencia. No le había visto nunca tan extraño, tan pálido. A medida que subíamos se despejaba la niebla" ... "Quería preguntar a mi amigo a dónde quería ir así, pero la expresión feroz y cerrada de su rostro me impidió hacerlo" ... "Llegamos a la cima, la niebla —en la cual la ciudad estaba aún sumida— había desaparecido". "Por encima de nosotros brillaban con todo su fuego las estrellas en un cielo perfectamente puro. Adolf se volvió hacia mí, me agarró las manos que apretó fuertemente entre las suyas. Era un gesto que no le había visto hacer nunca. Sentí hasta qué punto él estaba emocionado. Las palabras no le

salían con facilidad, como de costumbre, sino de manera cortada. Su voz estaba ronca, y delataba su trastorno.

Poco a poco, se puso a hablar libremente. Sus palabras surgían como oleadas. No le había oído nunca antes, y nunca le oiría más hablar como entonces cuando, en pie bajo las estrellas, tuvimos la impresión de ser las únicas criaturas de la Tierra.

Me es imposible relatar con detalle las palabras que mi amigo pronunció, en aquellos momentos, ante mí.

Una cosa notable que nunca antes, cuando me hablaba con excitación, me había llamado la atención me chocó entonces: *parecía como si otro "yo" hablara a través de él* —otro, cuyo contacto le había trastornado tanto como a mí. De ningún modo se trataba de un orador, al que sus propias palabras hubieran emborrachado. ¡Bien al contrario! Yo tenía más bien la impresión de que experimentaba con extrañeza, incluso con asombro, lo que nacía de él con la violencia elemental de una fuerza de la naturaleza. Y no intento juzgar con esta observación. Pero estaba en *un estado de rapto*, en el que se trasponía a sí mismo en una visión grandiosa, en otro plano, lo que acababa de vivir a propósito de "Rienzi" —sin hacer directamente alusión a este ejemplo y modelo, y sin ser una simple repetición de esta experiencia. Y así como la masa de agua, hasta ese momento retenida por una barrera, cuando ésta se rompe, se precipita irresistible, así salía de él el torrente de elocuencia. *En imágenes sublimes, con una invencible fuerza de sugestión, expuso ante mí su propio provenir y el del pueblo alemán...* Después, el silencio. Volvimos a la ciudad. Los relojes de los campanarios daban las tres de la mañana. Nos separamos ante la casa de mis padres. Adolf me apretó la mano. Estupefacto, vi que no tomaba el camino hacia su casa sino el de la colina. "¿Adónde vas todavía?", le pregunté, intrigado. Respondió lacónicamente: "Quiero estar solo". Le seguí con la mirada un rato aún, mientras que, envuelto en su abrigo oscuro, subía la vacía calle en la noche" [1].

---

[1] A. Kubizek: "Adolf Hitler, mi amigo de juventud".

“Y”, añade Kubizek, “muchos años debieron pasar para que yo comprendiera lo que había significado para mi amigo esa hora bajo las estrellas, *cuando estuvo lejos, por encima, de todas las cosas terrestres*” [1]. Y cuenta más adelante las palabras que pronunció Adolf Hitler después de haber narrado a Frau Wagner, mucho tiempo después, la escena que acabo de recordar —palabras inolvidables: “Todo comenzó entonces”. *Entonces*, es decir, cuando el futuro dueño de Alemania tenía, repito, dieciséis años.

* * * *

Es curioso que este episodio extraordinario —que aparte de su propio “reflejo” de verdad, cuenta con garantía de la ignorancia que Kubizek parecía tener de lo suprahumano— no haya sido comentado, por lo que conozco, por ninguno de los que han tratado de relacionar el nacionalsocialismo con fuentes “ocultas”. Incluso los autores que —¡bien equivocadamente!— han querido atribuir al Führer una naturaleza de “médium”, no han intentado servirse de este relato. Lejos de esto, ellos han insistido en el inmenso poder de sugestión que ejercía no sólo sobre las masas (y las mujeres), sino sobre todos los que, aunque fuera ocasionalmente, entraban en contacto con él: hombres tan fríos como Himmler; soldados tan realistas como Otto Skorzeny, Hans Ulrich Rudel o Degrelle.

Ahora bien, es ignorar hasta los elementos básicos de la ciencia de los fenómenos parapsíquicos considerar como “médium” al que goza de tal poder. Un médium —o “sujeto”— es el que recibe, el que *sufre* la sugestión; no quien es capaz de *provocarla* en los otros, y sobre todo en *tantos* otros. Ese poder es privilegio del hipnotizador, o magnetizador y en este caso, de un magnetizador de una envergadura que raya en lo sobrehumano; capaz de hacer, en su provecho —o más bien en el de la idea que representa— que sean “médium” los más fuertes, los más sólidos,

---

[1] A. Kubizek: “Adolf Hitler, mi amigo de juventud”.

los más refractarios a toda influencia. No se es al mismo tiempo médium y magnetizador. Se es una cosa u otra, o ninguna de las dos. Si se quiere hacer intervenir algo de "parapsíquico" en la historia de la carrera política de Adolf Hitler —como creo se tiene derecho a hacer—, el magnetizador es entonces *él*, cuyo poder para la exaltación y *transformación* de los humanos, sólo mediante su palabra, es comparable al poder, en otros tiempos, de Orfeo, por el encantamiento que su lira provocaba sobre hombres y *fieras*. El "médium" es casi todo el pueblo alemán —y algunos no alemanes repartidos por el mundo, a quienes la radio transmitía su envolvente voz.

El episodio citado antes, podría muy bien servir de argumento a favor de la presencia de "dones mediúmnicos" en el joven Hitler si dichos dones no fueran brillantemente desmentidos por el poder de sugestión que siempre ejerció, a lo largo de su carrera, sobre las multitudes y sobre todos los individuos. En efecto, Kubizek nos dice que tuvo la impresión muy clara de que *"otro 'Yo'"* había hablado *a través* de su amigo; de que la onda de elocuencia profética pareció nacer de él como de una fuerza extraña a él mismo. Ahora bien, si el adolescente orador no tenía nada de médium, si no estaba poseído de "otro" —qué importa si dios o el diablo, en todo caso no él mismo—, ¿qué era entonces ese "otro yo", que pareció sustituirle, durante esa hora inolvidable en la cima del Freinberg, bajo las estrellas? ¿Y sustituirle tan totalmente que su amigo habría tenido dificultades en reconocerlo, si no lo hubiera estado *viendo*?

Se comprende que August Kubizek "no osara juzgar" en aquel momento. Habla por otra parte de "estado extático", de "completo rapto" (*völhge Entrückung*) y de transposición de una experiencia vivida por el visionario a "otro plano, a su medida" (*auf eine andere, ihm gemässe Ebene*). Pero, aquella experiencia viva y reciente —la impresión que le produjo la historia del tribuno romano del siglo catorce, traducida e interpretada por la música de Wagner— sólo había sido el "impulso exterior", nos dice el

testimonio, que le condujo a la visión tanto del porvenir personal como nacional; en otras palabras, la historia habría servido de *ocasión* para que el adolescente accediera a un nuevo estado de conciencia: *una conciencia en la cual el espacio y el tiempo, y el estado individual ligado a limitaciones, son trascendidos*. Lo que querría decir que "el otro plano a la medida" del joven Adolf Hitler, era nada menos que el del "eterno presente" y que lejos de haber sido "poseído" por alguna entidad extraña, el futuro dueño de las multitudes se convirtió en dueño del centro de su propio ser; que, bajo la misteriosa influencia de su iniciador —Wagner—, había dado el paso decisivo en el camino del conocimiento esotérico, sufrido la primera mutación irreversible —el abrir del "tercer ojo"— que le había convertido en un "hombre edénico". Acababa de adquirir el grado *del ser*, que corresponde a lo que, en lenguaje iniciático, se llama, los *Pequeños Misterios*. Y el "otro Yo" que había hablado por su boca de cosas que su yo consciente cotidiano todavía ignoraba o no percibía más que a medias, "como a través de un velo", algunas horas antes, era su verdadero "Yo", y también el verdadero "yo" de todos los seres vivos: *el Ser*, con el que acababa de *realizar* su propia identificación.

Puede parecer extraño a la mayoría de mis lectores —y aún aquellos que, todavía hoy, le veneran como a "nuestro Führer de siempre"— que pudiera, siendo tan joven, dar pruebas de tal despertar a las realidades suprasensibles. Entre los hombres que aspiran con todo el ardor de su corazón el conocimiento esencial, ¿cuántos hay, en efecto, que envejecen en la meditación y los ejercicios piadosos sin alcanzarlo todavía? Pero hay un dominio donde reina la desigualdad más fundamental y la arbitrariedad más profunda.

"Dieu met son signe auguste au front de qui luí plaît;
Il a délaissé l'aigle, et choisi l'oiselet,
Dit le Moine. Pourquoi? Qui le dira? Personne!" [1]

No es imposible que un adolescente excepcional franquee a los dieciséis años la barrera que abre al espíritu que busca la verdad, la iniciación a los *Pequeños Misterios.* El gran Sankaracharga habría sido de éstos, según lo que de su vida se cuenta todavía en las Indias. Y veintidós siglos antes, Akhenaton, rey de Egipto, tenía también dieciséis años, cuando comenzó a predicar el culto de Aton, esencia del Sol, cuyo "disco" es solamente el símbolo visible. Y todo parece señalar que hubo otros, menos, a medida que avanzamos en el curso del ciclo cuyos últimos siglos vivimos.

Si, por otra parte, vemos a Adolf Hitler como una de las figuras —y sin duda la penúltima— del que vuelve cuando todo parece perdido; si le vemos como al más reciente de los numerosos precursores de la suprema encarnación divina o último mensajero de lo eterno (del Mahdi de los mahometanos; del Cristo que vuelve lleno de gloria de los cristianos; del Maitreya de los budistas; del Saoshyant de los mazdeos; del Kalki de los hindúes, o como se le quiera llamar que debe poner fin a este ciclo y abrir la Edad de Oro del siguiente), entonces, todo se comprende. Entonces es natural que haya sido un adolescente, y entonces un niño excepcional; un niño para el que un signo, una palabra, nada (o lo que podía parecer "nada", a los ojos de los demás) bastaba para despertar en él la intuición intelectual. Entonces nos es permitido pensar, que desde los años de la escuela 1896-97, 1897-98 (y parte de 1898-99) que pasó como

---

[1] "Dios pone su signo augusto en la frente del que ama,
despreció al águila y eligió al pajarito.
Pregunta el monje: ¿por qué?
¿Quién responderá? ¡Nadie!"
Leconte de Lisle (en el poema "Hieronymus" de "Pòemes Tragiques").

alumno en el colegio de la abadía benedictina de Lambach-am-Traun, en la Alta Austria, la magia de la cruz gamada —poderoso símbolo cósmico, evocador inmemorial de la verdad— le captó, penetró, dominó; es decir, que se identificó con ella —más allá de la exaltante solemnidad del culto católico— para siempre. Pues el reverendo padre Theodorich Hagen, abad de Lambach, treinta años antes había hecho grabar este signo sobre los muros, el maderamen, en todos los rincones del monasterio, por paradójica que tal acción pueda parecer y "sin igual" en ningún convento cristiano [1]. Y el joven Adolf Hitler, con nueve años en 1898, diez en 1899, mientras cantaba en el coro, tenía "justo frente a él", sobre "el alto dosel del sillón del abad", en el centro mismo del escudo heráldico del padre Hagen, el antiguo símbolo, destinado a permanecer unido a su propio nombre para siempre.

Entonces, es natural que, paralelamente a su despertar al mundo de las esencias, fuera consiente muy joven de lo que debía hacer en este mundo visible y tangible para llevarlo, en la penúltima hora, a un "enderezamiento", o sólo para sugerírselo a ese mundo —para hacerle sentir la suprema advertencia de los dioses, la última, en el caso en que la decadencia universal fuera (como parece en efecto que es) irremediable. Y, según lo que cuenta Kubizek, todo lleva a pensar que ha sido así, puesto que, desde su extraordinario despertar, el futuro Führer habló de la "misión" (*Auftrag*) que debía recibir un día, de guiar al pueblo "de la servidumbre a las cimas de la libertad" [2].

* * * *

Si ahora nos preguntamos qué influencia, aparte de la música de Wagner y la, menos inmediata, quizás, pero siempre viva, de la cruz gamada, pudo ayudar al joven Adolf Hitler a adquirir tan *pronto* el poder de trascender así el espacio y el

---

1 André Brissaud: "Hitler et l'Ordre Noir".
2 A. Kubizek: "Adolf Hitler, mi amigo de juventud".

tiempo, nos vemos conducidos enseguida a pensar en el único amor de su juventud, en la bella Stefanie de pesadas trenzas rubias enroscadas en torno a su cabeza como una corona [1] blanda y brillante; Stefanie, a quien no osó dirigirse nunca porque no le había "sido presentado" [2], pero que se había convertido a sus ojos en "la contrapartida femenina de su propia persona" [3]. August Kubizek insiste en la exclusividad de este amor tan particular, tan en el plano ideal en el que se mantuvo siempre. Kubizek nos dice que el joven Hitler, que identificaba a Stefanie con la Elsa de "Lohengrin" y con "otras heroínas del repertorio wagneriano", no tenía la menor necesidad de hablarle o escucharla, tan seguro estaba de que "la intuición bastaba para la comprensión mutua de gentes fuera de lo ordinario". Tenía suficiente con verla pasar de lejos; con amarla a distancia como una visión de otro mundo.

Una vez, sin embargo, un hermoso domingo de Junio, ocurrió algo inolvidable. Él "la" vio —como siempre al lado de su madre— en un desfile de carros de flores. Llevaba un ramo de amapolas, acianos y margaritas: las mismas flores bajo las cuales desaparecería su carro. Se acercaba. Nunca la había mirado tan de cerca —y nunca le había parecido ella tan hermosa. Fue, como dice Kubizek, "raptado de la tierra". Después, los luminosos ojos de la joven se posaron un instante sobre él. Le sonrió descuidadamente, en la atmósfera de fiesta de aquel soleado domingo, cogió una flor de su ramo, y se la tiró. Y el testigo de esta escena añade que "*nunca más*" —ni aparentemente, en 1940 cuando le volvió a ver, después de la campaña de Francia en la cumbre de la gloria— vio a Adolf Hitler "más feliz".

Ni siquiera entonces, hizo el futuro Führer por acercarse a Stefanie. Su idilio quedó en eso; "semanas, meses, años". No sólo no esperaba nada de la joven tras el gesto que acabo de contar, sino que además "cualquiera iniciativa que ella hubiera

---

1 El nombre de Stefanie evoca la idea de corona ("Stéphanos", en griego).
2 A. Kubizek: "Adolf Hitler, mi amigo de juventud".
3 A. Kubizek: "Adolf Hitler, mi amigo de juventud".

podido tomar fuera del rígido cuadro de las convenciones, hubiera destruido la imagen que de ella se hacía, en su corazón".

Cuando se recuerda el papel que jugaba, en la vida y evolución espiritual del caballero de la Edad Media, la "dama de sus pensamientos" —que también, *podía ser* (aunque no lo fuera necesariamente) una figura solamente entrevista, incluso alguna princesa lejana cuya belleza y virtudes sólo conocía por el decir de otros— y cuando se sabe, los lazos profundos que existían entre las órdenes de caballería y la enseñanza hermética, es decir, iniciática, uno no puede menos que hacer comparaciones.

August Kubizek afirma que, al menos durante los años que vivió en Viena en compañía de Hitler, el futuro Führer ni una sola vez respondió a solicitudes femeninas, ni frecuentó ni se aproximó a ninguna mujer, aunque era "corporal y sexualmente completamente normal". Y añade que la imagen adorada de la que, a sus ojos, "encarnaba a la mujer alemana ideal" le dio fuerzas, en ese rechazo deliberado de toda aventura carnal.

Es instructivo comprender la razón de ese rechazo, que Kubizek relata con toda simplicidad, no dándose cuenta de las implicaciones de las palabras de su amigo de juventud. Adolf Hitler quería, nos dice, guardar en él, "pura y no disminuida" [1], lo que él llamaba "la llama de la vida", en otras palabras, la fuerza vital. "Un solo instante de desatención, y esta llama se extinguirá para siempre" —al menos por mucho tiempo—, escribe, mostrándonos así el valor que el futuro Führer le daba. Kubizek trata, sin conseguirlo, elucidar qué es esa llama. No ve en ella más que el símbolo del "santo amor" que nace entre gentes que se han mantenido puros de cuerpo y espíritu, y que "son dignos de una unión destinada a dar al pueblo una descendencia sana" [2]. La conservación de esa "llama" debía ser "la tarea más importante" [3] de ese "Estado ideal", que en sus horas solitarias imaginaba el

---

[1] A. Kubizek: "Adolf Hitler, mi amigo de juventud".
[2] Ibid.
[3] Ibid.

futuro fundador del III Reich alemán. Todo esto es cierto, sin duda. Pero no es sólo esto.

Parece que hay, por parte del joven Adolf Hitler, un rechazo voluntario de la vida sexual, no, ciertamente, con el fin de la vana "mortificación de la carne", sino con vista a la utilización de la "llama sagrada de la vida" para la conquista de la realización, de la *experiencia* del impensable más allá del ser y del no ser: del "cielo supremo" de Dante; y del "uno" de Plotino; del Brahman de las escrituras sánscritas. La revolución que Adolf Hitler meditaba ya, solamente podía venir "de lo alto", pues era la *única* revolución verdadera: el hundimiento de los valores antropocéntricos, que no son más que el producto de la risible vanidad del hombre caído. Él lo sabía. Y así, sin duda, más de un caballero aspirante a "Dios", es decir, al conocimiento del principio supremo, resistió más fácilmente a las tentaciones de los sentidos evocando la imagen idealizada de su "Dama"; así como Dante se vio acompañar durante los dos tercios de su ascensión a los paraísos sucesivos por la radiante Beatriz —a la que, en el plano material, no había entrevisto más que dos veces, sin haberle hablado nunca—, así Adolf Hitler, imaginamos, interiormente acompañado por la rubia Stefanie, subió los primeros escalones de desarrollo espiritual pasado el estadio hasta el cual había podido llegar sin ella. Veía en ella a algunas de las grandes figuras del drama wagneriano. A "la mujer alemana por excelencia"; a la Alemania viva. Era natural que para él ella concretizara bajo forma humana el poder de sugestión —la elocuencia simbólica— de la música del maestro de Bayreuth y de la inmemorial cruz gamada.

Pues la iniciación del futuro Führer a las verdades universales iba a hacerse bajo el signo de la Germania, con cuya particular tradición iba a relacionarse, a identificarse, cada vez más. Pues él era el emperador dormido, repentinamente surgido de su caverna a la llamada desesperada de su pueblo, y al mismo tiempo Sigfrido, el guerrero "más libre que los dioses", creador

de un mundo de superhombres —la forma germánica del que vuelve de edad en edad.

Hay que notar que, "en plena posesión de sí mismo" [1], él hubiera tomado ya en la época que aquí se habla, la postura que más tarde debía tomar en "Mein Kampf" frente a todos los problemas sociales provocados por el sexo: que sintiera la misma repulsión hacia el amor venal (incluso legalizado), que por toda forma de erotismo malsano; el mismo respeto por la "llama sagrada de la vida" —fuerza *divina*, fuente de la inmortalidad racial, de la que es preciso no sólo no desviar de su fin, por el sólo placer del individuo, sino poner al servicio de la raza. Hay que resaltar que, para todo lo concerniente al dominio *sexual* en general (y también en todo lo demás), su postura era ya, *para los otros*, desde el punto de vista del legislador, mientras que para sí mismo sólo importaban el conocimiento y el poder ligado a éste, y el camino que conduce a dicho conocimiento —la preparación para el extraordinario papel que debería representar en la historia. En medio de la corrompida gran ciudad él se rodeó, nos dice Kubizek, "de una muralla de principios inquebrantables, que le permitiría construir su vida" —yo diría, *su "ser"*— "con completa libertad interior, independiente del ambiente hostil" [2]. Al leer estas palabras, se puede pensar en el "círculo mágico" que rodea y protege al hombre que ha alcanzado un cierto grado de realización iniciática, y le ayuda a proseguir su desarrollo en un aislamiento verdadero, aunque no aparente.

¿Cuánto tiempo duraron para Adolf Hitler este aislamiento y esta "severa ascesis monacal" [3], de la que habla Kubizek? Seguramente, hasta que alcanzó el supremo grado de conocimiento, en otras palabras, el estado en el que tuvo por fin la plena conciencia no sólo de estar (como el tribuno Rienzi) "encargado de una misión" entre el pueblo, sino de haber elegido

---

1 A. Kubizek: "Adolf Hitler, mi amigo de juventud".
2 Ibid.
3 Ibid.

él mismo esa tarea y haber decidido "tomar forma humana" en el mundo visible para cumplirla, y esto, *incluso si esa misión tuviera que terminar con un fracaso total,* pues a pesar de todo estaba inscrita en el orden eterno de las cosas. En este estadio, cuando la mutación final (irreversible; la que corresponde a la iniciación a los "grandes misterios") se ha efectuado, cualquier ascesis deviene superflua —como el barco con el que, una vez llegado a puerto, el exiliado no puede hacer nada ya.

* * * *

Si sabe que en un momento dado "Beatriz desaparece ante un San Bernardo para que éste guíe a Dante en las últimas etapas [1] de su ascensión hasta la cima de los paraísos sucesivos". Nos podemos preguntar quién, después de Stefanie, ayudó a Adolf Hitler a subir los escalones más elevados del conocimiento secreto, y en qué época los ascendió: ¿cuándo vivía todavía en Viena?, ¿o en Munich?, ¿o poco después de su decisión, ante el anuncio de la capitulación de Alemania en 1918, de "convertirse en un hombre político"? —¿fue como el caso de otro iniciado que cambió la faz del mundo, Cristo, alrededor de los treinta años?, ¿más temprano?, ¿después? Es casi imposible responder a esta pregunta con certidumbre.

Sin embargo hay dos cosas fuera de duda. La primera es que, toda su vida, el Führer permaneció en la atmósfera espiritual de Wagner —más aún que en la de Nietzsche— y continuó sacando de ella su inspiración. "Conozco a fondo todos los pensamientos de Wagner. En las diversas etapas de mi vida, vuelvo siempre a él" [2], dijo un día a Hermann Rauschning, mientras por otra parte pensaba que en Nietzsche —aunque este pensador haya entrevisto al superhombre como una nueva

---

1 René Guénon: "El esoterismo de Dante".

2 Hermann Rauschning: "Hitler m'a dit".

variedad biológica— ... "todo está aún flotante" [1]. Repito, Wagner, iniciado en el más alto grado él mismo —su obra da fe de ello— fue, a través de esta obra, el verdadero maestro espiritual de Adolf Hitler.

La segunda cosa es que, bien directamente por la *Thulegesellschaft*, o bien, antes de sus primeros contactos con esta sociedad, por contactos —quizás ya en Viena— con otras gentes que tenían las mismas preocupaciones, los mismos sueños, y sobre todo *conocimientos del mismo orden* que los miembros de la *Thulegesellschaft*, Adolf Hitler conoció la antigua Tradición hiperbórea, según Guénon, fuente de todas las demás, en el seno de la cual recibió su iniciación suprema. Pues para él, el hecho de ser una de las "encarnaciones" (en sánscrito: *avataras*) del que vuelve en todas las épocas de la trágica decadencia, a combatir contra la corriente del tiempo y a intentar un "enderezamiento", no le dispensaba del aprendizaje de la sabiduría secreta a través de los maestros de una forma particular de la Tradición eterna. Esos maestros, cuya tutela pudo muy bien eludir; más aún con quienes —como sugiere André Brissaud [2]— pudo tener divergencias, jugaron a pesar de todo un papel en su despertar a sí mismo. Otras grandes figuras del pasado, que dejaron su huella en la historia —entre otras, el mismo Buda, considerado en el hinduismo como una "encarnación de Vishnú"— también tuvieron maestros, aún cuando los dejaran atrás enseguida.

Hubiera sido preciso ser miembro de la *Thulegesellschaft* (la Sociedad de Thule), para poder decir con exactitud lo que diferenciaba su enseñanza de la de otras organizaciones iniciáticas o que se pretendían tales. Por otra parte, esto no tiene importancia si, como parece pensar A. Brissaud, Hitler se liberó rápidamente de la influencia del maestro y los maestros que hubiera podido tener (aparte, claro está, de la de Wagner, cuya música, épica e iniciática a la vez, sostuvo toda la vida del Führer

---

1 Hermann Rauschning: "Hitler m'a dit".

2 A. Brissaud: "Hitler et l'Ordre Noir".

y le acompañó incluso más allá de la muerte) [1]. Es importante darse cuenta —no se podría decir a ciencia cierta *cuándo*, pero seguramente *antes* de la toma del poder— de que él recibió efectivamente la suprema iniciación, lo que le ponía por encima de las contingencias de este mundo y *por encima del bien y del mal*; en otras palabras, él había "despertado" completa y definitivamente a lo que él *era* desde toda la eternidad y permanece absolutamente.

Como se señalaba antes, las restricciones particulares que hubiera podido imponerse hasta entonces, resultaban ya inútiles. Y si continuó observando alguna de ellas, como por ejemplo abstenerse obstinadamente de bebidas alcohólicas y de tabaco, fue más por disposición natural que por disciplina. Y si rechazaba cualquier alimento cárnico, es porque a él —el artista y amigo de los animales— le disgustaba profundamente la *fealdad* y el horror que representaban el matadero y la carnicería. Todo esto quiere decir, que desde entonces, desde el momento en que recibió la suprema iniciación, vivió como un hombre armoniosamente equilibrado, que alternaba, sin fastidio y sin extrañeza, con la sociedad más refinada —si lo juzgaba necesario para su obra o si, tras horas de contacto con sus rudos SA y con el pueblo, encontraba así un descanso. Apreciaba la compañía de las mujeres y —como Sigfrido, como el profeta Mahoma, como Krishna, el dios encarnado, y otros ilustres luchadores "contra el tiempo"— a lo que parece, conoció el amor, por lo menos esporádicamente, ¡cuando tenía tiempo! Vivió sobre todo, todas las satisfacciones que podía procurarle el arte bajo todas sus formas; el *arte*, que consideraba a tal altura, que no admitía que un hombre a él insensible, pudiera estar a la cabeza de un Estado nacionalsocialista. Gentes que, como el escritor francés Malraux —al que no se puede acusar de parcialidad a favor del Führer—

---

[1] Tras el anuncio de la trágica muerte del Führer, la radio alemana transmitió la última parte de la ópera de Richard Wagner, "Götterdämmerung", el célebre "Crepúsculo de los Dioses".

tuvieron ocasión de coincidir con él en reuniones mundanas, cenas de embajadas, admiten que tenía "de l'esprit", incluso "humor"; que *"sabía bailar"*, en el sentido que Nietzsche daba a esta expresión.

Pero, paralelamente a esto, él siguió siendo siempre ante todo el hombre de lucha. Y parece que cada vez más, fue consciente de la necesidad de aquellos que dirigían el combate a sus órdenes y en colaboración con él, tuvieran parte del conocimiento secreto, de origen más que humano. De ahí su sueño de un imperio alemán jerarquizado —y más allá de él, un mundo jerarquizado— según el espíritu de la Tradición; de un "sistema de castas a escala planetaria", para recoger la expresión de un hindú, admirador inteligente del III Reich germánico. De ahí, también, sus esfuerzos en vista a la creación de *la Orden* —"verdadero sacerdocio laico", como escribió Rauschning— que debía ser la continuadora de la Tradición en la cima de la pirámide social del gran Reich y, tras el inevitable hundimiento, en la cima de la de los fieles supervivientes. Esta *Orden* era la de las *Schutzstaffeln* o "Escalones de Protección", comúnmente designados por sus iniciales —SS—, Orden que el Führer quería al mismo tiempo "militante" y "triunfante", en el sentido en que estos calificativos se aplican en la Iglesia, en la teología católica; es decir, guerrera —preocupada ante todo por la defensa y la expansión de los fuertes de la elite aria en este mundo, y que al mismo tiempo hubieran alcanzado un cierto grado *de ser* que los separara del resto de los hombres, como los "elegidos" están separados del "mundo" (los iniciados de los no iniciados) en todas las sociedades tradicionales.

Sin la existencia de tal Orden, el derrumbe de los falsos valores en todos los planos (incluido el plano material) era inconcebible.

CAPÍTULO X

EL ESOTERISMO HITLERIANO Y LA TRADICIÓN

"Los insectos desconocen mi naturaleza superior cuando estoy revestido de humana forma, y me desprecian".

Bhagawad-Gîta, IX, v. 11.

Entre los elegidos había, naturalmente, diversos escalones (curiosamente, el *nombre* de esa elite de salud física y belleza, valor guerrero y, mayor o menor conocimiento secreto, de la cual el vasto público sabe solamente las iniciales, significa, como he dicho antes, "*escalones* de protección"). He mencionado esto también al hacer alusión a los Ordensburgen, en los cuales tenía lugar el entrenamiento militar, la educación política y, en cierta medida, la educación metafísica, de los SS, y especialmente de sus *cuadros* —pues la *Weltanschauung* hitleriana es inseparable de la metafísica que la sostiene. Esto es tan cierto que un crítico del nacionalsocialismo y de la obra de René Guénon ha podido decir que la última era "el hitlerismo menos las divisiones blindadas" [1], y esto, sin que el iniciado de El Cairo hubiera escrito nunca ni una palabra de "política".

No todos los candidatos —debería decir "novicios"— SS eran entrenados y educados en el mismo *Ordensburg*. Y no todos los del mismo *Ordensburg* —sobre todo en los escalones superiores— recibían la misma enseñanza. Ésta dependía de las tareas para las cuales se les juzgaba aptos, en el seno de la elite misma. Pues ésta se dividía en varias organizaciones, desde la más

---

[1] Louis Pawels y Jacques Bergier: "Le Matin des Magiciens", edit. Gallimard, 1960.

visible, las Waffen-SS —también la más célebre debido al heroísmo sobrehumano del que tantas veces dio prueba durante la segunda guerra mundial— hasta la más secreta, la Ahnenerbe ("Herencia de los Ancestros"), fundada en 1935, y tanto más difícil de conocer cuanto que muchos documentos (también secretos, no hace falta decirlo) que con ella se relacionaban fueron destruidos "antes de la llegada a Alemania de los Aliados", y además "los miembros de esta organización que sobrevivieron al hundimiento del Tercer Reich (...) se callaron con una firmeza extraña" [1].

Es por lo menos lógico pensar que la *Ahnenerbe* era en "la Orden Negra" de Adolf Hitler, la depositaria de la Tradición —y particularmente ciertas secciones de las numerosas que componían la *Ahnenerbe*, de las cuales cincuenta y dos eran científicas, es decir, se ocupaban en investigaciones *objetivas*, *aunque* no forzosamente en el espíritu y con la ayuda de los métodos usuales en las ciencias experimentales. Según las declaraciones de Wolfram Sievers ante el tribunal de los vencedores, en Nuremberg, entre las cuales se encuentra esta afirmación, el mismo instituto "realizaba o mandaba realizar más de cien investigaciones de gran extensión" [2]. La naturaleza de algunas de estas investigaciones revela un muy claro interés por las cuestiones esotéricas. Así, se estudió "el simbolismo del arpa en Irlanda", también, la cuestión de la supervivencia de los *verdaderos* Rosacruz —en otras palabras, de los grupos iniciáticos que aún poseían la tradición integral de los templarios (cuya herencia habrían recibido los primeros rosacruces). Es así como se reconsideraron la Biblia y la Kabbala, tratando de descubrir en ellas su oculto sentido —sobre todo el papel que el simbolismo de los números puede tener en una y otra. También se estudió la estructura física y mental de especímenes humanos de diferentes razas —se puede adivinar el cuidado especial al estudiar la raza de

---

1 André Brissaud, "Hitler et l'Ordre Noir", p. 283.
2 André Brissaud, "Hitler et l'Ordre Noir", p. 285.

los nórdicos— a fin de asegurar a los conceptos de herencia y raza, fundamentales en el hitlerismo, todo su valor. Así se consagró un sistemático y continuo esfuerzo a cualquier investigación que tuviera como fin revelar a los alemanes la gloria de su propia Antigüedad, histórica o prehistórica, y de su Edad Media, y poner de relieve la importancia de los correspondientes paisajes.

Sin negar que, tanto el cristianismo como el mismo judaísmo, y en todas las filosofías o religiones que se relacionan, de cerca o de lejos, con la Tradición, tuvieron una parte de verdad esotérica, se ponía énfasis en la forma tradicional propia de los pueblos germánicos. Los trazos de esta tradición particular se encuentran en los símbolos, grabados en la roca, de la más lejana prehistoria, y, tras la sangrienta erradicación del culto a Wotan por Carlomagno, y sus inmediatos sucesores, se encuentra también en ciertos ritos, practicados en la Edad Media, en las órdenes de caballería o en la Santa Vehme. Sería interesante saber si esta última, que no ha cesado de existir como organización secreta, tiene, o ha tenido, en algún momento dado, alguna relación con la Sociedad de Thule.

Heinrich Himmler —jefe de las SS y cuya carrera, tan desacreditada fuera de los círculos hitlerianos, estuvo marcada, más que ninguna otra (aparte de la del Führer), por su serena frialdad ante la violencia, signo de una cualidad superior *de ser*— habla de todo lo dicho anteriormente, de "una forma velada", "voluntariamente vaga" [1], en su discurso de Enero de 1937, que contiene la *única* referencia pública o semipública a la *Ahnenerbe.* Exalta en dicho discurso la importancia ideológica de los descubrimientos arqueológicos hechos por el instituto de ese nombre en Altchristenburg, en Prusia oriental: el hallazgo de varias capas de fortificaciones germánicas, cada vez más antiguas, refutando así la opinión de que Prusia oriental fuera una tierra eslava. Pero hay más: preconiza también la "puesta a punto" y la

---

[1] André Brissaud, "Hitler et l'Ordre Noir", p. 283.

“conservación” de centros culturales consagrados “a la grandeza alemana y al pasado alemán” (...) “en cualquier región donde se encuentre una compañía SS” [1]. Y da ejemplos de tales centros. Uno es el *Sachsenhain*, cerca de Verden, donde 4.500 bloques erráticos, traídos desde un pueblo sajón, fueron colocados uno tras otro, a ambos lados de los caminos de los bosques, en memoria de los cuatro mil quinientos sajones, decapitados allí, en las riberas del Aller, en el año 782, por orden de Carlomagno, porque persistían en rechazar al dios extranjero que querían imponerles. Un segundo centro cultural está en los *Externsteine*, *impresionantes* roquedales verticales que señalan, cerca de Horn, *uno de los centros espirituales del mundo*, desde siempre, y el lugar sacrosanto de culto entre los antiguos germanos. En la cima del más alto de los peñascos, y en el lugar del antiguo Yrminsul de oro arrancado en el año 772 por el mismo conquistador cristiano, flotaba la bandera roja, blanca y negra con la cruz gamada, del III Reich: victoriosa, libertadora, símbolo de la reconciliación de los aspectos opuestos de la historia alemana, en la conciencia de su profunda unidad.

Estos ejemplos muestran que no sólo se trataba de “cultura”, sino de conocimiento secreto; es decir, era cultura para el alemán en general, y para los iniciados de la orden SS y en particular de la *Ahnenerbe*, se trataba del conocimiento secreto de las grandes verdades cósmicas, aprehendidas a través del simbolismo tradicional tal como los germanos lo conocieron, y tal y como una minoría *conservó*.

Pues hay que señalar que, a pesar de la fuerte corriente pagana que subyace en el hitlerismo y que se manifiesta sobre todo en el rechazo de todo antropocentrismo así como de todo dios *personal*, nunca se despreció ni subestimó aquello que, en el patrimonio ancestral alemán —y europeo— hiciese honor al genio ario.

---

1 André Brissaud, “Hitler et l’Ordre Noir”, p. 284.

Dice André Brissaud que el Führer tenía “la sensación” —la certidumbre, diría yo— de que “todo lo que en el Occidente más reciente, había tomado la forma de una religión, y en particular de la religión cristiana (...) pertenecía a lo ‘demasiado humano’, pues no tenía mucho que ver con los valores verdaderamente trascendentes” y, además, “ofrecía un clima general o una línea interior poco compatible con sus disposiciones y vocación propias, muy alejadas de las verdades y dogmas de fe propuestos al hombre ordinario” [1]. Ahora bien, lo que es al mismo tiempo “reciente” y “cristiano” es todo el conjunto de la civilización occidental. No hay que olvidarlo.

Sin embargo esto no impedía que Adolf Hitler, imparcial como debe serlo un *sabio* (y con más razón toda expresión humana de lo divino), admirase a Carlomagno —el *Sachsenschlächter* o “exterminador de los sajones”, como lo llamaba Alfred Rosenberg, Johann von Leers, Heinrich Himmler y buen número de altos dignatarios, pensadores y hombres de acción del III Reich. Adolf Hitler veía en el emperador, al conquistador con inmensa voluntad de poder, y *sobre todo* al primer unificador de los germanos; el único que en su época, tuvo *la idea del Reich*, aunque para imponerlo se hubiera servido de la “fe”, idea unificadora artificial, y de la fe cristiana, es decir una fe extranjera. Hay que recordar la insistencia de Adolf Hitler en la acción disolvente del cristianismo dentro del mundo greco-romano, y al que calificaba de prebolchevismo. Pero poco importa lo que fue (y sigue siendo) esta fe, si fue el cimiento de un imperio germánico conquistador y el motivo para todo el florecimiento del arte que vino después. En la medida que este arte es *bello*, presupone un cierto conocimiento de lo que es eterno. Así, el Führer recibió con respeto, como una herencia *alemana*, una réplica de la espada del emperador de Occidente.

Admiraba también a los grandes emperadores Hohenstaufen —sobre todo Federico Barbarroja, el que debe

[1] André Brissaud, “Hitler et l’Ordre Noir”, p. 111.

volver, y que había vuelto, en él (por muy poco tiempo); y Federico II, *Stupor Mundi*, en quien muchos de sus contemporáneos habían creído ver al *Anticristo*— como los hombres de nuestros días, cegados por la propaganda, veían en él, en el fundador del III Reich, la encarnación misma del mal. Admiraba a Federico II de Prusia, a Bismarck, y a todos los que supieron expresar el impulso conquistador del pueblo alemán, cuya misión cultural —y más que cultural— no tenía para él, la menor duda.

Y Heinrich Himmler mismo, aún dando un brillante homenaje a los guerreros sajones, mártires de la antigua fe nacional, en Verden, en el año 782 de la era del dios extranjero, profesaba sin embargo un verdadero culto al emperador Enrique I, y exaltaba a los caballeros de la Orden Teutónica —no desde luego, por haber forzado brutalmente a los eslavos (y finalmente a los prusianos) [1] a aceptar el cristianismo, sino porque, mediante la espada, "prepararon el camino a la carreta alemana": hicieron posible la colonización alemana de vastos territorios del este.

Por otra parte, lo que de eterno había en la religión guerrera de Wotan y Thor —y *antes* que esto, en la inmemorial religión nórdica del Cielo, la Tierra, y del "Hijo" de uno y otra, estudiada por el doctor Hermann Wirth— debía sobrevivir en el esoterismo cristiano, o simplemente en el esoterismo. Este, paralelamente a la enseñanza de las iglesias, continuó teniendo sus iniciados, cada vez menos numerosos, sin duda, pero siempre presentes, y a veces muy activos (entre ellos se cuentan inmortales creadores, como el gran Durero, y más tarde, Göethe, Wagner, y hasta cierto grado, Nietzsche. Y se sabe que Federico II el Grande, rey de Prusia —el héroe por excelencia del Führer— fue gran maestre de las logias antiguas prusianas). La significación profunda del antiguo Yrminsul, eje del mundo, no es, en el fondo, muy diferente del de la cruz desligada de toda mitología

---

[1] En el siglo XIV los prusianos eran aún "paganos", es decir, fieles a sus dioses germánicos.

cristiana, es decir de la historia del suplicio de Jesús, considerado un hecho en el tiempo. La punta del venerable símbolo germánico señala a la estrella polar, que representa el Uno o principio supremo, y sus ramas curvadas sostienen el círculo del Zodíaco, símbolo del ciclo de la manifestación, moviéndose alrededor de su centro inmóvil. En algunas muy antiguas iglesias alemanas, existen "crucifixiones" en las cuales la cruz tiene los brazos curvos del Yrminsul "pagano" —sugiriendo la fusión de las dos religiones en su simbolismo más elevado y más universal. Por otra parte —según el profesor von Moth, de Detmold— la flor de lis, ligada, como se sabe, a la idea de poder real o imperial, sería, en cuanto a su forma, una réplica estilizada del Yrminsul, o "Pilar del Todo", que tiene como ella una significación polar y axial. En efecto, todo poder legítimo viene de lo alto. Y la cruz gamada, "esencialmente el signo del polo" [1], símbolo del "movimiento de rotación alrededor de un centro o eje inmutable" y símbolo también —al ser la vida representada por el movimiento— "del papel vivificador del principio con relación al orden cósmico" [2], se emparienta por esto con el Yrminsul y la cruz.

Lo importante era exaltar *todo* lo había contribuido, o podía contribuir, a reforzar la voluntad de poder germánica —condición para el "enderezamiento" universal, que sólo una Alemania regenerada podía emprender. Y se trataba, además, de conservar vivo el depósito de verdad tradicional, es decir de verdad *más que humana* —cósmica— transmitida desde el fondo de los tiempos. La expresión de esta herencia, la forma bajo la cual se presentaba, podía, ciertamente, variar de una época a otra según las fluctuaciones políticas del mundo visible, pero, en el fondo, seguía siendo *una*, y explicaba tanto la suprema belleza de las antiguas sagas nórdicas, como la de la música, de inspiración eminentemente cristiana, de Johann Sebastian Bach y, por

---

1 René Guénon. "Símbolos Fundamentales de la Ciencia Sagrada".
2 Ibid.

supuesto, la obra entera (musical y literaria), igualmente *iniciática*, de Richard Wagner.

Esa herencia, más preciosa que todo, provenía de la misteriosa Hiperbórea, patria original de los "hombres transparentes", hijos de las "inteligencias de fuera"; de la Hiperbórea cuyo centro —la "capital"— era Thule.

* * * *

No hace falta señalar que la "transparencia" de la que hablo no tiene nada de material, es decir, de visible. Representa un estado *de ser* más sutil que el que conocemos; más abierto al contacto directo con lo intangible e incluso lo informal. En otras palabras, los hiperbóreos, detentadores de la Tradición primordial, habrían sido capaces de la intuición intelectual en un grado que no podemos concebir.

¿Quiénes eran? Y si es que existió, *¿por dónde* se extendía su territorio? Las alusiones más o menos evocadoras hechas por los antiguos —Séneca, en su "Medea"; Plinio el Viejo, Virgilio, Diódoro de Sicilia, Heródoto, Homero en la "Odisea", y el autor o autores del "Génesis", y sobre todo el enigmático *Libro de Enoch*— son bastante vagas, aunque hablan todas del "gran norte". Y la evocación de la "blancura" extrema de los hiperbóreos, de la increíble belleza de sus mujeres y de las "extraordinarias dotes de clarividencia" [1] de algunas de entre ellas, hace pensar en una raza aria inmensamente superior a la media de los nórdicos actuales, lo que no es extraño pues se trata de un pasado que se pierde en la noche de los tiempos. Pero hay más: el sabio Bal Gangadhar Tilak, más conocido por el nombre de Lokomanya Tilak, erudito y sabio hindú [2], en su obra "*The* Arctic Home in the Vedas" ("La Patria Ártica en los Vedas") ha

---

[1] André Brissaud, "Hitler et l'Ordre Noir", pág. 58.

[2] Nacido el 3 de Julio de 1856; muerto el 1 de Agosto de 1920. Era un brahmán del Maharashtra, de la subcasta de los chitpavan.

relacionado la más antigua tradición de las Indias con una región situada en las altas latitudes, una región que conocía la larga noche polar, el sol de medianoche y... *las auroras boreales*; una región donde los astros no se levantan ni se ponen, sino que se desplazan, o parecen desplazarse, circularmente a lo largo del horizonte.

El Rig Veda, libro que Lokomanya Tilak estudió especialmente, y del que toma la mayoría de las citas en apoyo de su tesis, así como el conjunto de los Vedas —o conocimiento “visto”, es decir *directo*— habría sido revelado a los Aryas, es decir “Señores” del extremo Septentrión, y celosamente conservado por ellos durante las migraciones que, en el curso de los siglos, les llevaron poco a poco hasta la India.

Tilak supone el abandono de la patria ártica en el momento en que ésta pierde su templado clima y su verdeante vegetación, y se convierte en “glacial”, es decir, cuando el eje de la Tierra basculó en más de veintitrés grados, hace ocho mil años. No precisa si la isla o porción de continente castigada con tan repentina esterilidad, fue sumergida, como quiere la leyenda de Thule, o continúa existiendo bien en la proximidad o bien en el interior del Círculo Polar. Tampoco menciona las etapas que los depositarios del Veda eterno —sabiduría oculta bajo los textos sagrados de ese nombre— recorrieron desde el abandono de la patria hasta las primeras colonias fundadas en el noroeste de la India. Y puesto que la obra de Tilak no se dirige a los iniciados, sino a los orientalistas de buena fe, insensibles a cualquier argumento que no esté basado en *pruebas*, no habla nada de los centros iniciáticos subterráneos, Agartha y Shamballa, a los que se menciona sin embargo en la enseñanza secreta que la Sociedad de Thule daba a sus miembros —enseñanza que recibieron, entre otros, Alfred Rosenberg, Rudolf Hess, Dietrich Eckart y, parece que por mediación de este último, Adolf Hitler mismo (*Agartha* o Agarthi, sería el centro situado “bajo la rueda del sol de oro”, es decir, el centro con que se relacionan los contemplativos que

rechazan la participación en los asuntos del mundo: el lugar de los sabios a los que he llamado "hombres por encima del tiempo". Shamballa sería el centro espiritual de los hombres "contra el tiempo": de los iniciados que, viviendo en lo eterno, aceptan actuar en este mundo "en interés del Universo", según los valores inmutables, o para emplear las palabras del Führer, según "el sentido original de las cosas". Adolf Hitler, naturalmente, estaría relacionado con este segundo centro, el de los maestros de la acción).

Hay que señalar que los nombres de Agartha y Shamballa "aparecen varias veces en los labios de más de un jefe SS en el transcurso del proceso de Nuremberg y, particularmente, en los SS responsables de la Ahnenerbe" [1]. Esta organización envió, entre otras, al Tíbet "una expedición dirigida por el etnólogo *SS-Standartenführer* Dr. Scheffer" [2]. Algunos fragmentos de la memoria de esta expedición que, microfilmados, existen en "los Archivos Nacionales, en Washington" parecieron "extraordinarios" a André Brissaud, que los pudo leer. *¿Por qué* tal expedición? No para intentar encontrar en Asia central "los orígenes de la raza nórdica" como parece creer Brissaud. Bajo el III Reich, hasta los niños de las escuelas sabían, por haberlo leído en sus manuales —algunos de los cuales, como el de Klagges/Blume, "So ward das Reich", eran notables—, que esta raza se había extendido desde el norte hacia el sur y el este, y no a la inversa [3]. No. Lo que sin duda querían el Dr. Scheffer y sus colaboradores era el penetrar el misterio de Agartha y Shamballa; quizás, con la ayuda del jefe o los jefes de un centro espiritual, tratar de entrar en contacto con el príncipe (pues es un príncipe, no un personaje) al que René Guénon llama "Rey del mundo" [4]. Esto parece tanto más plausible cuanto que, entre las secciones

---

1 André Brissaud, "Hitler et l'Ordre Noir", págs. 59-60.

2 Ibid; págs. 59-60

3 Klagges/Blume. "So ward das Reich", pág. 15.

4 René Guénon, "Le Roi du Monde", pág. 13.

de *la Ahnenerbe* cuyo trabajo era clasificado como "asunto secreto del Reich" y "del que se ignora todo", "una comprendía, además del estudio de las lenguas antiguas, la cosmología y la arqueología", también incluía el estudio *"del Yoga y el Zen"* y otra se interesaba "por las doctrinas esotéricas, y las influencias mágicas en el comportamiento humano" [1].

* * * *

Por otra parte, la elite espiritual de la Orden SS —que era la elite de una nueva civilización tradicional *en potencia*, y ya en gestación entonces— no sólo buscaba entrar en contacto con los iniciados de la ciudad prohibida de Lhasa y quizás con el mismo Dalai Lama. A mi humilde parecer, hubo encuentros semejantes en las Indias —encuentros que en Occidente ni se sospechan— y esto, al margen de las conversaciones *políticas* que pudieron celebrar con ciertos jefes hindúes, como Subbas Chandra Bose, en las Indias y en Alemania, antes y durante la segunda guerra mundial.

Desde 1935, aparecía en Calcuta una revista "cultural", "*The New Mercury*", muy hábilmente editada por Sri Amit Krishna Mukherji, en colaboración con Sri Vinaya Datta y algunos otros. Los discursos del Führer, de los que la prensa oficial tanto en inglés como en bengalí sólo daba extractos, se explicaban allí *in extenso*, sobre todo si, como sucedía a menudo, tenían un interés que desbordaba "la política". Uno de esos discursos, que había atraído particularmente mi atención, llevaba el título: "Arquitectura y Nación". Pero dicha revista publicaba también estudios sobre todo lo que podía aclarar la profunda conexión, *no política*, que se remontaba muy lejos y muy alto, entre la civilización tradicional hindú, que nunca había dejado de existir, y la civilización tradicional germánica, tal como existió mucho antes del cristianismo, y que aspiraba a renacer en lo que tenía de

---

[1] André Brissaud, "Hitler et l'Ordre Noir", pág. 285.

esencial. Estos estudios revelaban en sus autores, además de la erudición arqueológica indispensable, un conocimiento serio del simbolismo cósmico. Algunos de dichos estudios tenían como tema la cruz gamada. Querían mostrar —indirectamente— el excepcional carácter de un gran Estado moderno que reconocía como "suyo" un signo tan universal, que lo grababa en todos sus estandartes. Sugerían también la aspiración de ese gran Estado a renovar el contacto con la Tradición primordial —de la que Europa se había separado hacía siglos ya, pero cuyo depósito inestimable había guardado la India.

No tengo ninguna prueba de que los servicios de la Ahnenerbe jugaran algún papel en la publicación de la revista "New Mercury". Tanto menos probable cuanto que esa sección especial de las SS fue fundada en 1935, el mismo año que dicha revista. Pero sé sin embargo, que ésta última era, en parte al menos, sostenida financieramente por el gobierno del III Reich. Los alemanes y los representantes —alemanes *o no*— de firmas alemanas eran invitados a suscribirse a ella. Y conozco al menos a uno de estos que, tras haber sido dimitido de la dirección de la sucursal que había dirigido durante años, fue llamado a Alemania por haberse negado a suscribirse y declarar que "esta propaganda de nuevo cuño" (sic) no le interesaba.

El fundador y editor del periódico, Sri A. K. Mukherji, permaneció en estrecho contacto con Herr von Selzam, cónsul general de Alemania en Calcuta, mientras éste estuvo en su puesto. Y este representante oficial de Adolf Hitler le remitió, la víspera de su partida, un documento dirigido a las autoridades alemanas donde se especificaba literalmente que *"nadie en Asia* había rendido al Reich servicios comparables a los suyos". Yo he visto ese documento. Lo he leído y releído con alegría y orgullo —como aria y hitleriana, y como esposa de Sri A. K. Mukherji. En el curso de estas páginas ya he hecho alusión a ello.

No puedo decir si los "servicios" de los que se habla desbordaron los límites, bastante estrechos, de las actividades de

Sri A. K. Mukherji como editor de una revista bimensual, tradicionalista, hindú y proalemana al mismo tiempo. Es posible que los desbordaran puesto que la revista duró sólo dos años, al prohibirla en 1937 las autoridades inglesas, que volvieron definitiva esa prohibición al evolucionar como se sabe la política británica en relación con el Reich. De todas formas yo no conocía entonces personalmente a Sri A. K. Mukherji: para mí, su nombre evocaba la única revista de las Indias de tendencias netamente hitlerianas. Pero una cosa me lleva a creer en el conocimiento que él poseía ya entonces, y antes, del hitlerismo esotérico, es decir de la profunda conexión de la doctrina *secreta* del Führer con la Tradición eterna, no se podía comparar con las vagas impresiones que yo podía tener sobre el mismo tema. En el transcurso de mi primera conversación con él, tras tener el honor de serle presentada —el 9 de Enero de 1938—, el que, menos de dos años después, estaba destinado a darme su nombre y protección, me preguntó incidentalmente lo que pensaba sobre... Dietrich Eckart.

Yo sabía que se trataba del autor de un célebre poema, "*Deutschland erwache*"; del combatiente desde los primeros tiempos de la *Kampfzeit*, muerto algunas semanas después del Putsch del 9 de Noviembre de 1923, a la edad de cincuenta y cinco años; del camarada a quien Adolf Hitler dedicó la segunda parte de "Mein Kampf". Yo ignoraba hasta entonces la existencia de la *Thulegesellschaft*, y por lo tanto, estaba lejos de sospechar el papel del poeta de la revolución nacional cerca del Führer.

Yo desarrollé con entusiasmo mi penosa pequeña erudición. Mi interlocutor que había dado —y pronto iba a dar— al III Reich (y más tarde a sus aliados japoneses) "servicios no comparables a los de ningún otro", sonrió y pasó a otro tema.

* * * *

La opinión según la cual Adolf Hitler habría sido un agente de las fuerzas diabólicas, que su iniciación habría sido sólo una monstruosa contrainiciación y su Orden SS una cofradía de magos negros, está muy extendida entre los antihitlerianos más o menos embadurnados de ocultismo (¡Y no faltan, desde luego!).

El argumento que va más en contra de esta opinión viene de las Indias. En efecto, en Occidente la confusión en el campo de los principios es tal que es difícil decir si existe algún grupo que legítimamente pueda presumir de una filiación verdadera con la Tradición. Y no hay punto de comparación entre la actitud de los verdaderos iniciados y la de los charlatanes. Según René Guénon, prácticamente todas las sociedades de Europa que en nuestros días se pretenden "iniciáticas", se clasificarían entre estos últimos. Ahora bien, son sus miembros los que se hacen oír, se mueven, toman postura contra el hitlerismo —como lo han hecho, cada vez que han podido, Louis Powels y el judío Bergier, en la revista "Planète". De hecho, no conozco ni un solo grupo europeo interesado en las doctrinas esotéricas, que no sea antihitleriano (ciertamente me puedo equivocar. Y querría equivocarme).

Pero no ocurre lo mismo en las Indias.

En primer lugar, uno se encuentra allí un "paisaje espiritual" completamente distinto. En lugar de tratarse de grupos con pretensiones más o menos "iniciáticas" en medio de una inmensa sociedad profana, satisfecha con sus ciencias experimentales y su "progreso", y preocupada sobre todo por su bienestar material, en las Indias estamos en presencia de una civilización tradicional, muy viva a pesar del empuje creciente de la técnica. El hombre de las masas, no envenenado por la propaganda porque aún goza del "favor del analfabetismo" (por retomar aquí una expresión cara al Führer), *piensa* más que el individuo del mismo nivel social en Occidente —lo cual no es sorprendente.

En las Indias el hombre piensa, sobre todo, *dentro del espíritu de la Tradición*, de lo que es testimonio el joven sudra que he mencionado al comienzo de estos “Recuerdos y “Reflexiones”.

El hindú que ha frecuentado la escuela, y que incluso ha hecho estudios en Europa o en U.S.A. no es tampoco hostil a la Tradición. La idea de la jerarquía natural, de herencia biológica —es decir *racial*— íntimamente ligada al karma de cada uno, le es familiar. Y en la inmensa mayoría de los casos, vive según las reglas inmemoriales de su casta —incluso cuando el gobierno “progresista” de una India llamada “libre” (en realidad: copia grotesca de las democracias de Occidente) ha proclamado la supresión de las castas e impuesto el sufragio universal. En algunos casos por supuesto, en su contacto con el extranjero se contagia de ideas subversivas o costumbres chocantes. Pero entonces, es depreciado por los suyos, y la sociedad ortodoxa le da la espalda —no pudiendo impedirlo ningún gobierno. En cuanto a los grupos iniciáticos tradicionales y a los maestros aislados de una ciencia secreta verdadera, continúan existiendo como en el pasado —en silencio, desapercibidos para el gran público. Se mantienen fuera del torbellino de la política y no dan conferencias de prensa. Solamente una palabra, una reflexión ante un visitante respetuoso de la Tradición, aunque no sea un iniciado, dejan adivinar por donde van las simpatías terrestres de tal o cual sabio.

Y como podía esperarse en una época de decadencia universal, también hay personas que hacen profesión de “espiritualidad” y grupos que se reclaman de maestros trascendentes, y pretenden transmitir su por ellos llamada “iniciación”. Los charlatanes de túnica naranja —o desnudos, con el cuerpo cubierto de cenizas— que se arrastran en torno a los templos, especialmente en los lugares de peregrinación, *gurús* cerca de viudas crédulas, no faltan. Son bribones, pero de pequeña envergadura y nocividad limitada. Mucho más peligrosos

son los individuos o grupos que trabajan para introducir en las Indias —en la medida que puedan— el antropocentrismo inherente a las doctrinas religiosas o políticas influenciadas más o menos directamente por el judaísmo o los judíos. Me refiero a todos los individuos o grupos que, bajo la cobertura de una hipócrita fidelidad a la Tradición, que tuercen y desfiguran a su voluntad, predican principios igualitarios, la democracia, el horror a toda violencia, incluso a una violencia serena y distante, cuando ésta se ejerce contra "los hombres", del tipo que sean —mientras que la monstruosa explotación de la bestia (y el árbol) por el hombre les trae sin cuidado (¡si es que no la justifican!). Pienso en todos los que pretenden rendir homenaje a la "*verdadera* sabiduría antigua" negando obstinadamente toda jerarquía racial natural, condenando el sistema de castas *hasta en su principio*, predicando el "derecho" de las gentes de razas diferentes a casarse, si con ello creen encontrar su "felicidad". Pienso en los que querrían reemplazar, entre los hindúes, los viejos privilegios de casta por privilegios basados en la "instrucción" (en el sentido occidental de la palabra) y reemplazar también el cuidado por la ortodoxia metafísica, por una preocupación cada día más intensa por lo "social", lo "económico", la "mejora de las condiciones de vida para las masas". Pienso en los organizadores de "parlamentos de las religiones"; en los que abogan por una fusión entre "Oriente y Occidente" a expensas del espíritu de la Tradición, en un origen común a ambos y que sólo el hinduismo conservó como base de una civilización. Pienso finalmente, en los misioneros de una moral universal centrada en "el hombre", como la conciben el Occidente cristiano y el Occidente racionalista.

La "Misión" que se reclama del divino Rama Krishna —un verdadero iniciado del pasado siglo— parece orientarse cada vez más en ese sentido, bajo la influencia de benefactores occidentales, sobre todo norteamericanos. Pero esta tendencia no data de ahora. Hace más de ciento cincuenta años que se manifestó, con la fundación del Brahmo Samaj, sociedad de

deístas profundamente marcados por su educación universitaria inglesa y la forma “protestante” del cristianismo. Esta secta, con el pretexto de reconducir al hinduismo a una “pureza original”, lo interpreta según ese “espíritu moderno” cuya acción sobre Europa ha deplorado tan justamente Guénon. Pero como dice también Guénon, los que se adhieren a esa secta son, a pesar de la alta casta de los más conocidos de entre ellos, rechazados por los hindúes ortodoxos. Estos se niegan a darles a sus hijas en matrimonio y rechazan las de ellos para sus hijos. Y en los pueblos, no aceptarían de los primeros ni un vaso de agua —y, repito, ningún gobierno podría forzarles a lo contrario. Y esto viene de lo que el Brahmo Samaj rechaza, el principio del sistema de castas: la desigual “dignidad” de los hombres, según su herencia. Esta actitud es porque el Brahmo Samaj no es la India —como tampoco lo son las demás sectas con el mismo espíritu, cualesquiera que sean.

No quiero extenderme en estos detalles. Esto llevaría al lector demasiado lejos. Pero no puedo silenciar dos organizaciones que nacieron en el sur de la India: una, la Sociedad de Teosofía, en Adhyar, cerca de Madrás; otra, la comunidad formada en Pondicherry, alrededor del sabio bengalí, Aurobindo Ghosh, ya fallecido.

La primera es una vasta institución internacional de subversión en el profundo sentido de la palabra, como Guénon lo ha mostrado en su libro “*Le Théosophisme*, une Fausse Religion” [1]. Lo que se quiere hacer pasar por “doctrina” es un baturrillo de construcciones arbitrarias del espíritu y de algunas nociones y creencias cuyos *nombres* —Karma; transmigración de las almas, etc...— han sido sacados de las tradiciones hindú y budista. Las nociones y creencias mismas son tan arbitrarias, tan poco *ortodoxas*, como las teorías que construyen —por ejemplo, la idea de “alma colectiva” (*group soul*) de los animales, cara a Leadbeater; así como todo lo que enseñan los teósofos sobre sus “maestros”

---

[1] Libro prácticamente inencontrable hoy en día.

Kouthoumi, Rajkoski, y otros. El ilustre Lokomanya Tilak, del que he citado antes alguno de sus libros, compara a Annie Besant, presidenta de la Sociedad de Teosofía hasta su muerte en 1933 —y durante un tiempo, presidenta del Congreso Nacional Indio— con la diablesa Putna, enviada como matrona al niño-dios Krishna, para que lo matara con su leche venenosa. Tilak esperaba que, semejante al joven dios que, asimilando impunemente el veneno, mató finalmente a Putna vaciándola de toda su sustancia, así la sociedad hindú sabría defenderse, y confundir a los que tratan de seducirla mediante contraverdades hábilmente disfrazadas.

La otra institución se desarrolló alrededor de un sabio aparentemente verdadero. Sin embargo incluso, ya en vida de éste, tendía a ponerse al nivel de una muy hábil y lucrativa empresa de explotación. Adquiría una tras otra todas las casas a la venta de Pondicherry, aunque ya contaba en 1960, fuera del centro donde algunos discípulos se dedicaban a la meditación, con numerosos talleres de alfarería, carpintería, sastrería, etc... cuyos productos eran vendidos en beneficio de las obras de la institución: escuelas mixtas, con clases deportivas; una universidad, con laboratorios abundantemente equipados.

Se me dijo que esta prosperidad era debida en gran parte al talento para los negocios de la "Madre" del *ashram* —mujer de origen judío, viuda de un judío y después de un francés— y su hijo del primer marido. Algunos miembros de la organización llenos de celo y sentido práctico, y que gozaban de la confianza de esas dos personas, serían también en cierta medida, responsables de dicha prosperidad. De todas formas, ya desde en la sala de recepción, donde se venden numerosas fotografías grandes y pequeñas —para todos los bolsillos— del difunto *gurú* y de la "madre", uno queda impresionado por la atmósfera *business-like* del lugar, impresión que se precisa e intensifica cuando se visitan los talleres. Y se piensa, por contraste, en la radiación espiritual que se desprende de ciertos escritos de Aurobindo

Ghosh —de sus “Comentarios sobre el Bhagawad-Gîta”; de su “Vida Divina” o su “Síntesis de los Yogas”. Se tiene la sensación de un profundo desequilibrio entre esta organización, más que floreciente, que cubre los dos tercios de una ciudad de más de cien mil habitantes, y el sabio que vivió en el más completo aislamiento —invisible para la muchedumbre e incluso para los discípulos, salvo algunas horas al año.

Ahora bien, hay un hecho elocuente, y es que: en medio de esta civilización tradicional que son aún las Indias, son precisamente las organizaciones más profanas, más “modernas”, es decir, de las más antitradicionales, las que han hecho escritos o declaraciones hostiles al Hitlerismo.

Por lo que conozco, Aurobindo Ghosh nunca expresó ningún juicio “a favor” o “en contra” de las grandes figuras o fes políticas (o metapolíticas) contemporáneas. Abandonó definitivamente la acción —¡y *qué* acción! [1]— y eligió la contemplación, confinándose en el campo espiritual. Pero a finales de 1939 —¿1940?— los periódicos de Calcuta publicaban que “el ashram de Pondicherry” había donado al gobierno colonial de las Indias, diez mil libras esterlinas “para ayudar al esfuerzo de guerra británico”. El señor de Saint-Hilaire, llamado Pavita, secretario del ashram, a quien pregunté sobre este tema en 1960, me respondió que “no podía decirme” si la información publicada en la prensa de Calcuta veinte años antes, era exacta. Pero también me dijo que “muy bien podía serlo”, dado que el hitlerismo, según él (y sin duda según más de una persona que tuviera en el ashram cierta influencia), iba “contra el sentido de la evolución humana” (¡Y cómo! ¡Nada podría ser más cierto! Pero en vez de ser esta una razón para combatirlo, sería una razón para defenderlo. La decadencia universal es un signo, cada vez más visible, de que nuestro ciclo avanza hacia su fin. Todo combate contra esa decadencia, todo “retorno a los principios eternos” va

---

[1] A principios de siglo A. Ghosh había desempeñado un papel importante en el movimiento “terrorista” (antibritánico) de Bengala.

necesariamente “contra el sentido de la evolución humana”. Es una fase de la lucha perpetua, a contracorriente del tiempo. Pero esto, repito, es una razón —*la* mejor razón— para exaltar el hitlerismo, y no para condenarlo).

Por otra parte, los jefes de la Sociedad de Teosofía —según René Guénon, maestros de la contra-iniciación, a pesar de sus pretensiones contrarias— han demostrado, durante y después de la segunda guerra mundial, cuánto odiaban (y odian todavía) la doctrina de Adolf Hitler. El entonces presidente de dicha sociedad, Arundale, recorría las Indias a la búsqueda de sacerdotes cómplices, es decir, comprables, a los que encargaba decir oraciones por la victoria de los “cruzados” [1] contra el Nacionalsocialismo. No había más que abrir un número cualquiera de “Consciencia”, órgano oficial de la Teosofía, para ver una propaganda antihitleriana que no tenía nada que envidiar a la de los periódicos de Inglaterra o Estados Unidos de la misma época, incluso la de la prensa de la Unión Soviética (después, naturalmente, de la ruptura del pacto germano-ruso del 23 de Agosto de 1939). Y hasta a los hipotéticos “maestros” invisibles de los teósofos, Kouthoumi, Rajkoski y otros, se les han atribuido “actividades ocultas” para el éxito de las Naciones Unidas [2].

Fuera de la Sociedad de Teosofía —en estrecho contacto con ciertas logias masónicas de Occidente— sólo entre los hindúes de las sectas disidentes, como el Brahmo Samaj, me he encontrado con antihitlerianos —aparte, bien entendido, de la gran mayoría de europeos antihitlerianos, y todos los comunistas sin excepción. Sólo voy a citar, como ejemplo, al medio brahmo-samajista por excelencia que era ya entonces, y es todavía hoy, la Universidad al aire libre de Shantiniketan. Cuando yo pasé, en

---

[1] Crusade to Europe” es el título del libro del general Eisenhower sobre su campaña contra Alemania.

[2] En 1947, Gretar Fels, presidente de la Sociedad de Teosofía de Reykjavik, me aseguraba que el “maestro Rajkeski” había “ayudado a los Aliados” a combatir al nazismo.

1935, seis meses en dicha universidad con el fin de mejorar mi conocimiento de la lengua bengalí y de aprender el hindú, todavía vivía su fundador, el poeta Rabindranath Tagore. No noté allí nada de especial salvo la presencia, como "profesora de alemán", de una judía de Berlín, Margaret Spiegel, llamada Amala Bhen que, tras dos años de estancia en el *ashram* de Gandhi, había ido a extender su odio al III Reich entre los alumnos a ella confiados y entre algunos colegas hindúes a los que podía adoctrinar. Supe pronto que "Govinda", el monje budista cuya ropa era color de azafrán y el bello parasol birmano añadía una nota pintoresca al paisaje, era también un judío venido de Alemania. También se me habló de la profunda amistad que ligaba a Tagore con Andrews, un británico, antiguo misionero cristiano. Pero nadie me expresó ninguna hostilidad hacia mi fe hitleriana —salvo Amala Bhen.

Se había tenido a bien presentarla a mi llegada a Shantiniketan, puesto que "yo era también europea", y al cabo de media hora de conversación, se dio perfecta cuenta de la naturaleza "pan-aria" del hitlerismo tal como lo concibo y lo he concebido siempre. Se apresuró a declararme —ella, que había venido al otro extremo del mundo para no ver "ni la sombra de un nazi"— que yo era "peor que toda la banda reunida" [1] de aquellos que ella quería evitar. Éstos, me dijo, desfilaban por las ciudades del Reich cantando: "Hoy Alemania nos pertenece; mañana, el mundo entero", pero pensando sobre todo el Alemania, a pesar de las palabras de su canto. Mientras que yo, al insistir en la profunda identidad del *espíritu* hitleriano y el del hinduismo ortodoxo, preparaba el camino para la futura conquista militar y moral, y para la influencia ilimitada del Reich alemán sobre Asia.

Todo esto me adulaba más allá de mis méritos. Pero la hostilidad de Margaret Spiegel, llamada Amala Bhen, —y sin duda la de "Govinda", a quien no se me presentó— me parecía

[1] "Worse than the whole pack rolled in one".

reducida al elemento no hindú de la Universidad de Shantiniketan.

Fue para mí una sorpresa el enterarme de que algunos meses antes de la segunda guerra mundial, el mismo Rabindranath Tagore había enviado al Führer un telegrama protestando contra la invasión de la "desgraciada Checoslovaquia". *¿Por qué se mezclaba?* —él, cuya obra *como artista* yo no podía por menos que exaltar. ¿No se daba cuenta de que eran los desgraciados alemanes de los Sudetes los que tenían derecho a ser protegidos? ¿No sabía que Checoslovaquia no era más que un Estado *artificial*, hecho de piezas para servir de espina permanente en el flanco del Reich alemán? Pero, qué digo: ¿habría sido capaz él solo de idear la carta? ¿Por qué esta intervención indiscreta? ¿Le había sido sugerida por los extranjeros, cristianos o judíos, que acabo de nombrar, y otros, todos humanitarios, antirracistas —al menos anti-*arios*— que pasaban ocasionalmente por Shantiniketan o que residían allí?

¿O no debía más bien pensar yo que, por artista que fuera —que por luminosa y musical que bajo su pluma de genio, haya podido revelarse una lengua neosánscrita, como el bengalí— un brahmán que rechaza en bloque el sistema de castas, *sólo podía ser* antihitleriano? La toma de posición del poeta *contra* el Defensor de la elite aria de Europa, en un conflicto europeo, me extrañaba tanto más cuanto que Rabindranath Tagore tenía una tez marfil y los trazos más clásicos de la raza blanca —signos físicos de una filiación, casi sin mezcla, de esos arios conquistadores que llevaron a la India antigua la Tradición de Hiperbórea. Pero hubiera podido pensar —hubiera debido pensar— que si esos mismos signos visibles de aria nobleza, no le habían impedido unir su voz a la de los denigradores de la "ley del color y la función social" —*varnashramdharma*— en las Indias, era poco probable que dichos signos físicos se hubieran convertido para él en la ocasión para el despertar de una conciencia ancestral ligada,

como es lógico, a una simpatía hacia esa forma europea y moderna del "espíritu brahmánico", que es el Hitlerismo.

* * * *

Por el contrario, he sido agradablemente sorprendida por la comprensión que, como hitleriana, he encontrado entre los hindúes ortodoxos *de todas las castas*.

Al comienzo de este libro, he contado el episodio del joven sudra, con el bello e histórico nombre de Khudiram [1], que mostró un mayor sentido de los verdaderos valores —y una apreciación más exacta del papel de Adolf Hitler— que todos los demócratas de Europa y América reunidos. También he citado a Satyananda Swami, el fundador de la "Misión Hindú", para quien la creación de un frente común hindú contra la labor conjunta del Islam, los misioneros cristianos y el comunismo, era más importante que la estricta observancia de la ortodoxia. Este consideraba a nuestro Führer como "una encarnación de Visnú —la única en Occidente".

Sobre este tema, podría multiplicar mis recuerdos; recordar, por ejemplo, al admirable brahmán de Poona, Pandit Rajwadé, versado tanto en el conocimiento de la obra de Nietzsche como en el de los textos sagrados (que comentaba ante un extenso círculo de discípulos, dos veces por semana) y que profesaba la más profunda admiración hacia "el rey *chakravartin* de Europa" venido "para restablecer el orden *verdadero*", en un mundo a la deriva. Y podría recordar también las conversaciones con otro hombre poco vulgar —menos *letrado* tal vez, pero dotado de un extraño poder de clarividencia—, *gurú* o maestro espiritual de una familia amiga, al que conocí al principio de la guerra. Este sabio me dijo: "Vuestro Führer no puede por menos que ser victorioso pues son los dioses mismos los que le dictan su

---

1 Es el nombre de un jóven héroe de Bengala que dio su vida por la independencia de las Indias.

estrategia. Todas las tardes, se desdobla, y viene aquí, a los Himalaya, a recibir sus instrucciones”. —¡Ay!

Me pregunté qué habría pensado Adolf Hitler de esta inesperada explicación de las victorias del ejército alemán. Le dije entonces al hombre: “En ese caso, no hay duda de que ganará la guerra”.

“No”, me respondió; “pues llegará un día en que sus generales rechazarán su inspiración divina y le desobedecerán —¡le traicionarán!”.

Y añadió: “Y tiene que ser así; si es que una encarnación, *no* es la encarnación suprema —la última de este ciclo”.

Pero no es eso todo. ¿Cómo podré olvidar *la atmósfera* existente entre las familias hindúes a las que mejor conocía? ¿En la casa de uno de mis cuñados, todavía vivo, y médico en Medinipur, donde yo me encontraba cuando la campaña de Noruega y el comienzo de la campaña de Francia? *Todos* aceptaron con entusiasmo mi sugerencia de ir al templo de la Diosa Kali —a la “Casa de Kali”, como se dice en bengalí— a dar gracias a aquella que a la vez bendice y mata, por el avance triunfal de los soldados del gran Reich alemán. Fuimos hasta allí en procesión, cargados de ofrendas de arroz, azúcar, harina, frutas, guirnaldas con flores escarlatas —puesto que tanto la familia como yo rechazábamos la idea de un sacrificio sangriento. Y me vuelvo a ver aún, rodeada por una juventud orgullosa, también, de su ascendencia aria, delante de la terrible imagen del curvo sable. Inhalando el humo del incienso, mecida por la envolvente musicalidad de las fórmulas litúrgicas sánscritas, cerraba yo los ojos para ver mejor en espíritu, como si de un fresco grandioso se tratara, el desfile de los blindados alemanes a lo largo de las rutas de Europa. Vivía intensamente mi papel de lazo de unión entre la más antigua civilización aria viva de Oriente, y ese Occidente ario que Adolf Hitler iba a conquistar para devolverlo a sí mismo y regenerarlo. Después, paseé mi mirada sobre mis sobrinos y sobrinas y sobre los jóvenes

brahmanes, vecinos suyos y camaradas de estudios, que me habían acompañado. Y soñaba con el día en que por fin vería al nuevo emperador —al emperador eterno— de los países del crepúsculo, despierto y surgido de su misteriosa caverna, y saludándole con el brazo extendido, le diría: "¡*Mein Führer*, os traigo la alianza de la elite de las Indias!".

Entonces no parecía un sueño imposible.

¿Cómo olvidar la alegría general en Calcuta —y sin duda en el resto de la península— ante la noticia de la entrada de Adolf Hitler en París o, algunos meses más tarde, ante el anuncio del fulgurante avance de nuestros aliados los japoneses hasta la frontera de Assam, y aún más allá? Los mismos pilluelos, vendedores de periódicos, con el rostro radiante gritaban al público uno tras otro los nombres de las ciudades conquistadas, cada día nuevas: Kuala Lumpur, Singapur, Rangún, Mandalay, Akyab,... Imphal, ya en territorio indio. El gobierno colonial había prohibido escuchar la radio alemana. Los que entendían alemán la escuchaban clandestinamente. Conozco hindúes que escuchaban *sin* entender ni una palabra —simplemente por oír *la voz* del Führer. Sentían que quien hablaba al mundo ario en una lengua "indoeuropea" que les era desconocida, se dirigía *también* a ellos —al menos a la elite racial de su continente.

* * * *

Pero esto no es nada. Lo que es más extraordinario es que el culto al Führer *ha sobrevivido, en este país, al hundimiento del Tercer Reich*. He encontrado vivo ese culto, durante mi estancia en las Indias de 1957 a 1960, y lo vuelvo a encontrar, con alegría, y a pesar de una intensificada propaganda comunista, en 1971, y esto, repito, sobre todo en los medios más fieles a la Tradición.

La orientalista Madeleine Biardeau, netamente hostil a nuestra *Weltanschauung*, en el libro que ha dedicado a la India, se ve obligada a reconocerlo —con pesar, por no decir con

amargura. “En ningún país”, escribe, “he oído tantas alabanzas a Hitler. Los alemanes son felicitados por ser sus compatriotas” [1]. Y también es obligada a admitir que el resentimiento de los hindúes contra la dominación británica —hoy acabada, por otra parte— *no basta* para justificar ese culto. La erudita, como se podía esperar, se saca de la manga una conveniente explicación. El hindú, dice, siente y saluda la presencia de lo divino en todo lo que es “grande” —aunque sea “grande en el mal”. En otras palabras, el hindú está libre de ese dualismo moral, que casi siempre está en la base de los juicios de valor del hombre occidental.

Esto es cierto. Pero no basta como explicación. La única justificación de estas alabanzas hacia un jefe ario extraño a la India reside, no en *el hecho* de que el hindú trasciende fácilmente el dualismo moral, sino en *la razón que da lugar a este hecho*. Esta razón se tiene que buscar en la unión del hindú a la Tradición. Y no en otra parte; en su aceptación del conocimiento secreto con entera confianza, aún cuando no haya adquirido dicho conocimiento. Y así, en nombre de esta ciencia más que humana, él encuentra natural que en ciertas condiciones, lo que a escala humana parecería “un mal” no lo sea. A la luz de la doctrina de la violencia necesaria, ejercida sin pasión “en interés del Universo” —es decir, en interés de la vida y *no* del “hombre”—, a la luz del venerable Bhagawad-Gîta, que proclama *la inocencia* de una violencia de tal naturaleza, es como el hindú ortodoxo puede ver al maestro del Tercer Reich, como alguien distinto a “la encarnación del mal” —y esto, a pesar de toda la propaganda sobre campos de concentración que la propaganda le ha lanzado, como a todos los hombres de la Tierra, durante varias décadas.

Es imposible no darse cuenta de la similitud de espíritu que existe entre el hitlerismo y, no, ciertamente, las filosofías de la no violencia, que se desgajaron del tronco brahmánico, o las sectas hindúes disidentes, sino el brahmanismo más riguroso y

---

[1] Madeleine Bierdeau, “L’Inde”, colección “Petite Planète”.

más antiguo. Uno y otro se centran en la idea de la pureza de sangre, y la transmisión indefinida de la vida sana —sobre todo la vida de la elite racial; la vida de la que puede surgir el hombre tan dueño de sí mismo que se eleve al rango de un dios. Hitlerismo y brahmanismo exaltan la guerra con una actitud de serenidad —la "guerra sin odio" [1]— pues "para un kshatriya" —o para un perfecto guerrero SS— "no hay deber más sagrado que el pelear por una causa justa" [2]. Uno y otro proponen a la Tierra un orden visible que imite las realidades cósmicas y las leyes mismas de la vida.

Este culto al Führer, prolongado en la India más allá del desastre de 1945 a despecho de la propaganda enemiga, es prueba más —si es que alguna se necesitaba— de que el Hitlerismo despojado de lo que su *expresión* alemana pueda tener de contingente, se remite también a la Tradición primordial —Hiperbórea— cuya forma, aún viva, más antigua, parece ser el brahmanismo. Y se remite a la Tradición porque a pesar de la imposición del cristianismo, en Alemania sobrevivió una forma tradicional muy antigua y propiamente germánica, que dimanaba de una fuente común: de la santa "patria ártica" de los Vedas... y del Edda.

Es imposible decir en qué medida la *Thulegesellschaft* era poseedora de esta inestimable herencia, venida del fondo de las edades, Sin duda lo eran algunos de sus miembros —Dietrich Eckart, Rudolf Hess, y el Führer mismo. Una de las características del iniciado sería la capacidad para fingir, cuantas veces lo considerase necesario para sus objetivos, la cólera, la locura, la imbecilidad, o cualquier otro estado humano. Como dijo él mismo [3], el Führer *se obligaba* a sí mismo a "parecer duro". Y esos demasiado famosos accesos de furor —sobre cuya

---

1 Subtítulo de un libro aparecido después de la guerra sobre la carrera del Feldmarschall Rommel.

2 Bhagavad-Gîta, canto II, vers. 31.

3 Hermann Rauschning: "Hitler m'a dit", 13ª edición francesa, pág. 34.

existencia la propaganda enemiga se lanzó, como sobre una fuente de ridículo, explotable *ad infinitum*— eran, según Rauschning "*cuidadosamente premeditados*" y "destinados a desconcertar a quienes le rodeaban, obligándoles a capitular" [1]. Hermann Rauschning que detestaba aparentemente a su antiguo maestro cuando escribió su libro, no tenían ninguna razón para destruir esa leyenda (la de la cólera de Adolf Hitler) que trataba de desprestigiar al Führer ante los ojos de cualquier hombre ponderado. En todo caso, la única razón sería un resto de honestidad intelectual.

En cuanto a Rudolf Hess, la comedia de la amnesia que tan magistralmente interpretó en el proceso de Nuremberg, confundió a los psiquiatras más experimentados. Y el tono "normal", incluso jovial, de sus cartas a su mujer y a su hijo [2] —tono que, en un hombre que lleva cautivo más de treinta años [3], desconcierta al lector— bastaría para probar su *sobre*-humanidad. En efecto, sólo un iniciado puede, después de tres décadas en una celda, escribir con ese tono ligero propio de un padre de vacaciones lejos de su familia.

Según toda apariencia, el Führer dejó atrás a sus maestros de la Sociedad de Thule (o de otro sitio) y escapó a la influencia que algunos de ellos (no se sabrá nunca *cuáles*), hubieran querido tener sobre él. Y debía hacerlo puesto que era dueño, soberano de sí mismo, porque era uno de los rostros de "El-que-vuelve".

Y si la guerra tomó, bruscamente, el signo contrario; si en Stalingrado (según algunos situada donde estuvo la antigua Asgard, fortaleza de los dioses germánicos) se decidió la

---

[1] Hermann Rauschning: "Hitler m'a dit", 13ª edición francesa, pág. 84.

[2] Frau Ilse Hess publicó dos recopilaciones de cartas de su esposo prisionero: "Londres, Nuremberg, Spandau" y "Prisionner de la Paix".

[3] Hess murió asesinado, al parecer, el día 17 de Agosto de 1987, en la prisión de Spandau, demolida casi inmediatamente después para evitar, sin duda, que la fortaleza se convirtiera en lugar de peregrinación (N. del T.).

irreparable caída fue porque, por alguna oculta razón, *debía* ser así. Además, a los dieciséis años, en las afueras de su querida ciudad de Linz, en la cima del Freienberg, bajo el cielo nocturno, ¿no tuvo ya esa revelación?

La causa material inmediata, o más bien el motivo del fatal giro, fue, no un error de estrategia del Führer —que, como es reconocido, no se equivocó nunca en este aspecto—, sino cierta rigidez, tan repentina como desgraciada, en su actitud hacia el adversario. En otro tiempo, también Sigfrido, el superhombre, dio prueba de un orgullo pleno de consecuencias al negarse a devolver a las Hijas del Rhin el anillo que por derecho les pertenecía, no por dar la impresión de ceder ante una amenaza, ante el miedo. Este gesto hubiera salvado Asgard y a los dioses. La negativa del héroe les precipitó en su caída. Sin duda, también el nuevo Sigfrido, por no parecer "débil" —aunque nadie le hubiera desafiado— se negó a utilizar, como ciertamente hubiera podido, la buena voluntad de las poblaciones de Ucrania —*anti*-comunistas que aspiraban a su autonomía— que habían recibido a los soldados alemanes como a liberadores.

¿Lo hizo conscientemente, dándose cuenta que la pérdida de la guerra, inscrita en los astros desde toda la eternidad, era una catástrofe necesaria para Alemania y todo el mundo ario, al que sólo la prueba del fuego podría purificar un día? Sólo los dioses lo saben. La rapidez con la que Alemania, ya desde los primeros años de la posguerra, mordió el anzuelo de la prosperidad material *carente* de ideal, muestra cómo, pese a las grandes concentraciones nacionalsocialistas, no se había desprendido completamente de su confortable moralismo humanitario, y que tanto en lo "político" como más profundamente, en el dominio de los valores, sólo superficialmente se había armado frente al judaísmo.

Es verdad que, en su célebre testamento, el Führer se dirige a los Arios —a *todos* los Arios, comprendidos los no alemanes— "*de los siglos venideros*", exortándoles a "conservar su

sangre pura", a combatir las doctrinas de la subversión, en particular el comunismo, a confiar en sí mismos y a permanecer invenciblemente unidos al ideal aristocrático por el cual él mismo luchó. El *partido* nacionalsocialista puede ser disuelto; el nombre del Führer proscrito, sus fieles perseguidos, obligados al silencio, dispersados. Pero el hitlerismo, que se ha alimentado en la fuente del conocimiento suprahumano, no puede morir.

También es verdad que no todos los hombres de la *Ahnenerbe* fueron colgados como "criminales de guerra" después de 1945, ni asesinados lentamente en los calabozos o los campos de concentración de los vencedores. Algunos de ellos parecieron gozar incluso de una extraña inmunidad, como si un círculo mágico les hubiera rodeado y protegido, hasta delante de sus "jueces" de los procesos de Nuremberg.

Según André Brissaud, la sección de la Ahnenerbe que se ocupaba especialmente de doctrinas esotéricas tenía "un eminente colaborador en la persona de Friedrich Hielscher, amigo del explorador sueco Sven Hedin, de Karl Haushofer, Wolfram Sievers, Ernst Jünger e incluso de… Martin Buber, filósofo judío" [1] (¿por qué no, en efecto, su ese judío había alcanzado un alto grado de conocimiento en la "metafísica pura", y no tenía ninguna actividad política? ¿No escribió D. H. Lawrence en algún sitio [2] que "las flores se encuentran y mezclan sus colores en la cima"?). André Brissaud "no sabe" si Friedrich Hielscher era miembro de la *Thulegesellschaft*..., lo supone. Pero sabe que este oficial superior SS "desempeñó un gran papel en la actividad secreta-esotérica de la *Ahnenerbe*, y tuvo una gran influencia sobre su discípulo, el Dr. Wolfram Sievers" [3], *SS-Standartenführer* y secretario general de dicho instituto. "Durante el proceso de este último en Nuremberg", continúa el historiador de la "Orden Negra", "Friedrich Hielscher, *que no fue perseguido*, fue a atestiguar

---

1 André Brissaud, "Hitler et l'Ordre Noir", pág. 285.
2 En "Le Serpent à Plumes" ("La Serpiente con Plumas").
3 André Brissaud, "Hitler et l'Ordre Noir", p. 285.

de un modo curioso: hizo chistes políticos para "ahogar el veneno" y mantuvo conversaciones racistas voluntariamente absurdas *pero no dijo nada sobre la Ahnenerbe. Sievers tampoco habló.* Escuchó la enumeración de sus "crímenes" con una aparente serenidad y se oyó condenar a muerte con una indiferencia total. Hielscher obtuvo de los Aliados la autorización para acompañar a Sievers a la horca, y fue con él con quien el condenado rezó *las oraciones particulares de un culto del que jamás habló,* ni en el curso de los interrogatorios, ni en su proceso" [1].

Uno puede preguntarse cuántos antiguos SS, miembros como Hielscher de alguna sección de la *Ahnenerbe* —esa guardiana de la ortodoxia profunda del Hitlerismo, es decir del conocimiento esotérico que constituye su base— escaparon a la venganza de los vencedores y viven todavía en no importa qué lugar de la superficie de nuestra Tierra. Quizás en la misma Alemania, donde las gentes pasan a su lado y no les conocen, pues llevan el *Tarnhelm* del divino Sigfrido: el casco que permite al guerrero adoptar la forma que desee, e incluso volverse invisible. Sería todavía más interesante saber cuántos *jóvenes* de menos de veinticinco años están afiliados, en el más absoluto secreto, a la fraternidad de los caballeros de la "Orden Negra", cuyo "honor se llama lealtad", y que están dispuestos ya, bajo la dirección de los antiguos, a subir los escalones iniciáticos —o que han subido ya los primeros.

Libros como los de André Brissaud, René Allau, o quienquiera que sea, nunca darán a los curiosos una información sobre ese tema con la que no pueden hacer nada y que, una vez en su posesión, podría propalarse mediante irresponsables charlatanerías.

Para los verdaderos discípulos del Führer, lo hayan conocido o no en el mundo visible, la existencia de tal red ultrasecreta, pan-europea, es decir, pan-aria, no ofrece ninguna duda. La razón de ser de esta fraternidad invisible y silenciosa es

[1] André Brissaud, "Hitler et l'Ordre Noir", págs. 285-286.

precisamente conservar el núcleo del conocimiento tradicional —más que humano— en el cual está basado el hitlerismo, y que asegura su perennidad.

Los hitlerianos sinceros, pero todavía sin experiencia en la iniciación, vendrán a ella su los maestros guardianes de la fe, los juzgan dignos de ello. Pero entonces, ya no hablarán más que Friedrich Hielscher o Wolfram Sievers, o tantos otros. “El que habla no sabe, el que sabe no habla”, decía Lao-Tse, cuya sabiduría permanece intangible y entera, aunque su país —la antiquísima China— la haya rechazado hoy.

CAPÍTULO XI

LA IRREMEDIABLE DECADENCIA

“Non plus géant, semblable aux Esprits, fier et libre,
Et toujours indompté, sinon victorieux;
Mais servile, rampant, rusé lâche, envieux,
L’homme pullulers de noveau sous les cieux”. [1]

Leconte de Lisle (Qaîn; Poèmes Barbares).

“Un air impur étreint le globe dépouillé
Des bois qui l’abritaient de leur manteau sublime;
Les monts sous des pieds vils ont abaissé leur cime,
Le sein mystérieux de la mer est souillé”. [2]

Leconte de Lisle (L’Anathème; Poèmes Barbares).

La perennidad del Hitlerismo, como expresión en nuestra época de la Tradición eterna, más que humana —y en particular como expresión de la forma germánica de dicha Tradición— no

[1] “No ya gigante, semejante a los espíritus, orgulloso y libre,
y siempre indomable, cuando no victorioso,
sino servil, rastrero, astuto cobarde, envidioso,
carne helada donde ya nada fermenta ni vibra.
El hombre prolifera de nuevo bajo los cielos”.

[2] “Un aire impuro estremece al globo despejado
de los bosques que le cubrían con su abrigo sublime;
los montes, bajo viles pies, han rebajado su cima;
el seno misterioso del mar está sucio”.

significa, de ninguna manera, el resurgimiento *de la nueva civilización* que se estaba forjando en el marco del III Reich.

Como he tratado de demostrar en otro estudio [1], todos los jefes religiosos o políticos (o ambas cosas a la vez), que actúan contra la decadencia, contra los falsos valores, inseparables de la pueril sobreestimación de “el hombre”, fracasan a la larga, incluso aunque parezcan triunfar —pues la decadencia es el sentido mismo del tiempo, contra el cual, durante el curso de un ciclo, nadie podría erigirse *victoriosamente* para siempre. A pesar de todo, hay quienes logran edificar una civilización vinculada, en sus principios básicos, a alguna forma particular de la Tradición. Llegan a conseguirlo al precio de ciertos indispensables compromisos en el plano *exotérico* —lo que les asegura el fervor permanente de las masas, como consecuencia del éxito espectacular. Siglos después de su muerte, una legislación basada en su enseñanza rige todavía a ciertos Estados, cuando no continentes enteros. Cuanto más tardío (cuanto más avanzado esté el ciclo) sea su puesto en la sucesión de los que han intentado un “enderezamiento”, más pronto se disgrega su obra; si “volvieran” casi no podrían reconocer las civilizaciones por ellos fundadas, en lo que, en el transcurso del tiempo, de ellas hubiera quedado; pero dejaron algo visible, algo penosamente esclerotizado —incluso degenerado— pero, al menos, históricamente importante.

Pero hay otros, cuya creación contra las tendencias directivas de su tiempo termina con ellos. Esto ocurre cuando los jefes inspirados rechazan esos compromisos que, cada vez más, a medida que las edades se suceden, son la condición *sine qua non* para el éxito en este mundo. Y ocurre cuando tales jefes viven y actúan en una época “condenada”, es decir, una época en que un “enderezamiento” de cierta envergadura (y cierta duración) ya no es posible —*cualesquiera que sean el valor y la habilidad de los que toman*

[1] En “The Lightning and the Sun”, libro terminado en 1956 y publicado en Calcuta en 1958.

la iniciativa. Entonces solamente Kalki, el último de los *avataras* de Vishnú —o como quiera que los hombres vinculados a las diversas expresiones de la Tradición única le llamen— "triunfará" en un combate a contracorriente del tiempo. Y entonces este éxito será total. Y consistirá nada menos que en el trastrocamiento absoluto de los valores que caracterizan el fin de un mundo y en el nacimiento de un mundo desconocido y durante mucho tiempo impensable. Acompañado por destrucciones sin precedente, significará el fin de este ciclo, el fin de la Edad Oscura, de la que ya nada de bueno puede nacer; el fin de esta humanidad maldita, y la aparición de condiciones de vida y medios de expresión semejantes a los de cada Edad de Oro.

Después de pasar el límite, antes del cual hubiera sido posible todavía un gran enderezamiento —después de lo que Virgil Ghéorghiou llama "la hora veinticinco"—, los jefes que han dirigido, o dirigirán, alguna fase de la eterna lucha "contra el tiempo", no han podido, ni podrán, dejar tras de sí, en este mundo visible y tangible, más que un puñado de discípulos clandestinos. Y éstos no podrán esperar nada, salvo la venida de Kalki; o del Soashyant de los mazdeos; del Buda Maitreya de los budistas; del Cristo glorioso y combatiente en su "segunda venida" [1], al que esperan los cristianos; del Mahdi de los mahometanos; del inmortal emperador de los germanos, resurgido en armas de su enigmática caverna, a la cabeza de sus caballeros justicieros. El que viene por última vez en el curso de nuestro ciclo, lleva muchos nombres. Pero es el mismo, bajo cada uno de ellos.

Ahora bien, se le reconoce por sus hechos, es decir, por su victoria total, seguida por la deslumbrante aurora del siguiente ciclo: por el nuevo *Satya Yuga*, o Edad de la Verdad.

La derrota en este mundo de un jefe que ha combatido contra la decadencia universal, es decir contra el sentido mismo

---

1 La "Deutére Parousie" de la que habla la Iglesia griega ortodoxa La "Deutére Parousie" de la que habla la Iglesia griega ortodoxa.

del tiempo, demuestra que ese jefe, por grande que haya sido, no era Él. Podía muy bien haber sido Él *en cuanto a su esencia*: el Salvador eterno, no del hombre, sino de la vida, "vuelve" innumerables veces. Pero ciertamente no era Él, bajo su forma última; forma bajo la cual reaparece al final de todo ciclo. *Adolf Hitler no era Kalki*, aunque haya sido, lo mismo, esencialmente hablando, que el antiguo Rama Chandra, el Krishna *histórico*, Sigfrido, o el profeta Mahoma —el jefe de una verdadera "guerra santa" es decir, el jefe de un combate incesante contra las fuerzas de desintegración; contra las fuerzas del abismo. Adolf Hitler, como todo gran combatiente contra la corriente del tiempo, era un precursor de Kalki. Era, *en cuanto a su esencia*, el emperador de la caverna. Con él, éste reapareció, intensamente despierto y en armas, como ya había aparecido antes bajo la figura de diversos grandes jefes alemanes, en particular de Federico II de Prusia, al que Adolf Hitler tanto admiraba. *Pero no era su última y definitiva reaparición en este ciclo*.

En los dos casos el emperador dormido se había despertado a la llamada angustiosa de su pueblo. Llevado por el entusiasmo de la acción y acompañado por sus fieles barones, dio unos pasos fuera de la caverna. Después volvió a penetrar en la sombra, al decirle los omniscientes cuervos que, a pesar de los impresionantes signos todavía "no era la hora". Federico II fundó las Logias Antiguas Prusianas, gracias a las cuales la verdad más que humana continuó transmitiéndose entre algunas generaciones de iniciados. Adolf Hitler dejó su admirable Testamento, en el cual también exhorta a los mejores para que conserven su sangre pura, resistan a la invasión del error y la mentira (de la *contra*-Tradición) *y a que esperen*.

Él sabía que la "hora veinticinco" había sonado y desde hacía tiempo. Como he recordado, tuvo a los dieciséis años la visión anticipada de su propio combate, materialmente inútil, pero a pesar de todo necesario.

Como alemán, como ario, como hombre consciente de la excelencia de la raza aria, independientemente del hecho de ser parte integrante de la misma, Adolf Hitler quería ardientemente vencer al enemigo coaligado contra él y contra su pueblo. Deseaba con todas sus fuerzas, con todo su genio, la construcción de una sociedad superior *duradera*, reflejo visible del orden cósmico; el Reich de sus sueños. Y lo deseaba contra toda esperanza, contra toda razón, en el desmesurado esfuerzo para detener a cualquier precio el nivelamiento, el embrutecimiento, la fealdad de la raza más bella y más dotada; para prevenir e impedir para siempre la reducción de esa variedad de hombres al estado de *masa* sin raza y sin carácter. Y luchó, con toda la amargura del artista, contra la destrucción desvergonzada del medio natural vivo y bello, hecho en el cual vio, muy justamente, un signo, cada día más patente, de la inminente victoria de las fuerzas de la desintegración. Su irracional confianza en una salvación *in extremis*, gracias al "arma secreta"; su espera febril, en el Berlín en llamas, de la entrada en acción del "ejército del general Wenck", que ya no existía, recuerdan, en su dramática absurdidad, sea lo que sea lo que piensen los cristianos, la actitud de Cristo en Getsemaní —orando para que se apartara de sus labios el cáliz del sufrimiento, el cual, sin embargo, había venido a beber hasta la hez.

Adolf Hitler —y esto tanto más cuanto que era un combatiente *contra* el tiempo, cuyo reino, si bien pertenecía a lo eterno, *también* era de este mundo— se agarró hasta el final a la ilusión de una victoria total y, a pesar de todo, de un enderezamiento inmediato. Y se agarró a esta idea, repito, en tanto que alemán y en tanto que hombre. *Como iniciado*, sabía que sólo era una ilusión; que era "demasiado tarde". Lo sabía desde 1905; desde aquella noche extraordinaria en la cima del Freienberg. Y los verdaderos jefes de la "Orden Negra" —en particular los de la sección Ahnenerbe—, sabedores como él de lo inevitable, conscientes como él de la fatalidad del ciclo

próximo a su fin, preparaban, ya *antes* de 1945, la supervivencia clandestina de *lo esencial*, aún después del hundimiento de la Alemania nacionalsocialista.

Y nosotros que somos sus seguidores, de ellos y de él, sabemos que no habrá nunca más civilización hitleriana.

> "Non, vous n'espérez plus de nous revoir encor,
> Sacrés murs que n'a pu conserver mon Hector" [1]

Recuerdo esos versos que Racine pone en boca de Andrómaca, en la escena IV del primer acto de su tragedia de este nombre. Y pienso que los grandes desfiles al ritmo de la *Horst Wessel Lied*, bajo los pliegues del estandarte rojo, blanco y negro, con la cruz gamada, y toda la gloria que fue el III Reich alemán, núcleo de un imperio pan-ario, han quedado tan irrevocablemente lejanos como los fastos de la prestigiosa Troya; tan igualmente "pasados" e inmortales, pues algún día la leyenda los recreará, cuando la poesía épica sea de nuevo una necesidad colectiva.

El que vuelve de edad en edad, destructor y conservador a un tiempo, hará de nuevo su aparición al final de nuestro ciclo, con el fin de abrir a los mejores la Edad de Oro del ciclo siguiente. Adolf Hitler le esperaba. En 1928 decía a Hans Grimm: "Sé que no soy el que ha de venir" —es decir *el último*, y el único de los hombres contra el tiempo que vencerá absolutamente, al final de nuestro ciclo. "Yo solamente me encargo de la tarea de preparación más urgente (*die dringlichste Vorarbeit*), pues no hay nadie para encargarse de ella" [2].

Alguien inconmensurablemente *más duro* que él realizará la tarea final —la tarea de enderezamiento sobre los despojos de

---

[1] "No, no esperéis volver a vernos
sagrados muros que mi Héctor no pudo conservar".

[2] Citado antes en el capítulo 8.

una humanidad que, al poseer un cerebro capaz de calcular, se creyó que todo estaba permitido, y mereció justificadamente su decadencia y su ruina.

* * * *

¿**Q**ué quiere decir la imposibilidad irrevocable de "enderezamiento" —en el sentido en que lo entendería un seguidor de la teoría cíclica de la Historia (como en las Indias, cualquier hindú ortodoxo, y como en Occidente un René Guénon, o un Evola)? Quiere decir —y esto puede parecer una "perogrullada"— que conociendo la marcha de los acontecimientos y de las corrientes de pensamiento, y la evolución del mundo humano y no humano desde que existe una historia, es decir desde que existen vestigios y documentos, estamos en disposición de hacernos una idea, tan poco arbitraria como posible, del pasado.

Sólo podemos remontarnos algunos milenios, si queremos atenernos a la historia propiamente dicha, es decir a un pasado humano más o menos *explicable*. Como mucho nos remontaríamos hacia atrás unas decenas de miles de años, partiendo de algunos objetos de arte, misteriosamente conservados, cuyo uso y significación no conocemos, pero cuya perfección sin embargo admiramos.

Hace algunos años, en el museo del castillo de Foix, vi una estatuilla de sílex modelada de tal forma, con tal expresión, que ninguna de las obras maestras de Tanagra la supera en belleza. El guía me dijo que el anónimo escultor de esa maravilla vivió hace treinta mil años. ¿Qué quiso hacer al pasar varios años de su vida dando alma a ese insignificante fragmento de la piedra más dura que existe? ¿Quiso representar una divinidad —una forma concreta que le ayudara, además de otras, a la concentración del espíritu, primer paso hacia la "realización de lo impensable"? ¿Quiso inmortalizar un rostro amado? ¿Atraer hacia

un punto fuerzas dispersas (¿cuáles?) con un fin determinado? ¿Cuál? Únicamente los hombres que viven “en lo eterno” y que, a través de un objeto creado, pueden entrar en contacto efectivo con su creador, para ellos presente, podrían contestar. Yo no puedo hacerlo. Pero sé la impresión profunda que esa estatuilla me dejó: la impresión de un mundo prohibido, separado del nuestro por una suerte de velo impenetrable, y de una *calidad* muy superior a la del nuestro; de un mundo en que “el hombre medio” —el simple artesano— estaba mucho más cerca de la realidad oculta que los más grandes de nuestros artistas relativamente recientes (no digamos de los productores de “arte moderno”).

¡Treinta mil años! En la perpetuidad sin comienzo ni fin, era ayer. Algunos arqueólogos cuyas deducciones no puedo juzgar por mi ignorancia, atribuyen diez veces esa edad a los enigmáticos bloques tallados y esculpidos de Tiahuanaco. Es todavía ayer, aún admitiendo que dicen la verdad, o que no se equivocan más que en algunos milenios. Más allá de un cierto alejamiento en el pasado, es difícil distinguir diferencias. Esto mismo se aplica al corto período de tiempo que representa una vida humana. Por increíble que pueda parecer, mis más antiguos recuerdos claros se remontan a cuando tenía entre año y medio y dos años. Recuerdo muy bien al piso en el que mis padres vivían por entonces, incluidos los muebles. Y la impresión que me causaban ciertos muñecos, así como varios episodios conectados con el cochecito donde mi madre me paseaba. Pero esos recuerdos, que se remontan a 1907, me parecen muy poco más antiguos que la primera película que vi, “Quo Vadis?” —en Abril de 1912, fecha que recuerdo porque iba la película precedida de “actualidades”, de las que la más importante y la única que se grabó en mi memoria fue la del hundimiento del “Titanic”. Si viviera varios siglos, podría sin duda “en el mismo plano” los recuerdos relacionados con los diez y cincuenta años (de la misma

forma que el Egipto "*pre*-dinástico" y el del faraón Tjeser [1], me parecen, en la niebla del tiempo, casi contemporáneos.

Los sabios, los especialistas en la prehistoria pueden hablar de los distintos pasos en el camino recorrido por los hombres creadores —a los que no conocemos. Lo único que puedo decir yo es que todos evocan un pasado que, en todo lo que para mí *cuenta*, y en particular en *belleza*, sobrepasa extrañamente al presente que observo a mi alrededor.

A mí, como a todo el mundo, se me ha enseñado que el hombre prehistórico era un "bárbaro", del que tendría miedo si, por efecto de algún milagro, me encontrara en su presencia. Lo dudo mucho cuando pienso en la perfección de los cráneos de la "raza de Cro-Magnon", de capacidad superior a los de los hombres más bellos e inteligentes del presente. Lo dudo cuando rememoro los extraordinarios frescos de Lascaux o Altamira —el rigor del dibujo, la frescura y el armonioso ensamblaje de los colores, la irresistible sugestión del movimiento— y sobre todo, cuando los comparo con esas pinturas decadentes, sin contornos, y lo que es más, sin relación alguna con la sana realidad visible o invisible, a las que las autoridades culturales del III Reich juzgaban dignas (con razón) de adornar el "museo de los horrores". Y dudo de ellos también cuando pienso que en esas grutas no ha sido encontrado ningún rastro de piedras ennegrecidas por el humo.

De esto se deduciría que los artistas de hace doce mil años —o más [2]— no trabajaban ni a la luz de antorchas no a la de lámparas de mecha. ¿Qué iluminación artificial conocían, que les permitía decorar las paredes de grutas tan oscuras como calabozos? ¿O es que poseían esa superioridad (sobre nosotros y nuestros predecesores de las grandes épocas de arte) física de

---

1 "The great King of the IIIrd. Dynasty" (H. R. Hall; "Ancient History of the Near East", novena edición).

2 Las pinturas de las grutas de Lascaux datan del "magdaleniense medio" (Larousse).

poder *ver* a través de las más espesas tinieblas hasta el punto de poder orientarse en ellas y trabajar sin luz? Si así era —como algunos (¿equivocadamente?) han supuesto— la reacción normal de un espíritu que ama la perfección, debería ser, al menos frente a *esos* representantes de la prehistoria, no una angustia retrospectiva sino una admiración sin reservas.

Remontarse más allá de toda época en que seguramente vivieron hombres creadores de arte *y de símbolos*, sería tomar postura en la vieja controversia de los orígenes biológicos del hombre. ¿Podemos hacerlo, sin entrar al dominio de la pura hipótesis? ¿Es que se pueden ver, en los vestigios clasificables de un pasado de un millón de años o más, las "pruebas" de una filiación corporal cualquiera entre ciertos primates de especies extinguidas y "el hombre" —o ciertas razas de hombres— como lo ha hecho R. Andrey sobre la base de las observaciones de un número impresionante de paleontólogos? La afirmación de que ciertos primates "homínidos" de especies extrañas, o incluso vivas, serían más bien especímenes de muy viejas razas humanas degeneradas, ¿no explicaría mucho mejor los datos de la experiencia? Los hombres de las razas muy inferiores de la actualidad, a los que equivocadamente se les llama "primitivos", no son sino restos esclerotizados de civilizaciones que, ya en la noche de los tiempos, perdieron todo contacto con la fuente viva de su antigua sabiduría. ¿No podrían ser también los primates "homínidos", restos de hombres, despojos supervivientes de ciclos ya acabados, más bien que representantes de razas humanas "en gestación"? Puesto que no soy ni paleontóloga ni bióloga, prefiero permanecer al margen de estas discusiones, a las que no puedo aportar ningún argumento válido. El espíritu científico no permite hablar de lo que no se sabe.

A decir verdad, no sé ni la edad de las ruinas de Tiahuanaco —o de Machu Picchu— ni el secreto del transporte y la erección de monolitos de cientos de toneladas de peso; ni el de la pintura —¡y *qué* pintura!— sin antorchas ni lámparas, en grutas

tan oscuras como hornos o como calabozos de la Edad Media. Pero sé que los seres humanos que pintaron esos frescos, erigieron esos bloques, que grabaron en la piedra un calendario más complejo y preciso que el nuestro, según el cual se ha querido dar una edad aproximada a la civilización de Tiahuanaco, eran superiores a los hombres que veo a mi alrededor —superiores incluso a esos camaradas de lucha, ante los que me siento pequeña.

Y les eran superiores, no ciertamente en cuanto a la capacidad, que comparten todos los hombres modernos, para obtener resultados inmediatos a voluntad, nada más que apretando botones, sino en la capacidad de ver, oír, sentir, *conocer directamente*, tanto el mundo visible, próximo o lejano, como el mundo invisible de las esencias. Estaban más cerca de nosotros, y más cerca también de nuestros más notables predecesores de las civilizaciones "históricas" más perfectas, de ese estado edénico, privilegio del hombre no caído —del que hablan todas las formas de la Tradición, refiriéndolo al principio de los tiempos. Si no todos eran sabios, había proporcionadamente muchos más iniciados que incluso en nuestra más lejana Antigüedad histórica.

Pero esto no es todo. Su mundo visible era infinitamente más bello que el que se extiende en la vecindad de las grandes aglomeraciones humanas. Era mucho más bello porque había *menos* hombres, y muchos animales, y árboles, e inmensos espacios inviolados.

No hay peor enemigo de la belleza del mundo que la proliferación ilimitada del hombre. No hay peor enemigo para la *calidad* del hombre mismo que esa proliferación. Es preciso repetirlo continuamente: hay que elegir entre "cantidad" y "calidad".

La historia de nuestro ciclo es —como la de *todo ciclo*— la historia de un combate indefinidamente prolongado entre la calidad y la cantidad, hasta la victoria de esta última: victoria completa, pero muy corta, puesto que coincide forzosamente con

el *fin* del ciclo, y la venida del Vengador, a quien le llamado con su nombre sánscrito: Kalki.

Cuando digo que la tentativa heroica, pero prácticamente inútil, que representa el hitlerismo, es la última —a partir de la cual cualquier esfuerzo de alguna magnitud a contracorriente del tiempo, está abocada al fracaso inmediato— es porque no conozco, en el mundo actual, ninguna fuerza capaz de parar la decadencia universal, capaz en particular de reducir despiadadamente el *número* de los hombres, realzando al mismo tiempo la *calidad* de los supervivientes; ninguna fuerza salvo una: la de Kalki, único defensor, plenamente victorioso, de las potencias de la luz y de la vida. A pesar de los medios y el prestigio de los que disponía, Adolf Hitler no pudo crear —*re-crear*— las condiciones que eran y siguen siendo indispensables para la eclosión de una Edad de Oro. No pudo suprimir la técnica, ni reducir *en el mundo entero* el número de los hombres, en el orden por lo menos de una milésima de los que hoy son, es decir prácticamente los que debía haber en los siglos que han precedido a nuestra Edad Oscura.

Es posible e incluso probable que, *victorioso*, hubiera intentado hacerlo, gradualmente. Sería necesario además que su victoria hubiese sido total, y no sólo a escala europea, sino mundial; y que no hubiera en la Tierra poder rival al suyo, que pudiera contrarrestar su obra. Pero entonces hubiese sido el mismo Kalki, y viviríamos hoy en la aurora de un nuevo ciclo. De hecho, él tenía necesidad de la técnica y por lo menos, de una población *alemana* cada vez más numerosa, para combatir, en las condiciones actuales, a contracorriente del tiempo. Aunque había parcialmente triunfado en el plano material —como algunos de sus grandes predecesores que dejaron tras ellos nuevas civilizaciones— su obra, al estar inserta en una época tan próxima al fin del ciclo, hubiera durado muy poco. Todo hace suponer que se habría deteriorado en unos cuantos años, dados el egoísmo sórdido y la estupidez de la inmensa mayoría de nuestros

contemporáneos, incluso de las mejores razas. El cocinero más hábil no puede preparar una tortilla sana y apetitosa con huevos podridos. Por atroz que nos pueda parecer, con sus consecuencias a corto y largo plazo, era preferible la derrota militar de 1945, que la degeneración galopante de una civilización hitleriana aparecida demasiado tarde —después de cerrarse definitivamente la era de los enderezamientos posibles, aunque efímeros.

Hasta en el hundimiento del III Reich alemán, hasta en el horror de los últimos días del Führer y sus fieles en el *Bunker* de la Cancillería bajo el brasero en que se había convertido Berlín, hay una grandeza digna de las tragedias de Esquilo o de la tetralogía wagneriana. El combate sin debilidad ni esperanza del héroe sobrehumano contra el inflexible Destino —el suyo, y el del mundo— se representó allí, sin duda, por última vez. La *próxima vez*, no serán gigantes ni semidioses los que sufran la inevitable destrucción, sino miserables enanos —millares de enanos, banalmente feos, sin carácter, que desaparecerán ante el Vengador como un hormiguero anegado por un río de lava. De todas formas, sobrevivamos o no al doloroso nacimiento del nuevo ciclo, *no* estaremos nunca entre esos enanos. La prueba de 1945 y sobre todo la de los años de posguerra —la prueba, pasada victoriosamente, de la prosperidad tentadora— ha hecho de nosotros lo que somos. Y en el rugido de poder desatado que marcará el fin del todo lo que despreciamos tan cordialmente, saludaremos con un escalofrío de éxtasis a la voz de la venganza divina, cuyo triunfo será el nuestro —aún si perecemos.

¡Mejor ésto, cien veces, que la participación en la degeneración universal con un título glorioso, pero vacío cada vez más de todo significado! —lo que hubiera pasado, si el Reich victorioso hubiera sobrevivido a la "hora veinticinco".

* * * *

¿**Q**ué queda por hacer entonces a los que viven *ahora*, entregados cuerpo y alma a nuestro ideal de perfección visible (e invisible) en todos los planos? A escala mundial, o incluso nacional, *estrictamente nada*. Es demasiado tarde. La "hora veinticinco" sonó hace ya demasiado tiempo.

A escala individual, o al menos "restringida", queda el preservar, en la medida en que esto está todavía en nuestras manos, la belleza del mundo —humana, animal, vegetal, inanimada; *toda* belleza— a vigilar obstinada y eficientemente por las minorías de elite, dispuestos a defenderlas a cualquier precio —a *todas* las minorías nobles, ya se trate de los arios de Europa, Asia o América, conscientes de la excelencia de su raza común, de los espléndidos grandes felinos amenazados de extinción, de los nobles árboles amenazados por los bulldozer, con vistas a la instalación sobre su suelo nutricio de invasoras multitudes de mamíferos con dos patas, menos bellos e inocentes que ellos. Queda vigilar y resistir; y ayudar a toda *bella* minoría atacada por los agentes del caos; resistir, incluso aunque esto no haga sino retardar por algunas décadas la desaparición de los últimos aristócratas, hombres, animales o árboles. No hay otra cosa que se pueda hacer, sino, quizás, maldecir en el corazón, día y noche, a la humanidad actual (salvo muy raras excepciones), y trabajar, con todo ahínco para su aniquilamiento. Nada hay por hacer, salvo hacerse responsable del fin del ciclo, deseándolo sin cesar por lo menos, sabiendo que el pensamiento —sobre todo el pensamiento *dirigido*— es también una fuerza, y que lo invisible rige a lo visible.

¡Tú, que eres de los nuestros —hijo y padre de fuertes y bellos—, mira a tu alrededor sin prejuicios y sin pasión, y di lo que ves! De un extremo a otro de la Tierra, los fuertes retroceden ante los débiles armados de ingeniosa malicia; los bellos, ante los enclenques, los deformes, los feos, armados con engaños; los sanos, ante los enfermos armados con recetas arrancadas a los demonios, con quienes han pactado. Los gigantes ceden ante los

enanos detentadores de divino poder, usurpado por medio de investigaciones sacrílegas. Todo esto se puede ver, más claramente que nunca, desde el desastre de 1945.

Pero esto no data de 1945. ¡No! El hundimiento del III Reich alemán y la persecución de la religión de los fuertes, desde entonces más encarnizada que nunca, no son sino consecuencia de una lucha desesperada, tan antigua como la caída del hombre y el fin de la "Edad de la Verdad". Son las fases recientes de una gradual e inexorable pérdida de terreno, que dura ya milenios, y es más *aparente* después de nuestro infructuoso esfuerzo para obstaculizarla.

Contempla los árboles. Son los más antiguos de entre los fuertes. Nuestros hermanos mayores: los viejos reyes de la creación. Durante millones de años, solamente ellos poseyeron la Tierra. ¡Y qué bella debía ser la Tierra cuando únicamente les alimentaba a ellos, aparte de algunos insectos gigantes, y a la naciente vida del seno de los océanos!

Los dioses saben de mi entusiasmo al ver las resucitadas industrias de la cuenca del Ruhr, a mi vuelta a Alemania en 1953. En cada nube de peróxido de nitrógeno que salía en forma de ardientes volutas de las chimeneas de las fábricas reconstruidas, me imaginaba un nuevo y victorioso desafío al infame plan Morgenthau. Y sin embargo... una imagen me fascina: la cuenca del Ruhr en la época en que la futura hulla que, con el hierro, le da hoy su riqueza, estaba todavía "en potencia" bajo la forma de bosques sin fin de helechos arborescentes. Imagino esos helechos de cincuenta metros de alto, apretados en el infinito unos contra otros, rivalizando en fuerza en su empuje hacia la luz y el sol. Tan espeso era el techo, siempre verde, formado por las hojas entrelazadas, que entre sus troncos innumerables era siempre de noche —una noche húmeda, pesada de vapores que se elevaban desde el caliente y negruzco vaso, en el que hundían sus raíces; noche que el viento, soplando a través de las frondosidades, llenaba de armonioso gemido, o llena de bullicio por las lluvias

torrenciales. Por donde hoy se encuentran las minas hulleras se extendían entonces tales bosques.

Pero para mí, hay todavía una imagen más nostálgica. La del bosque de múltiples esencias, poblado de pájaros de abigarrados colores, reptiles magníficamente pintados de pardo, amarillo pálido, de ámbar y ébano, y mamíferos de toda especie —en particular felinos: los más bellos entre los seres vivos— centenares de milenios antes de la aparición del hombre en la tierra, y de la época en que el hombre, poco numeroso, no era todavía la bestia dañina en que se ha convertido. Entonces, el dominio de los árboles se extendía casi por todo. Y era *también* el dominio de los animales. Englobaba también a las antiguas civilizaciones, que fueron las más bellas. Y el hombre, a quien el sueño de "dominar la Naturaleza" y de trastornar el equilibrio de ésta en su provecho, hubiera parecido entonces absurdo y sacrílego, encontraba normal su inferioridad numérica. En una de sus más sugestivas evocaciones poéticas de la India antigua, Leconte de Lisle hace decir a uno de sus personajes:

> "Je connais des sentiers étroits, mystérieux,
> Qui conduisent du fleuve aux montagnes prochaines.
> Les grands trigres rayés y rôdent par centaines..." [1]

En las húmedas y calientes selvas de las orillas del Ganges (o del Mekong) estaban los tigres, los leopardos y los elefantes. En el norte de Asia y de Europa, los uros y los lobos, por miles, millones. Los primeros cazadores —los primeros pastores, rivales de los depredadores de cuatro patas— mataban algunos, claro, con el fin de guardar para sí solos la carne de los ganados domesticados. Pero del bosque ilimitado, salían otros. El

---

[1] "Conozco senderos estrechos, misteriosos,
que conducen del río a las cercanas montañas.
Los grandes tigres rayados, a centenares, los rodean..."
Leconte de Lisle, "Gunacépa" ("Poèmes Antiques

equilibrio natural entre las especies no se había roto todavía, y no se habría de romper por mucho tiempo. Lo fue el día en que el bosque —o la sabana— retrocedió definitivamente ante el hombre; el día en que la "civilización" usurpó, sin freno, su dominio.

Durante siglos, la civilización estuvo destinada a permanecer confinada en regiones restringidas. En la Antigüedad, tanto en Egipto como en Asiria, en Siria, el norte de África, el sur de Europa incluso, se podían encontrar leones a algunos kilómetros de las ciudades. Todos los relatos de los antiguos, desde los narrados en la Biblia hasta las aventuras de Androcles (¡tan recientes, en comparación!) dan fe de ello. Y de que se les cazaba, ¡ay!, hay también abundantes testimonios, tanto escritos como esculpidos. Siempre he estado —yo, la amiga de los felinos— muy interesada en la lectura de la inscripción que relata los éxitos del joven Amenhotep III, y le atribuye el haber matado, en una sola batida, "ciento cuatro" de esas reales bestias. Y los célebres bajorrelieves del Museo de Oxford que, con terrible realismo —realismo cuyo secreto poseía el arte asirio en el más alto grado—, representan a Assur-nasirpal y su séquito en el acto de atravesar con flechas a todo un ejército de leones —algunos de ellos, con los riñones heridos, se retuercen, y parecen literalmente aullar de dolor— sólo me inspiran un ardiente odio hacia *el hombre*.

Y sin embargo... debo admitir que, ni en el alba del siglo catorce, ni en el curso del siglo noveno antes de la era cristiana, el hombre era, como lo sería más tarde, el azote del mundo viviente. Cazaba, es verdad, pero lo mismo que lo hacían otros depredadores. Poseía la flecha, que hiere de lejos, en lugar de la honesta garra y el diente que sólo alcanzan de cerca. Pero no exterminaba especies enteras, como después iba a hacerlo, y como no ha hecho nunca ningún otro animal de presa. El bosque, la sabana, el desierto —el espacio que el hombre no *podía* ocupar totalmente ni hacer sentir su presencia de una manera

permanente— seguían siendo el dominio libre si no inviolado, de la vida no humana. Todavía ninguna civilización había acaparado en provecho del hombre *todo* el territorio en el que florecía. Egipto mismo —cuyo pueblo era, con mucho, el más prolífico de la Antigüedad— conservaba, además de sus lujuriosos palmares, su fauna de leones, cocodrilos, hipopótamos. Y, lo que es más, gracias a las representaciones teriomórficas de la divinidad, y gracias sobre todo al piadoso amor con que rodeaba a ciertos animales —como los innumerables gatos, alimentados y mimados por las sacerdotisas de la Diosa Bastet [1] mantenía la civilización egipcia un lazo con esta fauna más sutil y más fuerte, comparable al que existe, hoy aún, entre el hindú y la vaca y ciertos monos y serpientes, entre otros animales simbólicos.

En estas condiciones, un observador superficial habría podido pensar que, a pesar de la caza, de los sacrificios, a pesar de vasto uso de los bosques tanto para la construcción de las casas como de los navíos, las especies animales y las esencias silvestres contaban con un porvenir infinitamente próspero.

Sin embargo, ya en esa época, lejana relativamente, el hombre se había convertido ya en "el único mamífero cuyo crecimiento numérico no cesa" [2]. En otras palabras, el equilibrio que durante tanto tiempo se había mantenido entre *todas* las especies vivientes, incluido el hombre, se había roto —desde hacía *ya varios siglos*— a favor de este último.

Es curioso observar que esta expansión, lenta todavía, quizás, pero *inexorable*, del mamífero con dos patas, comienza, según los investigadores, "alrededor de cuatro mil años antes de la era cristiana" [3], es decir, según la tradición hindú, algunos siglos

---

1 Estos gatos eran momificados tras su muerte. Se han encontrado cientos de miles, en las necrópolis donde habían sido depositados.

2 "...der cinzige Säuoer, der sich in ständieer Versehrung befindet" ("Tier", año undécimo, Nº5, pág. 44. Artículo: "Die überbevölkerung droht als nahe Weltkatastrophe").

3 Ibid.

antes del comienzo de la Edad Oscura, o *Kali Yuga*, en la que vivimos. No hay nada de extraño. El Kali Yuga es, por excelencia, la edad de la universal irremediable decadencia, imperceptible al comienzo del ciclo, después relativamente lenta, se acelera, hasta llegar a ser *en su fin*, vertiginosa. Es la edad en el curso de la cual se asiste cada vez más al derrumbamiento de los valores eternos en la vida de los pueblos, así como en la de la mayoría de los individuos, y la persecución, cada vez más encarnizada (y ¡ay! eficaz), de los seres que viven y quieren continuar viviendo según esos valores de la elite humana —de las elites de todas las civilizaciones tradicionales que, originalmente, son siempre elites biológicas— y del mundo animal y vegetal.

Es la edad durante la cual, contrariamente al orden primitivo, la cantidad tiene, cada vez más, mayor preponderancia que la calidad; en la que el ario digno de este nombre retrocede ante las masas de las razas inferiores, cada vez más numerosas, compactas, y uniformemente embadurnadas con la misma instrucción obligatoria. Es la edad también, en la que, por otra parte, el rey de los animales y, con él, todos los aristócratas de la jungla, retroceden ante el hombre medio (o inferior todavía al hombre medio) —menos bello que ellos, menos fuerte; sin duda, más lejos del arquetipo perfecto de su especie, que ellos del de la suya.

No es el triunfo del hombre tal como *nosotros* entendemos esta palabra; de ese "hombre-dios" del que habla Adolf Hitler en algunas conversaciones, relatadas por Rauschning. Este hombre ha muerto, a menudo bajo el uniforme de las SS, en todos los campos de batalla de la segunda guerra mundial, o en los calabozos de los vencedores de 1945, o colgado en sus horcas. Si excepcionalmente sobrevivió —o si, nacido tras el desastre, está entre nosotros adornado con toda su juventud— está en la más estricta clandestinidad. Vive en un mundo que no es el suyo y que nunca lo será, al menos hasta el día en que el emperador dormido —el que vuelve de edad en edad— salga definitivamente de la

sombra en que espera, y vuelva a construir lo visible a imagen de lo eterno. Hasta ese día el superhombre, o al menos el candidato a la comunidad de los superhombres, sabe que seguirá siendo "el vencido" —el que no tiene sitio en ninguna parte; aquel cuya acción, por heroica que sea, es inútil.

El hombre que reina hoy —el vencedor de 1945 y antes que él y con él, el vencedor de todos los conflictos *decisivos* de ideas de importancia verdaderamente mundial- *es el hombre-insecto*. Innumerable, y cada vez más uniforme, banal, a pesar de todos los esfuerzos que, individualmente, pueda hacer para darse un aire "original", y creerse tal; irresistible, debido sólo a su proliferación sin límites, toma posesión de la Tierra a expensas de los seres que han cambiado relativamente poco, mientras él se degradaba más y más en el transcurso del ciclo, y particularmente durante la Edad Tenebrosa.

Son los versos de Leconte de Lisle —ese nostálgico cantor de todas las bellezas destruidas por el inexorable paso del tiempo— los que vienen a mi memoria cuando pienso en "ce vermisseau plus faible que les herbes" [1] de la antigua selva, pero fuerte por la omnipotencia de su inteligencia dedicada a la obra de desintegración —a la obra diabólica. El poeta se dirige a la selva, que parecía tener que durar siempre, y le dice:

> "Pareil à un essaim de fourmis en voyage,
> Qu'on écrase et qu'on brûle, et qui marche toujours,
> Les flots t'apporteront le roi des derniers jours;
> Le destructeur des bois, l'homme su pâle visage" [2].

Palabras demasiado ciertas, salvo con la restricción de que si efectivamente el "blanco" ha sido, hasta mediados del siglo veinte, el despiadado destructor de la selva y de la fauna —el asesino de cuarenta millones de bisontes en América del Norte; el

---

[1] Leconte de Lisle, "La Forêt Vierge" ("Poèmes Barbares").
[2] Ibid.

que literalmente ha vaciado África del Norte y Asia de sus leones, y la India de la mayoría de sus tigres y leopardos—, el “negro”, y el resto de los hombres de cualquier color, se han encargado, con encarnizamiento de neófitos, de proseguir la guerra del “hombre” contra el árbol y el animal. Se han puesto al servicio del “blanco” —no siempre y no necesariamente ario— y han creído sus mentiras, han aceptado su dinero, y le han secundado en su obra de destrucción. Para él mataron a los elefantes con cuyo marfil se trafica, cazaron a los grandes felinos, cuya magnífica piel se deseaba. Y penetrados del antropocentrismo recientemente aprendido en las escuelas del “blanco”, orgullosos de poseer al menos algunas de sus técnicas, continuaron la carnicería mucho tiempo después de que él, el “blanco”, hubiera empezado a abandonarla; después de que un tardío remordimiento —o un tardío despertar del sentido de su propio interés— le incitara a “proteger” en adelante, las especies amenazadas de extinción. *Toda* la humanidad es culpable de la usurpación del suelo a expensas de los bosques y de sus antiguos habitantes —toda, salvo algunos individuos o grupos, siempre minoritarios, que protestaron contra esa usurpación durante toda su vida, demostrando por sus palabras, sus escritos o sus hechos, que en esta guerra, tan odiosa como antigua y aparentemente interminable, ellos estaban a favor del árbol y del animal, y contra el hombre, cualquiera que fuese su raza.

En la raíz de esta usurpación indefinida está sin duda la técnica, que es, hay que resaltarlo, una expresión —la inferior, ciertamente, pero una expresión al menos— del genio ario. Incluso en la época romana en que las desgraciadas fieras se capturaban por millares, para ser enviadas, en un plazo más o menos largo, a la muerte en los circos, nunca la masacre de la fauna africana, asiática (y europea) [1] alcanzó las proporciones que

[1] ...y americana. Es imposible no hacer alusión a la masacre de las focas —en particular de los bebés-foca— tan atroz que numerosos contemporáneos nuestros están indignados.

ha alcanzado en nuestra época, y ya en el pasado siglo, debido a los modernos métodos de caza, y en particular a las armas de fuego.

Pero la técnica bajo cualquiera de sus formas, comprendida ésta, no se desarrolló más que como solución ventajosa —a veces como la única solución *posible*— a los problemas planteados por la necesidad de supervivencia de masas de hombres cada vez más compactas. Sólo a partir de un límite *numérico* el hombre, *de cualquier raza que sea*, se convierte en un azote para todo lo que vive en la tierra donde él habita, y, si ese hombre pertenece a una de las razas inferiores (generalmente ¡ay! las más fecundas), se convierte también en un peligroso rival de las razas más nobles —una verdadera peste, desde cualquier punto de vista.

Recuerdo en este momento el título de un libro publicado en Francia hace algunos años —un grito de alarma ante la idea de lo que será, dentro de una o dos generaciones, la amplitud de la expansión humana sobre la superficie de nuestro desgraciado planeta: "*Six milliards d'insects*".

Seis mil millones de insectos, es decir seis mil millones de mamíferos con dos patas con las costumbres y la mentalidad de las termitas en un termitero, y... ninguna, o casi ninguna, de las hermosas bestias que han adornado la Tierra desde el alba de los tiempos. Pues ya no quedarían sino los animales que el hombre nata con su propia mano. La selva, la sabana, incluso (en el caso de esas pequeñas semifieras que son los gatos), el banal "espacio vacío", donde vivían sus presas usuales, son condenados a muerte por el solo hecho de que roban al hombre su espacio vital indispensable.

El bosque, destruido sin piedad por los bulldozer para que en el suelo ocupado antes por él se instale una aglomeración humana, ciertamente mucho menos *bella* y de valor cultural casi nulo, es un himno a la gloria de lo eterno que desaparece para

dejar paso a "viles ruidos, gritos de desesperación" [1]. Más aún: es un hábitat robado a las nobles fieras —así como a las ardillas, los pájaros, los reptiles y otras formas de vida que allí se perpetuaban *siempre en perfecto equilibrio las unas en relación con las otras.* El hecho de suprimir los bosques en provecho del hombre —ese parásito insaciable— es un crimen contra la Madre universal, el respeto hacia la cual debiera ser el primer deber de un ser vivo que se dice a sí mismo "pensante". Es casi consolador, para los que realmente piensan, y que no están particularmente enamorados del mamífero de dos patas, ver que la Madre reacciona a veces ante este ultraje manifestándose bajo un aspecto terrible. Se instalan por ejemplo mil familias en un lugar allanado, deforestado, asfaltado, arrancado a la selva. Y a la siguiente estación de lluvias —puesto que los árboles asesinados no están allí para retener las aguas con sus poderosas raíces— los ríos se desbordan, arrastrando con su furiosa corriente un número de gentes diez veces mayor, tanto de la región como de las regiones de alrededor. El usurpador es castigado. Pero el hombre no aprende con esto, puesto que se multiplica a un ritmo vertiginoso y tiene a la técnica para contrarrestar la selección natural e impedir la eliminación de los enfermos y los débiles. Y continuará destruyendo para subsistir a expensas de los demás seres.

Pero las fieras, las aves de presa, y en general las bestias que viven libres no son las únicas víctimas de la expansión indefinida del hombre. También el número de animales domésticos —salvo los representantes de esas especies que el hombre cría especialmente para matarlas y comerlas, o para explotarlas de una forma u otra— disminuye rápidamente. Todo es debido a la maldita técnica, que modifica la vida del hombre en los países muy industrializados, impidiendo la saludable restricción que, a la proliferación humana, oponían las epidemias periódicas, hace algunas décadas.

---

[1] Leconte de Lisle, "La Forêt Vierge" ("Poèmes Barbares").

Recuerdo con nostalgia los hermosos gatos que hace más de medio siglo, abundaban en las calles y casas de la ciudad de Lyon donde nací y crecí. Raras eran las tiendas en cuya puerta no se viera sentado uno de esos felinos, o confortablemente echado en el mostrador, o hecho una bola en "su" cesta, en algún rincón —bien alimentado, amado, confiado, dispuesto a dejarse acariciar por la niña que era yo entonces. Y raras también eran las familias que no tuvieran uno —a menos que fuera sustituido por un perro, amado también, mimado, feliz (en general). En aquel entonces la mayoría de los ciudadanos no tenían vacaciones; y mucho menos vacaciones pagadas. Y quizás los que las tenían no se sentían obligados a pasarlas fuera de su casa. O bien, algún miembro de la familia se quedaba para ocuparse del animal o de los animales; o una vecina, que no salía de la ciudad, o un amable portero, se encargaba de ellos. Mis padres tenían un gato desde antes de mi nacimiento. Y en mis más antiguos recuerdos, me veo pasando la mano con delicia sobre la piel sedosa, cálida y ronroneante, mientras una hermosa cabeza de terciopelo se frotaba contra mí, y dos ojos de ámbar, semicerrados, me miraban con total abandono.

Hoy, en la misma ciudad y en tantas otras, son muy raros los niños que crecen en la cotidiana compañía de animales domésticos amados, perros o gatos. Se plantea la pregunta: "¿Qué se haría con ellos durante las indispensables vacaciones? ¿Y qué sería de ellos si hubiera que cambiar de piso y en el nuevo apartamento no permitieran los animales?" Ya no se concibe una vida entera en la misma casa, sin vacaciones anuales, sin viajes, sin cambios. Se prefieren los viajes en coche a los animales familiares. Pocas personas renuncian a todo desplazamiento por amor a los animales que han tomado bajo su protección [1], en el caso en que no puedan llevárselos o no puedan contar con alguien que se ocupe de ellos. Al contrario, durante la época de salida de los veraneantes lejos de las ciudades y hacia sus lugares de veraneo,

---

[1] Conozco sin embargo a quien lo ha hecho.

se pueden encontrar en las calles, las carreteras, y hasta en los bosques (a veces *atados* a los troncos de los árboles y destinados por ello a morir lentamente de sed y de hambre) [1] animales abandonados, animales que, en su inocencia, habían confiado en los hombres y les habían dado un amor sin condiciones, y a los que esos mismos hombres, por un tiempo, parecieron *amar*, los habían alimentado y mimado —y finalmente los arrojaron de su coche con una patada, para irse, con el corazón ligero, sin responsabilidades, sin remordimientos, a gozar de sus vacaciones; es decir, no los habían amado nunca.

Si existe una justicia inmanente, sería deseable que tales gentes reventaran de hambre y sed, abandonados, negados por aquellos en cuyo afecto hubieran creído, en alguna isla desierta, o en el fondo de un calabozo. A veces, son castigados de una forma inesperada, como ese hombre y esa mujer relataba el periódico de la Sociedad Protectora de Animales de Lyon, sin publicar sus nombres. Padres de un muchachito de seis años, y a pesar de las súplicas y lloros del niño, arrojaron del coche al perro en quien él había puesto todo su amor; después salieron a toda velocidad y tras llegar a su lugar de destino, se instalaron en el hotel y se durmieron sin ningún remordimiento. Pero la serena justicia velaba. Al día siguiente, esos dos seres indignos se encontraron a su único hijo muerto en un mar de sangre: se había abierto las venas con la hoja de afeitar de su padre. Sobre la mesilla de noche encontraron algunas palabras, escritas con su mano de niño: su veredicto contra ellos y contra todos los seres parecidos a sus padres; palabras que recordarán el resto de su vida, día y noche. “Papá y mamá son monstruos. Yo no puedo vivir con monstruos”.

Este acto de heroísmo de un niño no pudo ¡ay!, devolver al desgraciado animal su perdido hogar. Pero tiene un valor de símbolo. Proclama, en su trágica simplicidad, que, en este mundo

[1] Hace pocos años se descubrieron varios miles de perros abandonados así en el bosque de Fontainebleau.

en que la Edad Oscura toca a su fin, donde todo pertenece al hombre, y el hombre pertenece cada vez más a las fuerzas del abismo, vale más morir que nacer. Este acto heroico es semejante, en su *esencia*, a despecho de las circunstancias completamente distintas que lo provocaron, a todos los suicidios gloriosos motivados por un intenso disgusto hacia el medio no ha mucho respetado e incluso admirado, ante la brusca revelación de su verdadera villanía, pues toda villanía —en particular toda *traición*— es cobardía. También se asemeja a todos los actos similares de heroísmo —suicidios o, a veces, asesinatos que requieren más desesperación todavía que el suicidio— motivados por la conciencia de que el inevitable porvenir, consecuencia del presente, sólo puede ser un infierno (pienso, en particular, en las palabras que la sublime Magda Goebbels dirigía a la aviadora Hanna Reitsch, algunos días antes de dar a sus hijos el somnífero y tras él, el veneno, que deberían evitarles conocer el horror de la posguerra: "Ellos creen en el Führer y en el Reich", decía. "Cuando éstos no existan, mis hijos *no tendrán sitio en ningún lugar de este mundo*. ¡Que el cielo me dé fuerzas para matarlos!"). En el mundo que el Führer había soñado, la cobardía —y sobre todo la cobardía por parte de las gentes de raza aria— sería impensable. El muchacho cuya muerte he relatado habría vivido a gusto en él, pues no pedía más que vivir en medio de seres tan nobles como él. Y hubiera comprendido seguramente, que el defensor de los valores eternos —como él, amigo de los animales, y sobre todo de los perros— era un jefe digno de su total confianza. Pero la última tentativa de enderezamiento había fracasado quince años antes de nacer él. El mundo actual, el mundo de la posguerra, se le revelaba en las personas de sus abominables padres. No sólo los que han creído y creen aún en "el Führer y en el Reich", sino todos los caracteres "buenos y valientes", todos los arios dignos de este nombre, tampoco tienen sitio en este mundo y se les encuentra —como era de prever— cada vez menos.

* * * *

Por otra parte, los lazos de afecto que ligaban tan a menudo, en otro tiempo, al hombre con su caballo, o con su buey —su fiel compañero de trabajo— existen cada vez menos. El campesino francés, cuyo afecto hacia sus bueyes, cantaba, no ha mucho, Pierre Dupont, utiliza ahora un tractor. El resto de los campesinos europeos le han precedido, o bien le siguen, en este "progreso". El trabajador de los países "sub-desarrollados" le seguirá tarde o temprano, gracias a la ayuda técnica de Estados Unidos o de la Unión Soviética, y a una propaganda intensiva. El buey será cada vez menos utilizado... excepto como animal de carnicería. Lo mismo que el caballo, —¡ay!

Ciertamente, los "buenos viejos tiempos" admitían también crueldades. Recuerdo claramente la indignación (y el odio hacia el hombre) que me sublevan, de niña, ante la brutalidad de ciertos carreteros, tanto en la ciudad como en el campo. Y la venerable Antigüedad —comprendida la Antigüedad egipcia, la más suave, junto a la de las Indias— nos ha dejado algunos ejemplos de escenas que nada tiene que envidiar a las que, entre 1910 y 1920, provocaban, al mismo tiempo que mi impotente cólera, la intervención, verbal y, a menudo *legal* de mi madre. Entre otras imágenes de la vida cotidiana que se despliegan sobre los muros de una tumba egipcia del siglo veintinueve antes de Cristo, hay una que representa a un hombre apaleando a un pobre asno que, con sus largas orejas hacia atrás, sus grandes ojos llenos de terror, parece suplicarle. El siglo veintinueve era ya la Edad Oscura, a pesar de toda la ciencia que implicaba entonces, *entre la elite*, la construcción, todavía reciente, de las pirámides de Gizeh.

Antes he hecho alusión a las cacerías de la Antigüedad y a los sangrientos juegos en los circos romanos, así como a la vivisección practicada (que yo sepa) desde el siglo sexto antes de la era cristiana, debido a la "curiosidad científica" de ciertos

griegos. Y en general, el mundo, a lo largo de este ciclo (como de *todo* ciclo) no ha hecho sino ir de mal en peor. Aparte del sufrimiento de los asnos y los perros en los países de Oriente, y en particular en los países musulmanes —sufrimiento que aún dura—, se podría evocar el horrible tratamiento infligido a los gatos, y especialmente a los gatos *negros*, en Europa occidental, en la Edad Media y hasta incluso el siglo diecinueve —larga práctica de abominaciones sin nombre [1], cuyo efecto en lo invisible ha podido ser, quizás, hacer al continente, *colectivamente responsable*, indigno de todo "enderezamiento" en el curso de este ciclo —indigno, en particular, del hitlerismo, que habría podido retrasar la degeneración, durante unas décadas. Se podría también hablar del recrudecimiento de la vivisección, que coincide con el renovado interés por las ciencias experimentales, en el siglo dieciséis, y sobre todo en el diecisiete y en el dieciocho, y después. Y esta infamia que, en el siglo diecinueve y hasta hoy, ha tomado proporciones espantosas en los pueblos podridos de antropocentrismo tanto cristiano como racionalista, se ha extendido también, lo mismo que esa actitud antropocéntrica, a todos los países colonizados políticamente o *moralmente* (o de ambas formas) por el Occidente europeo o norteamericano, es decir, a la Tierra entera.

Por no citar más que un ejemplo, pero muy significativo, el gobierno indio —democrático y humanitario, como es obligatorio en el mundo que dominan los vencedores de 1945— durante estos últimos años, ha promovido la exportación de miles de monos, sabiendo plenamente que serían sometidos a experiencias criminales (que din duda, pensaría, eran "loables", puesto que se harían "en interés de la ciencia", es decir del "hombre").

[1] Ver los libros del Dr. Fernand Méry, "Sa Majesté le Chat" y "Le Chat", en los cuales se cuenta como los desgraciados animales "diabólicos" eran "crucificados, seccionados vivos, arrojados aullando en las hogueras".

Y en las Indias, tanto después de la llamada "independencia" del país como en tiempos de los ingleses, existen y se multiplican diversos centros de investigación, en particular de investigación contra el cáncer, en cuyos laboratorios tienen lugar los mismos horrores que en los de París, Londres, Chicago o Moscú. Y en las grandes ciudades, los perros errantes, considerados "inútiles" por los aprendices de antropocentrismo, mueren entre atroces sufrimientos, sistemáticamente envenenados con estricnina, como los he visto morir también en Grecia en 1970 [1] (¿y qué decir del trato dado a los perros en Constantinopla, recogidos de forma brutal —a lazo; con tenazas— y arrojados a una isla desierta del mar de Mármara para morir allí de hambre y sed, por orden del gobierno de la "Joven Turquía" algunos meses después de la ascensión de éste al poder, el 1908? [2]).

Sin embargo, a pesar de todos estos horrores y muchos otros, existía, hace algunas décadas, un poderoso lazo entre numerosos seres humanos y sus animales domésticos: perros o gatos (a principios de siglo, en Europa occidental); caballos para la guerra o el tiro; bueyes y búfalos de labor. La unión entre el árabe y su caballo o su camello era proverbial. La mecanización progresiva del mundo acabará por borrar ese lazo, en todos los países.

A mi vuelta a las Indias en 1971, fue para mí una gran alegría volver a ver, en el campo inundado por la lluvia, tantos grandes y buenos búfalos, *bien alimentados*, deliciosamente sumergidos hasta el hocico en los numerosos estanques, rumiando apaciblemente.

---

[1] Ahora, en 1976, los perros de Delhi sin medalla ni collar son electrocutados —o enviados a la "All India Institute of Medical Sciences" para servir como objetos de experimentación. La municipalidad ha suprimido así unos treinta mil.

[2] Es interesante recordar que los tres principales miembros del gobierno "Joven Turquía" —Enver Pasha, Talah Pasha y Essad Pasha— eran tres judíos cuyas familias se habían convertido al Islam.

Había, y aún hay, miles de ellos. Pero, *¿hasta cuándo*? Hasta que —como ha ocurrido en otros sitios con los caballos y los bueyes— los tractores los reemplacen. Y los tractores infaliblemente los reemplazarán, cuando extensiones, cada día más vastas, de tierra fértil, deban ser despojadas de sus selvas para alimentar a una población que aumenta vertiginosamente —que se *duplica* cada treinta años.

Como he dicho antes, la proliferación del hombre es la causa de la mecanización de la vida —proceso impensable, por totalmente superfluo, en un mundo con una población tan poco densa como la de hace algunos milenios. Por otra parte, la técnica médica, puesta al servicio del antropocentrismo que todo lo invade, contribuye cada día más a la proliferación del hombre al actuar *contra* la selección natural. Es un círculo vicioso que sería necesario romper a cualquier precio. Nosotros, los racistas arios, los seguidores de Adolf Hitler, somos *los únicos seres humanos que seriamente desean romperlo, volviendo a dar libre curso a la selección natural salvadora*. Pero la "hora veinticinco" había sonado *ya* muchos años, incluso siglos, antes de 1933, y no hubiéramos podido conservar el poder, aún habiendo ganado la guerra.

Y el proceso de envilecimiento gradual del hombre, al mismo tiempo que la exterminación de los animales más hermosos y la destrucción de las selvas y bosques —el proceso de erosión y afeamiento de la Tierra— continúa. Y no puede sino continuar, dada la actitud mental de los hombres actualmente en el poder.

CAPÍTULO XII

LA LLAMADA AL FIN

"Et toi, divine Mort, où tout rentre et s'efface,
Acoueille tes enfants dans ton sein étoilé,
Affranchis-nous du Temps, du Nombre et de l'Espace,
Et rends-nous le repos que la vie a troublé". [1]

Leconte de Lisle (Dies Irae; Poèmes Antiques).

Conviene repetir —e insistir sobre el hecho— que al mismo tiempo que a los grandes felinos, verdaderas obras de arte de la creación, que a los elefantes y otros nobles herbívoros, la proliferación del hombre amenaza de muerte (lenta, pero cierta) a las más bellas y más dotadas razas humanas, en particular a la raza que nos interesa antes que cualquiera otra: nuestra propia raza aria. Esto será inevitable, a menos de una intervención en sentido contrario, y *a tiempo*, dirigida por los legisladores, y apoyada si hace falta, por la fuerza. Y esto es inevitable, por la simple razón de que las razas inferiores son, por naturaleza, netamente más prolíficas que las superiores (ocurre lo mismo entre las diferentes especies de mamíferos de cuatro patas: los ratones y las ratas se multiplican más rápidamente que los leones y los tigres).

Es claro que una elite racial no puede subsistir más que a condición de conservar pura su sangre, y es evidente que la elite racial no puede, incluso conservando su sangre pura, continuar jugando su papel natural, que es el de mandar, tanto en el plano político como en los demás niveles, más que si esta elite se inserta en una civilización que, al contrario de las democracias de hoy,

[1] Gracias al "Communal Award", del cual se hace referencia en el capítulo 2.

“populares” y plutocráticas, rechace toda idea de conceder prioridad al criterio del gran número, de la cantidad y no de la calidad. Desde el momento en que se acepta el principio del sufragio universal —un hombre: un voto, cualquiera que sea el hombre— en cuanto se atribuye a *todo* hombre (de no importa de qué raza, aunque fuera de las menos bellas y menos dotadas, e incluso sin tener en cuenta cualquier nivel de degradación personal) un “valor” inmenso, superior, por el solo hecho de ser “un hombre”, al “valor” del animal o del árbol más noble, *se pone en peligro a la elite humana.* Y la amenaza de impotencia, de deterioro, y finalmente de muerte, que pesa sobre la elite humana, es tanto más temible e inminente, cuanto que las técnicas sanitarias preventivas impiden que la mortalidad infantil y las epidemias de todo tipo, cobren su tributo sobre los más débiles de cualquier raza, e impiden también acabar con la tendencia de las razas inferiores a reproducirse al ritmo de los roedores. Porque si no se hace nada para disminuir ese ritmo, y si además, se les impone o permite un minimum de instrucción, cada vez más elevado, serán automáticamente esas razas inferiores, en un mundo regido por la “mayoría”, las que tengan la última palabra —ellas, o más bien algunos demagogos sin raza y sin fe, hábiles en manipularlas, al servicio del judío internacional. Porque solo el judío internacional —el eterno enemigo de todo racismo (excepto el suyo propio)— es capaz de suscitar o suprimir mediante el oro, las demagogias más diversas.

En las Indias, este proceso sigue su curso desde hace varias décadas, un siglo incluso; desde el momento en que los británicos, ellos mismos víctimas de la falsa creencia en el “valor de cualquier hombre”, se creyeron en el deber no sólo de indianizar sus servicios administrativos, sino también de indianizarlos *por lo bajo*, dando cada vez más privilegios a las castas (es decir, a las razas) inferiores de las Indias, a expensas de las castas arias. Fueron los ingleses, y son ellos —no he cesado de repetirlo— los directamente responsables de la decadencia

acelerada de este vasto país no por haberlo explotado a ultranza, en lo económico, *sino por haber insuflado en los que llegarían a ser sus jefes efectivos, sus ideas democráticas y humanitarias.*

Y han sido responsables en dos sentidos. En primer lugar, instalaron por todas partes sus hospitales y dispensarios, sus facultades y sus laboratorios de investigación médica. Inauguraron, a gran escala, el combate contra las epidemias y sobre todo contra la mortalidad infantil —es decir, contra la eliminación rápida de los débiles— y animaron a los indios a continuar esta tarea tras su marcha. Y además, mientras que como consecuencia de todo esto, la población ha aumentado en espantosas proporciones (¡se duplica cada treinta años!) los ingleses aplicaron a esas enormes masas —de razas diferentes, pero, en mayoría creciente, de razas inferiores— esos mismos principios democráticos que han ido infectando Europa desde 1789. Educaron en sus escuelas a los indios (hindúes de toda casta, pero cada vez más[269] de las bajas castas; mahometanos, cristianos) a los cuales después, primero bajo su égida colonial, después sin restricciones, desde la "independencia" que siguió a su partida, transmitieron el poder. Los ingleses introdujeron —impusieron— el sufragio universal; dieron, en tanto que electores, la misma importancia al salvaje kouki de Assam, al naga, al santal, al gund, que al brahmán de tez clara, trazos regulares, hermano de sangre de los mejores europeos, y más cultivado que muchos de ellos. Y eligieron para sucederles en el gobierno, a indios —educados en sus escuelas— psicológicamente muertos para el espíritu racista de la Tradición hindú, y firmes continuadores de su obra de desintegración.

Esos indios hacen ahora lo posible por la promoción de las masas de razas inferiores, cada vez más compactas, hormigueantes, invasoras gracias al retroceso de la enfermedad. Han creado una legislación que, de golpe, da la mayoría de puestos a las gentes salidas de esas masas, desde el momento en que asimilan un minimum de alfabetismo. De lo que resulta un

desorden generalizado; una increíble incompetencia a todos los niveles —un telegrama expedido en Delhi, tarda cuatro días en llegar a Jammu; los autobuses de Delhi salen cuando conviene al conductor, y llegan cuando pueden, etc., etc. De ellos se deriva también la corrupción en todos los grados, en todos los servicios. Pero esto importa poco. Lo esencial es que, en el extranjero, ahora, se dice "la India" en lugar de decir "*las* Indias", y que así ha nacido la ilusión de una "nación" india. Lo esencial es que esta "nación", o mejor este Estado, que el espíritu de los británicos degenerado, judaizados, humanitarios y pacifistas, sigue rigiendo de hecho, en *una democracia* y, más aún, una democracia "seglar" —sin religión oficial (pues se niega este título al hinduismo inmemorial) —es decir contra toda religión tradicional, al modo de la Francia de Emile Combes; un Estado en el cual, como algunos osan esperar, el culto a la ciencia y la humanidad —a la ciencia que se aplica al bienestar y a la "felicidad" de "todos los hombres"— sustituirá cada vez más al culto de los antiguos dioses, según el anticuado sueño de August Comte. Lo esencial es que este Estado es una democracia multirracial en la que todas las variedades de humanidad inferior están en rebelión abierta o larvada, ruidosa o callada, contra los millones de brahmanes y kshattriyas —incluso contra aquellos de entre éstos (como es el caso de tantos brahmanes del *sur*) a cuyos antepasados, los honores y privilegios de la casta les fueron concedidos a causa de sus extraordinarios méritos, *sin* que fueran de *raza* aria.

Menos mal que en las Indias las masas son profundamente conservadoras y dotadas de una fuerza de inercia poco común. Es posible que, por pura indiferencia, y sin darse exacta cuenta de lo que hacen, esas masas no resistan con éxito a las presiones sobre ellas ejercidas para separarlas de la Tradición, o de lo que han sabido conservar de ella. Resistirán incluso a la alfabetización —quiero decir, a los nefastos efectos que ésta ha tenido tan a menudo sobre poblaciones confiadas y crédulas, de civilización tradicional. Quizás no pierdan forzosamente la fe en

sus dioses y en todo lo que, de cerca o de lejos, en su manera de vivir, parece unirles al orden divino. Ya he hecho alusión, en estas páginas, al culto a Viswakarma tal como lo vi practicar en 1958 por los obreros de Joda, en Orissa. No es imposible que, durante mucho tiempo todavía, quizás hasta el final de esta Edad Oscura —y no sólo en Joda sino en cualquier población industrializada— las "masas trabajadoras" de las Indias continúen decorando ritualmente con flores escarlatas —una vez al año, en honor del obrero cósmico— a los monstruos de acero de complicadas ruedas, que les ayudan a "producir" siempre con ventaja. Y, aparentemente, ningún gobierno pondría objeciones.

Por otra parte, las objeciones gubernamentales alteran poco a poco a las masas indias, incluso obreras (y con más razón rurales). Uno de los primeros gestos del primer gobierno de la "India independiente" fue "suprimir el sistema de castas" y abrir los templos a los intocables, a los que es de buen tono llamar, según la expresión inventada por Gandhi, "harijans" o "gentes de Dios" —como si *todos los seres vivos* no participaran, más o menos, en la divinidad de la realidad en sí, según la óptica hindú del mundo.

Sin embargo, desde mi retorno a las Indias en Junio de 1971, no he notado que, en general, la casta tenga menos sentido a los ojos de los hindúes y menos importancia social que hace cuarenta años. Para convencerse de ello, basta abrir cualquier periódico, grande o pequeño, y leer los anuncios matrimoniales. Se encuentran frases como ésta: "Deseo hombre joven agarwala (se trata de una de las subcastas de los vaishyas, extendida en las Provincias Unidas) para bella joven de diecisiete años, de la misma subcasta; buena ama de casa y con buena dote", o bien: "Deseo hija de brahmán saraswati (subcasta de los brahmanes del Maharashtra). Joven, hermosa, *de salud robusta y tez clara*, versada en las artes domésticas, para joven brahmán de la misma comunidad, con prestancia y tez clara, con empleo de porvenir. *La dote puede ser mínima, si la muchacha es bella y de color claro, y si*

proviene de familia ortodoxa" (es decir, fiel a la Tradición). ¿No se podría decir que el autor de este último anuncio es "uno de los nuestros"? Y sin embargo... escribió esto solamente como hindú, profundamente vinculado a su antigua tradición. Pero *la Tradición es la misma*. Este brahmán de 1971 tiene, sin saberlo, la nostalgia de la inmemorial Hiperbórea. Y en las Indias, hay millones como él.

Anuncios parecidos a los que acabo de citar, cubren *páginas enteras*. De vez en cuando, se encuentra alguno de algún padre (o hermano) de ideas "avanzadas" (es decir muy influenciadas por la propaganda extranjera) en el que se especifica que "la casta no importa". También hace cuarenta años se daban tales anuncios —uno de cada cien— en los periódicos de las grandes ciudades. Provenían, en su mayor parte de personas del "Brahmo Samaj". La mentalidad que reflejan es completamente desconocida en los pueblos de las Indias, donde vive el noventa y cinco por ciento de la población.

En cuanto a la inmensa mayoría de "harijans" el gobierno ya puede abrirles las puertas de los templos, que ellos no entrarán. Saben que eso es contrario a la costumbre y que la costumbre es sagrada, mientras que el gobierno no lo es. Continúan manteniéndose aparte, como en el pasado.

A pesar de todo, el veneno de la anti-Tradición, el virus de una nueva mentalidad, antirracista y sobre todo anti-aria —contraria a la que ha regido la vida de los hindúes durante sesenta siglos— ha sido inyectado en el alma de un número creciente de *jóvenes* de ambos sexos y de todas las castas. Lo fue ya en tiempos de los ingleses mismos, por sus profesores y sus misioneros —o por los judíos de los altos grados de la Masonería que actuaban detrás de ellos, a menudo sin ellos saberlo. Es posible que la civilización hindú resista hasta el fin de esta edad de nuestro ciclo. Es posible que, a la larga, deje de resistir y sucumba. Todo dependerá de lo que aún deba durar nuestro ciclo, y sobre todo, de la rapidez de proliferación de las castas hindúes no arias. La

rebelión de éstas [1], que se hace sentir sobre todo en sus miembros *instruidos*, es y no puede sino serlo, en una "democracia" multirracial, directamente proporcional al éxito de las medidas de higiene preventiva, y terapéuticas, que favorecen dicho crecimiento. El gobierno indio actual, de visión profundamente antropocéntrica, heredada del Occidente humanitario, si no cristiano, seguirá aplicando tales medidas, cuya supresión pura y simple le parecería "monstruoso".

El Ario indio seguirá subsistiendo en las Indias. Pero tendrá (como el ario en cualquier país en que se multipliquen a su lado poblaciones de raza inferior, que gocen de "derechos" iguales a los suyos), *cada vez menos poder.* El sistema democrático, si no es, a tiempo, barrido violentamente, le impedirá actuar, incluso afirmarse mediante la palabra y el libro.

Sería innecesario pues que, con un inmenso e irresistible ímpetu contra la corriente de la Edad Oscura, las Indias repudiaran la democracia y el antropocentrismo, y volvieran a vivir bajo la atmósfera del antiguo racismo de las castas jerarquizadas —en la cima el ario, brahmán y kshattriya, detentador de todo el poder temporal y de toda autoridad espiritual, siendo el primero legitimado por la segunda. Pero si, como toda hace pensar, la "hora veinticinco" ha verdaderamente sonado, nadie, salvo el mismo Kalki, puede suscitar y conducir al éxito a una tal lucha. Lo que nuestro Führer bien amado no logró, en el seno de una mayoría nórdica, con la colaboración de más de un millón de combatientes SS, elite guerrera y mística del mundo, totalmente dedicada a la causa aria, nadie logrará; nadie, salvo Kalki, el último "hombre contra el tiempo" que deberá concluir este ciclo.

---

[1] Rebelión que ha tomado cuerpo, en particular, en el sur de las Indias, con la lucha "Dravida Munetra Khazgham" (DMK) contra los brahmanes, la cultura sánscrita, el culto de Rama (el héroe ario deificado), y, en general, contra todo lo que en la vida y en las instituciones recuerda la presencia aria.

* * * *

Y el retroceso del ario no tiene lugar sólo en las Indias. Es un hecho observable en todos los países de población multirracial, en los que el Estado se opone a la promoción de los elementos étnicos superiores, en vez de estimularla a cualquier precio y por todos los medios. En particular, esto es un hecho evidente en todos los países de población multirracial con Estado democrático, donde el poder reposa en la *mayoría*. Por un retorno irónico de las cosas, es un hecho que amenaza con imponerse en la misma Gran Bretaña, a medida que una multitud creciente de no arios de las razas más diversas, y de gentes sin raza, ha invadido el territorio y en él se reproduce.

Desgraciadamente no puedo dar aquí el resultado de observaciones personales recientes, pues tras mi participación en el campo hitleriano de Costwolds en Agosto de 1962, se me prohibió volver a Inglaterra. Puedo afirmar sin embargo que, hace ya nueve años, la situación creada por la presencia, en suelo británico, de casi dos millones de africanos, jamaicanos y pakistaníes, sin contar, bien entendido, la de los judíos, acogidos desde 1933, era *ya* alarmante, si no trágica. Y según las noticias que tengo, esa situación no ha hecho sino empeorar desde entonces, puesto que no se ha emprendido ninguna medida con vistas a la expulsión de *todos* esos elementos alógenos.

Parece que se ha tratado —o se ha simulado tratar— de ejercer un control algo más riguroso sobre la entrada de dichos individuos de la Commonwealth en Inglaterra. Pero no es esa la solución del problema. Los no arios, y sobre todo los africanos y jamaicanos (originalmente también negros de África), *se multiplican a una cadencia nueve veces más rápida que el ario medio de Europa*. Está claro que el prohibir totalmente *toda* nueva emigración, no bastaría para detener el peligro que amenaza a la Gran Bretaña *en su sustancia misma*.

Suponiendo que *ni un solo* no-Ario, negro o judío, o sudra de las Indias convertido hace más o menos tiempo al Islam (pues eso es, en general, un pakistaní), desembarcara o aterrizara en Inglaterra a partir de hoy, ni siquiera para una breve estancia, eso no cambiaría prácticamente nada la situación *a la larga*, es decir no cambiaría lo que constituye ya la tragedia del problema racial, en el país que demencialmente combatió con las armas al racismo hitleriano. Y no cambiaría nada porque los inmigrantes no arios instalados ya en Inglaterra —que trabajan y viven allí con su familia y que, su mayoría, han adquirido la ciudadanía inglesa—, *se multiplican mucho más deprisa que los ingleses*; y porque los adelantos médicos no hacen sino favorecer su crecimiento demográfico. Suponiendo que fuera prohibida cualquier nueva inmigración, la proporción numérica de la población aria con respecto a la población no aria de Gran Bretaña en el curso de las próximas décadas, y más aún en el curso de los siglos por venir, no iría sino modificándose a favor de los no arios y sobre todo de los negros: la raza que más rápidamente se multiplica.

Hay que contar también con las inevitables mezclas raciales —tanto más frecuentes cuando que, a la perversidad creciente de los hombres y mujeres de la Edad Oscura avanzada, hay que añadir la influencia de toda una literatura destinada a despertar y mantener una curiosidad sexual mórbida. Hace ya diez años e incluso más, no era raro ver por las calles de Londres, alguna bella rubia inglesa empujando un cochecito donde descansaba uno o a veces dos pequeños mestizos euroafricanos. Y esto se podía ver hasta en las ciudades pequeñas (yo lo pude ver en Croydon, en Chettlham, y en otros lugares). La única forma de acabar con estas uniones vergonzosas —contranatura— y con esta producción de mestizos, sería cambiando radicalmente la mentalidad de una juventud impregnada de antirracismo, tomando medidas estrictas con vistas al alejamiento definitivo, si no a la supresión física de los indeseables actuales o potenciales. Y si fuera necesario esterilizar a todos los mestizos sin excepción,

así como a las mujeres arias culpables de crimen contra la raza — pues éstas, una vez impregnadas, aunque no hubiera sido más que una vez, con semen extraño, nunca serían seguras. Se han conocido casos en que el hijo de un marido completamente aceptable se parecía peligrosamente al amante (inaceptable) que su madre había abandonado tiempo antes de su concepción. Y sería preciso obligar a todos los negros, judíos y otros elementos no arios a dejar el territorio nacional, o al menos a no residir en él sino a título excepcional, y en este caso, sometidos a leyes que les mantuvieran en su puesto —como las célebres "Leyes de Nuremberg" (del 15 de Septiembre de 1935) que protegían la integridad racial de los alemanes bajo el III Reich.

Pero para que esto fuera posible, sería necesario que la Gran Bretaña tuviera un gobierno dictatorial del mismo tipo que el de Alemania en 1935, e inspirado como él por la antigua fe en la excelencia de la pureza de la sangre. ¿Es eso posible?

Tal clase de gobierno pudo llegar al poder "por la vía legal", es decir "democráticamente", por medio del sufragio universal, apoyándose sobre una mayoría de electores (¡y qué mayoría!) en 1933, allende el Rhin. Porque el pueblo alemán, sin tener la homogeneidad racial que el Führer soñaba, tenía al menos la unidad biológica suficiente para sentir su interés ligado al interés de la sangre aria. Si no se hace nada para prohibir a los no arios de la Gran Bretaña toda participación en los asuntos públicos, está claro que, *dado su número, que sube en progresión rapidísima*, estos no arios jugarán un papel cada vez más decisivo en la política exterior e interior del país, *y en su vida cultural* (el teatro, el cine y la televisión son ya, y desde hace bastante tiempo, "coto reservado" de los judíos, sin cuya aprobación nada se puede hacer).

Los Arios deberán abdicar del puesto de mando que las virtudes, inherentes a su raza, habían dado a sus padres, cuando la democracia no se concebía más que entre iguales, y cuando no

había negros ni judíos en Inglaterra [1]. Es posible que puedan guardar su sangre pura. Y para ello será todavía preciso que pongan todo el cuidado para que el espíritu de sus hijos no sea contaminado por la influencia cada vez más poderosa de la escuela multirracial, la radio, la televisión, el cine, la prensa, los libros (en particular los manuales escolares), en una palabra, de todos los medios de difusión que la mayoría, hostil a todo "orgullo racial", habrá tomado cada vez más firmemente en sus manos. Lo que sí es cierto es que el número de esos arios disminuirá más cada día y sobre todo disminuirá en proporción al número de hombres de las otras razas que se llamarán entonces, sin ningún derecho, "el pueblo inglés" (como tantos indios de ahora, dravidianos, que se dicen formar parte de la Aryajati —de la raza aria, la raza de la elite biológica de su país).

Finalmente, dentro de algunos siglos, serán cien mil, cincuenta mil, veinte mil, dispersados a lo largo de la superficie de las islas británicas, entonces superpobladas de mestizos de diferentes tintes. Estarán ahogados entre cien o doscientos millones de mestizos, robots de piel generalmente oscura, de los más variados trazos, termitero dirigido por la inteligencia diabólica de algunos tecnócratas judíos. En ese termitero, esos arios serán los últimos dignos del nombre de "hombres" en el sentido en que lo emplearíamos *nosotros*. Pero ya nada podrán hacer tales criaturas en ese mundo. Quizás cultiven una conciencia aria tardíamente despierta. Es posible que, a pesar de la distancia, se esfuercen por reunirse, de vez en cuando, por pequeños grupos, para recordar con nostalgia la "*old England*" —la "vieja Inglaterra", para entonces más muerta que la Atenas de Pericles. Quizás, en el transcurso de alguna de esas penosísimas

---

[1] No había ningún judío en Inglaterra, desde 1290 —fecha en que el rey Eduardo I los expulsó—, hasta mediados del siglo XVII, cuando Cromwell, que estaba muy endeudado con los banqueros, les abrió las puertas del país. Por otra parte, apenas había en Inglaterra negros o gentes procedentes de Asia hasta después de la segunda guerra mundial, sobre todo a partir de 1960.

reuniones —con ocasión de algún aniversario histórico— se levantará un hombre bien informado y con intuición, que expondrá a sus hermanos de raza las causas lejanas y profundas de su humillación. Les dirá: “He aquí que pagamos el precio de la locura de nuestros padres de los siglos diecinueve y veinte; de quienes, en lo que fue antaño nuestro imperio, alentaron la propaganda de los misioneros cristianos, la vacunación obligatoria, y la adhesión de los “letrados” a los principios democráticos; de los que obstinadamente se negaron a estrechar la mano que sinceramente les tendía en más grande de los europeos: Adolf Hitler; de los que respondiendo a su reiterado ofrecimiento de alianza y a su promesa de dejarnos el dominio de los mares, desencadenaron contra él la segunda guerra mundial, ahogaron a su país bajo un diluvio de fósforo y de fuego, y quemaron vivos a cerca de cinco millones de sus compatriotas, mujeres y niños, bajo los escombros ardientes, o en refugios en los que el asfalto líquido de las calles penetraba en riadas ardientes. Pagamos el precio de los crímenes del señor Churchill y sus secuaces y de todos los que creyeron en ellos y combatieron a la Alemania nacionalsocialista, nuestra hermana, defensora de nuestra raza común. Diréis que esos hombres tenían buena fe aunque cortas miras. Es posible. Pero esto no les excusa ante la historia. Cuando el interés de la nación, y sobre todo el de la raza, está en juego, la estupidez es ella misma un crimen. ¡No se puede hacer lo que nuestros padres hicieron —para su vergüenza y la nuestra— y escapar al castigo!”.

Y el castigo será saber primer ministro de Gran Bretaña a algún cristiano de lanudos cabellos, de faz simiesca —descendiente de inmigrantes del África ecuatorial ennoblecidos por los “servicios rendidos”, y quizás llamado Winston, en recuerdo del enterrador del ex imperio británico. El castigo será vivir en una Inglaterra negruzca y chata, cuyos antiguos habitantes legítimos, los *Arios*, tanto normandos como sajones o

celtas, contarán tan poco como los amerindios de las reservas cuentan hoy en U.S.A.

Quizás entonces, grupos de verdaderos ingleses más obstinados que los otros en su rencor de vencidos y traicionados, más combativos si no desesperados, quemarán, todos los 8 de Mayo, alguna efigie de Churchill, de grotesco dibujo, su gruesa cara hinchada y morruda con su legendario cigarro, y embadurnada como la de un clown; su grueso vientre relleno de pólvora. El 8 de Mayo será por fin reconocido como el aniversario de la vergüenza de Inglaterra y el de la desgracia de la “nación hermana”, odiada en otro tiempo, y ahora adorada con toda la pasión que acompaña a un remordimiento que se sabe inútil. Quizás esos mismos ingleses, rendirán culto público a Adolf Hitler, el salvador que sus antepasados de ayer rechazaron, y a quien sus antepasados de hoy —nuestros contemporáneos— insultan todavía... Quizás, entre los arios cada vez menos numerosos del mundo entero, haya entonces una minoría militante, serena, casi dichosa de su inquebrantable fidelidad que rinda culto —esperando convertirse (ella o su descendencia) en la guardia de corps del vengador que Adolf Hitler hacía presentir, pero que no era: Kalki.

Pero todos los arrepentimientos tardíos, y todas las devociones retrospectivas serán inoperantes, tanto en Europa como entre las minorías arias de otros países, en particular de una Norteamérica cada día más judaizada y negrificada. Nada puede evitar que la más joven de las razas nobles de la humanidad corra la suerte que le corresponde como consecuencia de los crímenes cometidos o tolerados por demasiados de sus representantes, bajo la influencia de un antropocentrismo de mala ley. Estos crímenes serán seguidos por “reacciones en cadena”, lentamente sin duda, pero tanto más irresistiblemente cuanto que los que los cometieron o toleraron fueron más responsables (o debieran serlo), al estar más centrados en ellos mismos y en sus limitadas ideas, que ligados al “Universo” —el cosmos y la esencia del

cosmos. Hay fechorías de todas clases, cuyo saldo se acumula desde hace milenios: crímenes contra las aristocracias animales, desde los poderosos bisontes a los gamos plenos de gracia, desde los grandes felinos a los vulgares gatos, tigres en miniatura; crímenes contra los bosques arrasados; contra el impasible mar, ensuciado con todas las inmundicias de la industria invasora; crímenes contra todas las aristocracias humanas, en particular contra la misma raza aria —contra los germanos en Europa; contra los más puros aryas de las Indias, en Asia, en nombre de Cristo o de "valores" cristianos; en nombre de la democracia o del marxismo; siempre en nombre de alguna fe o filosofía inventada o difundida por los judíos.

Es ya demasiado tarde para lamentar el pasado. Había que pensar en ello *antes* de la Segunda Guerra Mundial —¡y no desencadenarla! —, antes de la industrialización a ultranza de Occidente, y tras él, del mundo entero; *antes* de la masacre intensificada de bosques y fieras, y de todos los horrores cometidos o permitidos, sobre la bestia, siempre inocente; sobre la bestia, incapaz de estar "a favor" o "en contra" de cualquier ideología —*horrores cometidos* en nombre del interés del hombre, o de su bienestar (o simplemente de su diversión). Y había que pensar en todo ello *antes* de la progresión irresistible —progresión geométrica— del mamífero de dos patas a expensas de su calidad, fuente última de todos los males y de todas las degradaciones.

Ya es demasiado tarde hoy, sin hablar del momento en que la degeneración del hombre, bajo el reinado generalizado del chandala, sea un hecho cumplido. Para la elite hay pocas cosas que hacer. No le queda más que conservar, contra viento y marea, su fe en los valores eternos, *no*-humanos; no le queda sino maldecir a esos hombres que las potencias del abismo han elegido como instrumentos de su victoria inevitable y solamente puede, con todas sus fuerzas, con toda su sed de belleza y de justicia, llamar a Kalki, el último héroe "contra el tiempo", el vengador de

todos sus gloriosos precursores; el que debe vencer donde todos fracasaron, y traer el fin de esta Edad Oscura.

Cuando pasamos a través de extensiones superpobladas donde las casas rápidamente construidas y los campos destinados a alimentar a la multitud humana, se extienden indefinidamente ocupando el lugar de los bosques aplastados, sólo nos queda tratar de ponernos en contacto con el principio impasible y oculto de la acción y la reacción, y rogar intensamente: "¡Devolved, oh paciente Señor, la Tierra a la jungla, y a sus antiguos reyes! ¡Tratad al hombre, individual y colectivamente, como él los ha tratado — y los trata todavía!".

* * * *

Se me dirá que soy injusta con las elites humanas creadoras de cultura. Que sin una cierta invasión de la jungla, la sabana o la selva, es decir que sin una cierta restricción del dominio natural de las fieras, no habrían existido nunca ni ciudades ni monumentos, ni nada de lo que se engloba bajo el nombre de "civilización".

Esto es cierto y nadie puede negarlo. O más bien, esto *era* cierto en los tiempos en que aún se podía pensar que valía la pena cortar algunos árboles para erigir, en la cima de un promontorio, o en algún otro "lugar alto", un templo perfecto —o para construir, en medio de una llanura una o varias pirámides de gran poder simbólico, cuyas medidas correspondían a las de la Tierra, o incluso a las del sistema solar. Y también era cierto en los tiempos en que el hombre, parte integrante de la Naturaleza, no se había todavía rebelado contra ella, con el ridículo orgullo de sus ventajas sobre las otras especies vivientes; era cierto en los tiempos en que, en las mejores sociedades —sociedades tradicionales más o menos—, los espíritus más eminentes, lejos de exaltar, como Descartes o Francis Bacon, la idea de la dominación del hombre sobre el Universo, sólo soñaban con

expresar alegóricamente, en la obra tallada, pintada, escrita o cantada, o mediante la danza y la música, su conocimiento intuitivo de las verdades cósmicas —su visión de lo eterno.

Entonces, la creación humana —por otra parte, siempre contenida en ciertos límites— se insertaba armoniosamente en el medio natural. No estropeaba la Naturaleza; no la despreciaba. Y no podía ser de otro modo puesto que solamente era tenido por "arte" lo que René Guénon llama "arte *objetivo*", es decir las obras cuyas normas están directamente ligadas al conocimiento que el artista posee de las normas del Universo visible e invisible, humano y no humano. Así nacieron los colosos de Tiahuanaco, las pirámides de Egipto y de América, los templos griegos, hindúes o japoneses, las pinturas prehistóricas o más recientes, del fondo de las grutas —Altamira, Lascaux, Ajanta, las catedrales bizantinas, romanas o góticas, las grandes mezquitas del mundo; y toda la música sagrada o iniciática, desde la Antigüedad a Bach y Wagner; y las danzas sagradas de India y del mundo entero. Nada de todo esto robaba al medio natal *su alma* —al contrario, todo lo expresaba, lo traducía al lenguaje de lo eterno; lo completaba al referirse a él.

Pero todo esto era ayer; era sobre todo *hace mucho tiempo.* Data de antes —y, en general, mucho tiempo antes— de la aparición del hombre-insecto y de antes de su repentina multiplicación no ya en progresión aritmética sino geométrica, consecuencia de las técnicas de protección de los más débiles.

Repito: calidad y cantidad se excluyen mutuamente. Las gentes cuyo número crece en progresión geométrica —duplicándose, y en ciertos países, triplicándose cada treinta años— únicamente pueden arruinar la Tierra, el paisaje y el mismo suelo al que se agarran como sanguijuelas. Necesitan habitáculos, no importa de qué clase; habitáculos rápidamente construidos y que cuesten lo menos posible; *feos* —lo que no cuenta, ya que, en los países técnicamente avanzados, esas viviendas tienen cada día más confort y permiten una vida cada

vez más automatizada. En los demás países bastará con que se alineen, iguales todas, construidas en serie, en lugar de los bosques destruidos. El hierro ondulado, ardiente, sustituirá como material de construcción a la fresca paja. Y fragmentos de latas enmohecidas, groseramente pegadas unas a otras, serán las paredes, en lugar de las hojas de palmera, cada día más escasas.

Y ya no se puede hablar de obra de arte, reflejo visible de lo eterno, destinada a durar milenios —la pirámide, la tumba, el templo o el coloso esculpido en la viva roca o erigido como un himno de piedra en medio de la llanura o en lo alto de un risco. El hombre no construye ya bajo la dirección de los sabios, para dar cuerpo a una verdad inexpresable por palabras, sino bajo la dirección de esos empresarios ávidos de rápida ganancia —puede que bajo la del Estado, amigo de las masas— para alojar al mayor número de gente posible, y no importe qué tipo de gente. El paisaje es sacrificado, la selva arrasada, y sus habitantes —las fieras, los reptiles, los pájaros— rechazados hacia donde ya no pueden vivir, o claramente asesinados. El hombre, en otro tiempo parte integrante de la Naturaleza (y *alguna vez*, su cima) se ha convertido en el verdugo de toda belleza, el enemigo de la madre universal, el cáncer del planeta.

Incluso las razas superiores ya no crean símbolos. Han sustituido, o sustituyen cada vez más, los templos y las catedrales por oficinas y centros de investigación médica. Y "decoran" sus plazas públicas con caricaturas de cemento y hierro. La música que gusta a los jóvenes, la que se puede escuchar en sus transistores durante todo el día, como fondo sonoro de sus actividades, de todas sus conversaciones, de todo lo que puede quedar de pensamiento, es una mala imitación de música negra.

Sin duda, la última creación colectiva aria fue la esbozada por el Tercer Reich alemán, con los arquitectos de la Nueva Cancillería, y del estadio de Nuremberg, con los escultores Arno Brecker y Kolbe y los artistas intérpretes de Wagner —en particular, el extraordinario director de orquesta Furtwängler.

Esta gran creación colectiva fue el resultado del ímpetu prodigioso de toda Alemania, bajo la dirección del supremo artista —Adolf Hitler— a contracorriente de la decadencia mundial. Este impulso fue bruscamente interrumpido, *al cabo de apenas seis años*, por la declaración de guerra de Inglaterra a Alemania, seguida inmediatamente por la coalición de odio ya conocida, bajo la dirección abierta o sutil de los judíos.

Todo lo que recientemente ha producido el Occidente no alemán de verdaderamente grande —en Francia, por ejemplo, la obra de Robert Brasillach, de Henry de Montherlant, de Céline, de Benoîst-Méchin, de Saint-Loup— ha sido inspirado, de cerca o de lejos por el espíritu del Reich. Por otra parte, de un extremo al otro, planea un pesimismo profundo, como un presentimiento de la inevitable muerte; de "la decadencia de Occidente" que Spengler anunciaba.

Y Oriente no va mejor. Vive sobre su saber tradicional: cumple sus ritos inmutables; cita sus escrituras sagradas, cuyo contenido es más antiguo que la prehistoria, puesto que es la Verdad misma —la Verdad no humana. Pero parece no tener fuerza para sacar de ese saber lo que necesita para regenerarse a fondo (recuerdo que se trata de una *minoría* hindú, europea por tanto, sin influencia política, la que ha comprendido en lazo eterno que existe entre el hitlerismo y la doctrina de la acción violenta en el más absoluto desapego, tal como enseñó el señor Krishna al guerrero ario Arjuna, en el Bhagawad-Gîta).

Sin embargo, ahora, en 1971, he encontrado en las Indias más ecos que nunca de mi espera apasionada del avatar Kalki, y del fin de la Edad Oscura. Otros lo esperan como yo, sin sentir tampoco que haya algo que deplorar al pensar en el fin del hombre —excepción hecha de aquellos a los que la última encarnación divina acogerá como colaboradores, juzgándolos dignos de abrir con ella la Edad de Oro del próximo ciclo.

En efecto, no hay ninguna razón para entristecerse con la idea de que algún día, las innumerables fealdades que se extienden

hoy por todas partes y en todos los continentes, serán definitivamente barridas, junto con los que las han producido, estimulado o tolerado y que sin parar continúan produciéndolas. Tampoco hay que entristecerse ante el temor de que las antiguas y bellas creaciones humanas —las pirámides de Gizeh, el Partenón, los templos del sur de India, Ellora, Angkor, la catedral de Chartres— pudieran ser barridas también, en el colosal furor del fin. Las fealdades que los hombres han acumulado, los pecados contra la Tierra, de los que se han hecho culpables, en este siglo de decadencia universal, incluso los hombres de las mejores razas, neutralizan con mucho lo que el genio de los antiguos produjo de más grande y bello. Esos pecados hacen olvidar los toros alados de Babilonia y Asiria, los frisos de los templos griegos y los mosaicos bizantinos, y hacen inclinar el fiel de la balanza a favor de la desaparición de la especie humana. Por otra parte, las obras eternas no tienen sitio ya en este mundo. Ni siquiera se pueden ver ya. Las horribles construcciones de cristal y acero —"para oficinas"— erigidas recientemente en pleno centro de Atenas, alrededor de la Plateia Syntagmatos [1] tapan totalmente a vista de la Acrópolis a cualquiera que se halle en esta plaza. El proyecto de las ciudades de cuatro mil años de antigüedad ha cambiado absolutamente. El Lycabeto, despojado de sus hermosos bosques de pinos en sus tres cuartas partes, ya no es el Lycabeto a los ojos de quienes lo conocieron y amaron hace cincuenta años.

Y esto ocurre en todas partes. Es —o será mañana— la realización, a escala planetaria, del sacrílego sueño de Descartes y de todos los devotos del antropocentrismo. Es el triunfo del inmenso hormiguero humano sobre la sabana, sobre el desierto, sobre todos los espacios terrestres donde todavía el hombre *superior* podía encontarse solo, y, a través de la belleza visible y el contacto con la inocencia de la vida privada de la palabra, comunicar con lo eterno.

---

1 "Plaza de la Constitución".

¿Cuándo vendrá el inevitable vengador? ¿El que restablecerá el orden y pondrá “cada cosa en su sitio”?

¿Es mi fe en esa venida lo que hace —y ha hecho siempre— que ame tanto a las fuerzas que desde lo alto dominan y parecen querer aplastar a ese gusano que es el hombre? ¿Es esa fe lo que, en Abril de 1947, hizo que saludara la visión (y el rugido subterráneo) del Hekla en plena erupción, como le saludan en las Indias a las divinidades en los templos, y, en un éxtasis de gozo, entonar en bengalí el himno a Shiva: “Danseur de la Destruction, ô Roi de la Dansel”? ¿Es esa fe la que me impulsó a caminar toda la noche a lo largo de una de las siete corrientes de lava, bajo un cielo violeta pálido, inundado por el resplandor de la luna estriado de verdes auroras boreales con franjas de púrpura cerrado por una ancha nube negra de humo volcánico, cielo contra el que los cráteres lanzaban sus chorros de llamas y sus trozos de incandescentes rocas? ¿Es esa fe la que en el fragor ininterrumpido, surgido de las entrañas de la tierra que temblaba, y a veces estallaba en repentinas bocas de fuego, me hizo reconocer la sílaba sagrada “¡Om!”, la misma que había oído, y debía oír más tarde, siempre con adoración, salir de la boca de los leones?

¿Era la conciencia más o menos oscura de que aquellos volcanes eran de la misma raza del que viene de edad en edad, y, como él, defensores de la belleza de la Tierra —vengadores de los fuertes contra todas las supersticiones antropocéntricas, y por tanto igualitarias, y en particular contra el cristianismo, en 1947 impuesto de nuevo a los orgullosos germanos? ¿Era esa conciencia la que empujaba a los vikingos de Jutlandia, antepasados de mi madre, a cantar sus himnos a Donner y a Thor, solos en medio de la niebla, sobre el furioso mar del Norte —gozosos al escuchar, en los bramidos de la tormenta, la respuesta de los dioses?

Quizás. Lo que sí es cierto es que yo he estado siempre *a favor* de la Naturaleza indomada, y contra el hombre; *a favor* del

león y del tigre, contra el cazador, a veces muy feo y, de cualquier forma por bello que fuera, siempre *menos bello que las fieras* que viven al margen de la decadencia mundial. Y lo que también es cierto es que he estado siempre a favor del hombre superior, el conquistador (a no ser que emplee su fuerza para extender cualquier doctrina igualitaria, justificando todos los mestizajes, como los invasores europeos del Nuevo Mundo) y contra el pacífico, embotado en sus placeres; contra los retorcidos mentales; y contra el "sabio" que trabaja "a favor de la humanidad" a expensas de las inocentes bestias; a favor siempre del SS, contra el judío, y sus servidores más despreciables que él.

Hace casi cuarenta años que vine a las Indias, a buscar el equivalente tropical de la Europa aria y pagana —de ese mundo antiguo, donde reinaba la tolerancia, y el culto de lo bello, sinónimo de la verdad; lo bello, que saca su esencia misma de la verdad. Vine y me quedé; y me fui de nuevo, y de nuevo regresé, siempre discípula de Adolf Hitler, moderno rostro del que viene; armada siempre con el espíritu del "combate contra el tiempo" que Adolf Hitler encarnara junto a sus gloriosos predecesores, y a Kalki, el vengador que un día debe sucederle y sucederles.

Y ahora que no se puede hacer otra cosa, camaradas, vivid conmigo la ardiente espera del fin de esta humanidad, que rechazó a nuestro Führer, y nos rechaza a nosotros. No vale la pena salvarla. ¡Que se la lleven todos los diablos —sepultada bajo las ruinas de sus hospitales, de sus laboratorios, de sus mataderos y de sus "salas de fiesta"!

Os voy a citar los versos que Leconte de Lisle dirige a la selva virgen, quemada, arrasada, desgarrada por el hombre:

> *"Les larmes et le sang arroseront ta cendre,*
> *Et tu rejailliras de la nôtre, ô Forêt!"*

Para mí son palabras de alegría anticipada.

Os recuerdo también las palabras de Goebbels a la hora del hundimiento de ese Reich, para el cual vivíamos: "¡Tras el diluvio: *nosotros*!"

No nos queda más que desear, más que llamar con todas nuestras fuerzas "el diluvio" —el Fin—; no nos queda sino hacernos personalmente responsables de su venida, deseándola día y noche.

Lo desearía, lo llamaría, aún persuadida de que ninguno de nosotros —ni yo, ni los que admiro y amo más— sobreviviríamos. El mundo es demasiado feo, sin sus verdaderos dioses —*sin el sentido de lo Sagrado en el seno de la vida*, para que los fuertes no deseen su fin.

Camaradas, uníos a mí para lanzar, con Wotan, el Canto del Fin:

"Eins will ich: das Ende, das Ende!"
("Esto quiero yo: ¡El fin! ¡El fin!")

El mundo sin el hombre es con mucho preferible a un mundo en que ninguna elite humana mande. El rugido del león se oirá de nuevo por todas partes de noche, bajo el cielo resplandeciente de luna, o sin ella y cuajado de estrellas. Y de nuevo los seres vivos temblarán ante un Rey digno de ellos.